

ALGUNAS NOCHES MÁS EN SAN DESVELO

LAS REGLAS DEL AGUA



Para las pocas personas especiales en este plano.

Algunas noches más en San Desvelo

Autor: Thilo Wilts
© 2026 Thilo Wilts

Todos los derechos reservados.

Primera edición, 2026
Publicación independiente.

Esta es una obra de ficción. Los personajes y los acontecimientos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse o distribuirse sin la autorización previa y por escrito del autor, salvo en los casos permitidos por la ley.

Capítulo 1: La línea húmeda

En el último colectivo procedente de Puerto Esperanza, Mara Pizango iba sentada junto a la ventanilla, aunque no cerraba del todo. Por la rendija entraban polvo y, a intervalos irregulares, un olor a sal, caucho caliente y al diésel que trabajaba bajo el piso. El aire movía el borde superior de sus documentos. Mara sostuvo la carpeta cerrada con dos dedos hasta que se rindió y la guardó en la mochila.

Del espejo retrovisor colgaba un rosario. Una parte estaba reparada con alambre de cobre. A su lado había una imagen descolorida del Señor de los Milagros, cuya esquina izquierda se levantaba del vidrio cada vez que el bus pasaba por un bache más grande. El conductor nocturno no prestaba atención a ninguna de las dos cosas. Conocía sus movimientos sin necesidad de mirar.

En la cara interior del parabrisas decía SAN DESVELO. Debajo estaban pintadas en blanco las paradas: LAS PALMERAS, CENTRO, EL ALTO. Un rayón atravesaba la O de CENTRO. Más abajo, junto a la goma del vidrio, quedaba espacio para un cuarto nombre. Allí no decía nada.

El reloj digital en el salpicadero mostraba 2:17.

Mara miró su teléfono. 2:11. Desde la salida en Puerto Esperanza, la exhibición del Colectivo había mostrado al mismo tiempo. Ella no introdujo la desviación en sus notas. Un reloj roto aún no era un resultado y un hallazgo no era todavía una causa. En su profesión esta orden era más importante que la mayoría de los dispositivos.

A su lado, un hombre dormía con una bolsa de plástico en las rodillas. En la bolsa, se colocaban tres panes y un paquete de tornillos uno contra el otro en cada vuelta. Detrás de ellos estaba una mujer con dos hijos. El niño más pequeño dormía sobre sus piernas. El mayor se sujetaba a un respaldo y miraba hacia fuera, aunque casi nada se podía ver fuera.

Mara trató de hacer lo mismo. A la derecha estaba el Océano Pacífico como una zona oscura debajo de la carretera. En la izquierda el desierto costero se levantó en espaldas planas, gris bajo un cielo sin luna. Los postes de corriente se pararon en la arena. Algunos llevaban cables, algunos sólo aislantes, algunos ni siquiera eso más. En Loreto la oscuridad tendría movimiento oculto: hojas, insectos, agua, animales en la orilla.

Conocía la costa desde el estudio y el trabajo. Sin embargo, la sequedad era física cada vez. La piel estaba tensada por sus tobillos, y el agua parecía preciosa en este paisaje antes de que alguien abriera un grifo. En Iquitos había aprendido temprano que mucha agua no era la misma que el agua disponible. Un río podía pararse a la puerta y todavía una tubería permanecía vacía.

La orden en su mochila constaba de cuatro lados y dos mesas. En Los Pinos ya no se llenaban varios tanques de techo durante la ventana de suministro nocturno. Se habían comunicado otros dos trenes callejeros con picos de presión. La diferencia, dependiendo del tamaño del hogar, correspondía a la necesidad de un pequeño bloque de casas.

La Municipalidad había informado al principio de una fuga. La oficina regional había preguntado dónde se había medido la pérdida. Durante tres días no hubo respuesta. Luego alguien envió una tabla con tres números de conexión que no podían asignarse con claridad a ninguna calle.

Mara no fue enviada por los tres números, oficialmente no.

Oficialmente, se trataba de registrar las relaciones de presión, organizar muestras y presentar una propuesta de estabilización en un plazo de diez días laborables. El funcionario de la oficina regional había subrayado la palabra estabilización dos veces. También llamó poco antes de Mara fue a la terminal.

—Necesita algo que funcione, también, cuando el hombre en la casa de la bomba está enfermo — dijo.

—¿Qué hombre?

—Manuel, no hay apellido en la lista.

—¿Quién lo representa?

—Esa es una de las preguntas.

Mara había abierto la copia del plan de mantenimiento. Varias válvulas tenían áreas manuscritas junto a posiciones impresas. Una línea había sido borrada y un poco más a la izquierda re-set. Esto podría ser negligencia. También podría significar que alguien conocía un terreno mejor que la mesa que se envió sobre él.

—¿Cambió el municipio la operación?

—Ella dice que no.

—¿Y Manuel?

—Aún no ha respondido.

Después de un descanso, el secretario había añadido que el alcalde quería un caso piloto para otros lugares de la provincia. Mara no había escrito esto en la orden. Primero Los Pino tenía que conseguir agua. Un modelo que estaba listo antes del problema era generalmente otra forma del problema.

El conductor nocturno le quitó el pie del gas. Ante ellos, tres puntos rojos brillaron en un Cerro oscuro. No aparecieron al mismo tiempo. Poco después se añadieron dos luces más débiles al sur.

—Dormido —dijo el niño mayor detrás de Mara.

—Sí —dijo la madre.

—¿Y el otro?

—La estación meteorológica —.

El conductor nocturno se miró brevemente al espejo. —Hoy ya.

La madre no preguntó a qué se refería.

Las primeras casas de Las Palmeras estaban muy separadas. Murallas de ladrillos sin chapar cambiaban con concreto, sábana corrugada y parcelas en las que sólo había sacos, piedras o un solo tanque de agua negro. Barras de hierro sobresalían de los tejados para los pisos que vendrían más tarde. Bajo una lámpara de calle un tubo negro conducía sobre el suelo. Una botella de plástico cortada protegía la conexión. El Colectivo pasó lentamente sobre ella. La manguera se aplanó y se puso de nuevo detrás del autobús.

Mara no se dio la vuelta, escuchó las cucarachas cortas en la parte inferior del cuerpo y luego el motor de nuevo.

En una encrucijada, el hombre salió a su lado. Tomó cuidadosamente la bolsa de plástico en los panes. Los tornillos se recostaron y tiraron el plástico angosto.

—Para mañana —dijo al conductor.

—Si tienes suerte.

—Estás conduciendo.

—Eso es diferente.

El hombre se rió como si hubiera esperado esta respuesta. La puerta se cerró sólo en el segundo intento.

Mara se trasladó al pasillo, el asiento libre de la ventana se había mantenido caliente, sobre el cojín había arena fina en una línea que terminaba donde estaba la bolsa de plástico, y no la acarició.

Detrás de Las Palmeras se ensanchaban las calles. Se cerraban pequeñas tiendas detrás de persianas metálicas. Frente a una Ferretería había bolsas de cemento bajo una lona azul. Un mototaxi sin rueda delantera descansaba sobre un bloque de madera. En una puerta abierta corría un televisor, cuya luz deambulaba sobre dos sillas de plástico vacías.

El parque apareció a la izquierda como una superficie oscura. Seis linternas estaban de pie a lo largo de los caminos. No se quemó. Dos tenían bolas de cristal completas, tres eran sólo visibles desde el autobús como mástiles, y en el último un poco brevemente refleja la luz de los faros.

Frente a ella estaba la Municipalidad. Dos lámparas funcionaban sobre el portal principal. Una tercera parpadeó. Mara reconoció la letra antes de ver el edificio completamente. En el correo electrónico había confesado que debía presentarse allí a las ocho en punto.

El Colectivo pasó por aquí.

—Municipalidad —dijo Mara.

—Mañana —contestó el conductor nocturno.

—Es mañana —.

Miró al espejo. Su rostro permaneció serio, pero un pliegue junto a su boca se movió.

—Entonces, más tarde.

La respuesta tenía que ser mayor que el autobús en San Desvelo. Mara se inclinó hacia atrás.

Después de CENTRO, el edificio se volvió más relajado. Talleres, áreas de almacenamiento y paredes bajas estaban en la carretera. Un Grifo iluminado estaba solo entre dos parcelas oscuras. EL

RECODO estaba escrito en letras rojas sobre el dosel. Un tubo fluorescente zumbaba sobre las columnas de bombeo, aunque no había ningún vehículo allí. Junto a él estaba un edificio de dos plantas con azulejos amarillentos en la planta baja y un estrecho balcón sobre él.

—Motel —dijo el conductor nocturno.

Mara miró las noticias de la Municipalidad. Motel El Recodo, habitación reservada, se toma el recibo. El nombre estaba allí sin dirección.

—Eso está afuera.

—¿Fuera de qué?

Se llevó la mochila.

El colectivo estaba de pie sobre la grava frente al edificio. El tubo fluorescente de Grifo daba el mismo color pálido: la pared de la casa, la grava, un montón de neumáticos viejos y un perro acostado debajo de un banco. En el motel sólo la lámpara se quemó sobre la recepción.

El conductor nocturno abrió la puerta. —Néstor no está durmiendo.

—¿Cómo sabes eso?

—Él tiene luz.

Mara salió. El aire era más fresco que en el autobús, pero no fresco. Detrás del edificio una tubería corrió sobre la pared y desapareció bajo la grava. Una gota cayó de una conexión a un punto oscuro. Cuando Mara miró más de cerca, ningún segundo cayó.

El conductor nocturno levantó su pequeña maleta del compartimiento del equipaje. Una bicicleta estaba envuelta con una tira de cinta adhesiva.

—¿Vas a volver a Puerto Esperanza por la mañana?

—Seis en punto.

—¿Todos los días?

—Si todo sale bien.

Ella no conocía la sentencia, pero los niños en el autobús se rieron en silencio como si la hubieran oído muchas veces.

El Colectivo siguió adelante. Kies saltó contra la chapa de metal. La cruz de madera golpeó dos veces contra el parabrisas, luego el autobús desapareció en el camino a CENTRO. Durante unos segundos SAN DESVELO permaneció en la ventana trasera para leer. Después de eso Mara vio sólo las luces rojas de la cola.

Un televisor estaba corriendo en la recepción sin sonido. Un parlante de noticias movió sus manos delante de un mapa de la costa. Debajo del dispositivo había un ventilador que fue apagado. En el mostrador había un libro de ocupación manuscrita, una calculadora y tres llaves con colgantes verdes pesados.

El hombre que estaba detrás del mostrador llevaba una chaqueta gris sobre una camiseta de fútbol. Tal vez tenía sesenta años, quizás más joven y sólo cansado. Puso unas gafas de lectura en la frente.

—¿Mara Pizango?

—Sí.

—De la autoridad del agua.

No sonaba como una pregunta. Buscó en el libro de ocupación, encontró una línea y se la volvió a ella. La habitación 7 fue descrita con su nombre, fecha y Municipalidad. Había dos jinetes de Chimbote por encima de ella. Una línea permaneció libre debajo.

—‘Firma aquí.

Mara firmó. —¿Eres Néstor?

—A veces.

Ella esperó.

—Casi siempre de noche. Tomó la llave con el número siete. —Hay agua cuando el tanque está caliente. Hoy hizo sol.

—¿Y beber agua?

Señaló a un donante al lado de la puerta. La botella se llenó a un tercio. —Esto viene de Puerto Esperanza.

—¿El agua del grifo?

—Sale de la línea.

Mara lo miró.

—Querían saber si podía estar borracho —dijo Néstor. —Quería saber qué pregunta vino primero.

—¿Puedes?

—No lo sé.

Él le dio la llave.

Una escalera con azulejos marrones llevó al primer piso. Varias piezas habían saltado por los bordes. El pasillo de arriba tenía ocho puertas, cuatro a cada lado. Los números consistían en pequeñas señales de latón. Uno a cuatro a la izquierda, cinco a ocho a la derecha. Sobre cada segunda puerta colgaba una lámpara. La lámpara delante de la habitación 8 estaba apagada.

Habitación cerrada Néstor 7. La habitación contenía una cama, una mesita de noche, una silla de plástico y un armario estrecho sin puerta. Sobre la cama había una presión del Pacífico al atardecer, demasiado rojo y demasiado brillante para la costa exterior. El baño estaba cubierto con los mismos azulejos amarillentos que el mostrador de recepción.

—La ventana está atascada —dijo Néstor. —No está completamente cerca. De lo contrario no se abrirá mañana.

Mara puso la mochila en la silla. —¿Cuánto tiempo permanece libre la habitación 8?

Néstor miró la pared detrás de la cual yacía. —Hoy.

—¿Sólo hoy?

—Hoy, ciertamente.

—La Municipalidad sólo ha reservado la habitación 7.

—Entonces es verdad.

Se fue a la puerta. Mara lo siguió en el pasillo.

—¿Hay algo roto?

—Hay algo roto en cada habitación —.

—Entonces lo planteo de otro modo: ¿por qué no se asigna?

Néstor se quitó las gafas de la frente y las limpió con el dobladillo de su camiseta. —Porque no lo perdono.

Esa fue una respuesta completa, pero no una útil. Mara sabía la diferencia de las sesiones.

Néstor volvió a ponerse las gafas. —El desayuno está enfrente en Grifo. Cuando Rosa viene. Si no, hay galletas.

Bajó por las escaleras. Sus pasos eran lentos e incluso. Por debajo de la televisión se hizo más fuerte, luego volvió a silenciarse. Tal vez había buscado el control remoto.

Se detuvo en la mitad de las escaleras y regresó de nuevo. En su mano tenía una toalla doblada, que estaba deshilachada en una esquina.

—Para el suelo —dijo.

—¿Qué suelo?

—Si la ducha quiere salir —.

Puso la toalla en la silla de plástico. Mara preguntó si esto ocurriría con frecuencia. Néstor levantó un hombro.

—A menudo es una palabra para calendarios.

—¿Y qué palabra usas?

—Hoy o no hoy.

Mara sonrió. —¿Hoy?

Néstor miró el baño, la puerta cerrada y finalmente el estrecho hueco de la ventana. —Hoy era sol.

En la parte inferior, la puerta exterior se abrió. La voz de una mujer gritó algo desde el Grifo. Néstor respondió que la habitación 7 estaba ocupada. La mujer pidió la habitación 8. Su respuesta cayó en el motor de un camión.

Mara no cerró la puerta inmediatamente. El pasillo olía a agentes de limpieza, humo viejo y algo de humedad que podía venir de una pared. En frente de la habitación 8 el olor no era más fuerte. La puerta era sólo diferente de los otros por rascarse debajo de la cerradura. En el escudo de bronce había una capa delgada de polvo.

Volvió a la habitación 7 y puso la maleta en la cama. En el baño abrió el grifo. Primero vino el aire, luego un corto estallido de agua marrón, luego claro. La presión disminuyó después de unos segundos. Mara dejó correr en su mano, olía y se cerró de nuevo.

Ella desensasó sólo lo necesario. Cepillo de dientes, camisa fresca, dispositivo de medición, cargador. La carpeta la puso en la mesita de noche. En la mesa superior se enumeran las conexiones afectadas de Los Pinos. Elena Cárdenas, Mz. H Tt. 4. Además, un volumen de tanque de ochocientos litros y tres noches con relleno incompleto. Dos líneas más estaban una conexión sin nombres residentes. En el SECTOR columna se introdujo una abreviatura y se tachó de nuevo.

Mara comparó la tabla con la disposición de la siguiente página. Las casas de Los Pinos fueron registradas como pequeños rectángulos, todos iguales en tamaño e incluso a distancias, aunque no eran del mismo tamaño ni rectas en la imagen satelital. La línea principal vino de El Alto, dividida en Parque Cívico y terminó sobre papel en un eje de revisión al sur del último bloque construido.

Más allá del eje continuaron tres líneas delgadas. Dos terminaron sin un símbolo en el borde lateral. El tercero estaba equipado con un círculo de conexión que no llevaba un número. Alguien había escrito al lado con un bolígrafo azul: TEST, pero faltaba la fecha.

Ella fotografió el lado y amplió el corte. Bajo la letra azul se había borrado una nota de lápiz más antigua. Sólo quedaba la impresión de las letras. Mara puso el papel en diagonal en la luz de la lámpara de cabecera. Ella podía reconocer una H, tal vez incluso una N. No es suficiente para una palabra.

De su caso tomó un lápiz suave, luego lo sostuvo y lo puso de nuevo. Un roce habría cambiado el archivo. En su lugar, señaló: Compruebe original en el archivo a la luz del día.

Tomó el lápiz y escribió tres preguntas en la parte posterior de la orden.

¿Dónde está la presión?

¿Cuándo se cae?

¿Qué cantidad falta realmente?

Ella hizo una cuarta de las tres preguntas.

¿Qué se considera normal aquí?

La tubería en la pared dio un sonido corto de sí misma. No fluye, más bien un rendimiento metálico. Mara esperó. No se repitió.

En el pasillo pasó alguien. Pasos fáciles, luego girando una llave. Una puerta cerrada. Desde el Grifo opuesto vino el arranque de un motor. El perro ladró una vez y se calmó.

Mara separó las cortinas. La ventana se abrió a un ancho de su mano y luego colgó en el plomo. Fuera, el techo del Grifo yacía en luz blanca. Un camión estaba ahora de pie en la bomba exterior. El conductor sostenía la manguera él mismo mientras una mujer con chaqueta roja escribía números en una manzana. Detrás de ellos el desierto comenzó inmediatamente en el borde de la propiedad.

En Loreto, el agua se habría escuchado a esta hora, incluso si no cayese lluvia. Un desagüe, un techo, un barco a motor muy afuera, ranas en un valle. Aquí Mara oyó neumáticos sobre grava y el zumbido eléctrico del tubo fluorescente. La ausencia de agua no era silenciosa. Tenía bombas, tanques, billetes y horas fijas.

Ella puso el despertador a siete. Antes de apagar la luz, ella revisó el grifo por segunda vez. La presión era más débil. Ella notó el tiempo: 2:46 según el teléfono. Sin valor medido, sólo una observación.

En el pequeño escritorio difundió la orden de que sólo había volado a su llegada. Tres páginas, dos instalaciones, un número de teléfono para emergencias. El municipio pidió una escolta independiente para iniciar el parque y una clasificación de las fluctuaciones de presión en Los Pinos. La Hondonada apareció sólo en un soporte: posible extensión posterior. Mara tocó la palabra posible. En Loreto había aprendido que tales palabras eran ligeras en una oficina y pesadas en una tubería.

Ella puso una hoja vacía junto a ella y la dividió en tres columnas: observó, informó, verificó. Bajo observación escribió el gallo débil y el sonido metálico. Bajo informe hasta ahora sólo comentarios de Néstor sobre las líneas del motel y la sentencia del conductor que Los Pinos a veces tenía agua, a veces sólo ruidos. La tercera columna permaneció más tiempo. Mara no escribió ninguna causa en ella.

El olor del Grifo, el polvo y el aceite caliente llegaron a través de la ventana inclinada. Un camión se paró en el camino, corrió el motor y volvió a conducir. El ruido en la pared no vino al mismo ritmo.

Mara lo detuvo con el teléfono: siete segundos, pausa, doce segundos. La tercera vez que comenzó más tarde. Además, ninguna regla se convirtió en fuera de ella.

Ella no llamó al número de espera. La presión era baja, pero no había rotura visible de la tubería, sin olor y sin contacto eléctrico. Para la mañana observó una prueba con Néstor y, si fuera necesario, la barrera de la hebra afectada. Luego fotografió el suelo seco debajo del fregadero con una escala del cuaderno. Una foto sin medida habría sido sólo un recordatorio.

En la cama el colchón estaba más bajo en el lado de la ventana. Mara dio la vuelta a la almohada. El sonido metálico salió de la pared de nuevo, esta vez más tiempo. Después de eso ella dijo que escuchara el agua corriendo sobre los azulejos.

Se levantó.

El baño estaba seco. El grifo estaba cerrado. Bajo el lavabo la tubería no mostraba humedad. Mara puso dos dedos en la pared. Fresco, pero no húmedo.

Cuando abrió la puerta de la habitación, había una estrecha línea oscura en el pasillo.

Comenzó por debajo de su umbral, apenas más ancho que un dedo, y se estiró sobre los azulejos amarillentos. En la luz delante de la habitación 7 brilló. Mara se arrodilló y la tocó. Agua. Fresco, inodoro, sin polvo visible. No salió del baño; entre la pared y la línea el suelo permaneció seco.

El rastro llevó a través del pasillo a la habitación 8.

Mara la siguió, y se volvió más estrecha delante de la puerta de al lado, esperando que desapareciera por debajo del umbral, y en lugar de eso terminar un centímetro antes.

En el otro lado del umbral, donde el agua debería haber seguido corriendo, la baldosa estaba seca.

Capítulo 2: Las marcas de tiza

A las ocho de la tarde, Manuel se paraba frente al motel con una llave de válvula sobre el hombro. Llevaba una camisa lavada, unos guantes en el cinturón y un gorro con el logotipo de un fabricante de bombas que no había existido durante años. A su lado estaba una furgoneta blanca de la Municipalidad. En el parabrisas se pegaban tres números de inventario.

Mara había dormido menos de cuatro horas. Cuando bajó las escaleras, Néstor se sentó detrás del mostrador y entró en el libro de ocupación con el consumo de agua de las habitaciones. Frente a la habitación 7, había un número. El campo frente a la habitación 8 estaba en blanco. El campo frente a la habitación 8 estaba en blanco. El campo frente a la habitación 8 estaba en blanco. El campo frente a la habitación 8 estaba en blanco.

La línea en el pasillo había desaparecido. Mara la había fotografiado antes de secarse con una toalla. En la foto parecía cualquier pista mal limpiada.

—Manuel, el hombre dijo afuera y le dio su mano. —Sólo Manuel.—

—Mara Pizango.

—Lo sé.

Él tomó su caja de medición antes de que ella pudiera contradecirla y la colocó entre dos latas en la bodega. Uno fue etiquetado con cloro, el otro con diésel. Ambos olían a diésel.

El camino a El Alto pasaba por el CENTRO y subía entre casas inacabadas. Sobre los tejados había tanques negros de varios tamaños; algunos estaban unidos a tomas de concreto, otros sobre andamios hechos de ladrillo y madera. Un tanque llevaba el nombre de una cadena de ferretería, la línea debajo constaba de tres colores de tubo diferentes.

—¿Suministro por la noche? —preguntó Mara.

—En su mayoría.

—¿Qué horas?

—¿El oficial o los útiles?

—Ambos.

Manuel pensó: —Oficialmente veintidós a dos, útil en algún momento intermedio.

La casa bomba estaba por encima de la última fila cerrada de casas. Detrás de ella comenzó la pendiente del Cerro Dormido, seco y luminoso. Una cerca de alambre de malla rodeaba el contenedor alto. En la puerta había dos cerraduras; una estaba abierta, la otra sin asa puesta a través de la cadena.

El aire era más frío en la casa de la bomba. Olía a metal, cloro y polvo húmedo recogido bajo tuberías. Dos bombas estaban montadas en tomas de concreto. Una funcionaba. Su motor generaba un zumbido uniforme que se hacía más fuerte en las costillas del edificio. La segunda llevaba un signo AUßER BETRIEB y debajo con alfiler de fieltro: FUNCIONADO.

—¿Qué es lo correcto?

—Ambos —dijo Manuel. —Funciona. Nosotros no lo manejamos.

Le mostró la entrada, el tanque alto, el bypass y las tres hebras principales. Los indicadores no eran los mismos de siempre. Un manómetro tenía un disco transparente y una pegatina de prueba roja. Otro estaba cubierto en el interior. En la tercera la aguja estaba justo por encima de cero, aunque Mara podía oír el agua en la línea.

Manuel golpeó el vidrio con un dedo y la aguja saltó a 1,8 bar.

—Tauschen —dijo Mara.

—Permanecer en la lista.

—¿Desde cuándo?

—Ya que está en la lista —.

Escribió el número de serie.

Mara cerró su propio medidor de presión hasta el punto de prueba. Manuel trajo un cubo, aunque no debería salir agua. Sin embargo, cuando la tapa se aflojó, vino un rayo corto. Él golpeó el borde del cubo y se salpicó sobre el suelo.

—Impresión residual —dijo Manuel.

—O una válvula que no se separa completamente.

—Ambos.

Esperaron hasta que la línea fue aliviada y compararon las pantallas. El nuevo dispositivo mostraba 1,86 bar. El medidor claro en la pared mostraba 1,8. La niebla era 1,5. Manuel había puesto una pequeña adición detrás de cada pantalla en su lista manuscrita: más, menos u oír.

—¿Qué significa oír?

Puso dos dedos en el tubo. —Si la aguja no decide.

Mara lo hizo después de él. El acero era la forma en que la línea principal fluía profundamente, y un temblor más fino sobre ella. No era un método de medición confiable, sino una información. Un técnico experimentado a menudo podía oír cavitación, aire y una válvula de cierre antes de que una pantalla remota reaccionó.

—Escribimos la desviación de los instrumentos —dijo. —Y hasta que no sean probados, ninguno de estos anuncios decide por sí solo.

Manuel sacó un trozo de tiza de su bolsillo y escribió tres valores en la pared, no en el formulario del portapapeles.

—¿Por qué ahí?

—Porque miro allí.

Mara transfirió los valores a la hoja. —¿Y si alguien corta la pared?

—Entonces la persona ya ha creado otro problema.

En el extremo sur había una gran rueda de mano. En el tubo detrás había una línea blanca impresa. Una segunda línea de tiza era un ancho de dedo al lado de ella. La válvula fue fijada a la tiza.

—¿Posición oficial? —preguntó Mara.

Manuel tocó la línea impresa. —Se trata de cuando el contenedor está lleno, Los Pinos toma poco y nadie se lava al mismo tiempo en el CENTRO.

—¿Con qué frecuencia sucede esto?

—Nunca al mismo tiempo.

Tomó la rueda de la mano con ambas manos y apenas la movió visiblemente. La pipa cambió su tono. Sin golpes fuertes, sólo un flujo más profundo.

—¿Y la tiza?

—Donde funcionó ayer —.

—Esta no es una posición fija.

—Por eso la tiza.

Mara midió el ángulo de apertura, fotografió la rueda y las marcas y notó la presión delante y detrás de la válvula. Manuel le dio el nivel del tanque alto antes de que ella lo viera. Él tenía casi la razón. Había estado equivocado unos cuatro centímetros.

—¿Qué cambia la posición?

—Nivel de llenado. Hora. Cuántos tanques están vacíos abajo. Si limpiar en el mercado. Si la segunda línea tiene aire.

—¿Y si no estás aquí?

—Entonces alguien no soy yo.

—Ese es el problema —.

Manuel asintió, no se defendió. —Sí.

Mara esperaba un suplemento.

Salieron de la línea. La hebra corrió por primera vez visiblemente sobre una pared de soporte, desapareció bajo asfalto y reapareció en un eje de revisión. En las tapas había números que no seguían la secuencia. Manuel abrió dos ejes y dejó el tercero cerrado.

—¿Por qué no?

—Aire malo —.

—¿Medidas?

Señaló a un triángulo de advertencia amarillo casi completamente cubierto de polvo. —El año pasado. Nadie entra antes de que medimos de nuevo.

Mara pintó el punto en su plan. No era un hábito mejorar por una instrucción más precisa. Era un límite.

Debajo del CENTRO, la línea fue dividida. Una rama llevó al parque, una a Los Pinos. Junto a la caja corredera había tres piezas de tiza en una lata de corte. En la pared había líneas cortas con datos. Algunos se difuminaron por el polvo.

—¿Están en el archivo de mantenimiento?

—Los datos sí. Los lugares no.

—¿Por qué?

Manuel miró la tiza. Porque a Alberto le gustan los números que quedan.

—¿Y tú?

—Me gusta el agua que llega.

En Los Pinos la carretera se angostó. Entre paredes se encontraban casas más nuevas, construyendo hoyos y parcelas sobre las que nadie había construido. Las mangueras negras corrían desde la línea principal hasta las conexiones provisionales; algunas estaban excavadas, otras cubiertas sólo de arena. Dos niños saltaron sobre un tubo que yacía al otro lado del camino.

Elena Cárdenas estaba esperando delante de su casa. Ella tenía un cubo en una mano y un pico de agua en la otra. Su casa consistía en una planta baja yesca y un cuarto superior de ladrillos sin plastificar. En el techo había un tanque negro. Una línea brillante a su lado mostraba donde el sol había blanqueado el plástico.

—¿Tú eres el hidrólogo?

—Sí.

Elena le entregó la cuenta. —Entonces no me digas cuánto tiempo mides.

Mara no doblaba el papel. —¿Qué te digo?

—¿Cuándo puedo lavarme? Si hay suficiente mañana. Si tengo que decirle a mi hija que se duche en su tía.

—Hoy no puedo estar seguro —.

—Entonces dime cuándo puedes decirlo.

Manuel apagó la caja de medición. Elena la miró.

—Ayer no vino nada de nuevo.

—Lo sé.

—Sabéis muchas cosas secas.

—Hoy medimos mojado —.

Elena resopló, pero abrió la puerta.

En el patio había cuatro cubos llenos debajo de una lona. En la cocina había una tabla sobre el fregadero para que la habitación quedara como una superficie de trabajo. Elena mostró a Mara el grifo, el mostrador de la casa y la línea al tanque. Al abrirse, el aire primero llegó. Luego una delgada viga corrió, que se rompió después de unos segundos.

Cada cubo tenía un propósito con la pluma negra: KEEK, WASCH, MALO, NO FALL. El cubo para cocinar estaba cubierto. En el cubo para lavar había una pequeña taza de plástico con la que Elena sacó agua en un tazón. El balde de emergencia estaba sólo medio lleno.

—Ayer estaba lleno —dijo Elena. Entonces tuve que tirar el inodoro.

Ella llevó a Mara a través de la rutina diaria, no como una queja sino como una factura. Una olla para el arroz. Dos botellas para la escuela. Lavarse las manos. Platos. El suelo sólo donde el polvo entró por la puerta. Su hija tenía el pelo largo y lo lavó con una tía en el CENTRO. Elena misma fue a trabajar sin lavar en la mañana cuando la ventana de suministro había fallado.

—El promedio está en la cuenta —dijo. —Mi día no tiene un promedio.

Mara fotografió los cubos y notó las cantidades restantes. Ella sabía que tales datos en los informes técnicos a menudo terminaban como contexto, según las tablas y antes de las plantas. Aquí eran el criterio de éxito. Una presión estable que no llenaba el tanque de Elena en el tiempo no era una operación estable para el hogar.

Mara construyó un sensor de presión detrás del mostrador. La instalación estaba suficientemente limpia, pero la válvula de control era más antigua que la conexión. Tomó una muestra y la etiquetó con lugar, tiempo y temperatura.

—El agua no huele —dijo Elena.

—Bien.

—Pero no viene —.

—Así es.

Elena asintió, y esa respuesta fue más que suficiente.

Dos casas más adelante, el agua goteó de una conexión a la arena. La conexión consistía en una pieza de tubería rígida, dos abrazaderas de manguera y un acoplamiento destinado a otro diámetro. Alrededor de la conexión había una tira de manguera de bicicleta.

El dueño puso un cubo debajo de él. —Desde ayer.

—Desde el shock, Elena dijo.

Manuel cerró la pequeña válvula de cierre. La giró no completamente, sino a una resistencia. La caída se desaceleró.

—Cierra todo —dijo Mara.

—Entonces él tira del aire cuando la parte superior está abierta.

—Y así el agua puede retirarse del suelo a baja presión —.

Manuel miró a la arena húmeda.

Ella dejó que la conexión se apagara hasta que se trajo un acoplamiento adecuado. El dueño protestó porque esperaba agua. Elena puso uno de sus cubos en él.

—Hoy —dijo. —No como un nuevo director.

Mara señaló el riesgo de retorno. El conocimiento de la ubicación no hizo una falsa conexión segura. Manuel lo sabía. Sin embargo, él los había dejado correr, así como sus posiciones de válvula utilizables eran parte de la investigación.

Por la tarde volvieron a la bomba. Mara colocó un segundo sensor en la salida sur y un caudalímetro en la hebra hacia Los Pinos. Manuel abrió la válvula hasta la pasada de tiza de ayer.

Antes de instalarlos, calibraron ambos sensores en el mismo lugar. Mara dejó correr la medición durante diez minutos mientras Manuel comprobaba el nivel del tanque. Una serie de datos se desvió 0,04 bar. Ella marcó el dispositivo y lo usó de todos modos porque la desviación era menor que las fluctuaciones previstas y podía corregirse después.

Manuel observó cómo notó el tiempo, el número de serie y la altura de la instalación.

—Si lo escribes todo, no hay espacio para el agua.

—El agua no necesita un lugar en la hoja.

—¿Entonces para qué es la mano?

—Saber mañana si el mismo número significa lo mismo.

Manuel asintió en la línea de tiza. —Mi pared también hace eso.

—Tu muro no dice por qué te detuviste ayer.

Se quedó en silencio por un tiempo. Luego llamó a las condiciones: El contenedor había sido poco menos de tres cuartos. En el mercado la limpieza había comenzado más tarde. En Los Pinos tres bombas habían saltado simultáneamente. La válvula al parque había sujetado. Mara escribió cada punto y preguntó cuál había cambiado realmente su decisión.

Manuel estaba a salvo con dos, y sospechó de uno de ellos.

—Entonces lo pintamos —dijo Mara.

Manuel miró la lista. —Quizá mañana.

—Si juega un papel mañana, volverá con una nueva razón.

Por primera vez sonrió. —Se borran rápidamente.

—Sólo cosas que no te defiendes.

—No en la marca oficial —dijo Mara.

—Yo no habría hecho eso.

—Lo digo para que conste.

—Entonces es más cierto ahora.

Mara lo miró, Manuel se puso los guantes.

Le hizo nombrar cada paso en voz alta: Tank Stand Check. Escuche la gestión del mercado. Lea la presión en el CENTRO. Abra la válvula sur dentro de un área. Espere diez minutos. No corrija después de una sola pantalla. Cancele si la presión al final provisional subió por encima del valor especificado.

—Estas son reglas —dijo Mara.

—No. Estas son las cosas que estoy cuidando.

—Si actúas en consecuencia, podemos describirlo de tal manera que alguien más lo entienda.

—¿Comprendes o repites?

—Primero entiende.

Manuel puso una línea corta con tiza fresca junto a las viejas. Los dos estaban casi encima de los otros.

Alrededor de las veintidós Mara y Elena se sentaron en el patio bajo la lámpara exterior. Manuel se quedó en la caja corredera de la esquina. El sensor envió sus valores a la pantalla de Mara. La presión subió lentamente, cayó y se levantó de nuevo. Los ruidos de la bomba vinieron de varias casas. En los techos los tanques vacíos sonaban de manera diferente a medio llenos, un tono hueco bajo el zumbido de los pequeños motores.

Entre los puntos de medición Mara fue dos veces a la propiedad vecina no desarrollada. La pared baja tenía una abertura donde se planeó una puerta más tarde. Detrás de ella un surco estrecho llevó a un poste de concreto. Al pie del poste una tubería cerrada cortada de la arena. La tapa era gris antes del polvo. Alrededor del hilo corría un borde oscuro limpio.

Mara brilló sobre ella sin tocarla. Un borde de polvo intacto podría significar que la gorra se había movido recientemente. También podía venir del viento o de un animal que se frotaba sobre ella. Marcó el lugar en el plan y lo fotografió con escala.

—Había uno antes de que lo construyera, —Elena dijo detrás de la pared.

—¿Alguna vez abrió?

—No de alguien que he visto.

—¿Y la cuenta?

—Kam estuvo con el mío por primera vez hace dos años. Estuve tres veces en la Municipalidad. Una vez dijeron que el número estaba siendo eliminado. Luego se imprimió más pequeño —.

Mara volvió a mirar la gorra, no la abría por la noche y sin una línea clara. Una conexión no verificada era un punto de control, no una oferta.

Elena había hecho café, aunque quería ahorrar agua. Sólo llenó la mitad de las tazas.

—Mi hija se levanta a las seis —dijo. —Cuando el tanque está vacío, tu curva no me ayudará.—

—No. Mara señaló a la línea. Pero si sé dónde está la presión, puedo evitar que se quede vacía de nuevo.

—¿Hoy?

—Hoy puedo ver si el agua llega a la conexión.

Un sonido salió de la tubería. Primero el aire, luego un flujo delgado. Elena se levantó. En la cocina el agua se salió del grifo. No mucho, pero uniformemente.

La presión subió en la pantalla sin llegar a la punta de la línea adyacente. El caudalímetro en la línea principal reportó una cantidad pequeña y plausible. Mara llamó a Manuel y le pidió que mantuviera la posición.

—No tengo una posición —dijo. —Conservo la presión.

—Hoy te quedas con ambos.

Elena encendió la pequeña bomba al tanque del techo. La tubería de la pared vibraba. Sobre ella comenzó a batir el agua contra el plástico, irregular e inicialmente fuerte. Elena escuchó con la cabeza levantada.

—¿Cuánto? —preguntó Mara.

—Aún no es suficiente.

El tanque se llenaba lentamente. El mostrador de la casa no se movía. Mara encendió los números con la linterna, los fotografió y verificó el sensor detrás del medidor. Él registró presión y caudal. El contador mecánico estaba parado.

—¿Kaputt? —preguntó Elena.

—Posiblemente.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé.

Elena le dio la cuenta. —Entonces tal vez ellos lo sepan.

Mara sólo había volado sobre ella por la mañana. Ahora vio una segunda línea bajo el número de conexión de Elena: Conexión vecinal, Mz. H Tt. 5. Se cobraba una tarifa básica por esto. La propiedad de al lado estaba detrás de una pared baja. Había arena, dos postes de concreto y ninguna casa.

—¿Quién vive allí?

—Nadie —dijo Elena. Nadie ha vivido allí.

—¿Había una conexión antes?

—Había una marca. Entonces no había construcción.

Mara llamó a la facturación digital. El segundo número estaba activo. El consumo de los últimos meses cambió entre cero y pequeñas cantidades regulares.

Por encima de ellos el sonido en el tanque se hizo más silencioso. Elena subió a una escalera y golpeó contra la pared lateral. El sonido era ahora más apagado.

Mara le pidió que bajara antes de abrir la tapa. La escalera estaba sobre concreto irregular, y una medida no valía la pena caer. Elena tomó una cuña de madera de la cocina y estabilizó el pie. Sólo entonces Rafael subió con guantes y una lámpara mientras Elena se quedaba abajo y sostenía la escalera.

El nadador se movía libremente. En la pared interior varias alturas estaban marcadas con lápiz, junto a datos e iniciales individuales. Elena explicó que su marido había marcado los domingos anteriores, ella incluso ahora siempre cuando algo inusual cambió. Los golpes no formaban una curva limpia. Eran una crónica de días en que alguien había tenido tiempo de mirar.

Mara fotografió no sólo el estado actual, sino también las marcas. —¿Puedo tomar los nombres?

Elena miró a la pared. —Las iniciales sí. La foto desde el techo no en Internet.

Mara escribió la restricción en su nota de consentimiento. Rafael sonrió brevemente como si hubiera esperado una respuesta más solemne, y se puso serio de nuevo cuando Mara quería comprobar el medidor del paquete supuestamente vacío.

La caja del contador no estaba ubicada donde el mapa digital lo mostraba, pero dos anchuras de la parcela más bajo una solapa de metal. Una nueva pegatina llevaba el número de conexión correcto; debajo de ella había un número más antiguo con pintura pintada. Mara sólo limpiaba la ventana de visualización, no la carcasa. El nivel del número era pequeño pero no cero. La rueda se movía a intervalos regulares alrededor de un paso apenas visible.

Rafael conectó la casa de Elena con el patio, la cocina y el aseo a su vez. La rueda de la parcela vacía se movía. Mara filmó dos minutos y luego dejó el teléfono. Un mostrador en movimiento demostró el consumo detrás de este medidor, no el lugar de consumo.

Elena trajo tres tazas de agua de anís. —Si descubres a quién pertenece, también recibirá una taza.

—¿Y la cuenta? —preguntó Rafael.

—Él los consigue primero.

—La mitad —dijo.

Mara leyó el mostrador de la casa de nuevo, los mismos números, mientras el tanque de Elena se había llenado, no se había registrado ningún consumo allí.

Capítulo 3: El canal seco

Daniela Rojas esperaba en el último camino pavimentado de Los Pinos. Llevaba zapatos de trabajo, una chaqueta ligera alrededor de sus caderas y una bolsa de tela con dos botellas de agua. Detrás de ella el asfalto terminaba en un compartimento de carriles. Ninguno de ellos estaba en el mapa de Mara.

—¿Qué lleva al Canal Seco? Preguntó Mara.

Daniela señaló a tres. —El que todavía está allí hoy.

—¿Y qué es esto?

—Con respecto a si queremos volver a encontrar.

Mara la miró, Daniela no sonrió, se fue por la pista del medio.

La Municipalidad había propuesto a Daniela como compañera porque era responsable de la limpieza en Los Pinos, Mercado y ocasionalmente en almacenes al sur del CENTRO. Sus caminos conectaban lugares entre los cuales el mapa de la ciudad mostraba espacios libres. Conocía abreviaturas, puertas que estaban abiertas durante el día, y muros por los cuales un pasaje anterior todavía era visible por color.

Mara llevaba un pequeño sensor de humedad del suelo, un termómetro infrarrojo, botellas de muestra y un dispositivo GPS. Después de la noche de medición quería saber si el agua goteaba, goteaban o corría en una vieja tubería al sureste de la casa de Elena. No esperaba un río. Por una pérdida de presión, malas conexiones, una rama no registrada o un fregadero donde el agua se estaba reuniendo.

Antes de irse, volvieron a la propiedad vecina de Elena. El tapón de tubería cerrada todavía estaba de pie en el poste de concreto. Mara había unido un sello de papel delgado a la tapa por la mañana, no como un sello, sino para reconocer un movimiento. La marca todavía estaba entre el tapón y el hilo.

Daniela miró el aturdimiento. —El camino al canal no comienza aquí.

—¿Dónde entonces?

—No sé si la línea va al canal. Sólo el camino.

Mara le mostró las tres líneas de la copia del viejo plan. Uno terminó en el borde lateral, uno en un círculo sin número, uno bajo una corrección posterior.

—¿Has visto trabajar fuera? ¿Excavaciones, reparaciones, vehículos?

Daniela pensó: —Hace dos inviernos, un camión estaba más al sur. Sin logotipo. Dos hombres tenían un rollo de manguera azul. Tal vez para una casa.

—¿Qué casa?

—Por eso tal vez —.

Mara notó la observación con el tiempo inexacto. Preguntó sobre el color, el tipo de vehículo y la ubicación, no un significado. Daniela podía recordar un taxi blanco, una lona oscura y un neumático pinchado. Ya no conocía las placas de matrícula o caras.

Elena salió de su casa con el libro de combustible. El puesto había caído por dos anchos de dedo desde el final de la ventana de suministro. Esto estaba en línea con su consumo de la mañana. Señaló el suelo del vecino vacío.

—Si abres algo allí, avísame de antemano.

—Hoy no estamos abriendo nada —dijo Mara. —Solo estamos buscando el curso.

—Mirar también es trabajo. La gente ve dispositivos y les dice que has encontrado algo —.

Mara prometió hablar con ella antes de una excavación o separación. Elena arrancó un lado de un pequeño calendario y dibujó la forma en que los vehículos de construcción habían tomado antes. No estuvo totalmente de acuerdo con ninguno de los tres carriles visibles.

Entre las últimas casas Daniela los guiaba a lo largo de una pared. En el otro lado había una concha. El tanque de techo negro ya estaba montado, aunque faltaban ventanas y puertas. Una manguera colgaba del techo a la arena y terminaba allí sin conexión.

—¿Vive alguien aquí? —preguntó Mara.

—A veces un guardia.

—¿Se entrega agua?

—Un mototaxi trae lata. El tanque es para más tarde.

Mara no lo fotografió, no todos los tanques eran parte de su red.

Detrás de la concha, el suelo se hizo más brillante. Las pistas de carretera corrían sobre piedras planas y se perdían en la arena. En el oeste, el sol yacía profundamente sobre la costa como un disco pálido detrás de la niebla. El Garúa no venía como una pared visible. Sólo hacía más oscuro el metal y el aire más frío.

En el borde de una parcela había un tanque de agua en el suelo. Estaba vacío y inclinado a un lado para que el viento no lo moviera. Dentro había dos ladrillos y un zapato de niño. Daniela no lo puso.

—¿Por qué sus caminos de trabajo conducen a lo largo de esto? —preguntó Mara.

—Porque los caminos directos no siempre son directos.

—¿Por los tontos y los perros?

—Por ordenes. Una casa por la mañana, un campamento por la tarde, el motel a veces por la noche. Cuando vuelvo al CENTRO cada vez, pierdo una hora —.

Señaló a una pared baja, donde dos filas de ladrillos eran más brillantes. Había una abertura antes. Ahora su camino condujo alrededor del exterior.

—¿Quién decide qué es una manera?

Daniela levantó la bolsa de tela más arriba en su hombro. —Los pies primero. Más tarde alguien con concreto.

Mara pensó en los planes de gestión. Allí también, una conexión provisional podría funcionar primero y más tarde hacerse oficial sin que se documentara la decisión más antigua. Eso no la hizo segura o equivocada.

Se detuvieron en un vertedero de basura. Las baldosas rotas, las abrazaderas de tubo viejo y los pedazos de tubo de plástico verde yacían entre el cartón. Mara no revisó ninguna pieza que obviamente fuera de las instalaciones de la casa. Daniela señaló a un embrague gris pesado debajo de una bolsa.

—Eso no estuvo allí la semana pasada —.

Mara la fotografió sin llevarla con ella. El diámetro podía caber en una hebra más grande, pero el borde de la fractura era viejo. Alguien podría haberla traído de otro cuarto. Ella notó la ubicación, no el origen.

Daniela dejó el sendero y caminó entre dos muros de tierra baja.

—Aquí es más corto —.

—Hay un muro en el mapa —.

—Estaba allí.

En la arena se colocan piezas de concreto con los lados lisos. Algunos contenían hierro de refuerzo oxidado. Una fila fue lo suficiente como para haber sido una vez una fundación o canaleta. Mara estableció el primer punto de camino.

—¿Quién construyó esto?

—Alguien con concreto —.

—Eso es preciso —.

—Eso es todo lo que sé.

Daniela no siempre caminaba por el camino más claro. Dos veces cambió de dirección sin explicación. La segunda vez Mara preguntó.

—Hay arena suave en la parte delantera.

—No ves ninguna diferencia.

Daniela se arrodilló y cruzó la superficie. En el camino directo, la arena yacía suelta e incluso. Más tarde, se hundieron pequeñas piedras.

—El camión del proveedor —dijo. Cuando uno está atascado, el siguiente va a ir junto a él. Después de tres semanas, el desvío es el camino.

Mara revisó el lugar con el bastón. Daniela tenía razón. Bajo la capa suelta el suelo estaba profundamente molesto.

El Canal de Seco no parecía un canal. Al principio Mara vio sólo una depresión superficial entre dos Sandrucks. Sólo más cerca estaba una línea ancha, artificialmente formada. En un lado había restos de crestas de concreto. En el otro se perdieron. El suelo estaba cubierto de basura, piedras y material vegetal seco.

Una pieza de tubo azul sobresalía oblicuamente de una losa de concreto rota. Fue aserrada al final. El diámetro no coincidía con ninguna línea principal que Mara había visto hasta ahora.

—Eso es viejo —dijo Daniela.

—¿Cuántos años?

—Ya estaba allí cuando Los Pinos tenía menos casas.

Mara fotografió el borde de corte, el material y la ubicación. El tubo estaba seco en el interior. En la parte inferior, fina arena oscura pegada. Ella no tomó ninguna muestra; el depósito no era lo suficientemente fresco como para confirmar un movimiento de agua corriente.

Más al sur había dos secciones del canal que nunca habían sido conectadas. La primera cayó ligeramente hacia la ciudad. La segunda estaba inclinada en la otra dirección. En el medio, faltaban varios metros. Un drenaje podría haber sido planeado y permanecer inacabado. También podría venir de diferentes fases de construcción.

Mara estiró una delgada línea de medición entre dos barras. Daniela sostuvo la primera barra en el borde superior del canal de concreto, mientras Mara estaba leyendo la altura en el segundo. Después de eso cambiaron de posición y repitieron la medición. La diferencia permaneció. Las dos ranuras realmente conducían uno contra el otro.

—Entonces el agua se junta en el medio —dijo Daniela.

—Si ambos fueran a correr el agua al mismo tiempo y el medio fuera denso.

—No lo es —.

—No.

En la sección que faltaba, la arena era gruesa y apedreada. Mara apuñaló un palo de taladro estrecho en tres lugares. Los veinte centímetros superiores estaban secos. Debajo, capas sólidas y sueltas cambiaron. Ninguno olía a aguas residuales orgánicas.

Ella colocó las muestras en orden de su profundidad sobre una lámina. Daniela señaló una tira gris en la muestra central.

—¿Ash?

Mara frotó una pequeña cantidad entre los guantes. —Cemento de fuego o mortero. Tal vez el depósito de los restos de concreto.

—Tal vez llevado por el agua.

—También es posible. Tendríamos que comparar el tamaño y la composición del grano.

Daniela aceptó esta respuesta sin impaciencia. Ella no quería una confirmación rápida. Ella quería lo que vio para no desaparecer de la investigación.

Mara estableció una serie de medidas a través del lecho del canal: temperatura, humedad superficial, humedad del suelo a diez centímetros de profundidad. Ella numeró los puntos C1 a C8. Daniela siguió adelante y colocó pequeñas piedras junto a los lugares para que nadie pisara las marcas.

C1 a C3 estaban secos. C4 mostró una baja humedad. C5 estaba seco de nuevo. C6 en el residuo de concreto era mucho más frío y amortiguador. C7 y C8 no mostraron nada.

—Si es una pista, no corre a través de los puntos —dijo Daniela.

—O la humedad no viene de un alambre.

—O ambas cosas.

Mara dibujó la serie en su libro de campo. Un patrón con dos puntos húmedos todavía no era un curso. Pero fue suficiente para comprobar específicamente para un ascenso posterior.

Mara midió alturas, latitudes y gradientes. Daniela sostuvo el latte. El GPS saltó entre dos posiciones, aunque se detuvieron.

—¿Una mala recepción? —preguntó Daniela.

—Posible. Los Cerros, tolerancia del dispositivo, reflexión.

—Entonces escribe posible.

Mara la miró.

Daniela puso el café con leche en el mismo lugar. La segunda lectura estaba dentro de la tolerancia de la primera. Mara salvó ambos.

Siguieron el lecho del canal hacia el sureste. La arena era a veces más dura, como si el agua la hubiera alisado una vez. Pero las viejas lluvias fuertes podían dejar tales áreas. En el desierto costero una pista permaneció por mucho tiempo sin estar actualizada.

Sobre un remanente de concreto Daniela señaló una mancha más oscura.

Mara midió la temperatura de la superficie. La mancha era menos de dos grados más fría que la arena al lado. El sensor de humedad mostró un pequeño aumento. Empujó la capa superior a un lado con una espátula limpia.

Debajo estaba mojado.

No brillaba y no podía expresarse, pero se mantuvo unido cuando Mara lo apretó entre guantes.

Marcó un círculo, tomó una muestra y la cerró. Luego colocó más pequeñas sondas a intervalos. Un metro más lejos el suelo estaba seco. Dos metros hacia el CENTRO del canal otra vez ligeramente húmedo. Entre nada.

—No hay línea coherente —dijo Mara.

—Sólo anotaste puntos.

—Basta con no hablar de una corriente.

Daniela asintió. —¿Y suficiente para hacer otro punto?

Mara puso un cuarto.

La muestra húmeda olía mineral, después de concreto frío y algo metálico. Sin olor podrido, sin indicación de aguas residuales. Eso no era una advertencia higiénica. Odor podía descartar muchas cosas y casi nada confirmado.

Ella tomó una pequeña muestra de agua de un estrecho hueco debajo del concreto. Era sólo suficiente para unos pocos mililitros. El líquido estaba claro. Mara etiquetado la botella con un punto, profundidad y tiempo.

—¿Lo oyes? —preguntó Daniela.

Mara se quedó en silencio. Del norte vino un motor, un perro y un martillo lejano. Entre ellos no se movió agua audible.

—¿Qué es lo que oyes?

—Ahora el dispositivo.

El registrador de datos dio un tono corto cada diez segundos. Mara apagó la confirmación acústica.

Daniela esperó. —Y el camino.

—No puedo apagarlos.

—Más tarde se vuelve más tranquilo.

Se sentaron en un bloque de concreto. El sol se hundió detrás de la niebla. El motor se detuvo en la distancia. El martillo se detuvo. Para esto, los sonidos individuales se volvieron más claros: arena que se deslizó de un borde, un pájaro, una lámina de plástico suelta más arriba.

Daniela le dio a Mara una de las botellas de agua. Ella bebió sólo después de que Mara había abierto la tapa. El viento empujó un pedazo de plástico delgado a través de la cama del canal.

—Teresa dijo que a menudo trabajas de noche —dijo Mara.

—Algunos lugares se vuelven libres sólo cuando otros van.

—¿El motel?

—A veces las habitaciones. No la octava.

Mara esperó, pero Daniela no lo explicó. —¿Hace mucho que conoces a Néstor?

—Lo suficiente como para no pedir la habitación 8 cuando trae una toalla.

—Él me trajo uno.

—Entonces el suelo podría haber estado mojado.

Mara no me habló de la línea en el pasillo, no quería cambiar las observaciones de Daniela con una interpretación temprana de su propia.

Daniela sacó un surco corto en la arena con la punta de su zapato y lo untó de nuevo. —En mi patio a veces pongo las cosas de manera diferente.

—¿Por qué?

—Para que el camino no quede demasiado claro.

—¿De qué manera?

—El que ves cuando todo está limpio.

Ella lo dijo sin invitar a una teoría. Mara no preguntó si el camino realmente apareció. —¿Ayuda?

—A veces. Si hago una regla fija fuera de ella, probablemente no más.

Mara no escribió nada. Daniela estuvo en la conversación hasta que tuvo alguna referencia a la investigación. Sin embargo, la sentencia permaneció con ella porque se parecía a una experiencia técnica: Una adaptación efectiva podría perder su beneficio si sólo se repitiera la última posición y se olvidaran las condiciones.

—¿Desde cuándo has venido aquí? Preguntó Mara.

—Voy a pasar. No aquí.

—¿De camino al trabajo?

—A veces. Si hay una puerta cerrada o alguien deja un perro afuera.

Daniela frotó arena de su suela de zapatos. —Por la noche se puede oír agua a veces. No siempre. Sólo cuando las cosas están fuera.

—¿Qué cosas?

—Motores. Lámparas. Dispositivos que muestran que funcionan —.

Mara pensó en Rafael y el zumbido que su dispositivo de frecuencia no había mostrado. —¿Dónde lo oyes?

Daniela no señaló un punto, dio la vuelta a su mano como si describiera una dirección bajo el suelo. —Tira.

—¿Puedes mostrar esto hoy?

—Tal vez cuando el tuyo esté fuera.

Mara no apagó inmediatamente el registrador de datos. Grabó el tiempo y el último valor medido, terminó la grabación correctamente y esperó hasta que el dispositivo estaba oscuro. Sensor y cables permanecieron en su lugar.

—¿Ahora?

Daniela se levantó, dio tres pasos, se detuvo en la frontera entre arena sólida y arena suelta y no cerró los ojos.

—Ahí.

Mara escuchó el viento en la cresta de concreto. Un roce muy tranquilo salió de la arena, tal vez granos que se deslizaron después de ella. No hay flujo que ella podría nombrar con seguridad.

—¿Qué te parece?

—Como si algo pasara por un largo punto entre nosotros.

—¿Agua?

—Así es como yo lo llamo.

Mara fue al mismo lugar, no puso su mano en el suelo porque podría haber causado un sonido.

—No oigo nada seguro.

—Bien.

—¿Por qué bueno?

—Porque no dices que no oigo nada.

Mara tomó el protocolo. Escribió: Data logger 18:41 apagado. Daniela Rojas entonces percibe el ruido de tirar debajo de la cama del canal, conocido por ella como agua. M. Pizango percibe el viento y los sonidos de arena, ninguna fuente de agua segura. No hay corriente visible.

Daniela leyó la entrada. —Eso es mucho para un sonido.

—Separa a quien ha oído qué.

—¿Y si lo oyes mañana?

—Entonces entra una nueva línea.

Daniela le devolvió la ventanilla.

En el camino de regreso no tomaron el mismo carril. Daniela corrió primero en el borde norte de la cama del canal, luego sobre un punto plano entre los restos de concreto. La Garúa había insertado. Ella se acostó sobre metal y piel sin formar gotas.

Mara revisó la botella de muestra en su bolsillo, la tapa estaba fija, la manguera del sensor estaba seca, ningún líquido había goteado.

Antes de que continuaran, Mara regresó al lugar del descubrimiento sin entrar en la zona marcada. Ella fotografió sus suelas, la arena seca junto a ella y la distancia del concreto. Daniela sostuvo la escala pero no dijo nada. El silencio no fue un signo de una explicación extraordinaria; fue la concentración de dos personas que no sabían qué explicación ordinaria habían pasado por alto.

Mara sacó las raquetas del conjunto de la muestra. La izquierda se quedó seca después de diez pasos, la derecha mostró una mancha oscura en el talón. Cambió ambas. Ahora, primero, la punta izquierda se oscureció. No se podía descartar un defecto en el zapato, pero no se pudo confirmar. Daniela se subió a una tabla vieja. Donde la tabla tocó la arena, no se creó ninguna huella oscura. Al descender, sus suelas aparecieron de nuevo.

—¿Temperatura? —preguntó Daniela.

Mara midió la temperatura de la superficie y la humedad. La diferencia era demasiado pequeña para explicar la condensación visible con seguridad. Garúa estaba en todas partes, no sólo debajo de ellos. Por lo tanto, no tomó ninguna muestra de suelo de ninguna impresión. Veinte muestras mal fundadas no serían mejores que dos buenas.

En el borde del canal encontraron huellas de neumáticos de una motocicleta pequeña. Se mantuvieron brillantes. Un perro corrió a través de la arena y dejó patas ligeras también. Daniela señaló que el animal era un intento de control, que nadie había ordenado.

Mara anotó: efecto observado persona-encuadrado, mecanismo inexplicable. Luego cruzó a través de persona-atado y escribió: observado en dos pares de zapatos. La gente no eran instrumentos de medición, y los zapatos no eran personas.

Después de unos minutos Daniela notó las huellas. Detrás de sus zapatos la arena permanecía oscura. También las huellas de Mara eran más oscuras que el suelo junto a ella.

Mara se detuvo y levantó un pie. La suela estaba húmeda. No sólo fresco de la Garúa. En las ranuras había una película delgada.

—¿Caminamos por el lugar del descubrimiento?

—No —dijo Daniela.

Mara volvió la última parte en su cabeza. Arena dura, concreto, pista seca. Sin agua. Revisó el suelo junto a su pie con un guante. Secado.

Daniela se apartó dos metros y continuó. Sus siguientes huellas también permanecieron oscuras. El rastro la siguió.

Mara también cambió la línea. Lo mismo sucedió. Sólo donde sus suelas tocaron el suelo, la arena se volvió húmeda. En medio permaneció brillante.

Ninguno de ellos dijo que el agua los seguía. Pasaron a Los Pinos, acompañados de dos hileras de huellas oscuras sobre arena seca.

Capítulo 4: Dos registros

Teresa Valdivia había extendido tres planes de gestión sobre la mesa y no los había descrito como el derecho. Dos eran tan grandes que sus bordes colgaban sobre la superficie de trabajo. La tercera consistía en ocho copias pegadas. En las transiciones no había anchos de camino, tierra y una vez un pozo entero.

El Archivo Municipal estaba en el segundo piso de la Municipalidad. Por la mañana, la luz cayó por las altas ventanas de los estantes sin llegar a los compartimentos inferiores. Allí, los registros de edificios, libros de facturas y carpetas de proyectos estaban en un orden que era sólo alfabéticamente si uno sabía qué nombre anterior se había utilizado para guardar una cosa.

Alberto Salinas sacó dos cajas del camino y colocó una silla para Mara.

—Tenemos un inventario técnico —dijo. —Y otro inventario técnico.

Teresa no levantó la vista. —Uno de ellos es sólo eso.

—A ambos se les llama así.

—Ese es el problema —.

Mara puso la factura de Elena en un caso transparente. Ella había traído el original, no copiado, y le dio a Elena un recibo por él. En el segundo número de conexión junto al nombre de Elena había una tarifa básica por una propiedad sin una casa.

—Necesito la cuadrícula en la que se ejecuta este número —dijo Mara.

Alberto señaló a los planes. —¿En qué año?

—El año en que se construyó la conexión.

—Esto no es un año.

—Entonces primero encontraremos el número —.

La segunda vez lo sostuvo oblicuamente, como si la tinta de abajo pudiera mostrar otra cosa.

Teresa sacó un registro de un cajón. El papel se había vuelto suave en los bordes. Cada lado contenía columnas para la conexión, sector, estado, fecha y observación. Algunas líneas fueron dibujadas con regla, otros libremente complementados.

—El cálculo ha bajado —dijo Alberto.

—Las viejas listas están aquí.

—¿Desde cuándo?

—Desde que alguien los puso en los registros del edificio.

Alberto abrió la boca y la cerró de nuevo. Había aprendido que la cuestión de quién había hecho algo mal rara vez ayudaba mientras todavía necesitabas lo incorrecto.

Mara escribió tres titulares en una hoja vacía: BAUT. ABGERECHNET. EFICAZ HIDRÁULICA.

—Estas son acciones temporalmente separadas —dijo. —Un número puede estar en uno y faltar en el otro.

—Entonces tenemos tres listas al final —dijo Alberto.

—Una lista cruzada.

—¿Con tres columnas?

—Por lo menos.

Teresa encontró la conexión de Elena en el registro. La entrada fue creada hace doce años. Junto a ella había un segundo número, con una flecha a la propiedad vecina. En el estado de la columna fue inicialmente escrito PLANADO, más tarde CERRADO y ambos finalmente tachados con una línea delgada.

—¿Qué nuevo stock? —preguntó Mara.

Teresa dio la vuelta. —Esto no se nota generalmente en el viejo inventario.

—¿Por qué debería ser fácil, —dijo Alberto, y bajó a la cuenta.

Teresa puso dos pesos pequeños en el plan para que no entrara. Una era una piedra lisa. La otra era un rollo de burocracia.

—Alberto quiere un stock que pueda ser usado —dijo.

—Yo también quiero hacer eso.

—No de la misma manera.

Mara miró los tres titulares. —Quiero saber qué contradicción describe una línea y qué papel.

— Aquí sólo el papel es raro, —Teresa tocó con un dedo una propiedad vieja. —Incluso una factura equivocada cambia algo. Un número cerrado puede impedir que alguien consiga una nueva conexión. Un plan que muestre una línea no puede llevar a nadie a cavar donde realmente se encuentra.

—Entonces separamos el efecto y el material.

—Y mantener los dos.

Mara asintió.

La lista técnica fue encontrada en una carpeta con la inscripción AMPLIMENT LOS PINOS - FASE II. Tenía siete números de conexión al sureste del sector construido. Cuatro estaban marcados como nunca ejecutados, tres como apagados. Ninguno de los números correspondía completamente a la conexión vecina de Elena. Los dos últimos dígitos fueron intercambiados.

—Error de punta —dijo Alberto, quien regresó con una carpeta bajo el brazo.

—Tal vez —dijo Teresa.

—Dos dígitos. Esa es la explicación más probable.

—Entonces probablemente escribamos errores tipográficos.

Alberto puso la carpeta sobre la mesa. —Si guardamos cada uno Tal vez, no tenemos inventario utilizable.

—Si borramos cada uno, tenemos uno equivocado.

Mara le sacó la carpeta. —Hoy no tenemos que limpiar, tenemos que encontrar las conexiones.

La actual lista de facturación se imprimió y además estaba disponible como una tabla en el portátil de Alberto. Al sureste de Los Pinos, tenían tres números activos. Uno era el número de la factura de Elena. El segundo era diferente por un dígito. De acuerdo con el sector, el tercero pertenecía a CENTRO, pero de acuerdo con Landfield, era un paquete detrás del Canal Seco.

Los tres de ellos tenían poco consumo regular. No todos los meses. No en la misma cantidad. Las cantidades eran demasiado pequeñas para las casas habitadas y demasiado estables para los errores de redondeo puro.

—¿Quién paga? —preguntó Mara.

Alberto abrió la vista de pago. Dos reservas se habían equilibrado con la facturación municipal. Una apareció como efectivo pagado en el mostrador.

—¿Nombre?

—«Únicamente el número de recibo».

—¿Camera en el interruptor?

Teresa levantó los ojos. —No por una cuenta de agua de hace ocho meses.

—Pregunto antes de aceptar.

Alberto buscó el recibo. El sistema mostraba un espacio de escaneo, pero no una imagen. En un diario de papel el número se anotó entre dos entradas. La firma consistía en una línea corta.

—Todo el mundo puede haber sido eso —dijo.

—O nadie específico —dijo Teresa. A veces un mensajero paga varias cuentas.

Mara entró: Pago disponible, pagadores no detectables. Ella no escribió anónimamente y no desconocido. Uno sonaba como una propiedad, el otro como un misterio. Aquí simplemente carecía de información.

Al mediodía habían recogido cinco carpetas, dos registros y una lista de la oficina de propiedades. Allí se midieron las parcelas al sureste de Los Pinos. Algunos tenían números de tierra, otros sólo letras en bloque. Una amplia área estaba reservada como SCHULBEZIRK. Junto a ella había un pequeño PARK rectangular. No había ningún plan de carretera que condujera a ambos.

Alberto quería trasladar los hallazgos a una nueva mesa. Confeccionó columnas, dio formatos de fecha uniformes y sustituyó tres grafías diferentes de Los Pinos en los campos del sector por la misma. Teresa la observó en el borde de un registro.

—La ortografía original sigue siendo un error —dijo ella.

—L. Pinos, Los P. y LP significan el mismo lugar —.

—Probablemente.

—Si no unificamos esto, no puedes filtrar la lista —.

—Si lo unificas sin fuente, nadie verá más tarde que una abreviatura puede significar otra acción.

Alberto añadió una columna ORIGINALFELD. —Luego filtramos los limpios y conservamos los viejos.

—Bien.

Miró a Mara. —Hemos estado trabajando de esta manera durante algún tiempo.

—¿Acordando?

—Añadiendo otra columna.

Teresa no sonreía, pero le dio el siguiente registro.

Mara verificó las dimensiones del tubo durante el proceso. El viejo plan mostraba una hebra de noventa milímetros al sur del último bloque de lote-pinos. En una lista de materiales posterior había tuberías con ciento diez milímetros. Una factura de reparación llamada acoplamientos para ambos tamaños.

—Puede ser la misma línea —dijo.

—Pieza de reducción —dijo Alberto.

—O entrega equivocada. O dos secciones.

Teresa sacó los números de adquisición. Las tuberías más grandes habían sido reservadas con una entrega para el parque. Las más pequeñas con la extensión de las conexiones de la vivienda. Ambas entregas habían salido del Depósito Norte en el mismo día.

Mara no entró en las dimensiones de la columna GEBAUT. Se puso dos subcolumnas: planeadas y adquiridas. Alberto miró, pero no dijo nada.

—Si encontramos una transición sobre el terreno, sabemos más que eso —dijo Mara.

—¿Y si no podemos encontrar uno?

—Sabemos que no lo hemos encontrado —.

—Teresa ya te ha aprendido.

—No —dijo Teresa. Solo está siendo cuidadosa.

—¿Se ha construido la escuela? —preguntó Mara.

—No que yo sepa —dijo Alberto.

Teresa ya estaba de pie en el estante. —No construido no es lo mismo que no encargado.

Encontró una cartera de la Oficina de Educación, que contenía un informe del suelo, una orden para puestos fronterizos y una carta que suspendía la ejecución hasta el desarrollo. El plan mostraba seis aulas, un patio y un tanque de agua. En la última página había una factura por la entrega de tres cajas de conexión.

—Tres —dijo Mara.

—Puede ser una coincidencia —dijo Alberto.

Teresa escribió el número de factura en su lista.

La entrega había sido reconocida en el Depósito Norte, no en la propiedad de la escuela. El destinatario había firmado con una abreviatura, lo que se incluyó en otro manuscrito: CONTINUE SECTOR H.

—¿Sector H?

Alberto abrió el mapa del sector actual, que va de A a G.

—Tal vez Hondonada —dijo.

La palabra permaneció entre ellos por un momento porque sonaba demasiado pronto.

—Tal vez algo con H-- —dijo Teresa.

Mara pensó en la impresión de una nota eliminada en su plan en el motel. Una H, tal vez una N. Sacó la foto en su teléfono. Teresa no la amplió inmediatamente. Ella preguntó primero si Mara había cambiado el original.

—No.

—Bien.

El original estaba en el archivo de acuerdo con el correo electrónico. Buscaron el nombre del plan y encontraron un rollo en el armario trasero detrás de dos tarjetas de la antigua cantera. El papel era más grueso que la copia de Mara y derribado en una esquina. La nota azul PRINT estaba presente. Debajo de ella la impresión de las letras borradas se hizo más clara.

Teresa colocó una lámpara plana en el lado de la mesa. La luz pasó por encima de los huecos. No se escribió una palabra completa. Sólo en el borde derecho del plan, fuera de la red impresa, encontraron otra nota.

LA HONDONADA.

Las palabras estaban en estrecho guión junto a un borde rayado. Sin signo de interrogación, sin explicación, sin fecha. Alguien había usado el nombre como si cada persona que leyera el plan ya tuviera que saber cómo lo llamaba.

Alberto se inclinó sobre él. —Este es un sector.

—Es un nombre en una frontera —dijo Teresa.

—Sobre un plan técnico.

—Los planes técnicos también contienen nombres.

Mara comparó la ubicación con el mapa de la propiedad. La frontera despedazada incluía el distrito escolar planificado y el pequeño parque, pero no las tres posiciones de conexión. Uno estaba situado al norte de ella. Un segundo en el borde. El tercero fuera de la hoja.

—¿Qué quiere decir Hondonada? —preguntó Alberto.

—Un valle —dijo Mara. Un lugar más bajo.

—Allí el terreno no está en todas partes más bajo.

—Entonces tal vez sea sólo el nombre —.

Teresa lo escribió en la lista cruzada, sin citas.

Después del almuerzo, un empleado de la oficina de la propiedad trajo otra caja. La puso en la puerta, dejar que la recepción fuera reconocida y izquierda. En la tapa estaba PARKANAGEN SÜD. Había facturas para bancos, plantación de pozos, bases de linterna y tuberías de riego. Faltaba un protocolo de aceptación.

Comían pan con queso sobre la cartera cerrada. Teresa no permitía que se abrieran tazas en la mesa de trabajo, por lo que el café estaba de pie en un coche en la antesala. Alberto salió tres veces y regresó cada vez con una taza casi vacía. En la cuarta vez sólo tomó la bolsa de azúcar.

Mara preguntó si alguien en el archivo sabía el nombre de La Hondonada. Teresa agitó la cabeza.

—¿Lo sabes en la mente de ser escuchado o encontrado?

—Ambos.

—¿En el Mercado?

—Quizás como indicación del terreno. Aquí tienes muchos nombres para lugares que no están en ninguna tabla.

Alberto se sentó de nuevo. —Mi abuelo le dijo a Hondonada todos los valles donde la arena oscura se mantenía después de Garúa. Eso no es prueba de un sector.

—¿Se refería a un sureste de Los Pinos?

—Rara vez se refería al mismo lugar dos veces.

Mara no escribió la declaración en la lista cruzada. La escribió en una hoja separada bajo ORT-MARKING. Administración y la vida cotidiana podían usar el mismo nombre de forma independiente. Sólo cuando una dirección, frontera o persona conectada a ambos, pertenecían al mismo hallazgo.

Teresa encontró una discusión en un protocolo del consejo sobre el desarrollo de las zonas del sur. El nombre faltaba. Se trataba de vivienda, una escuela y una zona verde. La decisión aprobó el trabajo preliminar pero no la construcción. Dos páginas más tarde un suplemento aprobado mantenimiento para las conexiones ya instaladas.

—Preparaciones que se están manteniendo —dijo Alberto.

—Eso es posible —dijo Mara. —Un control deslizante conjunto necesita mantenimiento, incluso si la casa nunca llega.

—¿Tres deslizadores?

—Posiblemente.

Marcó el suplemento como una explicación, no una solución.

—El parque es quizás el que está en el plan —dijo Alberto.

—U otro parque del sur —dijo Teresa.

Mara comparó las dimensiones. Seis pozos de siembra, cuatro bases de linterna, dos puntos de agua. La factura fue pagada por completo. Un rendimiento de mantenimiento tres años más tarde llamado el control de válvulas en el sector La Hondonada.

—Ahora es más que un nombre en una frontera —dijo Alberto.

Teresa asintió. —Ahora también hay un nombre en una factura.

—Eso es suficiente.

—¿Por qué?

Alberto miró a Mara.

—Es suficiente para una visita —dijo. —No para la declaración de lo que se construyó allí.

Mara dibujó un árbol hidráulico simplificado sobre papel milímetro. La parte superior era el tanque alto de El Alto. Entre ellos estaba la división en el CENTRO, luego Los Pinos. Puso las tres posibles conexiones no en sus posiciones de plano, sino junto a ellos.

—¿Por qué? —preguntó Alberto.

—Porque no conocemos su situación hidráulica. Una dirección de facturación no dice a qué línea está conectado un número —.

Ella entró en el contador de pie de Elena, el caudal medido detrás y el tanque lleno. Estos tres datos podrían ocurrir juntos cuando el medidor mecánico fue bloqueado. No explicaron por qué no había excedentes en el mostrador principal o por qué la presión en otras conexiones aumentó.

—¿Puede el agua volver de una vieja hebra? —preguntó Teresa.

—Si las válvulas, las alturas y la presión lo permiten, tendríamos que encontrar la conexión, y tendríamos que comprobar el flujo de retorno y la higiene —.

—¿Puede un número de agua utilizar sin una casa?

—Por supuesto. Agua de construcción, riego, fugas, mantenimiento. O el número pertenece hidráulicamente a otra parte.

Alberto señaló la palabra —contado. —¿Y puede un número mostrar el consumo sin que el agua fluya?

—Esto también. Estimación, transmisión, asignación equivocada.

—Entonces cada columna puede estar equivocada.

—No. Cada columna puede describir otra cosa correctamente.

Teresa puso el papel milímetro junto al mapa de la propiedad. —Por eso los dos lo guardamos.

Añadió una nueva línea en la lista cruzada. Parque: planamente disponible. Adquisición disponible. Ejecución inexplicable. Mantenimiento facturado. Efecto hidráulico inexplicable.

—Eso es mucho sin resolver —dijo Alberto.

—Pero no nada.

Por la tarde copiaron la lista de conexiones técnicas. El dispositivo estaba de pie en la antesala y arrojó cada lado en el almacén con un tirón seco. Teresa puso el original en la placa de vidrio, cerró la tapa y presionó el inicio.

La copia fue escrita en ocho líneas en lugar de siete.

Un cuarto había aparecido entre los tres números que estaban cerrados. Comenzó con el mismo identificador de sector y terminó en 04. La fuente era más pálido que el resto, pero claramente alineado.

Alberto guardó original y copiado lado a lado. —¿Daño toner?

—Un daño toner no añade ningún número —dijo Mara.

Teresa se llevó la copia antes de que Alberto pudiera ponerla en la mesa. Revisó la parte posterior, el inserto de plantilla y la placa de vidrio. Bajo la tapa no había ningún segundo papel pegado. En la memoria del dispositivo no había órdenes visibles.

—Una vez más —dijo Alberto.

Teresa primero fotografió el original, luego lo copió de nuevo, y la segunda copia mostró siete líneas.

—Así que estamos tirando la primera —dijo Alberto.

—Sí. Teresa escribió COPIA ERRÓNEA encima con bolígrafo rojo, anotó un nuevo número correlativo y colocó la hoja detrás de la correspondencia.

—Abandonar significa mantenerte a ti.

—No como una lista de conexiones.

Mara miró el pálido número adicional, y no coincidía con ninguno de los tres números de facturación activos.

—No lo usamos —dijo.

Alberto asintió. —¿Y si aparece más tarde?

—Entonces documentamos dónde no los encontramos primero —.

Teresa apagó la fotocopidora, nadie llamó prueba a la línea adicional, nadie fingió que no apareció.

Alrededor de la tarde la lista cruzada constaba de trece líneas. Ninguna estaba completa. Algunos tenían un archivo de construcción sin factura, otros tenían una factura sin conexión rastreable. Tres números se fijaron. Tres o cuatro estaban técnicamente cerrados, dependiendo de las existencias antiguas. El distrito escolar fue planeado y nunca abrió. El parque fue adquirido y no despegó. Los servicios de mantenimiento habían sido pagados.

Alberto imprimió la mesa. En la pantalla había buscado una página. En papel la última columna se rompió y empujó dos líneas a una segunda hoja. Quería reducir la fuente.

—No menos de diez puntos, —Teresa dijo.

—Entonces tenemos dos lados.

—Tenemos trece conexiones contradictorias, tierra y servicios. Puede que necesites dos lados —.

Mara tomó ambas hojas y las puso lado a lado. La ruptura lateral separó exactamente los tres números de facturación activos de los números técnicos antiguos.

—No deben permanecer así —dijo.

Alberto parecía satisfecho hasta que añadió: —No porque sean dos lados, porque la agitación oculta una conexión.

Cambió la clasificación por fuente para ordenar por lugar posible. Ahora las líneas contradictorias estaban directamente entre sí. La lista permaneció dos páginas de largo y se volvió más utilizable.

Teresa no las puso juntas, puso ambas hojas en una cáscara transparente para que nadie copiara la primera página más tarde.

Mara planteó tres preguntas bajo la mesa.

¿Qué se construye realmente?

¿Qué es lo que aún se está resolviendo?

¿Qué influye en la presión neta hoy día?

—Ninguno de ellos puede ser respondido aquí solo —dijo ella.

Teresa trajo tres carpetas más de un gabinete inferior que no fueron archivadas bajo La Hondonada. Uno llevaba el nombre de la escuela planificada, uno nombró un programa de construcción de carreteras, el tercer número. En el directorio de construcción había una factura sobre las cubiertas del eje. La cantidad de entrega era mayor que el número de ejes en el protocolo de aceptación.

Alberto comenzó a calcular. Teresa no lo detuvo, sino que lo puso por encima de su columna por el momento. Dos cubiertas podrían haber sido un reemplazo, uno podría estar en otra obra de construcción, o la disminución podría ser incompleta. Una diferencia no era todavía un eje desaparecido.

La carpeta de la escuela contenía un mapa con un sello de la administración educativa. El edificio nunca había sido construido, pero una cuenca estaba marcada como ya existente. La coordinación estaba cerca de una de las tres conexiones activas. Además, se escribió en letras pequeñas: Conexión para la fase de construcción continuó siendo utilizable.

—¿Continúa siendo utilizable por quién? —preguntó Alberto.

—Esa no es una pregunta técnica —dijo Teresa.

—Pero el contador se mueve técnicamente.

Mara escribió los dos niveles por separado. Un tubo podría existir, aunque un derecho de uso era inexplicable. Un derecho válido podía existir, a pesar de que la tarjeta estaba equivocada. Si se unieron ambos en una línea, la precisión del dibujo falsificaría una claridad que los archivos no poseían.

Teresa encontró una lista manuscrita en la carpeta de números. Tres llaves, dos dispositivos de medición, una llave de válvula. En la tercera llave, estaba de vuelta en la sede, sin fecha ni firma. Alberto quería saber qué cerradura abrió.

—Tal vez no más —dijo Teresa. —Pero no estamos buscando puertas solo porque falta una llave.

Crearon una matriz fuente. Cada posición recibió la fecha, autor, propósito y límite de confianza. El plan de facturación era bueno para los números, malo para las fronteras terrestres. El mapa de la propiedad fue bueno para límites, pero más viejo que la administración. El plan de la escuela mostró una intención no un estado construido.

—Entonces tenemos que irnos —dijo Alberto.

—A la frontera. Primero aclaramos la propiedad, los pozos y la seguridad laboral.

Teresa no hizo rodar el plan inmediatamente. Ella puso un pedazo de papel transparente sobre él y transfirió las tres posiciones de conexión, el distrito escolar, el parque y el borde punteado. Las líneas no encajaban perfectamente juntas. Un número de conexión estaba en una propiedad de acuerdo con el plan de facturación que no tenía acceso según el mapa de la propiedad.

—¿Estamos corrigiendo la situación? —preguntó Alberto.

—Todavía no —dijo Mara.

Teresa puso una pequeña fuente junto a cada punto. —No corregimos antes de saber qué realidad estamos borrando.

Colgó la bandera sobre el mapa torcido de la ciudad en la pared. La Hondonada estaba situada en el borde sureste, donde varias líneas de papel se quedaron sin papel. El nombre no dejó claro el lugar. Dio a las contradicciones sólo un área común.

Capítulo 5: La presión a las 2:17

A las veintiuna horas el protocolo de medición estaba en el capó de la camioneta. Mara había introducido los valores límite con una pluma roja: presión máxima en las conexiones provisionales, presión mínima para la entrada, demolición a turbidez visible, olor o flujo de retorno. Entre ellos estaban los tres puntos de medición y los relojes con los que se emparejaron.

Inés revisó cada vez el sello por segunda vez. Rafael se paró junto a ella y mantuvo dos cables sensores separados, aunque no se tocaron entre sí.

—Si los cambiamos, tenemos parque en el tanque alto —dijo.

—Si los etiquetan, no.

—Están etiquetados.

—Entonces puedes dejarlos ir.

Rafael soltó los cables, se mantuvieron separados.

La casa bomba de El Alto estaba brillantemente por encima de la ciudad. Debajo de la valla estaban los techos con sus tanques negros. Más al oeste el Pacífico no era visible, pero en el aire había sal. El Cerro Dormido detrás de ellos estaba como una masa oscura contra un cielo ligeramente más claro.

Inés trabajaba en la estación meteorológica y se utilizaba para medir series que corrían durante meses. Llevaba una chaqueta delgada contra el Garúa y tenía su propia bolsa para cada dispositivo. Rafael la ayudaba con mantenimiento, cables y todo lo que podía ser mejor controlado por tocar que por la guía del menú. Tenía tres rollos de cinta con él, aunque Mara sólo había pedido uno.

—Medimos la presión y el flujo —dijo Mara. No hay razón.

Rafael miró desde el sensor. —Todavía no.

—No esta noche. Si algo golpea, primero aseguramos el resultado —.

Inés asintió. —Y cada procedimiento tiene un tiempo.

Miró a Rafael.

—Escribo —dijo.

Manuel estaba de pie en la válvula sur. La rueda estaba justo al lado de la posición impresa, en una línea de tiza fresca. Ya había escrito el soporte del contenedor, la presión y la bomba de funcionamiento en la pared.

—Hoy no cambias nada sin instrucción —dijo Mara.

—¿Cuándo llega un límite?

—Entonces conéctate a la zona segura y llama al mismo tiempo.

—Estas son dos cosas.

—Entonces primero, asegúrate, luego llama.

Manuel puso la llave de la válvula en el suelo, no muy lejos, sólo fuera de control.

El primer sensor estaba detrás del contador principal. Inés ventilaba la distancia de medición, comparaba el medidor portátil con la pantalla fija e iniciaba una medición cero. Los pulsos de salida del contador principales a intervalos pares. Cada uno era visible como una pequeña línea en la pantalla.

Antes de salir del punto de medición, Mara simuló un fallo corto. Inés desconectó la conexión de datos, no el sensor. Apareció un hueco en el computadora portátil. El dispositivo mismo se mantuvo almacenando. Después de reconectarse, los valores faltantes fueron añadidos y marcados como transferidos después.

—Si una línea se rompe esta noche, al menos sabemos si el agua o sólo la red de radio se ha ido —dijo Inés.

Rafael revisó el nivel de la batería. —¿Y cuando ambos se hayan ido?

—Entonces tenemos el almacenamiento local y el protocolo de Manuel —.

Manuel levantó su portapapeles. Era un tablero viejo con una mesa nueva. Mara tenía las líneas impresas lo suficientemente grandes como para no tener que buscar gafas de lectura en la casa de la bomba. Además de cada valor había un campo para observaciones. Manuel ya había entrado: Bomba 1 suena normal. Bomba 2 es normal. La segunda normalidad fue subrayada.

Mara comparó el reloj en la pared con el teléfono. Ella fue cuatro minutos por delante. Ella no pegó una nota nueva al respecto, pero notó la desviación. Un sello de tiempo no tenía que verse bien. Tenía que ser asignado correctamente.

—Cantidad total aquí —dijo Mara. Si una fuga tiene el tamaño de un bloque de casas, debe mostrarse en esta fila si está detrás del mostrador.

—¿Y si está delante del mostrador? —preguntó Rafael.

—Entonces no explica la distribución al sur —.

Condujeron hasta el parque. No se quemaron linternas. Los mástiles estaban de pie a lo largo de los senderos, cuatro con luces completas, dos con cajas de conexión abiertas. Manuel había nombrado el pozo en el borde como un punto de medición adecuado. La válvula del lavabo estaba cerrada.

Rafael levantó la tapa con un gancho. El eje estaba lleno de aire fresco, de pie. Inés mantuvo el medidor de gas adentro y esperó antes de que alguien se inclinara sobre él. Los valores permanecieron discretos.

—Realmente esperan —dijo Rafael.

—El dispositivo también mide cuando estás impaciente.

El sensor del parque fue conectado a un viejo puerto de pruebas. Cuando se abrió, el aire primero vino, luego agua. Olía a metal, no a aguas residuales. Mara tomó una muestra, llenó la temperatura y el cloro residual en el protocolo y selló la botella.

En el borde del parque, dos hombres se sentaron en un banco y compartieron una bolsa de maíz asado. Observaron el trabajo sin hacer preguntas. Un niño condujo de ida y vuelta en una pequeña bicicleta hasta que su madre lo llamó hogar.

—¿Las lámparas no están funcionando? Preguntó uno de los hombres.

—Hoy —dijo Mara.

—Llevan años diciendo eso —.

Alberto había anunciado que examinaría cuatro linternas la semana siguiente. Mara no prometió nada.

—Hoy medimos el agua.

—Puedes ver eso peor.

Manuel cerró el pozo.

En Los Pinos, Elena tenía dos sillas de plástico delante de su casa. En una había un folleto para los puestos de tanques. Por la tarde había puesto tiza en el exterior del tanque tres líneas: vacía, media y suficiente para mañana. Mara quería estimar el nivel de llenado en litros primero.

—Basta para mañana también es un valor —dijo Elena.

—Entonces tomamos ambos.

Escribieron los litros estimados y el borde de Elena lado a lado.

El tercer sensor estaba detrás del contador de la casa de Elena. Un registrador de presión adicional fue colocado dos casas más lejos de la conexión provisional renovada. El acoplamiento de la pareja había sido instalado el día anterior. Mara sin embargo lo probó para la estanqueidad de fugas y tenía la válvula de comprobación probada.

A eso de las veintidós comenzó la ventana de suministro. Al principio sólo la secuencia de pulsos cambió en el mostrador principal. Luego la presión subió en la salida del tanque alto. Con retraso el parque reaccionó, último Los Pinos.

—Cuatro minutos doce —dijo Inés.

—Ayer, eran unos cinco —dijo Manuel.

—Inverosímilmente entra en la observación, no en la serie de medición.

Manuel aceptó eso.

Elena abrió el grifo en la cocina. El aire entró en shocks, luego agua. La pequeña bomba al techo se encendió. En la pantalla la presión cayó corta detrás de su mostrador y se estabilizó.

Mara caminó por la fila de casas, escuchó bombas en cinco tanques, dos conexiones se quedaron en silencio, un residente explicó que su tanque ya había sido llenado por una furgoneta en la tarde. Mara no entró como conexión de suministro en la comparación.

La primera hora fue sin daño de valor límite. Rafael controló el mismo tornillo de cable en el sensor del parque tres veces. En la tercera vez Inés puso el protocolo a él.

A esa hora, la ciudad hacía lo que siempre hacía durante una ventana de suministro. Las bombas corrían en baches cortos. Las carretillas en los tanques del techo se elevaban a bisagras mal fijadas. De las cocinas entraban cubos en los patios, se llenaban y se llevaban de vuelta. Un mototaxi se detuvo delante de una casa y dejó dos botes fuera. En la calle, una pareja se peleó sobre si una manguera debía conducir primero al baño o a la lavadora.

Mara dejó tres casas con Elena, cuyos niveles de tanque fueron aprobados para la comparación. Una mujer mayor no midió con tiza, sino con una varilla de madera en la que las secciones oscuras mostraban alturas de llenado anteriores. Un joven había construido un medidor de nivel electrónico, cuya pantalla siempre reportó ochenta por ciento, incluso si el tanque sonaba vacío. Mara notó ambos métodos y los probó contra el nivel real.

La barra de madera era correcta por unos pocos centímetros. La pantalla electrónica fue calibrada incorrectamente.

—Entonces viejo es mejor —dijo Elena.

—Hoy este personal es mejor que este dispositivo —dijo Mara. —Eso no es lo mismo.

La mujer mayor volvió a poner el personal al lado del tanque. El joven buscó la guía de su sensor. Nadie tuvo que defender su método sólo porque ella era vieja o nueva.

—Si los tocas, lo escribes.

—Solo estoy comprobando si es firme —.

—Esto es una intervención —.

Notó las 23:07, la conexión se verificó manualmente, sin cambios. Después sostuvo las manos en los bolsillos de la chaqueta.

Mara condujo entre los tres puntos. Manuel bebió café de una taza de metal en la casa de la bomba y escuchó las tuberías. En el parque, el Garúa se había acostado en los bancos oscuros. Elena se sentó en el patio en Los Pinos y peló las patatas sobre un tazón para que el agua pudiera ser utilizada para el suelo más adelante.

A medianoche, su tanque estaba por debajo de la mitad de la marca. El contador mecánico de la casa se había movido de nuevo después del choque del día anterior, pero más lento de lo que el flujo del sensor esperaba. Mara lo marcó para la prueba. La contradicción era probablemente un error de dispositivo. Probablemente no significaba hecho.

Inés y Rafael controlaron la primera hora completa en el parque. La presión allí reaccionó más rápido que en Los Pinos, pero más lento de lo esperado. Entre el parque y el extremo sur de la red, la longitud de la tubería, diferencias de altura o ramas no registradas tuvieron que mentir. Mara calculó tres tiempos de ejecución posibles y no escribió ninguno de ellos como curso real de línea.

Rafael había instalado el micrófono de contacto en dos lugares. Al principio sólo oyó la bomba de El Alto, amortiguada y cambiada por el acero. En el segundo había un sonido más bajo incluso por debajo del ruido actual.

—Frecuencia de potencia —dijo Inés después de echar un vistazo al espectro.

—Tal vez.

—Cinco Hertz y armónicos. Esta vez bastante seguro.

Rafael movió el micrófono alrededor de un ancho de mano. El sonido se hizo más débil. Marcó el lugar con banda extraíble y escribió zumbidos de red, confirmado. A Mara le gustó la distinción. Un sonido se le permitió parecer familiar y todavía tiene una fuente ordinaria.

—Si cuenta mal, ¿recupero el dinero? —preguntó Elena.

—Esta es la decisión del ajuste de cuentas.

—¿Y tú?

—Confirmo lo que mide y lo que realmente fluye —.

—Entonces escribe grande.

Mara lo prometió.

A la 1:30 las curvas de presión eran lo suficientemente silenciosas como para aburrirse. Era una buena señal. Inés se sentó en la camioneta y comparó las marcas de tiempo. Rafael se paró en el aparcamiento abierto y escuchó la línea con un micrófono de contacto.

—Solo actual —dijo por teléfono.

—Grabación —dijo Inés.

—Running.

Mara estaba con Elena. Tomó la segunda muestra de la noche. El agua estaba limpia. El cloro de reposo y la temperatura estaban en el rango esperado. Etiquetó la botella, la puso en el refrigerador y verificó el sello.

—¿Cuánto tiempo más? —preguntó Elena.

—Hasta tres seguro. Tal vez más.

—La ventana termina a las dos.

—La medición no lo es —.

Elena miró el tanque. —El agua podría.

A las 2:09, la presión en el parque aumentó ligeramente. El caudal no cambió en el tanque alto. Los Pinos permanecieron estables. Mara pudo leer los valores crudos de Inés y pidió a Manuel que confirmara su posición.

—Sin cambios —dijo.

—¿Estatuto reservado?

Él lo llamó, el valor estaba en línea con el anuncio.

A las 2:15 no pasó nada.

Rafael siguió escuchando la línea. Inés marcó una pequeña variación de temperatura como una deriva del sensor. Elena se paró en la escalera y golpeó contra el tanque. Algo más de la mitad.

Los relojes cambiaron a 2:17.

Al principio la presión en el parque cayó. No a cero, sólo por una cantidad corta y clara. Un segundo más tarde el punto de medición en Los Pinos reaccionó. En el tanque alto la presión también disminuyó, aunque los pulsos del contador principal siguieron siendo los mismos.

La bomba de Elena cambió su tono, luego el agua se detuvo en la entrada.

Los mismos ruidos cortos vinieron de dos casas vecinas. Alguien llamó por una ventana. Otro apagó una bomba.

—No vuelva a actuar —dijo Mara por teléfono.

—Estoy junto a la llave —contestó Manuel.

Inés lee los valores. La presión baja en los tres puntos. Duración primeros ocho segundos, luego una disminución más plana. La cantidad total del contador principal se mantuvo dentro de la fluctuación anterior.

Mara podía recibir los valores acumulados de los últimos cinco minutos. El contador principal había entregado casi la misma cantidad que en las dos ventanas de comparación anteriores. Detrás de la salida sur, sin embargo, se logró un flujo menos utilizable. Al mismo tiempo, el sensor del parque mostró un movimiento durante unos segundos que no se ajustaba a la retirada conocida.

Ella dibujó tres cajas en el libro de Elena. La primera fue total. En la segunda distribución. En el tercer impreso. Luego escribió números abajo.

—Cuando aquí arriba salen diez —dijo, señalando el primer recuadro—, y abajo normalmente van seis a Los Pinos y cuatro a las otras zonas, la suma sigue siendo diez. Hoy, a Los Pinos a veces solo llegan cuatro. Pero aquí arriba no salen doce.

Elena miró las cajas. —Los dos están desaparecidos.

—En la distribución. Indetectable en la cantidad total.

—Así que se van a otro lado —.

—Esta es una manera. Otra es que la presión y el flujo a través de una conexión reaccionan de manera diferente a lo que supone nuestro plan. O que un punto de medición no mide el hilo que le asignamos.

—¿Cuántas posibilidades necesitas?

—Basta para que no tenga la línea equivocada desenterrada.

Elena tocó la segunda caja con su dedo. —Y suficiente agua hasta mañana.

—Sí.

—¿Flow Los Pinos?

—Caída.

—¿Park?

—Escalada corta, luego cae.

Mara miró la línea al tanque de Elena. Sin agua. El sensor de presión todavía mostró suficiente como para esperar una entrada, pero el flujo era casi cero.

—Ventilado sin cambios —dijo Manuel de nuevo.

—Afirmado —dijo Inés. Una pequeña cámara en la casa de la bomba mostró la rueda de mano y el golpe de tiza. Nada se había movido.

Rafael llamó desde el parque. —Ahí está.

—¿Qué? —preguntó Inés.

—El zumbido.

Mara sólo oyó el viento en el teléfono. —Graba, no abras nada.

Rafael detuvo el micrófono de contacto en la línea. El dispositivo de frecuencia registró ruido de flujo, vibración de la bomba y la sobrecarga de energía eléctrica. No apareció ningún nuevo sarpullido en el espectro visible.

—Lo oigo de todos modos —dijo.

Inés salió de la camioneta y se paró junto a él. Ella no puso la oreja en la pipa. Ella revisó cables, grabación y nivel.

—Percepción acústica de Rafael —dijo. —Medición no confirmada.

—¿No lo oyes?

—No.

—Es exactamente lo mismo —.

—Entonces escribimos exactamente lo que tenemos.

Mara calculó un orden preliminar de magnitud a partir de la presión, sección transversal de línea y los ríos. En la distribución sur, hidráulicamente, sobre la proporción que un pequeño bloque de casas habría reclamado durante el llenado del tanque faltaba. El contador principal no carecía de esta cantidad. No era un agujero fácil de la cual el agua emergió del sistema medido. La distribución se comportó como si proporcionaran más conexiones sin ceder en conjunto más.

—¿Leck? —preguntó Manuel por teléfono.

—Aún no se ha informado.

—La Municipalidad preguntará —.

—Entonces usted dice que estamos comprobando una contradicción de presión y distribución. Una fuga debe ser mostrada en el balance.

—¿Y si sigue siendo uno?

—Entonces encontramos a la multitud o explicamos por qué el contador principal no los ve.

Mara tenía todas las conexiones temporales comprobadas para el retorno visible. Nadie mostró turbidez o succión. Tomó muestras adicionales en dos puntos finales y ordenó pruebas microbiológicas. Hasta los resultados, los puntos de riesgo permanecieron marcados.

Por cada muestra cambió los guantes, desinfectó la salida y permitió que el agua entrara en la botella estéril después de un tiempo fijo. Rafael quiso sostener una botella en el parque mientras Mara describía la etiqueta. Inés lo detuvo antes de que sus dedos tocaran el borde de la tapa.

—Nuevo —dijo Mara.

Rafael tomó una segunda botella del envase. —Yo no toqué nada.

—No sabes con certeza si no tocaste nada. Así que, nuevo.

No objetó, la botella desechada estaba marcada y no se ponía de nuevo en el caldo limpio. La precaución técnica consistía a menudo en pequeñas acciones aburridas, que nadie más tarde leyó en un informe.

Mara llamó al contacto de llamada de la oficina regional. Ella reportó una caída de presión sincrónica sin ningún cargo adicional en el mostrador principal, ninguna contaminación visible aguda y las muestras en ejecución. El hombre en el teléfono preguntó dos veces si confirmaron una fuga.

—No —dijo ambas veces. Confirmando una desviación hidráulica.

—El alcalde pedirá una causa.

—Entonces él obtiene el estado de la prueba de causa.

Pidió que se ampliara la aceptación del laboratorio por la mañana y dos conjuntos de muestras más estériles, lo que era menos reproducible que una gran fuga y más útil para el suministro.

Elena se paró bajo el tanque y oyó en la tubería. —Él no va a venir.

—Lo sé.

—¿Cuánto tiempo?

—Estamos mirando —.

—Esto no ayuda a la mañana.

Mara miró la marca del tanque algo más de la mitad. Suficiente para el propio límite de Elena cuando se consume con moderación pero no es lo suficientemente confiable para los próximos días.

—Hoy es probablemente suficiente hasta mañana —dijo. —Porque después de eso, estoy extendiendo la ventana de suministro con Manuel, siempre que la presión permanezca segura. Y traemos agua cuando el tanque cae bajo tu marca.

Elena asintió. —Esa es una respuesta.

A las 2:24 comenzó a recuperarse la presión sobre el tanque alto. El parque siguió. En Los Pinos el flujo seguía apagado. Nadie tocó una válvula.

A las 2:29, el agua volvió a la tubería de Elena. Sólo como un golpe delgado, luego como un flujo constante. Bombas comenzaron a correr una tras otra en las casas vecinas.

No todos los residentes inmediatamente encendieron. Mara les había pedido que iniciaran el equipo en un orden acordado para que Inés pudiera asignar la subida de presión. Casa tres esperó, casa cinco llenó sólo el tanque inferior, Elena dejó su bomba al principio. El retraso tomó diez minutos y les ahorró una serie de medidas en las que cada sonido habría comenzado al mismo tiempo.

En la casa dos, un hombre abrió el grifo de la corte porque tenía que trabajar temprano en la mañana. Manuel sólo levantó la mano y le preguntó cuánto tiempo le tomó. Tres minutos, dijo el hombre. Inés marcó el período. El intento no se detuvo; recibió una verdadera perturbación, claramente etiquetado.

Mara fue con Rafael hasta el final de la línea de la casa. Había una manguera transparente colgada en una pared, que una familia utilizó como un simple indicador de nivel de agua para su tanque. La escala fue dibujada con esmalte de uñas. El nivel se elevó de forma estirada mientras la entrada sonaba uniformemente. Rafael sospechaba que había aire en la línea. Abrió el punto de ventilación previsto, no ningún atornillamiento. Después de unos segundos el agua corrió sin burbujas. La balanza continuó subiendo en los mismos saltos.

—Entonces es el tubo —dijo.

El dueño golpeó contra el soporte. La manguera aflojó un milímetro y el nivel saltó hacia arriba. Ella se rió brevemente sobre su propio instrumento y pidió dejarlo en la lista. Le muestra cuando algo vino en absoluto.

Mara señaló: adecuado como una pantalla de asistencia local, no como una medición de cantidad. Un dispositivo inexacto podría ser útil si nadie lo llamó más preciso de lo que era.

Cuando Elena finalmente encendió su bomba, la presión en el punto de medición provisional cayó menos que en la primera noche. Inés repitió la secuencia. La segunda vez que el desperdicio fue mayor. Temperatura, niveles de llenado y retiradas simultáneas ya habían cambiado. Mara resistió la tentación de explicar el valor más favorable como resultado.

Mara volvió a apagarse. La conexión temporal con el nuevo acoplamiento se mantuvo estrecha. En la mujer mayor la varilla de madera se elevó por dos anchos de dedo. El sensor electrónico mal calibrado mostró todavía ochenta por ciento. Su dueño había encontrado la instrucción y abrió el compartimiento de la batería sin cambiar la medida.

—Mañana —dijo Mara. Hoy necesitamos el estado real de las cosas.

Volvió a poner la tapa.

Elena marcó el nuevo nivel en su cuaderno. No escribió bien ni normalmente junto a él. Escribió tiempo, altura y: después de la interrupción de nuevo agua. Mara firmó la línea como observador.

Inés marcó el final de la bajada. Rafael sacó el micrófono de la pipa. El zumbido había desaparecido según su declaración. La grabación no mostró ningún cambio claro.

Manuel todavía estaba de pie junto a la llave de la válvula. La carrera de tiza y la rueda de mano eran como antes.

Mara extendió la serie de medición por tres noches. Escribió la solicitud de muestra, obtuvo los datos brutos dos veces y fijó un límite de las tres conexiones asignadas a La Hondonada para la mañana siguiente.

El tanque de Elena se llenó lentamente por encima de ellos. Esta vez el mostrador de la casa se movió. En el mostrador principal de El Alto la cantidad total que quedó como si el bloque faltante nunca necesitara agua.

Capítulo 6: La Hondonada

Javier esperó con el mototaxi delante de la Municipalidad. En el estante de la azotea había dos barts atados, aunque Mara no había pedido ninguno. En la sala de pies había una bolsa más fría con botellas de agua. Sobre el parabrisas se pegó un pequeño mapa de San Desvelo, torcido bajo una cubierta transparente.

—La camioneta no pasa por todas partes —dijo Javier.

—¿Dónde está? —preguntó Alberto.

—Nos enteramos —.

Teresa se sentó hacia adelante. Mara y Alberto tomaron el estrecho banco trasero. Entre ellos estaban el viejo plan de gestión, el mapa de la propiedad y la lista cruzada en una carpeta cerrada.

Condujeron a través de Los Pinos hasta el final del camino fortificado. Elena se paró frente a su casa y levantó el libro de tanques. El puesto de la mañana estaba justo por encima de su marca mínima. Mara mostró con su mano que volvería más tarde. Elena respondió con el mismo movimiento sin sonreír.

Antes del último bloque de casas, Javier volvió a sostener. Mara extendió las cartas en el asiento y explicó el límite de la obra. Nadie entró en una depresión. Nadie abrió tapas o ejes. No se tomó ninguna muestra de una conexión cuya presión y conexión eran desconocidas.

Alberto escribió las reglas en la parte posterior de su lista cruzada. —Si vemos sólo desde el borde, no podemos confirmar los tres números.

—Hoy confirmamos la ubicación y los puntos de acceso seguros —dijo Mara.

—Eso suena como medio resultado.

—Es el orden completo para hoy.

Teresa fijó la fecha y el nombre bajo las reglas. Javier agregó la matrícula del mototaxi.

—¿Para qué? —preguntó Alberto.

—Para que sus huellas de neumáticos no fueran consideradas como mantenimiento extranjero más tarde —dijo Teresa.

Javier miró sus neumáticos. El perfil era casi liso en el lado izquierdo. —El mío es visible.

—Entonces, aún más.

Mara fotografió los cuatro neumáticos con una escala. Era una pequeña precaución que podía parecer ridícula hasta que tuvieras que distinguir dos paseos en la arena.

Detrás de las últimas casas, Javier eligió el carril este. Era más ancho que el camino de Daniela al Canal Seco y llevaba estampados de neumáticos más pesados. Después de unos cientos de metros compartió.

—Se está quedando en el plan —dijo Alberto.

—No en el suelo —dijo Javier.

Tomó la rama izquierda. El mototaxi se inclinó en un hueco extendido. Teresa sostuvo la pista, Alberto el borde del techo. Mara miró el GPS. El punto se movió uniformemente al sureste.

La mañana era brillante. No Garúa estaba entre ellos y el paisaje. Los Cerros estaban secos en el este. En el oeste algo reflejó entre las casas brevemente el Pacífico. El terreno ante ellos no estaba vacío ni construido. Caminos de conducción, piezas de concreto, muros de tierra baja y postes individuales se extendieron por una amplia área.

Javier se detuvo en un lugar donde dos hileras de pequeñas piedras sugerían un camino.

—El viejo camino de entrada —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Mara.

—Ahí está el poste del mapa —.

Alberto miró por el parabrisas. —Veo cinco postes.

—El que tiene el número equivocado.

Salieron. El suelo era sólido, pero entre las huellas de los neumáticos había bolsas de arena sueltas. Mara revisó la superficie inmediata con un palo. No hay punto hueco. No fueron más lejos antes de que hubieran fijado el borde.

El primer poste de concreto llevaba el número 12. Un segundo, veinte metros más allá, el número 14. Entre ambos no había poste 13. Había un pedazo de concreto roto con una placa de metal en el lado.

Alberto fotografió cada número y entró en las coordenadas.

—¿Tierras? —preguntó.

Teresa comparó las distancias con el mapa de la propiedad. —Tal vez los puntos fronterizos. Para la tierra son demasiado irregulares.

—En el plan, las parcelas también son irregulares.

—Otros irregulares —.

Mara se arrodilló junto a la pieza rota. El borde de la fractura era viejo. En concreto había marcas de óxido, pero no abrasión fresca.

La frontera de La Hondonada no estaba marcada en el sitio. En el viejo plan corría como una línea desviada de una espalda seca a una carretera planeada. Mara transfirió los dos puntos de referencia al GPS. El primero yacía cerca de una fila de cimientos planos. El segundo en medio de un carril.

Teresa sacó una brújula de su bolsillo. Perteneció al Archivo y quedó atrapado en una concha sobre la que estaba el INVENTAR 04-117. Alineó el plan hacia el norte. La línea despejada no corrió paralela a los cimientos visibles, pero cortó dos de ellos.

—Tal vez el plan está distorsionado —dijo Alberto.

—El papel está seco y la tira de la balanza es correcta —dijo Teresa.

—Entonces los cimientos se establecieron de manera diferente.

—O no son parte del proyecto.

Mara tenía ambas posibilidades incluidas en la hoja de campo. Midió las distancias visibles con un dispositivo láser, en la medida en que las superficies estaban dirigidas con seguridad. Tres rectángulos tenían aproximadamente la misma anchura. Dos diferían significativamente. Un plano uniforme de la casa no podía derivarse de esto.

Javier señaló una rampa plana entre los cimientos. —Hay alguien con ruedas ahí arriba.

En la arena había huellas paralelas de un vehículo estrecho. No mototaxi, más bien una carretilla o un pequeño remolque. Terminaron detrás de una losa de concreto, fuera de su vista.

—Uso —dijo Alberto.

—Movimiento —dijo Teresa.

Mara escribió la pista de movimiento, el momento y el propósito inexplicables. Alberto no torció los ojos. Comenzó a utilizar la formulación mismo.

—Si esa es la frontera, ya estamos en ella —dijo Alberto.

—Si el plan es cierto, Teresa dijo.

Mara retrocedió cinco pasos. —Tratamos la fila exterior de los cimientos como un límite de trabajo hasta que la propiedad y los peligros sean probados.

—No está en el mapa —dijo Alberto.

—Está en el suelo y es bien reconocible.

Ella marcó el punto desde el cual podían observar sin ir entre los cimientos.

A partir de ahí la estructura se hizo más clara. Las esquinas derechas bajas de concreto estaban a intervalos, lo que recordaba casas pero no llevaban paredes. Algunos podían ser pedestales, otras partes de un camino nunca terminado. Entre ellos estaban las tomas de tubo con tapas grises. Nadie daba agua.

No había puertas, ni techos, ni lavandería, ni conexiones eléctricas a los edificios. No había asentamiento reconocible. Sólo infraestructura que había sido preparada para su uso o imitada.

Javier caminó por el borde exterior, contando sus pasos y deteniéndose en una depresión alargada.

—Piso de plantas —Teresa dijo después de echar un vistazo al plan del parque.

Seis de estos pozos estaban en dos hileras escalonadas. Uno creció hierba seca. Dos estaban llenos de basura. El otro contenía sólo arena y piedras pequeñas. Junto a ellos estaban cuatro cimientos cuadrados con tubos de cable sobresalientes.

Teresa puso el plan de adquisición en el capó, y seis árboles fueron dibujados como círculos. Las distancias estaban aproximadamente en línea con los hoyos, pero el plan les mostró en una fila recta. En el suelo fueron movidos.

—Quizás se han respondido obstáculos —dijo Mara.

—¿Qué obstáculos? —preguntó Alberto.

—El suelo, las líneas, las fundaciones existentes. O el plan nunca fue implementado exactamente.

Entre dos pozos de plantación había un tubo corto perpendicular a la arena. No tenía tapa, pero se cerró con una taza de plástico comprimido. La copa era quebradiza del sol. Se podía quedar atascado allí durante años.

—Riego —dijo Alberto.

—Probablemente —dijo Mara. No abras.

Midió el diámetro desde el exterior y lo comparó con la lista de materiales. Era adecuado para tuberías de riego más pequeñas, no para la línea de suministro. La asignación hizo que el parque más material sin probar nada sobre su puesta en marcha.

Una base de linterna estaba equipada con una llave oxidada. Javier reconoció un tamaño barato que se utilizaba en muchos motores. Alberto quería fotografiarlo. Teresa lo hizo, pero lo dejó fuera de la lista de conexiones.

—No todo aquí pertenece al mismo proceso —dijo.

—Pero tal vez para mantenimiento.

—Entonces primero necesita una conexión.

—Larterns —dijo Alberto.

—Fundamentos para linternas —Teresa corrigió.

—El proyecto de ley menciona cuatro —.

—Entonces el proyecto de ley y el terreno encajan en este punto.

Mara entró: ejecución de estacionamiento parcialmente documentado materialmente. Ninguna declaración sobre la puesta en marcha.

En el borde de un hoyo había un pedazo de manguera negra de riego. Estaba quebradiza y abierta en ambos extremos. Javier no la recogió.

—Nadie viene aquí de noche —dijo Alberto.

Javier miró las huellas de los neumáticos. —Alguien conduce.

Las pistas eran más anchas que los neumáticos del mototaxi. El perfil mostraba surcos cruzados y un borde dañado que se repitió varias veces. Vinieron desde el norte, corrieron por la línea exterior de los cimientos y se inclinaron más hacia el sur en la zona.

—¿Cuántos años? —preguntó Mara.

—Hoy no —dijo Javier. Pero después del último viento fuerte.

—¿Cuándo fue él?

—Hace tres días. O cuatro aquí —.

Mara fotografió perfiles y superposiciones. Las pistas demostraron un paseo, no su propósito.

El puesto del distrito escolar planeado estaba más al este. Lo podían leer desde la frontera con binoculares. Una placa de metal llevaba las letras Z.E. y un número. Detrás de él no había nada más que tierra atascada y una serie de pequeños sellos de concreto.

Teresa sacó el documento de la oficina de educación.

—Esto es lo que tenemos en el distrito escolar —dijo Alberto.

—Tenemos su puesto —dijo Teresa.

—No puedes simplemente llamar a un post un post.

—Sí, puedo.

Javier se rió brevemente. El sonido se perdió rápidamente en terreno abierto.

De la arena al norte del poste sobresalía una señal de agrimensura. El concreto era viejo y astillado por un lado, pero la mitad superior vestía de color azul, fuerte y apenas polvoriento. Una sola pincelada cruzó el borde.

—Nuevo —dijo Alberto.

Mara lo miró a través de los prismáticos. —Más nuevo que el poste. Como nuevo, no sabemos.

—El color es el mismo que en las marcas urbanas —dijo Teresa.

—El azul no es una competencia.

Notaron color y condición. Teresa fotografiada con zoom. Nadie se acercó más.

Según Kreuzlist, la primera de las tres supuestas conexiones estaba cerca del borde exterior. Un corte de tubo gris entre dos losas de concreto. Desde su punto seguro la tapa era visible. Junto a ella había algo brillante.

Mara se puso guantes y se acercó sólo a la línea fija. Con los prismáticos reconoció una pequeña pieza de alambre de sellado. Era de plata, no corroída y libre de arena. El extremo cortado brilló.

—Puede haber sido expuesto por el viento —dijo Alberto.

—Puedes —dijo Mara.

—O usado recientemente.

—También es posible.

La fotografió con escala desde una distancia. Alrededor de la tapa había un punto limpio estrecho. Como en la conexión vecina de Elena podría haber tenido lugar un movimiento. También podría haber sido mantenimiento hace mucho tiempo si la ubicación estaba protegida del viento.

—¿Estamos abriendo? —preguntó Alberto.

—No.

—La conexión está casi en el borde.

—Casi no es seguridad en el trabajo.

Mara señaló una depresión oscura dos metros detrás de ella. Bajo una delgada cubierta de arena un pozo abierto podía yacer. No sabían cómo iban las tuberías, ni si la presión, el flujo de retorno o el agua contaminada de pie emanaban al abrirse. Propiedad y responsabilidad también eran inexplicables.

Arrojó una pequeña bolsa de arena al borde de la depresión desde una distancia segura. La superficie entró y se deslizó varios centímetros después de ella. Debajo parecía un borde recto oscuro.

—¿Deck? —preguntó Alberto.

—O borde de concreto.

Mara marcó la posición como una posible apertura del eje. Una persona podría haber roto con un paso. La decisión de no ir más lejos no necesitaba justificación adicional después.

Teresa fotografió el allanamiento y el área intacta al lado. —Cuando regresamos, alguien primero tiene que asegurar el borde.

—Barricada, pruebas de gas, instalaciones de rescate —dijo Mara. —Y un plan que no podemos presionar sin tomar el suministro de Los Pinos.

Alberto escribió la lista. —Esto es más que una visita.

—Sí.

—Eso ya lo sabían antes.

—Lo sospeché. Ahora tenemos un peligro concreto.

Miró el borde oscuro. —Entonces no va a tener también un resultado.

—Un importante.

—Volvemos con el despeje, el plan del eje, la medición de gas y el cierre —dijo.

—Entonces toma tiempo —dijo Alberto.

—Sí.

—¿Y si alguien regresa en el tiempo?

—Entonces documentamos el cambio. Hoy no creamos ningún riesgo para anticipar un posible cambio —.

Teresa bajó la cámara. —Esto entra en el protocolo.

Javier puso pequeños palos de madera numerados en los puntos de observación seguros. Él no los golpeó profundamente para que nadie pensara que estaban midiendo las marcas. Mara tomó medidas de superficie, pero no muestra de agua. La parte inferior del borde estaba seca.

En la esquina sur había un bordillo de tres metros de largo. Comenzó y terminó en la arena. Su borde estaba alineado limpiamente. Detrás de él había una amplia zona en la que el suelo estaba compactado.

—Calle —dijo Javier.

—Parte de una calle —dijo Teresa.

—Cuando lleva a alguna parte, a veces una parte es suficiente.

Javier continuó su dirección con los ojos. La zona compactada se apartó detrás de una parte posterior del terreno. Desde su posición era imposible ver si ella conducía al Canal Seco o más profundo a La Hondonada.

Mara fijó el final del cruce fronterizo allí. Más al sur, el suelo se volvió confuso. Varios valles podían contener pozos o sólo volar la arena.

Se quedaron un rato en la mañana brillante. Sin Garúa no había áreas que desaparecieran, y no había sonidos que se hicieran audibles sólo después de apagar los dispositivos. El lugar no estaba escondido. Era difícil de leer. Todo era demasiado pequeño para un asentamiento y demasiado para un área vacía.

Desde el borde Mara contaba con nueve cimientos posibles, seis pozos de siembra, cuatro cimientos de linterna, cinco postes numerados y al menos tres pentagramas de tubería. En nadie había una casa. En ninguna propiedad había una señal con propietario o parada de construcción. Una botella de bebida vacía pegada entre dos piedras. La etiqueta era lo suficientemente nueva como para llevar pintura, pero el viento podría haberlo sacado de la entrada.

Alberto comparó a la multitud con los archivos. —El plan muestra más tierras.

—No vemos toda la zona —dijo Teresa.

—Y la escuela debería ser más grande —.

—Vemos sus puestos —.

—Estás muy contento con este post.

—Él es el único que encaja exactamente en un archivo.

Javier se paró junto al carril y miró hacia Los Pinos. Desde aquí las últimas casas parecían más cercanas de lo que Mara había esperado después del viaje. Los tanques negros eran claramente visibles.

—Si hay bombas corriendo, tendrías que escucharlas —dijo.

El viento venía del oeste. Se oía un motor, pero podía venir de un camino detrás de las casas. No se podía atribuir ningún sonido a un tanque.

Mara notó la conexión visual con Los Pinos, conexión acústica inexplicable. No porque el set sonara importante, sino porque la medición de presión posterior necesitaría distancias y tiempos de ejecución.

Alberto leyó los números tomados. Teresa los comparó con su lista cruzada. Un número de post coincidía con el mapa de la propiedad. El post de la escuela estaba en línea con el documento educativo.

—Así que todavía no hay conexión —dijo Alberto.

—Una espacial —dijo Mara. No hay una técnica clara.

Ordenó tres cosas para la siguiente fase: verificación de los derechos de propiedad y cesión, inspección de seguridad de posibles ejes y posicionamiento de las líneas desde el exterior. Los tres números de conexión activos deben ser verificados en contadores, materiales y antiguos documentos de entrega.

Teresa completó una cuarta tarea: fotografías aéreas históricas y puestos de reconocimiento anteriores. Alberto añadió una quinta: documentos de pago de las órdenes de mantenimiento. Javier ofreció pedir los libros de viaje normales de los Colectivos para detenerse al sur de Los Pinos.

—No se reúnen historias —dijo Mara.

—Tiempos y lugares —dijo Javier. Quien se detenga allí, cuándo y por qué, si hay una razón.

—Entonces sí. Ninguna pregunta sobre fantasmas o vecindarios desaparecidos.

Alberto volvió a mirar las fundaciones. —Habría que tener sólo un cuarto para eso.

—Tenemos un nombre administrativo —dijo Teresa.

—Y las cosas en el suelo —dijo Mara. Eso es suficiente para el trabajo.

—¿Y guardando? —preguntó Teresa.

Mara miró las huellas de los neumáticos. —No hay vigilancia encubierta. Podemos documentar el acceso a las rutas normales. Javier no conduce aquí solo por la noche.

—Si no hubiera estado haciendo esto —dijo Javier.

Recolectó la barra, y las pequeñas barras de observación permanecieron en el borde.

En el camino de regreso, Javier tomó el mismo camino. Teresa se sentó delante de nuevo y mantuvo el dispositivo GPS de rodillas. Alberto paró el tiempo desde el primer palo de madera a la carretera de Elena.

—Cuatro minutos treinta y ocho —dijo.

—Condujimos despacio —dijo Javier.

—Como en la salida.

El siguiente giro seguro convirtió a Javier. Condujeron la pista una segunda vez para comparar distancia y tiempo. Dijo que estaba manteniendo la misma velocidad. Mara observó el GPS, Teresa los puntos de referencia.

Esta vez el primer palo de madera apareció más tarde. El viaje duró cinco minutos veintiún segundos. GPS pasó una distancia de casi trescientos metros más largo.

—Tomamos el carril oriental —dijo Alberto.

—No —dijo Javier.

Teresa señaló hacia atrás. —Pasamos los postes 12 y el tanque inclinado.

—Quizás el GPS ha dejado de lado puntos por primera vez —dijo Mara.

—¿Y la hora? —preguntó Alberto.

—La velocidad, la evasividad, el comienzo de la medición.

Javier agitó la cabeza, no violentamente. —Empecé en la misma piedra.

Tomaron una tercera medida, esta vez no con el coche. Teresa se quedó en el punto de partida y fotografió el reloj de su teléfono junto a la piedra. Mara y Alberto fueron con una rueda de medición hasta el tanque inclinado sin ningún atajo y sin salir del carril. Javier esperó allí con el motor apagado.

Después de doscientos metros, arena pegada en la rueda. Alberto lo limpió y marcó el lugar; el valor antes de que se conservara. Una comparación recta ya no era posible, pero el error se pudo reducir. Teresa informó por radio que una furgoneta había ocurrido en el ínterin el punto de partida. Nadie sabía si se había tomado otro camino.

Compararon la rueda de medición, el GPS y los odómetros en el tanque. Ninguno de los tres valores coincide con ambos recorridos. La desviación de la rueda medida era menor, pero su distancia terminó en un punto diferente a la medición del vehículo. Mara dibujó tres líneas en su cuaderno y escribió las condiciones al lado.

Javier quería volver a conducir. Mara se negó. El subterráneo se hizo más cálido, el viento más fuerte, y no tenían seguridad adicional para una cuarta pista. Repetir era sólo cuando conocía las condiciones y no cansaba a la gente.

En el camino de regreso Teresa se detuvo en una de las conexiones activas. Una mujer llamada Ofelia les mostró una caja de concreto con llave con un medidor cuyo sello estaba intacto. Su casa estaba detrás de una pared y no era visible desde el primer punto de medición. Dos veces a la semana, un pariente trajo comida; el agua vino de acuerdo con un plan que estaba sobre una nota laminada en el interior de la tapa.

—¿Es cierto el plan? —preguntó Mara.

—Mayormente —dijo Ofelia. Si no, llama a Javier.

Javier asintió. Su hoja de viaje no era sólo un historial, sino también la conexión entre un horario en la oficina y una persona detrás de la pared.

Ofelia no les permitió documentar la conexión y los alrededores, el patio. Mara puso el borde en la hoja de registro. La línea desapareció después del medidor en un tubo protector cuyo color era más nuevo que el concreto. Una fecha de reparación no estaba en el archivo. Ofelia recordó dos hombres, un coche blanco y un martes, pero no el año.

—Eso es suficiente para buscar —dijo Teresa. No entrar en nada.

Mara salvó ambas rutas. En el protocolo escribió condiciones, posibles fuentes de error y la declaración de Javier. Ella no midió los valores.

Cuando llegaron a Los Pinos, la casa de Elena estaba donde debía estar. El tanque todavía estaba por encima de su marca mínima. Detrás de ellos yacía La Hondonada a plena luz del día, ni escondido ni entrado.

Javier registró dos distancias en su hoja de viaje. Mara se hizo cargo de ambos.

Capítulo 7: Lo que hace la gente

Mara escribió cuatro titulares en un portapapeles: observación. Posible efecto. Límite de seguridad. Decisión.

Teresa miró por encima del hombro. —¿No hay columna para la regla?

—Todavía no.

—Alberto la extrañará.

—Él los consigue si tenemos uno.

En lugar de sentarse en una mesa a Manuel, Maritza, Javier, Néstor y Daniela, querían ver sus decisiones donde fueron hechas. La pregunta del día era más fácil de formular que de responder: ¿Cómo reconoce una persona a cargo que tiene que cambiar algo?

Manuel estaba de pie frente a la válvula sur en la casa de bombas de El Alto. La tiza esparcida desde el día anterior todavía era visible. El tanque era poco menos de tres cuartos, el mercado había terminado de limpiar y en Los Pinos la mayoría de los tanques estaban medio llenos o más altos después de la ampliación de suministro.

—Hoy, la posición oficial sería casi correcta —dijo.

—¿Casi? —preguntó Mara.

—Si la presión detrás del parque no se eleva ya —.

Mara lo comparó con su dispositivo portátil, la desviación era pequeña.

—¿Qué estás haciendo?

Manuel tomó la llave de la válvula pero no la abrió a la línea de tiza. Detuvo un estrecho movimiento delante de ella y esperó. La tubería cambió su tono. Después de un minuto, la presión subió en Los Pinos sin alcanzar el límite fijo en la conexión provisional.

—Ignoran la última condición utilizable —dijo Mara.

—Eso fue útil ayer.

—¿Qué observación fue crucial hoy?

—Presión en el parque. El soporte de contenedores sólo confirma que puedo abrir.

Mara llenó las cuatro columnas. Observación: aumento de la presión en la pista de estacionamiento. Posible efecto: punta de presión en las conexiones del sur. Límite de seguridad: establecer el valor máximo y ninguna fuga visible. Decisión: permanecer bajo la última línea de tiza y volver a comprobar después de un minuto. Responsable: Manuel.

—¿Y si estás enfermo?

—Entonces alguien necesita saber por qué la tiza no es suficiente.

—¿Podemos describir esto como un corredor de presión?

Manuel llamó a un valor inferior y superior. Luego añadió que un solo medidor no era suficiente mientras los viejos indicadores no estuvieran controlados.

—Esto va a la frontera de seguridad —dijo Mara.

—No —dijo Manuel. —Observar. La frontera permanece, aunque el dispositivo sea malo.

Mara cruzó la línea y la puso en la primera columna. Teresa hizo una pequeña señal junto a ella. No como una corrección, pero así quedó visible que la clasificación se había cambiado durante la obra.

Manuel los llevó a la segunda bomba. Sobre la señal se detuvo el ESTABLECIMIENTO ULTRATERRESTRE y debajo de FUNCIONAMIENTO. Un reemplazo había tratado de encenderlo el fin de semana porque la palabra inferior parecía más tranquilizadora que la superior. Manuel había asegurado el interruptor principal con un candado.

—Esta no es una decisión local —dijo Mara.

—No. La bomba permanece fuera hasta que se hacen rodamientos y sellos.

—¿Entonces por qué funciona?

—Porque el motor está en marcha. Sólo la bomba no debe funcionar.

Mara tenía un nuevo signo formulado: MOTOR DE PRUEBA - NO REMOVER PUMP. La descripción de la condición tenía que ser más precisa, no más flexible. Manuel removió la antigua palabra de la pluma de fieltro sólo después de que el nuevo signo colgaba.

Mostró un hábito diferente en una válvula más pequeña. Antes de abrir, golpeó dos veces contra la tubería.

—¿Por qué?

—Para oír si hay aire.

Mara comparó el sonido con la línea llena y parcialmente ventilada. La diferencia era audible, pero sólo en las inmediaciones. Un separador de aire portátil confirmó una bolsa de aire en segunda condición.

—Usable —dijo ella. Pero no como una única liberación.

—Nunca lo fue.

Agregó: tocar el tono como una pista; ventilación y pruebas de presión como una confirmación. Manuel estaba satisfecho porque su mango no desapareció como una superstición y no tenía que hacer más de lo que podía.

En el Mercado Maritza estaba ocupado con su coche de jugo. Ella no había construido el coche en su espacio de estacionamiento marcado, pero medio ancho más al oeste. El dosel estaba inclinado. Dos cajas estaban de pie debajo de la mesa, una en el lado de la sombra.

—La línea está ahí —dijo el supervisor del mercado, señalando una marca amarilla en el suelo.

—El sol está aquí —dijo Maritza.

Ella presionó naranjas mientras Mara observaba. Frutas limpias fueron separadas de conchas y desperdicios. El bote de agua estaba elevado, el desagüe llevó a un cubo cerrado. Maritza movió el coche en el transcurso de la mañana cuando el sol caminó bajo el dosel o Garúa vino del lado norte.

—¿Por qué no un techo más grande?

—Entonces bloqueo el camino y recojo más polvo.

Mara midió las distancias. En el estacionamiento amarillo el agua de limpieza corrió mal hasta el desagüe y se detuvo bajo una rueda. Media anchura al oeste del suelo tenía una pendiente. El cambio mantuvo la zona de trabajo seca sin estrechar el paso.

Mientras medían, una furgoneta entró por el paso del mercado. Maritza dobló el estante lateral y tiró hacia atrás de la manija delantera un ancho de mano. El coche permaneció dentro de la línea de escape. La camioneta podía pasar sin tocar una caja.

—Cuando realmente me gusta el amarillo, tengo que bajar completamente —dijo.

El propio supervisor del mercado se alejó. Desde su posición en la entrada, el cambio occidental había parecido un estrechamiento. Desde la dirección de viaje el camino era más amplio.

—Entonces la marca debe ser nueva —dijo.

—O simplemente marca la frontera, no las ruedas —dijo Mara.

Se pegaron temporalmente dos tiras cortas a los lugares que tenían que permanecer libres. Maritza podía colocar el coche entre él por el sol y el flujo. El supervisor notó la anchura, no la posición exacta.

Mara también verificó la limpieza. Maritza limpió la prensa después de cada serie de frutas, pero cambió la tela sólo al mediodía. La tela húmeda yacía entre los usos doblados en el lado del vagón.

—Eso es higiénicamente arriesgado —dijo Mara.

Maritza tomó un segundo paño de un recipiente. —Cuando lo cuelgo abierto, el polvo viene sobre él.

Encontraron una solución dentro del límite fijo: varios paños limpios en un contenedor cerrado, utilizados por separado, sin reutilización sin lavandería. La posición del coche permaneció flexible. Separación limpia y no necesaria.

—No todo tiene que decidirse localmente —dijo Teresa.

—Por suerte —dijo Maritza. De lo contrario, necesito más portapapeles que naranjas.

—¿Límites de seguridad?

Maritza señaló la línea de escape marcada de la ruta de rescate, los contenedores cerrados y la distancia a los peces crudos. —No arriba. No abierto. No allí.

El supervisor del mercado se fumaba a sí mismo. —Siempre pone limas a la sombra, manteniéndolas frescas.

Mara verificó las temperaturas de dos cajas, la diferencia era pequeña, pero había una, y luego el guardia señaló una cinta roja en el mango del coche.

—Esto protege contra las malas ventas —.

—¿Cómo? —preguntó Mara.

—Desde que está ahí, vende más.

Maritza no miró hacia arriba. —Ya que está allí, estoy más cerca del proceso y empiezo antes.

Mara dejó la cinta fuera de la hoja de campo. Ella no escribió todos los hábitos sólo porque alguien reclamó efecto. La hora de inicio más temprana se puede comparar con las ventas.

Un segundo comerciante siempre puso sus cuchillos con la punta hacia el este, según su propia declaración, para que se mantuvieran afilados. Las cuchillas eran aburridas. Mara pidió limpieza y almacenamiento. Uno yacía mojado en un cajón.

—La dirección no es el problema —dijo. La humedad lo es.

No escribió una regla local, sino que señaló el almacenamiento en seco y la molienda segura. El conocimiento local no era una palabra protectora para una práctica arriesgada.

Javier esperó en la entrada sur del Mercado. Para la siguiente estación ofreció dos caminos. El corto atravesó CENTRO. El otro se desvió en el parque y fue más largo en el mapa.

—¿Qué es mejor? —preguntó Mara.

—¿De ida o vuelta?

—Queremos ir al motel y más tarde a la granja de Daniela —.

—Entonces el más largo.

Pasaron por el parque. Javier no explicó inmediatamente la decisión. En la salida sur señaló a un sitio de construcción que dejó un paso estrecho. Desde el norte se podía ver a través. Desde al sur una pared de chapa ondulada cubría el tráfico que venía.

—El camino corto está abierto —dijo. —No puedo volver con cajas o pasajeros allí de manera confiable.

—Planean volver al camino —.

—Cuando tengo que volver —.

Mara no se detuvo en ambos sentidos en dos días, como Alberto podría haber hecho. Ella fue en ambas direcciones hoy. El camino más largo tomó tres minutos más. El corto camino de vuelta terminó delante de una furgoneta que bloqueó el paso.

Javier le preguntó al conductor cuánto tiempo estaba allí. El hombre se encogió de hombros, entregó azulejos hasta que los descargaron. No había cerradura oficial. Por lo tanto, una hoja de ruta habría seguido mostrando el pasaje como abierto.

Javier tomó un estrecho camino lateral entre una farmacia y una pared. Después de veinte metros terminó en tres escalones.

—Es caminar —dijo Mara.

—Quizás con una caja. No con una silla de ruedas. Ni con el mototaxi en absoluto.

Teresa no sólo notó el camino y el tiempo, sino también el camino de transporte. El camino de regreso confiable no fue el instinto personal de Javier, sino una decisión desde el vehículo, la carga, la vista y el punto de inflexión.

En el parque, Javier les mostró un lugar donde nunca cruzó diagonalmente el césped por la noche, aunque era más corto. Bajo las hojas se levantaban adoquines y un canal de cable abierto.

—Cuando las lámparas vuelven, lo ves —dijo Mara.

—Cuando la lámpara viene por el lado derecho, Javier dijo.

La observación condujo directamente a una nota para la operación de prueba planeada. La iluminación no sólo debe crear superficie. Tenía que hacer visible el peligro real.

—Observación: Vista y anchura de paso desde ambas direcciones —dijo Teresa.

—Posible efecto: desvío o amarre —dijo Mara.

—Limite de seguridad: no hay pasaje sin girar —dijo Javier.

—Decisión: Elija el camino a un viaje de regreso confiable.

Javier asintió. —No siempre más tiempo. Mañana el coche se puede ir.

En el Motel El Recodo la televisión volvió a correr sin sonido. Néstor había cerrado todas las ventanas del primer piso, excepto una en el pasillo. La habitación 8 permanecía deshabitada.

—Transmiten los jueves —dijo Mara.

—A veces.

—Hoy es jueves —.

Néstor olía al pasillo, no demostrativamente. Abrió la habitación 8 con una llave que tomó de un cajón separado. Mara y Teresa se quedaron en la puerta.

La habitación se parecía a la habitación 7. Cama, silla, armario sin puerta. Olía a polvo frío, agentes de limpieza y humedad débil. En la cama no había polvo. La ventana estaba cerrada.

Néstor lo abrió sólo un hueco, luego abrió la puerta del baño y esperó.

Mara le pidió que mostrara la decisión para otras dos habitaciones. La habitación 6 había sido ocupada la noche anterior. Olía a jabón y plástico caliente. Néstor abrió más allá ventanas y puertas porque el aire exterior se metió en el pasillo y no vino diésel del Grifo. La sala 4 estaba en la parte posterior. La humedad de la pared era más baja, pero el armario olía a mufig.

—El mismo jueves —dijo Teresa. —Tres acciones diferentes.

—Tres habitaciones —dijo Néstor.

Mara revisó sus medidores de humedad contra los suyos. Uno de ellos se desvió claramente. Néstor había utilizado el valor de este dispositivo como una razón para ventilar la habitación 5 más largo el mes pasado.

—Entonces el número estaba equivocado —dijo.

—Probablemente demasiado alto. ¿Ha hecho algún daño la ventilación más larga?

—Sólo más polvo.

Marcaron el dispositivo y lo quitaron de uso. La hoja de campo de Mara tiene una nueva pregunta: ¿Cómo reconoce la persona responsable que su observación en sí no es confiable?

Néstor miró la línea. —Si una habitación siempre tiene el mismo número.

—Eso sería una pista.

—No hay jueves.

—No.

—¿Por qué no todo?

—El aire viene del Grifo hoy.

—¿Y?

—diésel. Cuando abro todo el camino, la habitación huele peor que antes.

Sostuvo un pequeño medidor de humedad en la pared y marcos de ventanas. Los valores fueron elevados pero no críticos. Néstor también revisó el olor en el baño y la ocupación de las habitaciones vecinas.

—Cuando la habitación 7 está ocupada, abro menos tiempo, —dijo. —Cuando el aire sale de la habitación en el pasillo, más tiempo. Cuando sale del pasillo, no.

—¿Por qué el jueves?

—Porque alguien quería escribir un día en el viejo periódico —.

—¿Es útil el día?

—Recordar. No decidir.

Mara notó la dirección del olor, humedad relativa, aire exterior y ocupación vecina. El límite de seguridad eran el moho visible, la humedad eléctrica y la no ocupación de la habitación 8. Néstor cerró la ventana después de siete minutos. No después de una duración fija, pero cuando el olor del baño se hizo más débil y diésel del Grifo más fuerte.

—Puedes usar el mismo dispositivo en cada habitación —dijo Mara.

—Sí, lo sé.

—¿Y los mismos límites?

—Para el molde sí. Para el aire no.

Teresa escribió: riesgo común, decisión local.

La granja de Daniela estaba detrás de una casa baja en el borde del CENTRO. En el piso había una mesa, cuatro sillas, dos plantadoras y un perchero. Nada parecía caótico. Sólo las distancias no eran exactamente iguales.

Daniela tomó una escoba y barrió el polvo desde la puerta hasta el desagüe. Después de unos pocos movimientos cambió de dirección. Empujó el polvo de un lado a otro debajo de la mesa y dejó sin tocar una tira estrecha.

—¿Por qué? —preguntó Mara.

—Porque el camino directo se vuelve demasiado claro.

—¿Por el polvo?

—Por mí.

Mara estaba esperando.

Daniela explicó que había barrido el patio en líneas rectas y colocado todos los objetos en las paredes. Después de eso, la línea libre desde la puerta hasta la puerta trasera había funcionado más tiempo que el patio. Desde entonces, ha variado en orden sin descuidar la ruta de escape, flujo o higiene.

—¿Esto tiene hoy un efecto medible?

—El proceso permanece libre. El polvo se está alejando. El resto es la razón por la que no siempre empiezo de inmediato.

—¿Si alguien copia tu secuencia?

—Entonces mañana será una orden.

Mara miró la tira estrecha. —¿Así que es la regla para hacerlo diferente?

—No. Eso sería una regla otra vez.

Daniela puso una silla de vuelta por unos pocos centímetros para mantener el camino hacia el proceso lo suficientemente ancho. —Los límites están establecidos.

Mara le pidió a Daniela que barrera el patio por segunda vez como si fuera al día siguiente. Daniela comenzó en la pared trasera, colocó el perchero más cerca de la puerta y dejó la mesa sin cambios. El proceso permaneció libre. El camino estrecho fue creado en otro lugar.

—¿Si cambias deliberadamente tres cosas? —preguntó Mara.

—Entonces cuentan con el cuarto día.

—¿Si tiras un dado?

—Entonces el cubo, no el patio, decide.

Daniela hizo una pausa y señaló un punto húmedo debajo de una plantadora. Ella colocó la olla sobre dos piedras planas para que el aire entrara debajo de ella. Este cambio lo mantendría hasta que el suelo estuviera seco.

—La variación no significa que nada pueda quedar —dijo Mara.

—No. Sólo que quedarse necesita una razón.

Teresa no escribió la frase como regla. Ella notó el disparador de concreto: humedad visible debajo del vaso. Posible efecto: moho y yeso dañado. Límite: secar el suelo, libre de drenaje. Decisión: aumentar el vaso y luego volver a examinarlo.

El vecino de Daniela entró por la puerta y preguntó por qué tres personas estaban mirando una maceta. Daniela dijo que estaban probando la humedad. El vecino recomendó que la sal se espolvoreara debajo de la olla. Eso siempre ayudó.

Mara preguntó dónde. Contra la humedad, las hormigas y el mal aire, dijo la mujer. Tres efectos en la misma razón no fueron un buen comienzo. Rechazaron la sal porque podría dañar el suelo y la olla.

Ella mostró a Mara un hábito: antes del barrido, se colocó una taza de agua en la puerta. Se decía que esto dejaba menos polvo en el patio. Mara hizo que Daniela barrera dos superficies comparables, una con una taza, otra sin ella. No había diferencia discernible.

—Entonces soltamos la copa —dijo Mara.

Daniela la recogió. —Mi madre la devolverá mañana.

—Entonces no escribimos que funcione.

—Eso es suficiente.

Por la noche Mara y Teresa se sentaron en la pequeña oficina de Archivo. La hoja de campo estaba llena de correcciones. De doce hábitos primero observados, cinco permanecían como situaciones de toma de decisiones utilizables. Tres eran reglas de seguridad normales. Dos no mostraban ningún efecto notable. Dos eran riesgosos y tenían que ser cambiados.

Alberto entró, miró las hojas y pidió la columna de reglas. Mara en cambio le mostró las preguntas. Él las leyó lentamente.

—¿Cómo debería trabajar con él un representante?

—Necesita las observaciones, los límites y las áreas permisibles.

—¿Y si ella decide diferente que Manuel?

—Entonces la decisión debe estar dentro de la zona segura y justificada.

—Esto es más difícil de probar que una posición.

—Sí —dijo Mara. Pero una falsa posición firme es fácil de probar y sin embargo equivocada.

Alberto tomó la hoja de Manuel. —Puedo hacer una forma de ella.

—Todavía no —dijo Teresa y Mara al mismo tiempo.

Alberto volvió a poner el papel. —Entonces mañana.

Mara no dibujó una lista de reglas generales de ella. Escribió preguntas en su lugar:

Antes de aferrarse a las preguntas, le pidió a cada persona que nombrara una situación en la que su propia práctica no funcionaba. Manuel habló de una mañana cuando había levantado la presión con demasiado cuidado y una casa alta permanecía vacía. Maritza una vez puso el coche más cerca de la pared debido al viento; allí el calor se estaba sofocando, y dos contenedores estaban estropeando. Javier había caído en una obra de construcción en su camino de regreso familiar, que no había estado allí el día anterior.

Néstor se quedó en silencio el más largo. Luego dijo que había mantenido la habitación 6 cerrada durante una noche garúa porque el viento empujaba la lluvia debajo de la ventana. Por la mañana olía a humedad. —Flutar era lo correcto, dijo. —Sólo que no esa noche.

Daniela informó sobre un juego de la corte donde los niños mismos decidieron dónde estaban corriendo. Dos eligieron el área detrás de la cocina porque había sombra. Había una botella de gas en el almacén. Desde entonces, ella no marcó todo el camino, pero siempre los límites que los niños no podían ver.

Mara emitió tres tarjetas para cada historia: gatillo, límite seguro, decisión. El ejemplo de Manuel no era un tiempo fijo, pero la presión medida y el informe de la casa alta. El límite de seguridad era un área que él no superó. El oficial se le permitió decidir, pero tuvo que informar del cambio.

—Parece una regla —dijo Alberto.

—Es un —dijo Mara. Sólo ninguno que finja ser el mismo cada mañana.

Ellos probaron las cartas con ejemplos intercambiados. La regla de viento de Maritza no ayudó a Néstor con la ventana. La ruta de construcción de Javier no dijo nada sobre la presión. La estructura seguía siendo utilizable, la acción concreta no lo era. Exactamente esta diferencia debería ser importante más tarde.

Teresa sugirió que también se haga un seguimiento de quién se vio afectado por una decisión. El tanque era el extremo superior de la casa. En el camino del parque los visitantes mayores y los niños. En los huéspedes del motel, pero también el personal de limpieza que abrió la habitación por la mañana. La responsabilidad no comenzó en el dispositivo.

¿Qué observación desencadena un cambio?

¿Qué frontera es independiente del lugar?

¿Qué área está permitida?

¿Quién decide y quién representa a esta persona?

Teresa leyó las cuatro preguntas. —Menos reglas que esta mañana.

—Sí.

—¿Mejor?

Mara puso el pasillo de presión de Manuel, el puesto de coche de Maritza, el camino de vuelta de Javier, la ventilación de Néstor y el patio de Daniela lado a lado. —Mejores preguntas.

Capítulo 8: Cuatro de seis

El Comité del Parque trajo con él seis placas numéricas y cuatro bombillas. Las señales eran nuevas, las bombillas no. Uno vino del salón comunitario, dos de un campamento y uno de un embalaje en el que se representa otro modelo.

Alberto puso las señales en orden en un banco. P-01 a P-06.

—Los seis están en el inventario —dijo.

—¿Incluso si cuatro corren? —preguntó una mujer del comité.

—Justo entonces.

Teresa había encontrado los antiguos números de adquisición. Dos linternas todavía llevaban pegatinas descoloridas, tres sólo restos de adhesivo, una nada en absoluto. Le asignó a cada uno un lugar, una foto y la condición anterior.

Manuel y un electricista llamado Luis probaron los mástiles. Ellos no comenzaron con las luces, sino con las cajas de conexión, los caminos de tierra y de línea. El parque permaneció cerrado mientras los cables abiertos fueran accesibles.

Luis produjo la misma secuencia de prueba en cada mástil: control visual, libertad de tensión, asignación de escaleras, medición de aislamiento, puesta a tierra. Alberto leyó el número, Teresa comparó la ubicación antigua, y Manuel abrió sólo las cubiertas que conocía.

En P-01 un tornillo había sido reemplazado por un alambre. El alambre sujetado, pero no podía cerrar la cubierta contra la humedad. Luis lo reemplazó y puso la pieza vieja en una bolsa etiquetada.

—¿Por qué conservarlo? —preguntó un miembro del comité.

—Porque explica por qué el agua estaba en la caja —dijo Teresa.

—Estaba seco.

—Hoy —.

P-02 tenía dos cables, aunque el plan mostraba sólo uno. El segundo terminó aislado en el mástil. Luis lo probó y lo dejó separado. P-03 en el voltaje del pozo conducido hasta un distribuidor antiguo, pero no seguro más lejos. P-04 era técnicamente mejor recibido. P-05 no tenía línea de suministro fijo más. En P-06 la línea estaba conectada a P-03, contrariamente al esquema de conmutación actual.

—Si simplemente escribimos de una manera laboral y no laboral, perdemos las razones —dijo Alberto.

expandió el inventario por condición, bloqueando el terreno y la siguiente medida. Teresa añadió la fuente de la asignación. Por primera vez Alberto no se quejó de otra columna.

El presidente del Comité del Parque quería continuar con una extensión de P-06. Luis se negó. Una bola de vidrio faltante, cabos de cable abiertos y la conexión mástil poco clara no eran una cuestión de ángulo de luz.

—Entonces la entrada desde el camino parece incompleta —dijo el presidente.

—Está incompleto —dijo Teresa. —Puedes ver eso.

La mujer a su lado asintió. —Queridos dos tareas visibles como un peligro invisible.

La linterna P-01 estaba situada en el borde norte de la carretera. Su línea era vieja, pero continua y suficientemente aislada. P-02 junto a los bancos tenía una nueva caja de conexión. P-03 en el pozo era impotente y lo quedó. P-04 iluminaba la entrada sur. P-05 y P-06 estaban situados en una línea antigua común cuya separación en la caja de interruptores no estaba clara.

—Cuatro —dijo Luis después de la prueba. Uno, dos, cuatro y tal vez cinco.

—Tal vez no sea la liberación —dijo Manuel.

Comprobaron P-05 por segunda vez. El valor de aislamiento era aceptable, pero la línea desapareció bajo el parque y reapareció en el área del pozo. P-06 no se pudo cambiar por separado.

—Entonces no para la operación de prueba —dijo Manuel.

La mujer del comité miró los mástiles oscuros. —La fiesta es en cuatro días.

El festival estaba destinado a celebrar la reapertura oficial del renovado Parque Cívico. Durante la obra, los caminos individuales y las áreas de asientos habían sido temporalmente accesibles. Ahora, la iluminación, las fuentes y los espacios de eventos debían ser liberados para uso público regular.

—Seguiremos examinando hasta entonces —dijo Alberto. —Hoy van cuatro.

—¿Qué cuatro?

P-03 en el pozo cayó lejos por razones de seguridad. P-06 debido a la línea común. P-05 se podía comprobar más tarde con una alimentación separada, por encima del suelo guiada y segura. Para la primera noche eligieron P-01, P-02, P-04 y P-05 con línea temporal.

La decisión no sólo estaba en una lista. Alberto colgó una señal visible en cada mástil oscuro: probado - todavía no en funcionamiento. Las dos obras abiertas no deben parecer linternas olvidadas.

Alrededor de las seis de la tarde se reabrió el parque. El sol había desaparecido detrás de las casas, pero el cielo seguía siendo lo suficientemente brillante para los primeros escenarios.

Antes de encenderse, todo el parque fue dejado atrás por la luz. El comité marcó lugares donde había habido quejas en los últimos años: piedras levantadas, el banco detrás del árbol ancho, la entrada sur y el camino diagonal. Dos miembros también llamaron a la fuente, aunque nadie debe ir allí por la noche.

Mara no participó en la prueba, trabajó en las muestras de agua. Teresa todavía utiliza la hoja de campo del día anterior. Observación, efecto, límite, decisión. La forma también cabe sin Mara.

El límite estaba claro en el pozo: ninguna operación de bomba, ningún eje abierto, ninguna luz como invitación a la zona cerrada. El comité estableció una barrera visible baja. P-03 permaneció oscuro.

En la entrada sur, el problema no era un defecto técnico sino un resplandor. Luis explicó que más brillo no hacía automáticamente más segura la transición de la carretera oscura. Los ojos necesitaban un camino legible, no una mancha blanca.

Daniela caminó por la entrada con un cubo vacío, luego con una bolsa de compras y finalmente a mano de un niño. El ángulo de luz que le bastaba a ella sola era demasiado alto con el niño. Luis lo bajó por un pequeño paso.

—¿Ahora? —preguntó.

El niño señaló al umbral. —Está roto.

—Entonces los ves —dijo Daniela.

Manuel encendió la P-01. Su luz cayó en el camino e hizo que las piedras adoquinadas levantadas parecieran planas. Daniela fue desde la entrada al banco y atrás.

—Puedes ver el borde mejor desde un lado —dijo ella.

Luis aflojó la cabeza de la lámpara y la giró unos pocos grados. Ahora cada piedra levantada proyectaba una sombra corta. El camino parecía más desigual, pero más seguro.

—Hermoso es diferente —dijo un hombre del comité.

—También paradas —dijo Daniela.

P-02 iluminó los bancos. En la primera posición, la luz golpeó los asientos, pero dejó el área detrás de la oscuridad. Un anciano residente se sentó y explicó que cuando se puso de pie, tuvo que ver dónde estaba el palo de pie. Luis bajó el ángulo.

P-04 en la entrada sur cegó a la gente que salió del camino oscuro. Manuel no sólo los enderezó. Entonces el umbral se habría vuelto invisible. Los volvió de lado hasta que la entrada y el primer camino eran reconocibles.

P-05 pasó por encima de un cable probado que fue llevado a través del suelo en un puente protector plano. Dos miembros del comité colocaron bancos delante de él para que nadie fuera directamente sobre él. Daniela les hizo quitar los bancos de nuevo.

—Entonces ves el puente demasiado tarde.

Marcaron las transiciones y condujeron el cable en el borde. El área permaneció libre.

Alberto estaba de pie en la caja de cambios y quería entrar en tiempos de encendido.

—Todos a las 18:12 —dijo.

—P-05 sólo a las 18:19 —dijo Luis. —Después conectamos el cable.

Alberto cambió de hora. —¿A partir de mañana juntos?

—¿Por qué? —preguntó Teresa.

—Para hacer la operación de prueba comparable.

Manuel señaló a P-01. —Lo necesitas cuando el borde se oscurece. P-02 sólo cuando alguien se sienta en los bancos.

—Esto no es planeable.

—Sí. Pero no al mismo tiempo.

Ellos determinaron una responsabilidad y propósito para cada linterna. P-01: borde de trayectoria y parche elevado, encender temprano. P-02: bancos y área del suelo, según sea necesario hasta el final de uso. P-04: entrada sur, desde el anochecer. P-05: camino de cruce, sólo durante la operación de prueba supervisada.

El comité no sólo nombró a cuatro personas, sino también representantes. El presidente se hizo cargo de P-01. Un tendero en el borde norte podía representarlos y vio el camino desde su puerta. P-02 recibió a dos residentes que usaban regularmente los bancos. P-04 estaba con el hombre que cerró el salón comunitario por la noche. P-05 permaneció con Manuel o Luis mientras la gestión provisional era necesaria.

—Si nadie es responsable, ella permanecerá fuera —dijo Luis.

—¿Y si hay alguien, pero no ha probado el camino? Preguntó Daniela.

—Entonces, así también.

Alberto no sólo escribió nombres, sino también el prerrequisito para esto. Inspección visual antes de encender. Abortar con cubierta dañada, humedad o cable sin protección. Las tarjetas parecían menos elegantes, pero eran utilizables.

Un residente preguntó por qué P-02 podría encenderse más tarde que P-01. La electricidad es electricidad.

—El propósito comienza más tarde —dijo Teresa. El banco no necesita luz si no hay nadie sentado allí. El camino del borde se utiliza antes.

—¿Y si alguien se sienta en el banco temprano?

—Entonces la persona responsable se activará después del examen.

El residente tomó la tarjeta y la leyó. —Así que no después del reloj.

—No sólo —.

Los cuatro estados entraron en el inventario. P-03 y P-06 también, con razón de bloqueo y siguiente comprobación.

Cuando se hizo más oscuro, Daniela y tres miembros del comité salieron corriendo. Alberto se quedó en la caja de cambios primero. Teresa lo envió.

—El número de inventario no ve el piso —dijo.

En el borde norte, el camino era fácil de leer. Entre P-01 y P-02, sin embargo, había un punto oscuro que apareció en el plan como una zona de césped acrítica. La gente se cortó diagonalmente allí porque la ruta oficial hizo un arco. En el extremo, una raíz sobresalía del suelo.

—¿Otra lámpara? —preguntó Alberto.

—No —dijo Daniela. Primera vuelta P-02.

Luis sólo cambió el ángulo de P-02. El banco permaneció iluminado, y el camino diagonal obtuvo suficiente luz dispersa para hacer visible la raíz.

—Esto significa que perdemos brillo en el asiento —dijo Alberto.

El anciano residente se sentó de nuevo. —Puedo ver el palo.

Eso fue suficiente para la operación de prueba.

Los niños vinieron con una pelota. Al principio se detuvieron en la entrada como si estuvieran esperando ser enviados de vuelta. Un miembro del comité les mostró el camino del borde. Corrieron una ronda, luego otra. Nadie tropezó con las piedras levantadas.

Un vendedor empujó su coche a la entrada sur. Había estado allí antes porque más gente pasaba fuera del parque. Ahora él bloqueó la línea de visión de P-04.

Daniela le pidió que fuera dos metros hasta el borde. Él protestó que había menos luz allí. Manuel no giró una linterna para el coche. El comité le ofreció un lugar cerca de P-05, fuera del teleférico. Desde allí vio el cruce y los clientes lo vieron.

Poco a poco la gente dejó de caminar por el parque. Tomaron el sendero norte, se quedaron en los bancos o vinieron del Mercado a través de la entrada sur. El parque no era completamente luminoso. Entre las zonas de luz permanecían sombras. Pero cada lugar iluminado tenía un propósito reconocible.

Una madre se sentó en el banco del P-02 y dejó que su hijo montara en bicicleta por la acera. Antes, había esperado al lado de la carretera porque no podía pasar por alto el oscuro parque. Ahora podía ver empezar y volver, no cada metro en el medio. Eso era suficiente para ella.

Dos jóvenes se pararon bajo el P-04. La luz cayó de lado e hizo que sus rostros no fueran muy bien visibles, pero mantuvo la entrada libre. Mientras el vendedor empujaba su coche más cerca, le ayudaron a levantar las ruedas sobre un borde.

En el camino diagonal, un hombre casi tropezó sobre la raíz, pero se atrapó. El comité revisó el ángulo de nuevo. La raíz era visible cuando usted vino desde el borde de la carretera, no cuando se acortaba desde el banco. Luis volvió P-02 por unos pocos grados más lejos. Después de eso, la orilla, el área de palo y la raíz eran simultáneamente reconocibles, cada uno menos brillante que antes.

—El instrumento de medición muestra menos lux allí —dijo Alberto.

—La gente muestra menos tropezar allí —dijo Daniela.

Luis volvió a medir y confirmó que la iluminación mínima se mantuvo en el camino. El cambio no fue en contra de la medición, sino dentro de la zona segura.

Un hombre mayor trajo una pequeña mesa plegable y se sentó al borde para jugar Domino. La luz no era suficiente para las piedras. Puso la mesa más cerca de P-02 sin bloquear el camino. Nadie cambió la lámpara para ella. No todos los usos tenían que ser optimizados por la infraestructura.

Más tarde Efraín pasó, y se detuvo en la entrada norte y miró las cuatro zonas de luz.

—Solía ser más brillante —dijo alguien.

—En el pasado, mucho más brillante cuando no lo has visto desde hace mucho tiempo —dijo Efraín, sentado con los dominóes.

Alberto dejó caer de nuevo los seis mástiles. El escudo de la cerradura estaba unido a P-03. P-06 fue capturado, aunque la bola de vidrio faltaba. Fotografió tanto en la oscuridad y señaló que la operación faltante no significaba ningún stock perdido.

—¿Feliz? —preguntó Teresa.

—Cuatro trabajos —.

—Seis están documentados —.

—Eso también.

—Suenas decepcionado.

—Me gustaría que seis trabajaran y se documentaran —.

—Esta sigue siendo la orden.

Cuatro tarjetas pequeñas, una por linterna operada, fueron colocadas en la caja de cambios. Este era el propósito, el tiempo de conmutación, la inspección visual, la responsabilidad y el terreno para la demolición. Las tarjetas no se llenaron inmediatamente. P-05 también requirió control de cable. P-02 llamó al asiento y el camino diagonal. P-01 se refirió al borde del pavimento.

Un miembro del comité preguntó si no podían hacer una sola hoja.

—Más tarde tal vez —dijo Alberto.

Teresa lo miró.

—Una hoja de seis líneas diferentes, agregó.

Manuel P-05 apagado a las ocho en punto. La operación de cable supervisado terminó. El cruce se hizo más oscuro, pero no permaneció ilegible. La mayoría de la gente utilizó el borde en el íterin.

Luis separó la línea provisional, la verificó por calor y la enrolló. Alberto notó el tiempo de operación y el estado después de apagarla. Sin falla, sin puente de protección dañado. P-05 había pasado la operación de prueba, pero permaneció sujeto a supervisión hasta una solución permanente.

En la segunda tarde, el uso cambió. Un grupo de adolescentes no se sentó bajo P-02 sino al borde en el oscuro P-03 porque no había interferencia con la música de un teléfono. Dos mujeres mayores tomaron el banco iluminado para ello. El comité observó el cambio no como un problema, sino como un efecto de la iluminación.

Daniela salió de los caminos con tres niños. Uno era lo suficientemente pequeño como para que los arbustos de su altura cubrieran el cono de luz del P-04. Manuel se arrodilló y vio de la misma manera. Desde la perspectiva de un adulto estaba abierto; a la altura del niño una franja oscura yacía entre el banco y la salida. No se movía un mástil. El jardinero ató dos ramas hacia atrás sin cortarlas, y probó el camino de nuevo.

En la P-01, un residente informó de deslumbramiento en el dormitorio. La linterna estaba técnicamente alineada correctamente. Sin embargo, la luz cayó sobre la pared. Luis montó un escudo

temporal que no oscureció el camino. Mara midió antes y después en tres puntos. La diferencia en la pasarela permaneció dentro de la zona prevista; en la ventana, el brillo directo disminuyó significativamente.

—¿Está eso en el registro de errores? —preguntó Luis.

—En el protocolo de operación —dijo Mara. La linterna no estaba defectuosa, pero el efecto seguía siendo incorrecto.

En la tercera tarde, P-02 se quedó antes porque nadie estaba sentado en los bancos. Media hora después, dos personas vinieron del salón comunitario. El presidente los devolvió y entró en razón y tiempo. Cuesta menos de un minuto. La entrada fue más larga que la acción.

Después de una semana, había siete listas de conmutación. Ninguno era idéntico. Sin embargo, los patrones se podían identificar: P-04 casi siempre marcaba la entrada; P-01 necesitaba el blindaje; P-02 dependía de los bancos; P-05 funcionaba pero requería una inspección visual de la línea todos los días. P-03 y P-06 permanecían las tareas abiertas con el nombre y la cita.

El comité decidió no combinar las listas en una noche media. Un promedio habría creado un modo de operación que no había tenido lugar en ninguna noche.

En la P-01, el comité encontró una nueva mancha oscura en el parche. Era sólo agua de una botella, no humedad del suelo. El presidente la limpió para que el borde fuera visible de nuevo. Tampoco una luz de trabajo salvó ningún cuidado.

P-02 fue cerrado a las nueve cuando los residentes mayores se fueron. P-04 permaneció hasta el cierre de la sala municipal. Las linternas no siguieron el mismo reloj, pero cada apagado fue registrado.

P-01 quedó. P-02 también porque tres ancianos residentes se sentaron en los bancos. P-04 marcó la entrada.

El comité se sentó sin llevar a los visitantes del parque. Decidió probar las cuatro linternas durante una semana en exactamente estas condiciones diferentes. Cada noche, los caminos y la visibilidad se examinaban. P-03 y P-06 seguía siendo visible trabajo abierto.

—Déjalo así —dijo el presidente.

—Con cambios cuando aparece un peligro —dijo Manuel.

—Entonces, así como sigue siendo seguro.

Los niños todavía corrían por una ronda. Los habitantes mayores se quedaron en los bancos. Una pareja caminó por el parque en lugar de a lo largo de la pared. Nadie estaba esperando a que las dos linternas oscuras para reconocer la noche como un éxito.

Capítulo 9: La válvula cerrada

En la mañana después de la operación de prueba, la humedad estaba en el pozo. Sin charcos, sin flujo visible. Sólo un canal oscuro en el borde interior, como si el agua se hubiera parado allí poco antes y hubiera vuelto a expirar.

Manuel puso su caja de herramientas en un banco seco. P-01 y P-04 fueron apagados. P-02 tenía el último usuario apagado a las nueve en punto. P-05 fue separado y el cable provisional fue enrollado.

El pozo debería haber estado seco. La bomba era impotente, la línea de suministro cerrada y el flujo abierto.

La fuente constaba de una cubeta plana redonda y una columna baja, de la que habían salido anteriormente tres boquillas. Dos estaban cerradas con tapas metálicas. La tercera llevaba un trozo de manguera que Manuel había quitado hace meses. En la cubeta había arena, tres hojas y una moneda.

Manuel no barrió nada. Fotografió la condición, puso pequeños números junto a la hoja, la moneda y el canal húmedo y dibujó su ubicación. No porque las cosas tuvieran que ser importantes, sino porque un cambio posterior no se confundió con la causa.

La humedad no se inició en una boquilla. Se encontraba en el lado inferior del lavabo, cerca del desagüe. Manuel revisó el flujo con una varilla delgada. Era libre. Bajo la rejilla no había agua.

En el exterior, el concreto estaba seco. Un suministro con fugas podría haber creado una mancha oscura allí. La articulación con el yeso también permaneció brillante.

—Quizás limpieza —dijo Alberto más tarde.

—El comité no limpió la cuenca —dijo Manuel.

—¿Alguien más?

—Entonces la arena tendría rastros.

Las hojas secas estaban inalteradas. Alguien pudo haber vertido agua cuidadosamente en ella sin moverla. Pero no había ninguna pista y ninguna razón para ello.

Manuel primero revisó la caja del interruptor. Sin energía. Luego puso su mano en la tubería debajo del lavabo. Enfriado, pero sin ninguna vibración visible.

Mara vino con Alberto poco después de las siete. Llevaba set de muestras, manómetro y la hoja de campo del capítulo 7. Alberto tenía el plan actual del parque en un papel.

—¿Llovió? —preguntó.

—No —dijo Manuel.

—¿Garúa?

—En los bancos sí. No es suficiente para la piscina.

Mara midió la temperatura de la superficie, el canal húmedo era más frío que el CENTRO del lavabo seco, olía a hisopo estéril después de absorber el agua, sin olor a cloro, sin podredumbre.

—Muestra la transmisión —.

Manuel los llevó a un pozo bajo detrás del pozo. La tapa era pesada y pegada con arena. Revisaron el aire antes de abrirlo. Los valores eran discretos. En el pozo había dos válvulas. La más grande del pozo estaba cerrada y asegurada con una marca de alambre.

Mara fotografió la posición. ¿Desde cuándo está cerrada?

—Pruebado antes de la operación de ensayo.

—¿Puede pasar?

—Puede cualquier válvula.

Ponen un manómetro detrás del deslizador. No hay presión medible. Manuel abrió el punto de vaciado. Unas gotas vinieron, luego nada.

Mara dejó el punto de vaciado abierto y observó la pelvis. Si la válvula pasaba, la presión o al menos la secuencia de caída tendría que cambiar. Durante quince minutos no llegó nada. El canal húmedo permaneció.

Luego probaron la bomba eléctricamente. Seguro, desconector abierto, cable sin voltaje. Manuel giró el eje de la bomba a mano. Se movió pesadamente pero libre. No se bombeaba agua.

—¿Alguien puede haberla encendido por la noche? —preguntó Alberto.

—Sólo cuando el sello de alambre fue reemplazado en el interruptor —dijo Manuel.

La marca estaba intacta y vieja polvorienta. Mara la fotografió. Un encendido secreto no era imposible, pero tuvo que pasar por alto varios fusibles visibles. Ella no notó a ninguna persona sospechosa.

A continuación, Mara puso tiras absorbentes secas en las tres boquillas, la articulación de la tubería y el borde de la piscina. Después de veinte minutos, sólo la tira en el canal existente estaba mojada. No salió agua de la columna.

Alberto cruzó la bomba y las boquillas de su plan como causa.

—No es definitivo —dijo Mara. Bajo las condiciones de hoy, no confirmado.

Reemplazó las líneas con pequeños círculos abiertos. —Tú y Teresa tienen el mismo efecto en los planes.

—¿Cuál?

—Nada puede morir.

—Las causas pueden morir si las hemos probado lo suficiente. Hoy solo tenemos una condición —.

—¿Pump?

—Inestrépido.

Alberto miró a la piscina. —Entonces la humedad es vieja.

Mara corrió por el canal con una barra limpia. La película de agua se cerró de nuevo. —Está al día.

Bajo una segunda cubierta se encontró el antiguo distribuidor. En el plan actual sólo estaba DESCUBREDO. El distribuidor no fue retirado. Tres líneas se apagaron: una al pozo, una probablemente a la red de riego anterior y una más estrecha que desapareció bajo una losa de concreto.

La portada llevaba un antiguo número de inventario dentro. Alberto no lo encontró en la lista actual. Teresa respondió a su llamada desde el Archivo y buscó en un registro escrito a mano. Después de diez minutos leyó una entrada: DISTRIBUTOR PARK SÜD, traducido del stock de Depósito, que permanece abierto.

—¿Impuesto dónde? —preguntó Alberto.

—No dice eso allí —.

—Permaneced abiertos mientras estamos ante él.

—Entonces el paradero está ahora parcialmente aclarado. No las líneas.

Mara tenía el número de inventario incluido en el stock actual del parque. El distribuidor estaba disponible materialmente. Su estado DEPARTAMENTO no fue eliminado, pero marcado como información falsa anterior.

Manuel limpió sólo el polvo de las tuberías que era necesario para el material y la conexión. En el acabado estrecho reconoció dos acoplamientos diferentes. El más viejo estaba hecho de metal, más tarde hecho de plástico azul. La transición podría ser parte de una reparación.

—Azul como las tuberías en el Canal Seco —dijo Alberto.

—Azul como muchas tuberías de agua —dijo Mara. Compara material, no color.

Midió el diámetro y el relieve del fabricante. La pieza Canal-Seco no tenía relieve visible. Una conexión seguía siendo posible, no ocupada.

—La tercera falta —dijo Alberto, poniendo en marcha el plan en el banco.

Manuel puso un dedo en la tubería. —Viejo.

—¿Cuántos años?

—Otro embrague. Frente a la última línea de estacionamiento.

La línea estrecha estaba separada con una válvula. La rueda de mano no se podía mover. Rust estaba en el husillo, pero en un lado había un borde más blanco que el resto.

Mara lo dejó cerrado. —No hay fuerza antes de que sepamos el progreso y la condición.

Alberto buscó los planos antiguos. Uno mostró una red de riego con dos desagües. Un segundo condujo una línea hacia Depósito Norte. El plan de La Hondonada mostró en el borde norte un hilo que podría haber comenzado por debajo del parque. Ninguna línea encaja exactamente en el ángulo de la tubería.

—Tres posibilidades —dijo Mara. —Red de parques antiguos. Depósito Norte. Inventario sur.

—¿Qué marcamos? —preguntó Alberto.

—Todos.

Tenía tres bolígrafos. Azul para parque, verde para Depósito, amarillo para el sur. Las líneas corrían lado a lado y se separaban donde los planos ya no tenían puntos de referencia.

Alberto puso papel transparente sobre los tres planos. El viejo plan del parque tenía una escala diferente al plan de gestión. Amplió una copia hasta que las paredes de la sala municipal fueron amontonadas. Después de eso, la fuente, pero no la entrada sur, caben.

—El parque ha cambiado —dijo Manuel. —El camino fue relegado al árbol.

—¿Qué árbol?

Manuel señaló el amplio tronco al lado de P-02. En un viejo cuadro aéreo era más pequeño y el camino recto. El camino de hoy era sobre las raíces. Los alambres podían seguir la vieja geometría, mientras que los caminos fueron cambiados más tarde.

Mara por lo tanto no dibujó una línea a lo largo del presente parche. Marcó posibles pasillos con anchura, no líneas exactas delgadas.

—Eso parece aún más desordenado —dijo Alberto.

—Demuestra dónde podemos mirar sin pretender que lo sabemos —.

Un dispositivo de posicionamiento acústico encontró una señal clara en el curso occidental desde la conocida línea de riego. En el corredor norte había un débil eco metálico. En la zona sur, los cables y los restos de concreto superponían cada ubicación clara.

Manuel no golpeó una sonda en el suelo, el parque estaba lleno de líneas desconocidas, todas las pruebas invasivas necesitaban autorización.

—Esto se ve desordenado.

—Es una incertidumbre bien separada —.

Manuel no puso una marca de tiza en la cubierta. La posición de la válvula era visible. Una nueva línea podría haber actuado como una posición objetivo más tarde.

Tomaron una muestra del canal húmedo, la cantidad fue suficiente para una prueba rápida microbiológica y conductividad, no para un análisis completo del origen. El cloro de reposo era apenas detectable, lo que podría significar agua de grifo vieja, condensado, humedad básica o una mezcla.

—Ningún cloro viene de la tubería —dijo Alberto.

—Ningún cloro residual mensurable significa precisamente eso —dijo Mara.

La prueba rápida se mantuvo discreta, sin aumento de la opacidad ni indicación microbiológica inmediata.

Mara también midió la conductividad y la temperatura. Los valores eran similares al agua en el parque, pero no estaban lo suficientemente cerca como para confirmar una fuente. La evaporación en la cuenca superficial podía aumentar la conductividad. La humedad del concreto podía absorber minerales.

Ella tomó una muestra de control del pozo cerrado. Manuel desinfectó una conexión de prueba, drenó el agua residual y abrió sólo el pequeño grifo de muestra. La muestra del control era más fría y contenía cloro residual mensurable.

—Así que no se pasa de la raya —dijo Alberto.

—No está fresca de esta línea bajo estas condiciones —dijo Mara.

—¿Cuántas palabras no es necesario?

—Muchos hasta que sea verdad.

Alberto escribió los valores comparativos completamente. Dejó la palabra no.

Alberto escribió en su borrador: Agua higiénicamente segura.

—Esta muestra no muestra ninguna pista microbiológica actual, eso es todo.

—Es lo mismo para visitar el parque —.

—No, no conocemos la fuente, y los hombres no deben beberla.

Pusieron una señal en el pozo: no había agua potable, no entraron tanques. El parque permaneció abierto.

Detrás del antiguo distribuidor había un eje inferior. Cuando Manuel levantó la tapa sólo unos pocos centímetros, el medidor de gas mostró oxígeno hundido. Se cerró inmediatamente.

—Está cerrada —dijo Mara.

Alberto miró por el parque. —¿Toda la zona?

—El eje. Cerrando tan lejos que nadie abre la tapa. Ni el borde, ni los bancos.

—¿Y si la línea lleva debajo al pozo?

—Entonces no cambia la distancia segura —.

Manuel puso una barrera sólida alrededor de la tapa. No había cinta adhesiva que los niños pudieran levantar.

El comité del parque vino al control de la mañana. El presidente miró el canal en la piscina y preguntó si la operación de prueba se detendría.

Los dos residentes de P-02 y el tendero que iba a representar P-01 vinieron con ella. Primero revisaron sus linternas. Sin agua en las cajas de conexión, sin cubierta dañada, sin lámpara movida. La operación de prueba en sí no había causado ninguna perturbación visible.

El tendero quería extender la barrera alrededor del pozo profundo hasta el pozo. Entonces el camino diagonal habría sido cerrado.

—¿Dónde está el peligro? Preguntó Mara.

Señaló al pozo.

—Luego bloqueamos el acceso a la tapa y el área que se vería afectada por el allanamiento. El camino permanece despejado mientras su borde sea estable —.

Se fueron juntos. Manuel revisó el suelo con el bastón. La barrera se amplió medio metro pero no se tiró hacia el camino.

—Cuando cerramos todo en torno a un peligro, no aprendemos nada sobre su frontera real —dijo Mara.

El presidente escribió el puesto de control en el mapa de P-02: Vista de la barrera, no entrar, reportar daños. La responsabilidad de la linterna por lo tanto consiguió más observación sin convertirse en mantenimiento del eje.

—Las cuatro linternas funcionaron con seguridad —dijo Mara. El pozo permanece cerrado. Un pozo adicional está bloqueado.

—¿Es peligroso el agua?

—No tenemos ninguna pista aguda en esta muestra. La fuente es inexplicable. Por lo tanto, ningún contacto y ningún uso.

El presidente repitió la frase hasta que se ajuste a ella. —Ninguna pista actual, fuente abierta, bien cerrada.

—Exactamente.

P-01 se continuó por la noche. La barrera yacía fuera de su camino. P-02 iluminó el banco, no el pozo. P-04 y P-05 no se vieron afectados.

Manuel revisaba la película de humedad cada treinta minutos. No tomaba tiza para trazar el borde. En cambio, fotografiaba desde la misma posición con una pequeña escala en la imagen.

—¿Por qué no hay cola? —preguntó Alberto.

—Cuando continúa mañana, alguien ve la tiza y piensa que pertenece allí.

—La fotografía y la escala también son una línea.

—Pero una que queda ayer.

Mara no escribió la frase en las actas, sólo el método.

Comprobaron el terreno con un dispositivo de búsqueda de línea. Desde el antiguo distribuidor, la línea estrecha podía ser rastreada varios metros. Luego la señal perdida bajo una zona de residuos metálicos y cables. El curso posible a la red del parque giraba hacia el oeste. La posible historia del Depósito fue hacia el norte. La línea sur permaneció entre ellos hasta que la señal desapareció.

Mara tuvo un pequeño cambio en la presión en el conocido parque mientras el dispositivo de seguimiento estaba en funcionamiento. Sólo el corredor occidental respondió. La línea vieja estrecha no mostró ningún cambio medible. Podría estar separado, vacío o conectado a otra red.

Manuel escuchó un pequeño clic en la tubería cuando la presión fue devuelta. Vino de la dirección de la vieja válvula. Repitió el cambio. El clic no volvió.

—¿Notas? —preguntó Alberto.

—Sí —dijo Mara. Una vez percibido acústicamente por Manuel, no confirmado en la repetición.

Alberto escribió la frase sin comentarios. El día de campo del capítulo 7 también había cambiado de idioma.

Para probar el condensado, Mara colocó una pieza de metal seco junto al lavabo y una a la sombra de la columna de la fuente. Después de una hora, ninguna estaba húmeda. La humedad era demasiado baja para explicar la película de agua sola. También esta posibilidad se volvió más pequeña, no imposible para la noche.

—El dispositivo no decide —dijo Alberto.

—Es limitado donde seguimos comprobando —dijo Mara.

Pusieron tres marcas en el plan, ninguna en el suelo. Una marca de tierra habría reclamado un curso que no habían confirmado.

Alrededor del mediodía, el laboratorio pidió las primeras muestras de agua de Los Pinos. No hay contaminación aguda en las muestras evaluadas previamente. Mara pidió la misma prueba de la muestra del pozo. Ella explicó a Manuel que la advertencia higiénica para la red de agua potable no se aplicaba automáticamente a la fuente del parque desconocido.

—El agua no es la misma agua —dijo.

—No sin conexión.

Por la tarde, el sol secó los bancos y senderos. El canal húmedo permaneció en el pozo. No se amplió, sino que también se hizo más brillante. Manuel volvió a revisar la válvula cerrada. No hubo presión detrás de ella. La bomba permaneció sin corriente.

Mara tenía marcadas tres superficies de control: una directamente en el lavabo, una en parches similares en la sombra y otra en el sol. Todas se probaron al mismo tiempo con telas idénticas. La tela en el recipiente tomó humedad, que a la sombra sólo polvo que permanecía caliente y seco en el Sol. El método era áspero, pero separaba al menos la superficie y la impresión.

Bajo la cubierta de mantenimiento corría una tubería de cable cerrada. Luis la probó sin tensión y abrió sólo la tapa accesible. No había agua en ella. Una segunda tubería condujo hacia el antiguo distribuidor, pero fue cerrada con mortero. No la perforaron. Un posible atajo no justificaba ninguna intervención en inventario desconocido.

El presidente trajo una foto de la construcción de la fuente. La cuenca aún no estaba tumbada en ella; grava, dos tubos y un trabajador eran visibles con una pala. Teresa comparó el ángulo de visión con los árboles. Una de las tuberías podría ser la tubería de cable actual.

En la parte posterior había una fecha y el nombre del fotógrafo, pero no había nombre para la línea. Mara pidió una copia digital y señaló el origen. El original se quedó con el presidente.

Manuel sólo pasó una muestra de presión a la válvula cerrada. El valor mantenido. Detrás de la válvula el sistema permaneció sin probar porque el pozo debería haber sido llenado para eso. Mara escribió el límite audazmente en el informe. Cerca de la válvulas no era lo mismo que bien denso.

Poco antes de la apertura, un niño vino con una taza y quiso secar la canaleta. Daniela no la retuvo con miedo, sino que explicó que el lugar estaba siendo vigilado. Pusieron una marca baja al lado, fuera del camino de correr. La humedad no se volvió más peligrosa, sino visible como un área de trabajo.

Antes de cerrar el eje, revisó la marca de alambre, la válvula y la conexión de medición. Todo estaba como en la mañana. Se puso en la tapa y la atornillaron.

Alberto trajo las tarjetas actualizadas a la caja de cambios. Tres pasillos anchos en lugar de una línea. Un eje cerrado. Un antiguo distribuidor como inventario existente. La muestra con su resultado limitado.

—Eso es más documentación que causa —dijo.

—Hoy, sí —dijo Mara.

—Y sin embargo, el parque puede abrir esta noche.

—Porque hemos limitado el peligro sin inventar la incertidumbre.

Manuel fue alrededor de la piscina por última vez. La moneda, las hojas y los granos de arena eran como en la mañana. Sólo el borde húmedo se había vuelto más oscuro, aunque el sol era más alto.

La piscina todavía estaba mojada.

Capítulo 10: El canal antiguo

La supervisión de la Autoridad Cultural se llamaba Lucía Arce y llevaba una cartera en un caparazón transparente. Antes de que alguien entrara en el Huaca Bajo La Arena, tenían nombres, equipamiento y propósito de la visita.

—Observación y reconocimiento en el área del borde expuesto —leyó de la aplicación de Mara. — Sin muestra, sin sonda, sin desplazamiento de material.

—Bien —dijo Mara.

Lucía miró a Manuel. —No es una pequeña reparación.

—No traje nada para reparar piedras viejas.

Llevaba una cinta de medir, una escala de agua y un cepillo suave que Lucía le quitó inmediatamente.

—Tampoco limpio.

—Entonces sólo la cinta de medir.

Teresa tenía copias de un moderno archivo de agua. Efraín esperó en la puerta. Conocía el camino a Huaca.

El Garúa estaba bajo por encima del complejo, hacía las piedras expuestas más oscuras y la arena más firme. Detrás de la barrera había paredes y plataformas bajas, en parte bajo techos de refugio. El grupo permanecía en el camino marcado.

En el punto de visita, un tablero con las fases de construcción conocidas colgaban. Varios datos fueron marcados —probablemente o —no finalmente fechados. Alguien no había impreso las palabras cautelosas más pequeñas que las seguras.

Lucía explicó que el canal se había hecho visible durante el trabajo de seguridad hace años. Fue documentado, limpiado y no expuesto después de eso. Algunas piedras se habían asentado desde entonces. Después de una lluvia fuerte rara, el equipo tuvo que quitar la arena sin cambiar su ubicación original.

—¿Originalmente en qué año? —preguntó Manuel.

—Originalmente en el sentido de estado documentado cuando se expone. No en el significado del primer edificio.

—Entonces tú también mantienes una posición intermedia.

—Conservamos lo que podemos probar —.

Mara vio la relación con los trazos de tiza de Manuel, pero no dijo nada. Una documentación arqueológica y un ajuste de válvula tenían diferentes tareas.

Antes de ir al canal, Lucía les mostró imágenes de tres estados anteriores. En el más antiguo, la sección norte era más ancha porque faltaban dos piedras marginales. Más tarde, fueron reutilizadas según los hallazgos. Un desbordamiento del sur no era completamente visible en ninguna foto temprana.

—Si no vemos algo hoy, no significa que nunca estuvo allí —dijo Teresa.

—Y cuando lo vemos en una foto, no sabemos cuánto tiempo —dijo Lucía.

Mara grabó los números de la foto en su protocolo, no trataba ninguna dimensión como atemporal.

El canal estaba situado en el borde exterior de una estructura ya documentada. No era profunda. Dos hileras paralelas de piedras limitaban el suelo hecho de placas más pequeñas y material compactado. A primera vista parecía irregular: ancho, estrecho, de nuevo ancho.

—¿Pipa de agua? —preguntó Manuel.

Lucía respondió antes que Mara. —Como una canaleta documentada. Usar no completamente aclarado.

—Entonces lo llamamos el Rinne —dijo Mara.

Comenzó en la marca norte permitida. Lucía mostró exactamente dónde se podía colocar la cinta de medición. Mara midió el ancho y la pendiente visible sin poner una varilla en las juntas. Manuel sostuvo la cinta sobre la superficie.

Lucía había colocado pequeños objetivos reversibles en los puntos ya documentados. Mara instaló el dispositivo de nivelación fuera de la estructura. Manuel sostenía la barra sobre placas de rodadura modernas, no sobre las piedras viejas. Cada lectura tenía una incertidumbre porque la superficie era irregular.

La primera diferencia en altura fue tan pequeña que Manuel pensó que era un error de medición. Mara repitió la lectura desde una segunda posición. El valor permaneció igual dentro de unos pocos milímetros.

—El agua fluye con pequeños gradientes —dijo. —Cuando la superficie y la multitud encajan.—

—¿Y si viene arena?

—Entonces el único efectivo cambia.

Lucía señaló una vieja línea de depósito en la pared de las canaletas. No estaba paralela al suelo de hoy. O la suela había cambiado o el agua había estado de pie diferente a veces. Una sola línea no podía separar ambos.

Mara lo dibujó. No hay flecha para la dirección de flujo, sólo posición y altura.

La primera sección tenía treinta y un centímetros de ancho, la siguiente cuarenta y ocho. En el medio había un bajo desbordamiento que podría haber llevado al agua a un hueco plano en el lado. El borde fue desgastado y más tarde complementado con otra piedra.

El suplemento era más ligero y más fino. Lucía explicó que la reparación estaba documentada arqueológicamente pero no fechada exactamente. Podría venir de una fase posterior de uso histórico o de una preservación temprana antes de que se mantuvieran los informes modernos.

—Entonces incluso la reparación es vieja —dijo Efraín.

—Lo suficientemente viejo como para que no sepamos qué edad —dijo Lucía.

En la sección ancha ponen piedras planas como pequeños escalones. Pudieron haber ralentizado la corriente, atrapado arena o simplemente compensado una superficie irregular. Mara midió sus alturas. Ninguno formó una serie exactamente repetida.

Manuel señaló dos huecos. —Si faltaran piedras, la serie sería más regular.

—O las brechas son parte de la forma —dijo Mara.

Lucía tenía fotos sin las piedras que faltaban. No se añadieron sólo para hacer que el patrón se vea más completo.

En el lado se encontró una salida estrecha. Terminó después de menos de un metro en arena sólida. Si continuó, no se pudo sondear. Mara notó el final visible, no el final real.

—¿Bugs? —preguntó Efraín.

—Cambio —dijo Teresa.

—Puede ser ambas cosas —dijo Mara.

Lucía asintió. —No fechamos la reparación durante una visita de agua.

El canal cayó al principio apenas medible. Más al sur la pendiente se hizo más fuerte, luego más plana. Una línea moderna y recta no se hubiera planeado así. Para la orientación de aguas abiertas con arena cambiante, sin embargo, la anchura podría influir en el sobrepunte y depósito.

Mara dibujó secciones transversales, no de reconstrucción. En un punto una fila de pequeñas piedras se sentó lo suficientemente suelta como para que pudiera haber caminado en la próxima fuerte lluvia. Lucía no la dejó tocar.

—Cuando se mueven, se pierde el rumbo —dijo Manuel.

—Si los ponemos ahora, perdemos la condición —dijo Lucía.

El supervisor fotografió el puesto para el control de conservación. Un posible respaldo sería decidido más tarde, no durante esta inspección.

Efraín se paró ante una amplia sección. —Hay barrancos en El Faro que se ven así.

—¿Las mismas piedras? —preguntó Mara.

—No. La misma manera de ensancharse donde viene la arena.

—¿Orígenes Conjuntos?

—Yo no dije eso —.

Sólo describió lo que había visto en marea baja: canales planos en las paredes, algunos conectados, otros no, reparaciones con otro material. Teresa notó la similitud como una comparación, no como una asignación.

En la sección central había dos desbordamientos a diferentes alturas. La inferior condujo a un valle, que ahora estaba lleno de arena. La superior terminó en una pared posterior.

Mara no calculó ningún caudal histórico, debido a la falta de rugosidad original, profundidad del agua y flujo completo. Sólo pudo demostrar que el desbordamiento más alto se habría logrado sólo a un nivel de agua más alto, siempre que ambos estuvieran abiertos al mismo tiempo.

—Así que una reserva de seguridad —dijo Teresa.

—Posiblemente. O una conversión posterior con otro propósito.

Efraín volvió un poco de la ruta de visita marcada y miró el canal desde la dirección opuesta. — Desde aquí el más alto se parece al más viejo.

Lucía estaba a su lado. La articulación entre el desbordamiento y la pared era en realidad diferente. Ella la fotografió para un examen estructural-histórico posterior.

—Han encontrado algo —dijo Manuel.

—Encontramos un lugar para examinar más de cerca —dijo Lucía.

—Esta es la forma más larga de ello.

—Y la correcta.

La Garúa recolectó en la cinta de medición de Manuel. La secó antes de que goteara agua sobre la estructura. Ni siquiera se le permitió a su examen producir la humedad que querían medir más tarde.

—Tal vez fue primero aliviado aquí y más tarde allí —dijo Mara.

—O ambos para diferentes cantidades —dijo Manuel.

—O uno nunca se terminó —dijo Lucía.

Dejaron las tres posibilidades.

El Garúa se hizo más denso. La humedad se encontraba en las superficies, pero no uniformemente. El fondo compacto del canal seguía siendo más ligero que algunas piedras a su lado. Mara sólo midió la temperatura sin contacto y la humedad superficial. Lucía había probado previamente el dispositivo y aprobado los puntos de medición.

—El canal no es la zona más húmeda —dijo Mara.

—No tiene por qué serlo —dijo Lucía. —Está abierta y tiene viento.

Fuera del canal había una mancha de arena oscura. Todavía estaba dentro de la zona visual, pero más allá del límite permitido de medición. Mara la fotografió sin acercarse.

Teresa sacó el archivo del proyecto moderno. Era de un plan de drenaje que se había iniciado décadas después de la publicación documentada. Por un lado se dijo: Referencia a la lógica derivada existente en el borde del Bajo La Arena. Entre ellos un bosquejo con amplias zonas de captura, desbordamientos laterales y varios posibles caminos de drenaje.

El archivo contenía un informe de un ingeniero que había visitado el canal. No escribió que tenía que ser copiado. Destacó tres propiedades observadas: ninguna sección transversal continua, relieve lateral y capacidad de reparación con el material disponible. Después de eso advirtió que la escala y los niveles de precipitación de la planta moderna eran otros.

—Tuvo cuidado —dijo Mara.

—En el informe —dijo Teresa. —La convocatoria de propuestas fue más tarde acortada.

En la licitación, —varios caminos de drenaje posibles se habían convertido en dos canales fijos. En el cambio de construcción, un tercer desbordamiento se añadió de nuevo después de Sand había puesto la primera sección.

Manuel hojeó entre el informe y el cambio. —Sólo acortaste las posibilidades y más tarde se redujo una.

—Una nueva añade —dijo Mara. No es lo mismo, ya se conocían las condiciones.

La instalación moderna estaba más al norte y era parcialmente visible en imágenes aéreas. Una amplia zona de recolección conducía alrededor de una carretera. La tercera sección nunca construida todavía estaba desbaratada en el plan.

Teresa marcó el informe, la licitación y el cambio de construcción como versiones separadas. El viejo canal había servido como referencia al pensamiento. Su forma no había sido transferida de una a una.

—Ellos copiaron la vieja canaleta —dijo Manuel.

—No —dijo Teresa, señalando las dimensiones. —El sistema moderno es más grande y está en otras partes. Han llamado al principio una referencia.

La planificación nunca había sido completamente implementada. Dos secciones parecían tan construidas, una como movida. Una nota posterior apuntaba a la arena errante y una pendiente cambiada después de las obras de carretera.

Mara colocó el boceto junto a su sección transversal. La similitud no estaba en una forma fija. Ambos diseños permitían varios caminos para diferentes cantidades. Ambos suponían que la arena y los gradientes no permanecían iguales para siempre.

—No sabían lo que iba a pasar —no dijo Alberto, porque no estaba allí. Teresa no dijo nada.

Mara lo expresó con más cuidado. —La construcción no tenía que conocer todas las condiciones que ocurrirían más tarde, dejando espacio para el cambio.

Lucía miró el canal. —Y fue reparado de todos modos. El espacio para el cambio no significa que funcione por sí mismo.

—Exactamente.

Manuel comparó la idea con sus válvulas. No dijo que el Huaca confirmara su práctica. Señaló sólo los cambios de ancho.

—Si hubiera treinta y un centímetros por todas partes, la arena cerraría todo en un solo lugar.

—Tal vez —dijo Mara. No sabemos las cantidades de ese tiempo.

—Pero vemos las reparaciones.

—Sí.

El grupo se dirigió a la marca de protección sur. Allí el canal fue dañado. Dos piedras faltaban, el suelo fue lavado y una protección de cable moderna pasó sobre él. La vieja estructura no había sobrevivido a todos los usos posteriores.

Cerca del canal se encontraba un poste del refugio. La fundación de Garúa llevó a un lugar que había estado seco en las primeras fotos. Lucía había instalado un pequeño borde de goteo moderno. Era conscientemente visible y fechado.

—¿Por qué no esconderse? preguntó Manuel.

—Para que nadie lo considere parte de la planta más tarde.

La protección del cable también fue documentada, pero menos bien. Teresa encontró sólo una factura en el archivo sin un mapa. Lucía notó seguir el curso.

Mara no midió el área dañada como anchura original. Ella estableció dos valores: la apertura visible de hoy y la anchura mínima reconstruible entre los bordes preservados. El segundo valor recibió un signo de interrogación.

—¿Puede una lectura tener un signo de interrogación? —preguntó Efraín.

—Cuando se trata de una suposición, debe tener una —dijo Mara.

El valor de humedad más fuerte dentro de la zona permitida no estaba en la sección más profunda, sino en una articulación moderna. Esto no confirmó ningún flujo de agua histórico. Sólo mostró cuán fuertemente el estado actual determinó la medición.

Lucía terminó la encuesta. —Hasta aquí. Además no está expuesto y hoy en día no hay parte de la aplicación.

Mara no estableció un último punto de medición más allá de la línea. Sólo tomó el punto de humedad visible más fuerte con la posición y la foto. Estaba justo fuera del canal conocido, donde ninguna estructura histórica fue documentada bajo la arena.

—Si supiéramos lo que había debajo, Manuel dijo.

—Entonces necesitaríamos otra propuesta —dijo Lucía.

—Y una razón arqueológica —dijo Mara. No sólo nuestra pregunta sobre el agua.

En el camino de regreso a la puerta, Efraín señaló un lugar donde el Garúa goteaba sobre un techo protegido. La arena debajo era más oscura que cualquier otro canal viejo.

—A veces la nueva humedad está justo fuera del nuevo techo —dijo.

Mara también grabó esto en su disco. No todos los puntos oscuros eran cosa del pasado.

En la sala administrativa, todos firmaron el final de la visita. Lucía comprobó que no se había tomado ninguna muestra ni se había movido ningún material. Teresa le dio una copia del expediente del proyecto moderno porque la autoridad cultural sólo tenía una versión incompleta allí.

Lucía no puso inmediatamente la copia en el inventario, comparó los números de página, los archivos adjuntos y los sellos con su versión. Le faltaban dos dibujos, pero su portafolio contenía una foto que Teresa no conocía.

La foto mostraba a tres hombres al lado de una sección de ladrillo de la canaleta. Uno sostenía un latte con marcas, otro medio estaba fuera de la foto. En el fondo el Cerro Dormido se sentía halagado de ser visto que desde su ubicación actual. Teresa no volteó la imagen, aunque Alberto dijo que podría haberse quedado atascado en el camino equivocado. Sólo las sombras y una apertura de pared confirmaron la orientación.

Lucía conocía el nombre del hombre más joven. Había trabajado en el museo más tarde y había muerto hace unos años. Su hija pudo haber tenido cuadernos. Nadie la llamó inmediatamente. Un patrimonio familiar no era un suplemento libre disponible para un archivo del gobierno.

En cambio, hicieron una petición: qué documentos fueron buscados, para qué copias fueron marcados y que los originales no tenían que ser presentados. Lucía insistió en que un rechazo también podría ser observado sin justificación.

Las secciones transversales del canal estaban numeradas en un dibujo. Faltaba el número cuatro, el número cinco mostraba un área ampliada con desbordamiento lateral. Mara ponía papel transparente sobre él y sólo transfería las dimensiones, no la eclosión idealizada. En el sitio no habían encontrado ninguna sección que se viera exactamente así.

—Tal vez destruido —dijo Alberto.

—Tal vez nunca se construyó —dijo Teresa.

Mara añadió: —O más tarde reparado de manera diferente.

Buscaban cantidades materiales en las facturas; el suministro de cemento era suficiente para varias variantes; no se podía reconstruir ninguna sección transversal de ella; para ello, la adaptación del artículo al inventario aparecía repetidamente; no había detalles al respecto, sólo el reconocimiento de que el plan no había decidido por sí solo.

Por la tarde volvieron con Lucía al límite protector. Los arqueólogos determinaron dónde podían estar. Mara no midió en la Huaca y no puso un marcador en la vieja mampostería. De una manera moderna comparó ejes de vista y alturas. El supuesto desbordamiento yacía después del dibujo bajo una valla posterior. Así la prueba terminó provisionalmente.

—Un expediente completo de dos incompletos —dijo Manuel.

—Todavía no —dijo Teresa. Primero, una lista de diferencias.

Acordaron reemplazar las copias digitales con la fuente. Nadie reemplazó la carpeta anterior por la más gruesa.

Mara escribió como conclusión técnica: El canal muestra secciones transversales personalizables, desbordamientos y reparaciones; la función y la datación permanecen parcialmente inexplicables. No se ha demostrado ninguna conexión técnica directa con la red de agua actual.

La frase era menos hermosa que la canaleta, y era resistente.

—Los dos nos quedamos —dijo Lucía.

—Por supuesto —dijo Teresa.

La humedad más fuerte por la mañana permanecía fuera del viejo canal y fuera de su límite de medición. Mara lo dejó allí.

Capítulo 11: El ajuste correcto

Por la tarde, antes del festival, el generador estaba en la granja Grifo, entre un palé de agua mineral y una pila de cajas vacías de bebidas. Era amarillo, pesado y a menudo lo suficiente empujado por los bordes para evitar que nadie volviera a emerger. En el tanque, una pegatina descolorida con el número de teléfono de una empresa de alquiler de la capital provincial se atascó.

En la reapertura oficial, la Municipalidad esperaba más visitantes que en una noche ordinaria en el parque. Sin embargo, no se permitió que la celebración fuera una razón para poner en funcionamiento instalaciones no probadas. Todo lo que funcionó en este día tuvo que permanecer dentro de sus límites de seguridad incluso bajo pleno uso.

Javier lo había llevado por la mañana, no por el camino más corto, dijo, pero el que menos saltaba era el área de carga.

—Estas son dos cosas diferentes —dijo Mara.

—Sólo para personas sin amortiguadores —.

Manuel se arrodilló junto al marco y leyó la placa tipográfica. La actuación fue suficiente para el escenario, los dos parlantes, la iluminación de trabajo y una parte de las lámparas de estacionamiento. No fue suficiente con todo lo que se había escrito en las listas durante la semana.

Teresa tenía tres de esas listas.

—El exprimidor está solo en uno —dijo ella.

—Entonces ella es rechazada democráticamente —dijo Javier.

—Se rechaza eléctricamente.

Mara había hecho un plan de carga por la mañana. El escenario tenía su propio circuito. Los puestos de ventas debían operar sus pequeños dispositivos en el suministro fijo en el borde del parque occidental, cuyos fusibles Manuel ya había comprobado. Dos de los seis faroles se suministrarían a través de líneas separadas, provisionales, con protección de corriente de falla y puentes de cable. Cuatro tenían sus propias conexiones reparadas. El generador no debe hacerse cargo de sorpresas.

Fue fácil sobre el papel.

Cuando Manuel lo puso en marcha, el motor funcionó uniformemente durante tres segundos. Luego un temblor deambuló a través del marco. La cubierta del tanque comenzó a aplaudir finamente, las cajas al lado respondieron, y en la caja de distribución el circuito protector saltó.

Manuel paró el motor inmediatamente.

—¿Una vez más? —preguntó Teresa.

—Sólo cuando sabemos lo que vimos la primera vez.

Mara notó: Comience sin carga. La vibración aumenta. Apagar después de unos nueve segundos. No hay consumidores encendidos.

El dueño del Grifo, Don Esteban, vino de la oficina y llevaba una camisa blanca.

—Ayer corrió —dijo.

—¿Dónde? —preguntó Mara.

—Hay una espalda —.

Señaló una zona de concreto cubierto junto a la lavadora.

—¿Con carga?

—Con dos lámparas y una nevera.

—¿Cuánto tiempo?

—Una hora. Tal vez más.

Manuel miró la ubicación actual. El patio cayó apenas visiblemente a la red de drenaje. Una rueda del generador estaba parada en un lugar donde el concreto había sido reparado.

—Todavía lo estamos comprobando completamente —dijo.

Don Esteban asintió. —Por esto te lo di.

—Nos dejaron —dijo Teresa.

—Eso me obliga aún más.

Manuel comenzó con el aceite. El soporte estaba dentro de la marca, el color era discreto, el cierre estaba limpio. Verificó la línea de combustible, filtros de aire y conexiones de batería. Mara fotografió la placa

tipo, el contador de nivel y cada prueba para el archivo de evento. Teresa comparó el número de serie con la licencia de alquiler.

—Esa es la correcta —dijo.

—Eso ya es algo hoy —dijo Javier.

La escalera estaba presente. El cable de puesta a tierra no estaba dañado. Manuel midió la resistencia de la conexión prevista y dejó que Don Esteban mostrara la lanza de tierra que el Grifo había dado. Era nuevo y demasiado corto para el suelo en el parque si sólo se golpeó hasta la mitad.

—Entonces todo —dijo Manuel.

—Ese era el plan —dijo Teresa.

—Muchos planes terminan tan pronto como un martillo se vuelve pesado.

Puso la lanza en los cables, no en el generador. Mara entendió el orden: Lo que se probó aquí permaneció separado de lo que había que producir en el sitio.

El manual estaba en una bolsa de plástico bajo el asiento del pequeño remolque de transporte. Estaba lubricado con aceite pero completo en los bordes. Para el funcionamiento requería una superficie horizontal, sólida, ventilación libre y una velocidad nominal fija. Un dibujo mostraba cuatro puntos de soporte igualmente cargados.

Javier miró debajo del chasis. —Tiene cuatro, el piso tiene otros planos.

Manuel puso un delgado medidor de metal debajo del pie derecho delantero. Casi entra al medio.

—No está de pie sólo —dijo.

—¿Tan poco? —preguntó Teresa.

—Para un poco de nivel de agua. Para un motor en marcha hay que medir.

Empujaron el generador sobre el concreto más viejo detrás de la lavadora. Allí se quedó sin juego visible. Manuel volvió a comprobar que no había ningún consumidor conectado. En la segunda salida el cuadro se mantuvo más silencioso. El indicador de frecuencia se elevó, superó brevemente el área objetivo y cayó hacia atrás. Después de medio minuto el temblor comenzó de nuevo, más débil que antes, pero con suficiente claridad que la cubierta del tanque se movió.

El circuito de protección se quedó esta vez.

Manuel lo apagó.

—¿Dos errores? —preguntó Javier.

—Dos condiciones —dijo Mara. Tal vez un error.

Manuel escribió los valores en un trozo de cartón, aunque Mara ya los tenía en el protocolo. Le gustaban los números que permanecían al alcance de la máquina.

—La velocidad es demasiado alta —dijo. —No mucho. Puede comportarse de manera diferente bajo carga, pero no conectamos nada hasta que los valores de ocio son correctos.

Don Esteban tomó su mecánico del taller, llamado Óscar, y vino con un paño en la mano, que debió ser rojo una vez. Escuchaba el informe de Manuel sin interrumpirlo y volvía a comprobar los mismos puntos. Nadie se lo quitó.

—El controlador se volvió a poner después del último uso —dijo Óscar. —Para una bomba.

—¿Qué carga? —preguntó Manuel.

—Una fase, alta corriente de carrera. El motor se estaba chupando.

—¿Y después de eso?

—Después de eso nadie lo usó para un evento —.

Teresa cruzó la palabra reserva detrás del generador en su lista. —Entonces hoy esta es la disminución, no la muestra.

El valor confirmó la observación de Manuel, soltó la tuerca del fusible en el controlador e hizo una pequeña corrección, el motor sonó más bajo, no más silencioso después, la pantalla permaneció en el rango permitido.

El temblor todavía estaba allí.

Óscar empujó ligeramente el zapato contra el lado derecho del marco. Disminuyó el movimiento.

—¿Más tarde? —preguntó Mara.

—Los rodamientos de motor se ven bien —dijo. Los marcos pueden estar deformados, o los pies de goma pueden ser duros.

Se apagó y los revisó, tres se rindieron bajo presión, el lado izquierdo apenas.

—¿Nuevo? —preguntó Manuel.

—No —dijo Don Esteban. Probablemente es el mayor.

Javier se rió una vez. —Finalmente algo que se hace más difícil con la edad.

Óscar midió la altura de los pies. Eran los mismos. No encontró grietas, ningún tornillo suelto y ningún punto que hiciera obligatorio un intercambio antes del festín. Sin embargo, el generador no se acostaría uniformemente en la superficie sólida del parque si su pendiente se asemejaba al patio.

—Podemos conseguir nuevos amortiguadores de vibración —dijo Teresa.

—¿Hoy? —preguntó don Esteban.

—Si tiene que ser.

Óscar agitó la cabeza. —No sólo usar cualquier goma. Si es demasiado suave, todo se mueve más. Si no puede tolerar el combustible, tendremos una forma diferente mañana.

El estante del taller contenía piezas viejas, etiquetadas después del vehículo y el año. Óscar sacó una almohadilla plana de goma negra que anteriormente había estado bajo una bomba de compresor estacionaria. No estaba rota, resistente al aceite y lo suficientemente grande como para distribuir la carga bajo un punto de marco.

—No hay reparación en el dispositivo, —dijo. —Solo equilibra en el suelo, y sólo si lo probamos bajo carga.

Mara fotografió el relieve y anotó el material, la fuerza y la posición prevista. —Si lo usamos, entra en el plan de construcción.

Javier pesó la edición en su mano. —Se hace famoso.

—Está numerada —dijo Teresa.

—Eso es casi lo mismo en San Desvelo.

Ponen el soporte debajo del lado con el pie duro, no directamente debajo del pie, pero ancho debajo del marco. Manuel controlaba el motor con la escala de agua longitudinalmente y transversalmente. Óscar encendió el motor. La velocidad permaneció en rango seguro. El marco todavía vibraba, como vibraba cada motor diésel de este tamaño, pero nada vagaba, nada clateaba y ningún cable se movía en los terminales.

Primero encendieron una carga de prueba, luego una segunda. La tensión se hundió brevemente y se estabilizó. Manuel midió ambas salidas. Mara notó los valores, Teresa el tiempo. Después de diez minutos un calentador vino del taller, que sacó casi tanta electricidad como el sistema de sonido.

—Ahora sobre el escenario y la luz del trabajo —dijo Manuel.

—Sin música —dijo Javier.

—Esto mejora la medición —.

Después de veinte minutos el dispositivo de protección no se apagó. La temperatura en la carcasa se mantuvo en el rango esperado. Óscar verificó si el soporte había cambiado. Estaba en el mismo lugar. Mara una vez rodeó el generador actual. Desde el lado oeste la vibración era apenas visible. En el lado este un anillo fino en el polvo mostró que el marco se había movido allí antes. El anillo no se hizo más grande.

—También probamos el cierre —dijo.

Manuel derribó las cargas en el orden que había planeado. Luego apretó la emergencia. El motor se detuvo inmediatamente. Al reiniciarse después del tiempo de espera, se retuvo el ajuste.

Teresa miró su reloj. —Tenemos tiempo de encontrar otro ahora.

—Sí —dijo Mara.

—¿Tenemos que hacerlo?

Mara miró a Manuel y Óscar, no para dejarles la decisión, sino porque la autorización tenía varias responsabilidades.

—El dispositivo es técnicamente utilizable —dijo Óscar. —Con este ajuste, instalación de nivel fijo, compensación documentada y límite de carga.

—Y con tierra antes del primer lanzamiento —dijo Manuel. Puentes de cable, barrera, extintores de incendios.

—Y una persona que conmuta dijo Mara. —No hay múltiples enchufes de stands, no hay consumidores adicionales. Si la frecuencia se queda fuera del rango o el marco vaga, se apaga. —

Teresa escribió las condiciones individualmente. —Entonces me lo llevo.

Don Esteban firmó la hoja de pruebas. Óscar firmó para el ajuste. Manuel para el test eléctrico. Mara para el plan de carga y condiciones de funcionamiento. Nadie firmó para que nada pasara.

Javier llevó el remolque hacia delante. En su superficie de carga ya estaban los pesados tambores de cable y dos hileras de sillas plegables, separadas con correas. No se permitió que el generador fuera transportado libremente junto con ellos. Lo golpearon a cuatro puntos. La almohadilla de goma entró en una caja etiquetada con escala de agua, cuñas subyacentes y el plano del cuerpo laminado.

—No pongas debajo del generador hasta que esté en su lugar —dijo Mara.

—Resistiré la tentación de hacer un trabajo de nivelación mientras conduzco —dijo Javier.

Daniela vino con seis jóvenes de la Casa Cultural. Ellos debían llevar las sillas de luz y dos cajas de linternas de papel al parque. En lugar de formar una fila recta, se dividieron según el tamaño de los objetos. Dos tomaron una caja, tres cada cuatro sillas, uno llevando los rollos con una cinta de barrera.

—La lista dice: primeras sillas, luego ligeras —dijo Teresa.

Daniela miró al grupo. —La gente dice que ambos tienen razón.

Teresa pensó brevemente. —Mientras el parque se descargue por separado.

Los jóvenes caminaban a intervalos sueltos. Nadie llamaba a un ritmo. Sin embargo, todo llegaba.

Javier no conducía por el CENTRO. En el extremo sur de la ciudad la pista era más larga, pero la superficie era más uniforme y el tráfico del mercado más delgado. Mara se sentó a su lado, los documentos de prueba en sus rodillas. Detrás de ellos Manuel siguió en la motocicleta para que en cada movimiento más fuerte alguien pudiera ver inmediatamente la construcción.

—Necesitas más tiempo de lo habitual hoy —dijo Mara.

—Hoy todo va a llegar como ha comenzado —.

—Ese también sería un buen objetivo para ti.

—De lo contrario, la gente paga por la velocidad.

En el parque, Efraín y dos trabajadores de la comunidad esperaban. El espacio del suelo para el generador estaba fuera de los caminos, detrás de una retícula baja y lo suficientemente lejos de los puestos de ventas. El concreto estaba fijo, pero cayó al borde trasero. Manuel estableció el nivel del agua. La burbuja tocó la marca.

—Menos que en el Grifo —dijo. —Pero la misma dirección.—

Cargaron el generador con rampas, colocaron las patas inferiores y la empujaron a la posición marcada. Sólo entonces Teresa sacó el soporte negro de la caja. Encajaba bajo el lado del marco previsto. La escala de agua estaba en el medio.

Efraín miró. —¿Es esa la solución?

—Esto es parte de la alineación —dijo Mara.

—¿Cómo se llama?

—Resumiendo, número G uno —dijo Teresa.

Efraín parecía un poco decepcionado. —Podrías haberle dado un nombre mejor.

—Entonces podría haber tenido otras tareas —dijo Mara.

Manuel destrozó completamente el suelo y cerró la zona. Trasladó la línea principal al distribuidor y la midió de nuevo. Sólo después de eso se pudo iniciar. Mientras tanto, los jóvenes construyeron las sillas, no en filas perfectamente rectas, sino en tres grupos ligeramente abiertos. Entre ellos había caminos más anchos que en el primer plan.

Daniela se paró en el pequeño escenario y revisó la vista. —Así es como se ve desde un lado.

—Y sales sin tener toda una pelea —dijo Teresa.

—¿Está eso aprobado ahora?

Teresa miró el plan de escape. Los caminos no eran más estrechos, las salidas libres. Ahora sí.

El generador funcionó durante treinta minutos en la muestra del sitio. Primero sólo con iluminación de escenario, luego con parlantes y luz de trabajo. Manuel corrió una grabación de ruidos de mar sobre la planta porque tenía un nivel uniforme. El parque lleno de un Pacífico que venía de un cable.

Javier estaba entre las sillas. —El mar llega a tiempo hoy.

—Tiene conductor —dijo Daniela.

Mara controlaba el voltaje al final de la línea más larga. Estaba en el rango designado. Nada vagaba en el generador. La edición permaneció visible, plana y poco espectacular bajo el marco.

Cuando Manuel apagó los parlantes, el verdadero ruido de la ciudad permaneció: un autobús en la Avenida, un traficante con varillas de metal, palomas bajo el techo del parque.

Luis había propuesto una prueba de carga antes de la operación final de la prueba. No todos los dispositivos deben funcionar simultáneamente, pero en el orden del programa fijo: primero la iluminación básica, luego dos parlantes, después el molino de café y la unidad de refrigeración. Mara permitió el tiempo suficiente entre los pasos para estabilizar la temperatura y la tensión.

El voltaje cayó brevemente en el molino de café. El valor seguía siendo válido, pero Efraín escuchó otro ruido de motor. Luis repitió el escenario, esta vez con otro cable de extensión. La entrada fue más pequeña. El primer cable no fue dañado, pero más largo e desfavorable para este soporte. Obtuvo otro inserto y una banda de colores, sin destierro secreto en el almacén.

La vendedora de granos de café insistió en conectar su propio molino el día del festival. Manuel le mostró la conexión deseada y el alivio de la tensión. Ella la introdujo una vez, luego le hizo explicar la orden. Una instrucción sólo era útil si ella no consistía en asentir solamente.

Javier estacionó la camioneta en la puerta lateral para el juicio. En su primera posición bloqueó la tira libre para el personal de rescate. Retrocedió, aunque todas las cajas ya eran más baratas a la puerta. La segunda posición hizo el camino desde el coche más largo pero mantuvo el acceso libre. Daniela marcó el borde con dos bandas extraíbles.

Cuando un parlante se para ligeramente fluctuaba, un ayudante quería colocar debajo de él una pieza de la misma goma que había estabilizado el generador. Mara lo detuvo. El generador humedeció el material sobre una superficie plana; bajo un pie estrecho habría reducido el relleno. Luis trajo una placa sólida adecuada. Una buena solución no era un material con virtud general.

—La actitud permanece —dijo Manuel.

Mara escribió el último valor en el protocolo. —Las condiciones también.

Por la noche, el generador fue apagado, cubierto y el área cerrada fue tomada por un guardia. Los cables todavía no estaban bajo tensión. Las sillas estaban apiladas en grupos para que no bloquearan el parque durante la noche.

Javier se llevó los cinturones vacíos. Daniela no se llevó a los jóvenes de la misma manera en que habían venido. Dos fueron a la Casa Cultural, tres al mercado, uno con su hermana a Los Pinos. Su grupo se disolvió sin perderse.

Mara se quedó con la huella por un momento. Ella no miró la almohadilla de goma, sino a las distancias: a la rejilla, al cable, al siguiente camino. Una pequeña corrección había hecho posible operar. Era ciertamente sólo a través de todo lo que también estaba a su alrededor.

A la salida, Efraín volvió a preguntar: —¿Y si mañana alguien dice que conoce la actitud correcta para todo?

—Entonces le damos una escala de agua primero —dijo Mara.

Capítulo 12: Las seis luces

A las cinco de la tarde, el parque era aún más brillante que sus lámparas.

El Garúa se había levantado sin desaparecer completamente. Sobre los techos había un cielo lechoso, y las seis linternas estaban entre los árboles como cosas que aún no necesitaban su apariencia. Dos llevaban cables nuevos hasta las conexiones provisionales probadas. Cuatro estaban conectadas a sus líneas reparadas. Cada una tenía un número, un tiempo de conmutación y un nombre en el plan de Teresa.

No todos los nombres vienen de Teresa.

Lantern tres fue llamada Wester Weg en el plan. En la cinta de la base estaba Die beim Kuchen. Lintern cinco fue llamado Souther Access y por debajo de él, en otra carta el desvío de Javier.

—Ese no es un término técnico —dijo Teresa.

—Pero todos los encuentran —dijo Daniela.

Las sillas estaban en tres grupos abiertos frente al pequeño escenario. Entre ellos había senderos, lo suficientemente anchos para los niños, las personas mayores y el coche con el que Maritza le traía las bebidas. Los puestos bordeaban el parque, no el medio. Así el lugar en sí permaneció libre.

Mara una vez fue en sentido de las agujas del reloj con el plan de diseño. La zona cerrada estaba cerrada en el generador, la escupitaja del suelo estaba sentada, la almohadilla de goma estaba bajo el lado del marco marcado. Manuel había colgado los valores de medición de la muestra del sitio al distribuidor. Junto a ella estaba el nombre de la única persona que se le permitió cambiar allí: Manuel Quispe.

Entre ellos alguien había escrito: No brevemente Javier.

—Reconozco la letra de Daniela —dijo Javier.

—Conozco tu idea —dijo Daniela.

Javier no llevaba un reloj en la muñeca esa noche. Mara lo notó porque vio los minutos incluso cuando llevaba sillas.

—¿Perdido? Preguntó ella.

—En la guantera.

—¿Intención?

—Hoy solo manejo las cosas, no las veces —.

Su coche estaba de pie en el borde sur, con el frente a la salida. En la superficie de carga había cables de repuesto, dos recipientes de agua llena y cuatro sillas adicionales.

Efraín vino con su hermana Celia y su nieto Mateo. Un día antes había dicho que podía ayudar en la entrada. Mara había insistido en que nadie se hizo cargo de un puesto solo porque él lo conocía bien. Ahora había dos miembros del comité de barrio con él, y Mateo no tenía otra tarea que mantener su molino de papel en los cables.

—Es una oficina importante —dijo Efraín.

—No tengo chaleco —dijo Mateo.

—Entonces no eres reconocido como peligroso.

Celia golpeó a Efraín con el codo. —Déjalo llegar primero.

El generador se puso en marcha a las diez y cinco. Manuel esperó a que la velocidad y el voltaje se estabilizaran, luego encendió la línea de escenario. Dos luces de trabajo se encendieron, aunque su luz apenas se veía. El motor se abajó y se mantuvo uniformemente. El soporte negro permaneció donde había estado el día anterior.

Mara entró en el valor inicial y continuó.

En la entrada Efraín no sólo revisó la entrada y los caminos libres, sino que había montado una pequeña mesa con Celia, en la que se encontraba la hoja del programa, una lista de números de emergencia y dos botellas de agua potable, las cuales mostraban horarios fijos de inicio. Efraín cruzó el tiempo con lápiz en el grupo de baile y escribió después.

—¿Quién lo aprobó? —preguntó Teresa.

—El grupo de baile —dijo Efraín. —Están esperando a dos personas de Las Palmeras.

Teresa miró al escenario. El grupo escolar estaba completo y comenzó como estaba planeado. El turno no bloqueó ningún otro elemento del programa.

—Entonces escribe: después de la lectura, ella dijo.

Efraín no cambió cada nota individualmente, puso una señal sobre la mesa y se la explicó a la persona que llegaba. Celia le quitó su tarea después de diez minutos para que pudiera tomar un café. La entrada todavía tenía dos ayudantes.

Detrás de la casa cultural había una pequeña zona de primeros auxilios. Una enfermera de Los Pinos controlaba el botiquín de primeros socorros, el agua potable y el acceso gratuito a un vehículo. Ella no tenía nada que tratar en el festival excepto un tacón azotado y un niño que perdió de vista a su madre durante tres minutos. Ambos procesos fueron tomados en serio y terminaron sin ninguna emoción.

El niño se llamaba Lucio. Efraín se quedó con él en la entrada, mientras Celia preguntaba por el grupo de ayudantes de su madre. Nadie lo dejaba buscar solo por el parque. Dos minutos más tarde la madre venía de la cabina de bebidas. Lucio no recibió una conferencia. Recuperó su aerogenerador, que Mateo había dado mientras tanto.

—Ahora hay dos oficinas importantes —dijo Efraín.

Mateo miró a las dos turbinas eólicas, pero sólo un chaleco.

La enfermera notó reunión, ninguna lesión. El festín siguió siendo exitoso porque se trataron pequeños problemas, no porque no hubiera ninguno.

En el borde occidental, Maritza pidió botellas de Chicha Morada, jugo de Maracuyá y agua en tres tinajas de hielo. Su coche estaba paralelo al camino para que nadie tuviera que caminar alrededor del dique. Bajo el borde delantero había una tabla que compensó la pequeña pendiente. Ella no lo había elegido según la regla de la válvula de Manuel, sino porque sus copas se resbalaron a la izquierda.

—Hoy, primero vende a mi sobrina —dijo.

Su sobrina era Abril, y tenía catorce años, y ella tenía cambio en una lata de lata y una hoja de dinero.

—¿Y tú? —preguntó Mara.

—Estoy mirando si cuenta bien —.

—Ella oye eso.

—Eso es lo que se supone que debe hacer —.

El primer cliente de Abril fue Don Esteban de Grifo. Pidió un jugo, lo puso en la mesa e hizo imposible cada cheque de cambio.

—Otro —dijo Maritza.

El segundo cliente era un chico que pagó por una moneda demasiado grande y mientras que Abril esperaba tres veces para cambiar su opinión sobre el sabor. Ella le dio la bebida correcta y el dinero correcto de vuelta. Maritza vio ambos.

—Primera venta —dijo Abril.

—El primero también fue uno.

—Estaba preparado.

—A muchas empresas les gustaría estar preparadas —.

Maritza no le sacó una taza de la mano, solo empujó la lata más cerca del lado seco de la mesa.

Manuel probó la bomba en el pozo. La línea de suministro estaba abierta, el interruptor de funcionamiento manual, el tiempo de funcionamiento previsto limitado a intervalos cortos. El agua no se elevó a un haz alto. Se ablandó a cuatro boquillas, cayó en la cuenca poco profunda y tiró de pequeños círculos sobre la superficie recién limpiada.

—Eso es todo lo que tiene que hacer —dijo Manuel.

—Eso es todo lo que debería hacer —dijo Mara.

El inusual valor de humedad de la válvula cerrada fue documentado, el viejo tubo lateral marcado y el eje cerrado con mala calidad de aire. Nada cambió para el festival. El pozo sólo se permitió ejecutar con el suministro probado. Nadie debe responder a la pregunta abierta con agua adicional.

Los niños vinieron primero. No corrían en una dirección común. Algunos encontraron las líneas de tiza de un juego en el escenario, otros encontraron la fuente, otro Mateo y su molino de viento. Dos chicas se detuvieron junto a la linterna todavía no iluminada dos y trataron de ver su propio reflejo en su vidrio.

Cuatro campos fueron planeados para el juego de la tiza. Los niños hicieron un quinto porque había suficiente espacio entre la raíz del árbol y el camino. Daniela comprobó que nadie saltó en el área del cable y dejó pasar el campo. Un niño pintó una línea de partida adicional diagonalmente sobre los otros.

—Eso no es cierto —dijo una chica.

—¿Para qué ronda? —preguntó Daniela.

Los niños decidieron que la línea oblicua era para rondas reversas. Cinco minutos más tarde ya nadie la usó. Daniela no la limpió. Ella no se molestó en nada.

Rogelio no distribuyó lugares fijos en el pozo. Él mostró a los niños sólo el borde bajo, la zona de caminata seca y el lado donde un adulto debe pararse. Cuando la bomba se detuvo, algunos continuaron. Otros esperaron el siguiente intervalo. El pozo no tenía que funcionar constantemente para ser utilizado.

Una anciana se sentó en el banco junto a él y me dijo que la piscina solía rociar más alto. Manuel preguntó cuándo. Ella dijo antes de la reparación y tal vez antes del último alcalde. Él no escribió la declaración como una altura fija. Preguntó si el agua había estado de pie en el camino en ese entonces.

—Por supuesto —dijo ella. Por eso te sentaste en el otro banco.

El otro banco ya había sido retirado, y la memoria explicó por qué más agua no era automáticamente una mejor operación.

Daniela distribuyó a los jóvenes de la Casa Cultural en tareas sin tener que competir en una fila. Dos ayudaron detrás del escenario, tres acompañaron a los visitantes mayores a sillas libres, dos trajeron contenedores de basura a los bordes del parque. Cualquiera que había terminado vino a ella o tomó una siguiente tarea visible.

—¿Y si dos hacen lo mismo? —preguntó Teresa.

—Entonces se hace más rápido —.

—¿Y si nadie hace nada?

Daniela señaló a un chico que acaba de entrar en un guardacables que había movido una furgoneta. —Entonces digo algo.

Teresa asintió, mantuvo su agenda, pero no dio con todas las desviaciones.

A las seis comenzó la música con un grupo de la escuela Los Pinos. Un maestro tocaba Cajón, dos alumnos guitarra, cinco cantaban. El número de cantantes ya cambió en la segunda canción porque una chica del público conocía la segunda voz y fue agitada por el maestro.

Los parlantes no eran lo suficientemente ruidosos para suprimir las conversaciones en el borde. Manuel estaba junto al distribuidor y no miró el escenario cuando se encendió la primera linterna. Teresa la encendía en el camino occidental como estaba previsto. Su cálida luz cayó sobre el puesto de pastelería y una parte de las sillas.

Nadie aplaudió por la linterna, Mara se alegró.

Diez minutos después, el segundo llegó a la entrada sur. No porque fuera exactamente diez minutos más tarde, sino porque el Garúa se volvió más denso allí y los primeros visitantes se cruzaron por el camino más oscuro. Javier lo había comprobado e informó a Teresa que la protección del cable era libre.

—Larner cinco —dijo.

—El plan es cinco después de seis veinte —dijo Teresa.

—En el parque dice que la gente viene ahora —.

Teresa miró hacia el camino y cambió.

La luz no hizo toda la entrada brillante. Había un borde a la pendiente y un tronco al árbol siguiente. Los visitantes vieron a dónde iban. Eso es todo lo que esta linterna estaba haciendo.

Mara fue al pozo. Desde allí pudo ver una linterna a través de las hojas y el resplandor de la linterna cinco en el suelo, pero no su luminosidad. Linterna dos todavía estaba fuera. Tres y cuatro estaban detrás de las gradas. Seis se pararon en el camino oriental y serían necesarios sólo cuando la luz del día volvió allí.

Ella había visto las seis luces en un mapa al mismo tiempo. En el parque mismo, no apareció ningún punto desde el que los seis eran visibles. Árboles, techos, soportes y la curva de los caminos interrumpieron la vista. Lo que era un arreglo en papel se convirtió en tareas individuales en el sitio.

Néstor vino del motel El Recodo con una bandeja de empanadas pequeñas. No tenía una etiqueta de nombre, pero Mateo lo reconoció inmediatamente.

—Eres el hombre con la habitación que nadie consigue.

Celia cerró los ojos por un momento.

Néstor apagó la bandeja. —Tengo varias habitaciones, algunas están ocupadas.

—¿Número ocho también?

—El número ocho no es una habitación de huéspedes.

—¿Entonces qué es?

—Hoy está muy lejos y cerrado.

Le dio a Mateo una empanada y él mismo tomó una. Así que la conversación fue suficiente para ambos.

Mara le preguntó a Néstor si todo estaba tranquilo en el motel.

—El aire sale del patio hoy —dijo. —Las habitaciones cuatro y seis están ocupadas, siete están pintadas. No hay colores en ocho.

—Bien.

—Pensé que querías que fuera preciso.

—Quiero hacerlo.

—Entonces fue demasiado corto.

No se detuvo en Mara. Llevó el resto de la bandeja a Maritza, cuya cabina tenía una pequeña serpiente mientras tanto. Abril calculó, llenó tazas y vio cada vez en la lata antes de que ella diera el cambio. Maritza habló con un cliente y sólo una vez intervino cuando el agua helada quería correr sobre el borde de la mesa. Ella empujó un tazón debajo de ella.

La escuela terminó su programa. Después de eso, un hombre de la Casa Cultural leyó dos poemas cortos sobre la costa. En los primeros muchos escucharon. En el segundo un molino de café comenzó en un puesto cuyo suministro no estaba en el generador. El hombre esperó un momento hasta que ella terminó y leyó la última línea de nuevo.

No parecía una derrota, la gente se reía, y él lo hizo.

Después de la lectura, la Municipalidad debía dar un breve discurso. El gerente de la oficina había venido sin manuscrito y con la instrucción de no hablar por más de cinco minutos. Agradeció al Comité del Parque, a los servicios técnicos, a las escuelas y a los concesionarios. Luego declaró que el renovado Parque Cívico estaba nuevamente abierto para uso público regular. El examen en curso de las instalaciones individuales, dijo, no se vio afectado por esto. Luego dijo que las seis linternas mostraban lo que podía hacer una planificación conjunta.

Teresa estaba de pie en el borde con la lista de conmutadores. En ese momento tres linternas estaban ardiendo. Un cuarto se acaba de comprobar. La frase no estaba mal y sonaba más completo que la operación.

El gerente de la oficina comentó a Manuel en la caja y agregó: —Y la planificación conjunta no parece significar que todo tiene que pasar al mismo tiempo.

La gente se reía otra vez, Manuel no porque controlara una pinza, y luego dijo que no oyó la sentencia.

El discurso duró tres minutos. Después el grupo de baile salió a la superficie con todos los miembros anunciados. El retraso no había empujado a nadie fuera del parque.

A medida que la luz del día se iba hundiendo, Manuel encendió la tercera linterna en el camino norte. Su línea estaba firmemente instalada, pero el interruptor sólo reaccionó cuando se hizo el segundo intento. Se apagó de nuevo, marcó el terminal en la caja y lo tiró hacia abajo.

Mara escribió el proceso en la lista de operaciones.

—¿Tenemos que encerrarlos? —preguntó Teresa.

—No. La causa era accesible, probada y arreglada. Si parpadea o se calienta, la apagamos.

Teresa notó la condición junto al número.

Laterne dos salió de nuevo. Ella había iluminado el área en los crayones de los niños, pero allí un grupo de baile comenzó a construirse y trajo sus propias luces bajas. Dos fuentes de luz igualmente dirigidas habrían cegado la pista de baile.

Daniela separó ligeramente las pequeñas luces. —Así es como ves tus pies.

—¿De quién? —preguntó Javier.

—De los bailarines.

—Quería saber si tenía que ser mío.

Estaba al borde, no en el grupo.

Los bailarines tenían entre ocho y sesenta años de edad; algunos llevaban trajes, otros vestían la ropa con la que habían venido de sus tiendas; comenzaron juntos, perdieron la secuencia exacta y los encontraron en grupos más pequeños; un anciano dio un giro y aplaudió en su lugar; dos niños se volvieron el doble de veces que lo previsto.

La música se mantuvo.

La pantalla de frecuencia se movió en el generador cuando se encendió un segundo parlante. Manuel vio el valor, levantó la mano y dejó que se quitara de nuevo. El primer parlante fue suficiente para la superficie.

—Hay dos en el plan —dijo el técnico desde el escenario.

—El plan de carga proporciona uno al mismo tiempo cuando las luces de trabajo están en funcionamiento —dijo Manuel.

—Entonces apaga las luces de trabajo.

—Todavía no. Detrás del escenario se está reconstruyendo.

El técnico escuchó la diferencia desde el parque y se encogió de hombros. —Uno es suficiente.

Fue la reunión técnica más corta de la noche.

La fuente corría en su segundo intervalo. Su agua apenas se oía de las primeras filas de sillas. El que estaba junto a la piscina lo oía claramente. Un niño puso una mano en el borde plano, y su madre no la tiró inmediatamente hacia atrás. Manuel había mantenido la tierra seca y había revisado el desbordamiento. El agua permanecía en la cuenca.

Mara no midió los valores de humedad. Miró los bordes, la secuencia y las personas que usaban el pozo sin tener que darle ningún significado.

Efraín estaba ahora sentado junto a Celia en el segundo grupo de sillas. A la entrada estaban los otros dos ayudantes. No se había quedado solo, ni la entrada.

—Deberías ayudar allí —dijo Mara.

—Me reemplazaron.

—Eso está permitido.

—Todavía estoy aprendiendo —.

Celia le dio un pedazo de pastel. —Está aprendiendo lentamente a mantenerlo más tiempo.

Alrededor de las ocho, cinco linternas estaban en funcionamiento. La sexta, en la carretera oriental, se dejó fuera porque un stand había establecido su propia iluminación probada para que el camino era lo suficientemente brillante. Teresa miró tres veces en el plan.

—Anunciamos seis —dijo.

—Tenemos seis listos para operar —dijo Mara.

—Esta es una frase más débil para un póster.

—Por una manera mejor.

Teresa fue a la entrada oriental ella misma. Miró los escalones, la sombra detrás del soporte y la distancia a la siguiente luz. Luego pidió al repartidor que volteara su lámpara un poco más profundo. La sombra desapareció.

—Larente seis permanece fuera por ahora —dijo cuando regresó.

Más tarde, el repartidor movió su soporte un metro a un lado para una entrega. Daniela notó que el nivel más bajo estaba ahora oscuro. Ella informó a Teresa. Lantern seis se encendió después de que Manuel había visto la conexión de nuevo. Para esto, linterna tres se fue porque casi nadie vino a lo largo del camino norte y la luz detrás del soporte de la torta era suficiente.

Las seis linternas se habían utilizado durante la noche. Nunca se quemaron en una sola línea, nunca hicieron una imagen perfecta.

Un fotógrafo trató de conseguir las seis luces en un disparo, pero desde el camino sur vio cuatro. En el banco en la fuente tres y el brillo de un cuarto. Desde la entrada del techo de la casa cultural que podría haber visto cinco, pero esta zona no estaba abierta para los visitantes.

—Luego hago seis fotos individuales —dijo.

Teresa le dio los números de inventario para que las fotos pudieran ser asignadas más tarde. Él no sólo fotografió las cabezas de la lámpara. Él tomó el camino y la gente en la zona con cada uno. En una foto había una linterna seis porque su soporte acaba de dar suficiente luz. No esperó hasta que ella se encendió. La foto mostró su propósito mejor que un cuerpo de vidrio brillante.

Saúl, el nombre del fotógrafo, le pidió a Mara una foto grupal de las personas responsables. Ella no se negó, pero no se giró en el medio. Comité del parque, servicios técnicos, casa cultural, comerciantes y ayudantes apenas caben en el marco. Dos personas se pararon detrás de una linterna y cambiaron de lado. La imagen se mantuvo desigual y lo suficientemente completa.

Maritza vendió la última taza de Chicha Morada a Don Esteban, quien insistió en pagar con una gran moneda esta vez. Abril le dio el cambio sin verlo en la lata.

—Ahora era una prueba —dijo.

—Ahora era una compra —dijo.

Maritza puso la bañera vacía debajo de la mesa. —Y lo vi.

Lo dijo tan tranquilamente que sólo Mara lo oyó.

Los músicos de Los Pinos se reunieron de nuevo con dos personas de la Casa Cultural. Alguien trajo una segunda guitarra cuya cuerda profunda no estaba limpia. El Cajón se quedó y los cantantes no se pusieron de pie en una fila. La banda no pudo tocar la guitarra.

Javier se apoyó en un árbol, y no miró la mancha de muñeca donde estaría su reloj.

—¿Cuándo vas a volver las primeras cosas? —preguntó Mara.

—Cuando ya no son necesarios.

—Este no es un momento.

—Yo practico.

La música terminó alrededor de las diez y media. Parte de la audiencia se fue. Otros se quedaron en las gradas o movieron las sillas juntas. El proceso oficial había terminado, pero nadie tuvo que despejar el parque. Manuel cerró primero el sistema escénico, luego el generador. El motor se ralentizó y se calmó.

La gente seguía hablando sin hacer más ruido.

Javier y los jóvenes llevaban parlantes, cables y las primeras sillas al coche. No tomaron el mismo orden que por la tarde. Las cosas pesadas primero llegaron a la pared delantera, las sensibles junto a ella, separadas por techos. Manuel envolvió cada cable a mano y verificó los enchufes. Teresa enganchó la vuelta en su plan.

—Generador sin fracaso —dijo.

—Con una reserva de carga no utilizada —dijo Manuel.

—Yo no escribo eso en el póster.

—Pero en el expediente.

—Por supuesto en el archivo.

La fuente corrió un último intervalo corto. Después de eso Manuel cerró el suministro y controló la cuenca. No había agua de pie en el camino. La línea húmeda en el borde permaneció donde el agua lo había alcanzado durante la operación.

Mara ayudó a Abril a poner la lata debajo de la mesa. Maritza no contó inmediatamente después de ella. Ella envolvió las tazas no utilizadas primero, secó el borde de la tabla y puso la tabla de la rueda izquierda en el coche.

—Mañana contaremos —dijo.

—¿Tú? —preguntó Abril.

—Nosotros.

Efraín trajo a Celia a casa. Mateo durmió en la silla de reemplazo de Javier, el molino de papel entre ambas manos. Néstor llevó la silla al coche sin despertar al niño. Celia tomó Mateo en su brazo y dejó el molino. Efraín la recogió.

—Una oficina importante —le dijo a Mara.

Poco antes de que se dismantelaran las once etapas y el generador, dos puestos permanecieron abiertos porque sus propios operadores tenían electricidad y permiso hasta la medianoche. Los grupos

de presidentes se habían vuelto más pequeños pero no desaparecieron. En uno los músicos, en otro pueblo, se sentaron en el tercero nadie. Nadie los despejó mientras pudieran ser necesarios.

En el primer grupo, los músicos votaron la cuerda profunda de la guitarra. En el segundo dos distribuidores discutieron la cantidad de hielo que ordenarían en la próxima fiesta. Maritza se sentó por primera vez esta noche. Abril puso la lata entre ambos y dijo que quería hacer algunos cálculos mañana.

—Conmigo —dijo Maritza.

—Además de mí —dijo Abril.

—Esto es más caro —.

—Me lo merezco hoy.

Néstor les trajo las últimas empanadas, mientras frío. Don Esteban de Grifo tomó una y afirmó que las empanada frías consumieron menos energía. Manuel dijo que este fue el primer cálculo correcto de la carga de la noche que no tuvo nada que ver con su generador.

Mara se sentó en el tercer grupo de sillas sin usar durante unos minutos. Nadie le pidió una lectura. Efraín le contó a Celia cuántas veces Mateo casi había mantenido su molino de viento en un cable. Celia corrigió cada número hacia abajo. Javier escuchó y no miró a un reloj.

El parque no era sólo la escena de una operación exitosa. Después del final oficial, todavía era un lugar donde la gente quería quedarse.

Daniela dejó el parque por última vez. Apagó la luz de trabajo detrás del escenario. Por un momento, el lugar se hizo oscuro. Luego pasó la linterna en el sendero sur, la luz del puesto de pasteles y la puerta abierta de la Casa Cultural hasta el borde.

—¿Todo? —preguntó Teresa.

Daniela miró los puentes de cable, los cubos de basura y el sitio cerrado del generador, donde sólo la marca era visible. —Por hoy.

Mara estaba de pie en la fuente. Él estaba tranquilo pero no extraño. En el lavabo había pedazos de luz de dos linternas separadas por el movimiento del último agua. Desde aquí no vio ni la entrada oriental ni la norteña. Ella oyó reír a Maritza, Manuel hablando con Javier sobre la carga y al otro lado del parque comenzó una nueva conversación.

Daniela cerró la última caja de trabajo. La luz que se había necesitado para ella ya estaba apagada. La conversación continuó.

Capítulo 13: La imagen oficial

En la mañana siguiente al festival, se colocaron en el computadora del Archivo Municipal 234 fotos.

Teresa sabía el número porque el fotógrafo lo había escrito en el recibo de entrega. La computadora también lo sabía y ordenó los archivos a tiempo. Ambos ayudaron sólo limitada.

En la primera foto había un parque vacío a la luz de la tarde lechosa. En la última Javier y dos jóvenes llevaban un parlante al coche. Entre ellos había niños, músicos, tazas, sillas, la fuente y muchas lámparas. No había imagen con seis linternas brillantes.

—¿No tenéis ninguna de las instalaciones? —preguntó Alberto.

El fotógrafo se llamaba Saúl y había acompañado al festival en nombre de la Municipalidad. Se levantó una segunda silla y miró a través de las miniaturas.

—¿Desde qué punto? —preguntó.

—Desde el medio.

—Desde el medio se ven cuatro cuando el puesto del pastel no está en el camino. Tres cuando la gente baila.

—¿Del pozo?

—Dos luminarias y dos superficies ligeras.

—¿Desde la entrada?

—Cinco pedestales. No cinco luces.

Teresa abrió el mapa. Había seis símbolos negros en una secuencia limpia. La imagen parecía más completa que cualquier foto y todavía no era una fotografía de la noche.

—Larner tres estaba apagado cuando se encendieron seis —dijo.

—Y dos estaban fuera del baile —dijo Saúl. —Yo fotografié al grupo de baile, no la lámpara apagada.

Alberto se sentó en el borde de la mesa. —El comunicado de prensa no necesita ninguna prueba de funcionamiento simultáneo. Sólo una imagen del festival.

—El anuncio decía seis luces —dijo Teresa.

—Había seis.

—Uno tras otro y según sea necesario.

—Luego escribimos: Las seis linternas reparadas fueron usadas en el festival.

Teresa lo miró. —Así es.

—Lo intento ocasionalmente.

Mara vino con la lista de operaciones y las hojas de medición del generador. Ella había dormido en el motel hasta que un camión en Grifo verificó su presión de aire. Después, el sueño siguió siendo una posibilidad teórica.

—¿Qué falta?

—Una foto que no puede existir —dijo Saúl.

Mara miró a través de las miniaturas. En una imagen Abril se paró detrás de la lata y le dio un cambio de cliente. Maritza era visible en el borde, no intervenía. En otra Efraín se sentó junto a su hermana mientras otros dos ayudantes estaban de pie en la entrada. Un tercero mostró la disposición abierta de las sillas y los caminos anchos. Ninguno de ellos explicó el festival solo.

—Esto es lo que Teresa dijo.

Ella eligió un tiro poco después de la puesta del sol. En primer plano los estudiantes de Los Pinos jugaban. Detrás de ellos la gente se sentaba en los tres grupos de sillas. Dos linternas estaban visiblemente encendidas, la aparición de un tercero estaba en el sendero sur. La fuente estaba al borde de la imagen, pequeña y tranquila. Nadie estaba borroso, nadie tenía una taza delante de la cara, y detrás del escenario no había ninguna pila de cable para ser visto.

—Inofensiva —dijo Alberto.

—Lesbar —dijo Teresa.

—Esto era una alabanza.

Ella copió la foto en la carpeta para la oficina de prensa. El resto se quedó en el inventario de eventos. También las imágenes en las que las linternas estaban apagadas, los cables fueron re-establecidos o Manuel revisó una terminal.

—No todos necesitamos informar —dijo. —Pero no borramos ninguno solo porque no se ajusta a la agenda.

Saúl firmó el recibo de entrega. Teresa agregó que todos los archivos originales habían sido tomados. Sólo entonces se le permitió empacar su tarjeta de memoria de nuevo.

Las otras versiones de la noche estaban en la mesa grande. El horario aprobado decía cuándo debía comenzar la música, la lectura y la danza. La lista de escenarios contenía dos turnos y un grupo adicional. El esquema indicaba las horas programadas para seis linternas. La tabla de operaciones indicaba cuándo cada uno había sido encendido y apagado y en qué ocasión. La factura del Grifo enumeraba el generador, el remolque de transporte y el combustible. La lista de gastos de Maritza consistía en una hoja con tres puntos y una suma muy precisa.

—Si solo lees el horario, el festival ha tenido lugar de manera diferente —dijo Mara.

—Si acabas de leer la lista de negocios, nadie hizo música —dijo Teresa.

—Es por eso que ambos pertenecen al archivo.

—Es por eso que el archivo ahora necesita dos corchetes.

Teresa colocó la lista de operaciones junto a los sellos de tiempo de las fotos. A las 18:11 una imagen mostraba la entrada sur ya iluminada. En la placa de circuito estaba 18:12 reloj.

—Un minuto —dijo Alberto.

—O dos relojes diferentes —dijo Mara.

Saúl abrió los metadatos de su cámara. Ella fue tras el reloj en la fachada de Municipalidad, que desde la falla de energía el mes pasado fue de unos cuarenta segundos. La entrada de Teresa fue desde el teléfono. El mensaje de Javier no tenía indicación de tiempo, sólo las palabras se oscurecen.

—¿Qué reloj hay en el informe? —preguntó Alberto.

—No —dijo Teresa. —El informe dice que el acceso sur fue iluminado con una vista de hundimiento. Ambos datos de tiempo permanecen en la instalación con la fuente.

Comprobaron tres posiciones más. El arranque del generador se confirmó por el minuto. Dependiendo de la lista de fotos y escenarios, el comienzo de la música escolar estaba a cinco minutos de distancia porque los músicos ya estaban tocando mientras el presentador presentaba a un profesor. El último intervalo de fuente fue documentado pero no se vio en ninguna foto. Saúl había tomado Mateo en ese momento, que se había dormido en la silla.

—La cámara obviamente tiene diferentes prioridades que la lista de operaciones —dijo Mara.

—Se le pagó por eso —dijo Saúl.

Teresa llamó a Daniela, y quería saber cuándo se apagaba la luz de trabajo detrás del escenario.

—Después de cerrar la última caja, ella dijo sobre el parlante del teléfono.

—¿Antes o después de las 11?

—¿Antes de la conversación en la fuente o después de la tarta?

Teresa miró a Mara.

—Escribe: después del desmantelamiento del backstage, Mara dijo.

—Eso es exactamente lo que dije —contestó Daniela. Más corto.

Cuando terminó la conversación, Teresa no añadió un tiempo estimado a la entrada, sino el gatillo. El campo no estaba destinado para ello. Escribió más allá del margen.

—Cuando hacemos una plantilla con ella —dijo Mara, —necesita un campo para observación y ocasión.

—Y suficiente espacio —dijo Teresa.

—Eso se puede hacer.

Saúl empacó su cámara. Antes de irse, señaló una fotografía que todavía no habían abierto. Ella mostró el parque desde el techo de la casa cultural. Cinco linternas eran reconocibles como puntos brillantes. La sexta estaba detrás de un árbol. Para éste vio los tres grupos de sillas, los caminos abiertos y las personas en los bordes particularmente bien.

—Casi la imagen oficial —dijo Alberto.

—Casi en las fotos es a menudo más honesto —dijo Saúl.

Teresa lo dejó en el almacén. Para la prensa, se quedó con la grabación más cercana. Una vista del techo hizo que el parque pareciera más ordenado de lo que él había sentido abajo.

Alberto tomó las hojas una tras otra. —La alcaldía quiere un informe para mañana. Breve, transferible y con costos.

—¿Transferible a dónde? —preguntó Mara.

—Primero a la siguiente reunión. Luego tal vez al lugar regional.

Le envió un correo electrónico, que se imprimió a primera hora de la mañana. Un coordinador de proyectos municipales piloto pidió una presentación de —métodos de operación integrados en el Parque Cívico. Ellos particularmente interesados en procesos uniformes, requisitos de personal y la posibilidad de utilizar el procedimiento en otros lugares.

—Modo de operación integrado —leyó Teresa. —Te refieres a la fiesta.

—Te refieres a lo que describimos de ella —dijo Alberto.

Mara continuó leyendo. La agencia regional no ofreció ningún financiamiento directo. Tampoco requirió que San Desvelo copiara nada, pero un piloto reconocido más tarde podría ayudar con material, capacitación y trabajo compartido.

—Eso sería útil —dijo Mara.

Teresa se acercó más al esquema real. —Si entienden lo que era útil.

Un mensajero trajo una segunda cartera de la oficina del alcalde. Tres breves notas fueron dadas en ella. El primero dijo que dos personal de servicios técnicos habían fallado en las próximas seis semanas. Uno tenía vacaciones, el otro había planeado una operación. En el segundo Manuel se pidió un turno de noche adicional en la casa de bombas. En la tercera ocho nuevas quejas de Los Pinos fueron resumidos. Cuatro hogares exigieron tiempos de suministro confiables, dos informes de subidas de presión, dos querían tener un tanque de techo conectado por primera vez.

—Manuel no puede cuidar simultáneamente de la casa bomba, Los Pinos y el Parque —dijo Alberto.

—No lo hizo ayer —dijo Mara. —Había varias personas en el parque que tenían responsabilidades.

—Los que lo conocieron y lo edificaron con él.

—Entonces otros deben ser capaces de aprender lo que pueden decidir.

Alberto tomó el horario de los servicios técnicos. La semana siguiente Manuel se paró en la casa de la bomba en cuatro noches, dos mañanas durante las reparaciones en Los Pinos y el viernes para el control de la fuente del parque. Dos entradas ya se superponían. Un representante llamado Rafael estaba destinado para el chequeo nocturno, pero sólo había acompañado turnos de día hasta ahora.

—Conoce los cierres de seguridad —dijo Mara.

—Los conoce desde la hoja —dijo Alberto. —Nunca ha decidido cuándo se producirá un empujón sólo en la parte superior de la línea y cuándo se verá afectada toda la línea.

—Entonces necesita un compromiso observado con Manuel y un área clara en la que pueda actuar.

—¿Y fuera de ella?

—Llama, apaga o aísla, dependiendo del riesgo —.

Teresa escribió las tres palabras en una hoja suelta. —Eso es más de una orden.

La primera casa de Los Pinos llamó mientras hablaban. Una mujer preguntó si la ventana de suministro anunciada se aplicaría por la noche. Teresa le dio el teléfono a Mara.

—Revisamos la contratación por la tarde —dijo Mara. —Si es seguro, el cuidado comienza como se anunció. Si no, te informaremos antes del comienzo.

—¿Quién nos informa? —preguntó la mujer.

Mara miró la lista, donde la información de los ciudadanos sólo se proporcionaba con servicios técnicos.

—La Municipalidad —dijo. —Tengo un nombre introducido.

Después de la entrevista Alberto añadió una responsabilidad por las comunicaciones al borrador del piloto. No era un tamaño hidrológico, pero sin él una operación confiable no era confiable para los habitantes.

—Ese es el problema con una buena noche —dijo Teresa. —A la mañana siguiente todo el mundo quiere saber cómo repetirlo.

—El suministro no es un festín —dijo Mara.

—No. Por eso tendrá que caber en una mesa aún más rápido.

Teresa tocó la lista con el dedo. —No es sólo lo que se decidió aquí. Dice que vio la oscuridad antes de encender la linterna seis.

—Puedes escribir el gatillo —dijo Mara.

—Puedes. Pero el mensaje sólo dirá que los seis fueron usados.

—El mensaje no es la instrucción de funcionamiento.

—Todavía no.

Alberto puso las tres notas en una fila. —Necesitamos ambas. Una imagen que se pueda explicar y una forma de trabajar sin la misma gente.

—Una imagen puede ser transferida —dijo Teresa. —Una situación de decisión no es tan fácil.—

Mara pensó en la nueva fuerza representativa que estaría frente a un indicador de presión por la noche en la casa de bombeo. No se le podía decir que actuara como Manuel. Elena en Los Pinos no se podía explicar que el suministro depende de la experiencia y por lo tanto incierto.

—La experiencia no debe desaparecer tan pronto como la persona experimentada sea libre —dijo.

—No lo niego —dijo Teresa.

—Entonces necesitamos un modelo que capture los límites de seguridad y las decisiones permisibles.

—Sí. Pero no hay foto de ella.

Mara sonrió. —No hay foto.

La oficina del alcalde llamó antes de escribir el primer párrafo. Alberto aceptó la conversación. El alcalde no habló ella misma; su gerente de oficina preguntó si las seis linternas habían funcionado simultáneamente.

Alberto miró a Teresa.

—Los seis están listos para ir y fueron desplegados ayer —dijo por teléfono.

Un descanso.

—No, no en todo momento. La iluminación se ha adaptado al uso y los caminos.

Un descanso más.

—Sí, claro. Por eso.

Escribió dos palabras en una nota durante la escucha: método claro.

—Para mañana —dijo, y colgó.

—¿Fue eso un voto de aprobación? —preguntó Mara.

—Era una fecha límite —.

Ellos comenzaron con el informe. Teresa escribió la descripción de la noche: número de visitantes como estimación con fuente, puntos de programa, no se reportaron lesiones, no hay sobrecarga del sistema eléctrico, caminos regulados, funcionamiento de pozo seguro. Alberto complementó las horas y los costos del personal. Mara formuló las condiciones técnicas para el generador, las conexiones provisionales y la iluminación.

Cuando dijeron sobre las linternas, discutieron sobre una sola palabra.

Alberto escribió: —Para satisfacer las necesidades de la gente.

Teresa escribió: —Localmente, lo soy.

Mara escribió: —Después del uso observado.

—Demasiado tiempo —dijo Alberto.

—Dice algo para eso —dijo Teresa.

Dejaron la versión de Mara.

Sin embargo, el informe fue breve: cuatro páginas, una tabla de costos y la foto seleccionada; como instalación, se añadieron una lista de inventario, un calendario aprobado y una lista real de operaciones; las facturas permanecieron en el archivo de eventos y sólo se enumeraron.

—La oficina regional puede no leer las instalaciones —dijo Teresa.

—Entonces siguen ahí parados —dijo Mara.

—No es lo mismo que se entiende.

—No. Pero es el requisito previo.

Al mediodía fueron a la Municipalidad. En el pasillo fuera de la oficina del alcalde tres personas esperaron con solicitudes y un proveedor con un cartón de papel de impresora. El gerente de oficina aceptó el informe, verificó las firmas y primero llamó a la tabla de costos.

—Más de lo esperado —dijo ella.

—Porque no todos los dispositivos adicionales estaban conectados —dijo Alberto.

—Y porque muchos han trabajado.

—Estas horas están aquí.

Ella señaló a la foto. —Eso se ve bien.

—Fue bueno —dijo Teresa.

El gerente de la oficina escuchó la diferencia o no. —El alcalde quiere que se convierta en un piloto para el parque, agua y alojamiento comunitario. Tiempo limitado. Con reglas de representación.

Mara miró a Alberto. Eso era más amplio que la petición regional y más ancho que la fiesta.

—Tres áreas de operación diferentes —dijo.

—El método es precisamente demostrar que es transferible.

—Los límites de seguridad no son transferibles —dijo Mara. Deben ser fijados para cada área.

—Entonces los pusiste.

No era una demanda hostil, el director de la oficina tenía lagunas de personal, quejas y un nombramiento, y un modelo útil podía ayudar.

—Estamos diseñando un experimento limitado —dijo Mara. —Con nuestra propia autorización por ubicación y control de impacto.

—¿Cuándo?

—Primer borrador mañana.

Alberto respiraba por la nariz.

De vuelta en el Archivo, abrió un nuevo archivo. En su espalda, escribió pilotos — métodos de operación locales. Debajo, fijó la fecha y dejó espacio para una fecha final.

A la mañana siguiente, la oficina de prensa trajo un borrador del anuncio. Decía que el parque había sido completamente reabierto con un sistema de iluminación uniforme. Teresa puso la lista de interruptores al lado. Dos lanternas habían permanecido oscuras, una había sido provista con fines temporales, y estas diferencias habían hecho posible la noche segura.

—La reapertura es verdad —dijo Alberto. —El sistema unificado no lo es.

—Totalmente equivocado —dijo Mara.

El sistema uniforme se convirtió en una operación de auditoría conjunta de las seis lanternas existentes; el texto mencionaba que dos trabajos técnicos seguían abiertos. La oficina de prensa suprimió primero la palabra, pero la reutilizó después de una llamada de los presidentes.

La foto mostraba los seis puntos de luz, aunque dos eran brillantes sólo a través de la perspectiva y la luz ambiental. Por lo tanto, Saúl proporcionó a las seis imágenes individuales con datos de tiempo. El archivo grabó tanto la hermosa imagen como las fotos técnicas. Teresa las etiquetó de manera diferente: documentación de eventos y prueba de funcionamiento.

En una foto a Luis se le llamó electricista de la Municipalidad, aunque había trabajado en una comisión del Comité del Parque. Esto hizo poca diferencia a la seguridad esa noche; podría ser crucial para la responsabilidad y el seguro. La línea fue corregida.

Por la tarde, otra congregación llamó y pidió el horario del festival. Ella quería organizar su propio programa también. Teresa no emitió el plan solo. Ella envió una secuencia, lista de cambio real y una página con condiciones: diferentes caminos, otras conexiones, otras personas responsables — re-examinar.

—Esto hace el documento más difícil —dijo Alberto.

—Hacemos visible su frontera —dijo Teresa.

Mara vio lo rápido que un evento exitoso se convirtió en una imagen, la imagen en un mensaje y el mensaje en una plantilla. Ninguno de estos pasos estaba mal. Sólo lo que desapareció en el camino se volvió peligroso.

—La palabra sigue siendo local —dijo.

—Sí —dijo Mara.

Teresa tomó el horario del festival y los esquemas reales. Puso ambos en casos transparentes y los cosió de inmediato. Luego hizo una copia de cada documento.

—Por ti —dijo ella.

Mara tomó las dos hojas. En la primera, la tarde estaba en tiempos y orden. En el segundo, entró en decisiones, interrupciones y razones. Ambos eran ciertos, pero sólo uno había sido escrito antes.

—Quiero hacer transferible el segundo tipo —dijo Mara.

Teresa cerró el archivo. —Entonces mira lo que queda de él cuando lo transfieras.

Mara no puso las copias en el mismo caparazón.

Capítulo 14: El modelo

Mara dibujó cinco cajas en una hoja.

En la primera escribió el lugar. En la segunda observación. La tercera obtuvo el límite de seguridad, la cuarta decisión permisible. Por encima de la quinta mantuvo la pluma en silencio por un momento.

—Efecto —dijo Alberto.

—Control del efecto —dijo Mara, escribiéndolo.

Se sentaron en la pequeña sala de reuniones de la Municipalidad. La ventana se dirigió al patio, donde dos empleados cargaron cajas de archivos en un coche. El ventilador del techo se giró a tres velocidades audibles y una apenas visible.

Teresa había traído las dos copias del festival. El proceso planeado fue dejado, la lista de cambio real a la derecha. En medio estaba el modelo vacío de Mara.

—¿Dónde está la persona responsable? Preguntó ella.

Mara añadió una sexta caja.

—Antes de la decisión —dijo Teresa.

Lo movió entre el límite de seguridad y la decisión.

Alberto miró la serie. —Seis campos. ¿Para cada proceso?

—Por cada operación local —dijo Mara. No por cada movimiento.

—Entonces necesitamos una designación clara arriba.

Escribió adjunto, rango, válido desde/hasta y liberación en una cabecera. Su forma era más ordenada que el boceto de Mara. Tampoco era más estrecho.

El primer diseño para el parque llenó un lado. Lugar: acceso sur. Observación: Vista de los bordes de los escalones y transición a la ruta principal. Límite de seguridad: ninguna etapa no iluminada en la operación del visitante; conexión y lámpara sin falta reconocible. Responsable: persona asignada al Comité del Parque o servicio técnico. Decisión admisible: Encienda la linterna cinco si la iluminación existente no hace visible el borde del escalón de forma segura; apague de nuevo cuando la zona está cerrada o suficientemente iluminada. Control de efecto: Abra paso desde ambas direcciones.

—Este es el festival —dijo Teresa.

—Esta es una decisión del festival —dijo Mara.

—¿Y si hay un puesto en otro lugar?

—Entonces la observación cambia, no el límite de seguridad.

—Bien.

Teresa tomó la lista de cambio real y trató de reconstruir la noche con la nueva hoja. Linterna cinco se había encendido antes de lo previsto porque el Garúa se había vuelto más denso en la entrada sur. En la forma este caben bajo observación y gatillo. Lintern seis había sido encendido más tarde porque un distribuidor había movido su stand. Eso también cabe.

Se hizo más difícil para la linterna dos, y se había apagado cuando el grupo de baile estableció sus propias luces bajas. La nueva forma pidió un cambio, pero no si la tarea de una planta fue cumplida temporalmente por otra solución segura.

—Luego escribimos iluminación segura alternativa disponible —dijo Alberto.

—¿Quién los está probando? —preguntó Teresa.

—La persona responsable del área visual.

—¿Y si las luces del grupo de baile no se prueban eléctricamente?

Manuel añadió: Reemplazo de iluminación sólo con suministro seguro y sin deslumbramiento. La decisión siguió siendo local, el límite eléctrico no.

Una almohadilla de goma había hecho posible instalar el generador. Alberto quería ponerlo como un ejemplo en el campo de decisión permisible. Mara contradijo.

—El revestimiento fue probado para este dispositivo, este material y esta superficie. El elemento transferible es: instalación estable dentro de los límites del fabricante, luego pruebas de carga.

—Así que no hay almohadilla de goma en el patrón.

—No. De lo contrario, habrá algo de goma debajo de cada máquina tambaleante mañana.

No introdujeron una columna separada para el examen técnico. En lugar de ello, cada decisión admisible tenía que especificar la calificación que requerían. A una persona asignada se le permitió cambiar la luz de acuerdo con el rango visual. Una posición controladora en el generador sólo podía ser cambiada por un especialista.

La hoja era más larga para el pozo. Manuel tenía límites fijos para el suministro de energía, barrera, nivel de agua y desbordamiento seguro. Dentro de estos límites, la persona responsable podía elegir intervalos de funcionamiento. Cada cambio requería el control de la ruta y la cuenca.

—La última frase gorda —dijo Teresa.

—La grasa no es una medida de seguridad —dijo Alberto.

—Pero tú lo encuentras.

Mara lo subrayó y añadió: mantenerse técnicamente separado.

—Mejor —dijo Teresa.

Ellos fueron a la casa de la bomba a última hora de la mañana. Manuel había pedido a Rafael para el turno de día. Rafael tenía a principios de treinta años, conocía los planes de protección eléctrica y mantenimiento y anotó todos los valores de medición completamente con la unidad. Conocía a Los Pinos sobre todo desde el mapa.

Mara puso la nueva hoja en la mesa de trabajo.

—Probamos el formulario, no el suministro —dijo.

—Bien —dijo Manuel. —El cuidado no se ha registrado.

La primera línea se refería al corredor de presión entre la bomba y las conexiones superiores de Los Pinos. Mara no escribió ni un solo punto de ajuste. Entró en una zona que se derivaba de los datos de funcionamiento seguros anteriores, con un límite de aumento y la condición de que no se notificaran aumentos de presión inusuales en los puntos finales.

—¿Qué puede hacer Rafael? —preguntó Alberto.

—Se están dando varios pasos dentro del área liberada —dijo Mara. —Después de cada paso, esperen, comparen la conexión superior e inferior, el efecto de documento.

—¿Qué tan grande es un paso?

Manuel señaló a la válvula. —Aquí hay cinco grados visibles. Se puede estimar menos, pero no se puede repetir de manera fiable.

—Entonces a lo sumo cinco grados por prueba —dijo Mara.

—¿Y si el valor en la parte inferior ya es alto? —preguntó Manuel.

—Entonces no lo abras más.

—¿Y si aún no ha pasado nada?

—Entonces la decisión está fuera del reino. Tú o yo somos llamados.

Rafael leyó el periódico. —¿Cuánto tiempo está esperando?

Manuel señaló el viejo bosquejo de líneas. —Hasta que los dos puntos de medición se calmen.

—Esto puede ser seis minutos o quince.

—Por eso los valores están aquí —dijo Mara. —Dos lecturas consecutivas sin cambios relevantes. No es un tiempo fijo.

Rafael asintió. —Puedo comprobarlo.

Teresa escribió además del control de los efectos: dos lecturas estables en puntos de medición nombrados. —No sólo arriba y abajo. De lo contrario, cuando copiar de repente significa otro top.

El sensor en la salida de la bomba llevaba un número. El punto de medición en el borde inferior de Los Pinos un segundo. La conexión superior en la calle de Elena tenía un solo nombre en el libro de mantenimiento hasta ahora. Alberto fabricó un signo provisional, que iba a ser reemplazado más tarde a prueba de la intemperie.

—Esto es el resultado del modelo —dijo.

—Esta es una señal que falta —dijo Manuel.

—También puede haber resultados para las señales faltantes.

Rafael continuó la válvula bajo la supervisión de Manuel por cinco grados. El valor en la casa de la bomba subió primero. En la conexión inferior el cambio llegó un poco más tarde. En el lado superior la pantalla se mantuvo casi sin cambios.

—El mismo valor de impresión aquí significa algo diferente que allí —dijo Manuel. —Cuando veo este valor en la conexión inferior, se puede alcanzar suficiente arriba. En la casa de la bomba, el mismo valor puede significar que nada se llena en algún lugar intermedio.

—Entonces el lugar de medición siempre pertenece a la zona —dijo Mara.

—Y la dirección del último cambio.

—Incluso el.

Alberto añadió una columna de tendencia: ascendente, estable, caída.

—Tres palabras —dijo. Eso se puede llenar.

—Con el tiempo —dijo Teresa.

—Para ser entendido —dijo Mara.

Nadie estaba en desacuerdo.

Después de nueve minutos, el valor en la parte inferior era estable. En la parte superior comenzó a subir lentamente. Rafael leyó ambos anuncios e ingresó en ellos. Manuel no comparó el manuscrito, sino el orden de sus caminos.

—Si subes primero, el valor más bajo es más tarde —dijo.

—Entonces, ¿siempre el mismo orden? —preguntó Alberto.

—No —dijo Mara. Entonces debe estar en la sábana cuando se mide en qué lugar.

—Esto hace más difícil la comparación —.

—Lo hace visible por qué es difícil —.

Para la verdadera operación vespertina se mantuvo la contratación existente. Rafael firmó no como responsable sino como representación establecida bajo supervisión.

—Mañana por la noche acompaño a Manuel —dijo.

—¿Y después de eso? —preguntó Alberto.

—Después de eso vemos qué decisiones entendí en realidad.

A Mara le gustó la respuesta.

Mara le dio a Rafael tres llamadas ficticias: Elena reportó un tanque vacío, una casa baja un empujón, un tercer residente sólo un ruido inusual. Rafael tuvo que separarse primero, lo que requirió respaldo inmediato y lo que desencadenó una medición.

—Shock de presión: no se abre más, que se compruebe la conexión —dijo. —Tanque vacío: distinguir el punto de medición superior y la entrada del tanque. Ruido: pedir ubicación, duración y efecto visible.

—¿Y la orden? —preguntó Alberto.

—Peligro primero. Luego medición. No después de la llamada.

Manuel asintió. —No hay lugar para ver.

Mara escribió priorización después del efecto de seguridad en la introducción. Era una regla general, pero no un manejo general.

Rafael hizo una contrapregunta. —¿Si puedo actuar dentro de la zona, pero no puedo llegar a nadie en la parte superior del punto de medición?

—Entonces falta el control de impacto —dijo Mara.

—¿Así que no hay cambio?

—Sólo si la posición existente permanece segura. De lo contrario, reserva y llama a la reserva.

Alberto agregó una condición: la decisión sólo si los puestos de control designados son accesibles u ocupados de manera fiable. El modelo comenzó a documentar su propia información faltante.

Por la tarde desarrollaron hojas para otros tres lugares. Para los faroles de estacionamiento, las zonas de observación individuales se mantuvieron separadas. Para el pozo eran límites de seguridad fijos y intervalos de funcionamiento variables. Para la Motel El Recodo se trataba de las habitaciones de pago común y áreas comunes de mantenimiento. La ventilación de la habitación ocho de Néstor se encontraba en las notas de campo como un ejemplo de una rutina observada, no como un proceso prescrito.

—olor, aire, ocupación, Garúa tal, lee Alberto. ¿Cómo se ve el olor de una representación?

—Con nariz —dijo Teresa.

—En una forma.

—Entonces no escribas bien o mal. Escribe: mohoso, neutro, detergente, desconocido.

Mara añadió humedad a las baldosas y dirección de la corriente de aire. La ventana al final de la sala se podía abrir cuando el aire empujaba fuera de las habitaciones hacia el pasillo. Habitación ocho permanecía deshabitada.

—¿Por qué es parte del paquete municipal si no está ocupado? —preguntó Alberto.

—Porque el municipio paga por el pasillo, las habitaciones ocupadas y las salas de preparación —dijo Teresa. —Néstor mantiene ocho cerradas, pero su ventilación influye en el corredor común.

—Entonces el proceso se llama ventilación de la sala con la inclusión de la habitación ocho.

—Eso suena más largo que el pasillo —dijo Teresa.

Escribieron: Air tour motel, pasillo y habitación 8. El lugar estaba claro. La decisión se mantuvo con Néstor o un representante designado.

La granja de Daniela no entró en la lista piloto. Sus observaciones fueron incluidas en las hojas de campo, pero la propiedad era privada y la práctica de barrido no era un logro municipal. Alberto quería que fuera un resumen voluntario para los hogares.

—Sin regulaciones —dijo Mara.

—Una ayuda —dijo. —Mira, cambia, comprueba el efecto.

—Con la indicación de que los caminos deben mantenerse libres y los residuos deben almacenarse higiénicamente.

—Límites de seguridad —.

Teresa tomó una nueva hoja. —Y con la frase: La disposición de los objetos no es una especificación fija.

Alberto lo anuló.

Al final del día, el modelo piloto consistió en una breve introducción y hojas de emplazamiento diferentes. La introducción delineó cuatro principios inalterables: higiene del agua potable, seguridad eléctrica, libre escape y rutas de trabajo, así como responsabilidad claramente definida. Después, no se tomaron medidas uniformes, pero se introdujeron áreas permitidas, desencadenantes y controles.

Mara leyó el texto en voz alta.

—Eso no está mal —dijo Manuel.

—Suenas entusiasta —dijo Alberto.

—Experimenté bombas que no funcionaban mejor después del entusiasmo —.

—¿Qué falta? —preguntó Mara.

Manuel señaló el rango de presión. —Un valor fuera de él no es automáticamente el mismo error. Es una razón para comprobar o detener la operación.

Mara añadió la frase.

Teresa señaló a la cabecera. —Y cada hoja debe decir qué lugar es, no una plantilla vacía que alguien usa en todas partes.

Alberto utilizó la ubicación y el alcance como campos obligatorios. —No hay problema sin entrada.

—Bien —dijo Teresa.

Le dieron dos borradores a los empleados que no estaban involucrados en su producción. Un empleado leyó la hoja de estacionamiento y entendió el límite de seguridad, pero no sabía si se le permitía cambiar una linterna ella misma. Un técnico leyó las hojas de la bomba e inicialmente consideró la zona admisible como una recomendación, no un límite de funcionamiento duro.

—Entonces las palabras son demasiado similares —dijo Mara.

Ellos nombraron inmutable límite de seguridad por no exceder / siempre se adhieren a. Área permitida se convirtió en Dentro de esta área la persona designada puede decidir. Los títulos más largos hicieron la hoja menos elegante y más clara.

Teresa hizo que los dos lectores de las pruebas escribieran lo que harían, no sólo si creían que el texto era entendido. En la segunda ronda, la empleada se dio cuenta de que debía reportar un punto oscuro pero no cambiarlo. El técnico reconoció cuando tuvo que parar.

—Una confirmación de lectura no es una instrucción —dijo Manuel.

—No —dijo Mara. Pero encuentra malas frases.

A la mañana siguiente Mara presentó el borrador a la oficina del alcalde. El alcalde estuvo presente por vídeo sin haber encendido la cámara él mismo. No leyó todas las líneas, pero preguntó acerca de la duración, los costos y los criterios para la demolición.

—Cuatro semanas —dijo Mara. —Control de impacto semanal. Suspensión inmediata de una hoja local en caso de problemas de seguridad o deterioro demostrable. No hay cambios en los límites higiénicos y eléctricos sin aprobación técnica.

—¿Y después de eso, tenemos un método?

—Después de eso, tenemos resultados en estos lugares.

—La agencia regional quiere portabilidad —.

—La estructura y las preguntas son transferibles. No todas las actitudes.

El alcalde le preguntó a Alberto: —¿Puede un representante entender eso?

—Con instrucción —dijo Alberto. —La forma es la misma en todas partes, el contenido es local.—

—Lleva tiempo.

—Menos que daño —dijo Manuel.

El alcalde estuvo de acuerdo, no era un hombre al que le gustaban los daños. —Comience limitado. Quiero un informe provisional después de la primera semana.

Su gerente de oficina presentó la aprobación a Mara. El texto la llamó la gerente profesional del departamento regional, Alberto como coordinador municipal y la localizada para la operación. Mara leyó los criterios de demolición de nuevo.

—¿Las hojas son liberadas antes de emitirlas? Preguntó ella.

—A través de usted y de la persona responsable —dijo el gerente de la oficina.

Mara firmó.

Su firma no estaba bajo observación y no bajo un informe experto. Ella puso en marcha una empresa que iba a estructurar las decisiones de otros. Ese era el propósito del experimento. También fue más responsable que una serie de mediciones llevadas a cabo.

De vuelta en la sala de reuniones, Teresa puso la aprobación en el nuevo archivo. Alberto llevó los borradores con él para transferirlos a la plantilla administrativa.

—Solo diseño —dijo.

—Y obligatorio —dijo Teresa.

—Hemos decidido esto juntos —.

Mara le dio las hojas. —No hay decisión sin lugar, ningún número sin punto de medición, ningún tiempo fijo si el gatillo es una observación.

Alberto repitió las tres frases y las escribió en la parte superior de su bloque.

Por la noche, el diseño técnico todavía estaba en toda su longitud en el Archivo. En el rango de presión había dos límites, tres puntos de medición y cuatro condiciones. Ningún número dijo cómo la válvula tenía que estar de pie.

Capítulo 15: Las hojas de reglas

La primera versión de las hojas de reglas tenía seis campos. La segunda tenía ocho. En la tercera había seis de nuevo, porque en la impresora de la Municipalidad se creó una segunda página de lo contrario.

- Dos lados no están prohibidos —dijo Teresa.
- Cuarenta copias son cuarenta páginas adicionales —dijo Alberto.
- Cuarenta páginas son más baratas que una frase equivocada.
- Por eso acortamos las oraciones, no los exámenes —.

Se sentaron en el archivo en la mesa grande. El diseño técnico de Mara estaba a la izquierda. La transferencia de Alberto a la plantilla administrativa estaba en el medio. A la derecha, el resumen para el personal representativo esperó. Las tres pilas eran lo suficientemente similares como para que a primera vista sólo el tamaño de la fuente era diferente.

Mara comenzó en la casa de bombas.

El diseño incluía: volver a colocar la válvula dentro del rango marcado en pasos de hasta un máximo de cinco grados, siempre que el valor en el extremo inferior no haya alcanzado el límite local y que no se encuentre un efecto suficiente en el final superior después de dos lecturas estables.

La versión de Alberto divide la oración en campos. Posición de la válvula: rango permitido. Liberador: conexión superior sin efecto suficiente. Control: dos lecturas estables, conexión inferior y superior. Ancho del paso: máximo cinco grados.

El resumen decía: Establecer la válvula a valor marcado. Después de dos lecturas comprobar.

—¿Qué valor marcado? —preguntó Manuel.

Un funcionario que había preparado el resumen indicó un número en el anexo. —Estos aquí.

—Este es el valor superior de la zona segura en la casa de la bomba.

—Entonces está claro.

—Está claro en otro sitio de medición —dijo Mara.

El secretario se llamaba Luis. Nunca había operado una válvula y no la reclamaba. Su tarea era acortar las instrucciones para que los representantes pudieran leerlas por la noche.

—Sólo hay un campo de punto de referencia en la forma, —dijo.

—Entonces el formulario necesita otro campo —dijo Mara.

Alberto abrió la plantilla de administración en el computadora. Había sido diseñado para trabajos de mantenimiento: dispositivo, actividad, punto de referencia, tiempo, firma. Un rango permitido encaja técnicamente, pero la comprobación automática marcó dos números como incompletos.

—El software quiere un número —dijo.

—La dirección no quiere software —dijo Manuel.

—Puedo apagar la prueba.

—Entonces apágalo —dijo Mara.

Alberto necesitaba un permiso para hacerlo. El empleado responsable estaba en formación hasta el mediodía. Hasta entonces, trabajaban en las otras hojas.

El parque fue diseñado para cada linterna y cada una tenía su propia zona de observación. La plantilla administrativa requería una actividad por planta. Como las seis linternas estaban dirigidas bajo un grupo de inventario, Alberto las reunió en una hoja.

—El grupo de inventores no es un grupo empresarial —dijo Teresa.

—Tienes el mismo sitio de mantenimiento —dijo Alberto.

—Pero no es la misma tarea.

Luis probó una versión corta: Encienda la iluminación hasta donde sea necesario en los caminos mencionados. Coloque las luces de tal manera que los pasos, los bordes y las transiciones sean visibles.

—Eso es útil —dijo Mara.

—Contiene dos decisiones —dijo Luis. —Tan necesarias y localizadas como sea posible, un representante pregunta entonces quién determina lo que se requiere y en qué ángulo.

—La persona asignada lo determina mediante la prueba de carretera.

—Entonces ella tiene que revisar todo el parque.

—No. La zona de su linterna.

Luis miró a la única línea responsable. —Hay estacionamiento.

Alberto lo cambió a: Persona responsable por área de visualización. Esto hizo que la línea fuera demasiado larga. Redujo el tamaño de la fuente.

Teresa lo miró. —¿Así que las decisiones suelen desaparecer?

—Normalmente desaparecen porque nadie sabe quién puede golpearlos. Estoy tratando de hacer lo contrario —.

Volvieron a dividir la hoja de estacionamiento en seis secciones. Una página permaneció mientras los disparadores sólo estuvieran en palabras clave.

Para la linterna cinco, si la iluminación existente no detecta de manera fiable el borde del paso, primero el borde de paso se volvió oscuro. En la versión corta, encender: 18:20 reloj. El tiempo vino del plan fijo original.

—Hemos eliminado eso —dijo Mara.

Luis señaló el requisito del gerente de la oficina. El comienzo y el final de cada actividad eran información obligatoria. —Un tiempo es verificable para una representación nocturna.

—La oscuridad también es verificable —dijo Teresa.

—No a la cuenta.

Alberto sugirió introducir ambos: al menos 18:20 reloj, si el borde del escalón no era suficientemente visible. La versión era más larga pero técnicamente posible.

—En invierno ya está oscuro —dijo Manuel.

—El juicio es de cuatro semanas —dijo Alberto.

Mara leyó la frase de nuevo. —Durante cuatro semanas, el tiempo se puede utilizar como un tiempo de inspección. No como un comando de conmutación automática.

Luis escribió: 18:20 Compruebe la vista; encienda si no hay visibilidad suficiente.

Eso fue útil de nuevo.

El informe se envió entonces a la oficina del alcalde, que debería poder comparar con qué frecuencia se encendieron las seis linternas y si la operación completa salvó al personal.

Alberto puso 18:20 en la cabecera. —Control de los seis.

—Control —dijo Mara. No te enciendas.

—Quédate aquí.

El estrechamiento era más fácil de ver en la sábana del motel. Néstor había descrito su hábito como los jueves. En la nota de campo de Mara, había olor, aire, garúa, ocupación y humedad visible. Alberto entró el jueves como día de cheque. La plantilla administrativa requería un período temprano. De la lista del servicio de limpieza vinieron las 17:30.

—Néstor ha decidido en algún momento de la tarde, —dijo Mara.

—Luego se incluyen las seis y media —dijo Alberto.

—A veces.

—La representación está allí de cinco a seis jueves.

Luis preguntó cuánto tiempo sería ventilar. En la hoja del campo estaba parada hasta que el olor y el flujo de aire normalizar o el aire empujado en el pasillo. Esto no se podía calcular como tiempo de trabajo. Néstor había tardado doce minutos en observar.

Este fue el resultado: Jueves, 17:30, sala de aire 8 doce minutos.

Teresa puso su dedo en la frase: —Cuatro observaciones se han convertido en un reloj.

—Estas son las condiciones de la demolición —dijo Alberto.

En realidad estaban debajo: cerrar la puerta a presión de aire en el pasillo; abrir las ventanas del pasillo; comprobar las habitaciones ocupadas.

—El abstracto está perdido —dijo Teresa.

Luis añadió: En caso de humedad o aire desfavorable se detiene prematuramente.

—¿Quién decide desfavorablemente? —se preguntó.

—Néstor —dijo Mara. —O una persona acusadora.—

—Entonces el comienzo fijo puede permanecer.

Mara dudó. El inicio firme no fue necesariamente perjudicial si se mantenía la condición de la demolición. Él permitió una representación y control del experimento. —Durante cuatro semanas, dijo ella.

Néstor llegó al Archivo poco después, porque se suponía que iba a recoger el sobre para el motel personalmente. Leyó la versión larga y luego la versión corta.

—Jueves —dijo.

—Así se llamaba el hábito —dijo Alberto.

—También llamo autobús nocturno al autobús de Puerto Esperanza. A veces llega antes de medianoche —.

—La representación está allí de cinco a seis jueves.

Néstor leyó los doce minutos. —Una vez eran doce.

—Esto significa que terminas antes en caso de humedad o flujo de aire desfavorable —dijo Mara.

—El resumen ahora también.

—¿Puedes trabajar con él para el juicio?

Néstor miró el contrato de mantenimiento, que llamó a la Municipalidad como cliente. —Puedo comprobar a las seis y media. Si abro debería depender del aire.

Luis cambió la primera línea a: Jueves 17:30; aire para un flujo de aire adecuado de hasta 12 minutos como máximo. La línea no encajaba en el campo de actividad. En la vista previa de la impresión, se rompió a la línea siguiente como máximo y empujó la firma en la página dos.

—Luego dejamos doce minutos como una duración y la condición de demolición debajo —dijo Alberto.

Néstor tocó el papel con el dedo. —Si alguien lee sólo la primera línea, ventila doce.

—Es por eso que van a ser instruidos —dijo Mara.

—Entonces firmo para la reunión informativa, no todos los jueves.

Teresa añadió sobre el campo de la firma: las condiciones explicadas y comprendidas. Néstor sólo firmó después de Mara aireado, habitaciones ocupadas y la demolición temprana había pasado con él individualmente.

El precepto era más estrecho que su práctica. Ella no estaba claramente insegura todavía. Es por eso que ella permaneció en el intento.

Por la tarde, el empleado regresó del entrenamiento y apagó la prueba de valor individual en la plantilla. Las áreas eran ahora posibles. Pero las versiones cortas ya estaban establecidas. Luis había hecho una posición de válvula precisa en la hoja de la casa de la bomba: treinta y cinco grados. Estaba dentro de los límites de seguridad.

—El valor no es peligroso —dijo Mara.

—A menudo es demasiado pequeño en la parte superior —dijo Manuel. —En la parte inferior a veces demasiado.—

—Necesitamos un comienzo para Rafael, no un resultado —.

—Entonces llámalo la posición inicial.

Alberto cambió el punto de ajuste a la posición inicial. En la parte delantera la palabra no encajaba completamente en el campo y se cortó al final de la impresión. Ahora estaba el punto inicial.

—Nadie confundirá esto con el objetivo —dijo.

Nadie se rió.

Teresa llevó a Mara al Depósito Norte, mientras se imprimió la nueva versión. Quería asignar documentos a los números de inventario del parque. El viejo almacén olía a cartón, metal y la humedad de una pared que nunca parecía directamente mojada.

En un estante había cajas de la misma adquisición. Teresa había combinado los números de dos existencias. Seis cabezas de lámpara y piezas de repuesto fueron asignados al Parque Cívico. Tres reductores de presión llevaban las conexiones al sur de Los Pinos. Un acoplamiento de bomba era notable para el distrito escolar previsto. Dos interruptores a prueba de intemperie pertenecían de acuerdo con la nota de entrega al parque de La Hondonada.

—El parque que no fue construido —dijo Mara.

—El parque para el que se entregó el material —dijo Teresa.

No abrieron la caja. El sello del inventario estaba intacto. No había firma de recibo en la nota de entrega. Sin embargo, hubo un pago parcial para la instalación en otro archivo.

—¿Quién instaló? —preguntó Mara.

—La empresa ya no existe. La factura sólo menciona la posición de cobro.

—Parque, escuela y tres conexiones.

—Y partes para el pozo.

Teresa no puso los documentos juntos en un solo proceso. Hizo referencia a: contratación, pago, posible ubicación, asignación inexplicable. Eso fue menos satisfactorio que un rastro claro y correcto para eso.

—Parece un plan —dijo Mara.

—Parece una orden de cobro —dijo Teresa. —Los planes a veces tienen recibos.

Fotografió números y sellos y regresó al Archivo.

Allí las hojas de reglas estaban en cuatro pilas. Casa de bombas, parque, motel y ayuda doméstica voluntaria. La madre de Daniela ya había recogido una versión corta. Ella había estado en la Municipalidad para otra aplicación y había visto la hoja en la cabina de información.

—Eso aún no se ha liberado —dijo Mara.

—No tiene un campo de trabajo —dijo Alberto. —Es ayuda voluntaria.

En la hoja decía: Cambie objetos diariamente. No barrer en el mismo orden durante dos días. Mantenga sus caminos limpios. Observe el efecto.

—Esa no es nuestra versión —dijo Teresa.

Luis los comparó. En el texto más largo se había dicho: Elija el modo de funcionamiento después del uso real; no acepte ningún arreglo fijo como efectivo; mantenga las vías claras; observe el almacenamiento higiénico; cambio de registro y efecto. Para el soporte de información, una lista de cuatro acciones cortas se habían convertido en de esto.

—Una ayuda doméstica debe ser corta —dijo.

—Ella dice que tienes que cambiar todos los días —dijo Mara.

—Ese fue el ejemplo.

—Era una posibilidad.

Daniela vino de la Casa de la Cultura cuando Alberto tomó la pila de la cabina de información. Ella leyó las cuatro líneas y reconoció el origen de cada una. Ninguno fue inventado libremente. Juntos dijeron algo diferente de todos modos.

—Mi madre hará un calendario con él —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Luis.

—Porque hay día a día y no en dos días. Será revisado.

—Entonces la oración debe decir: cambiar sólo si el uso lo requiere.

—¿Y qué requiere?

—Si algo se interpone en el camino, mojarse, ensuciarse o un trabajo está discapacitado —dijo Mara.

Daniela asintió. —Eso es más tiempo. Ella puede hacer algo al respecto.

Luis estableció una nueva versión. Ella no empezó a cambiar objetos, sino con: Mantener los caminos limpios e higiénicamente limpios. Cambie la disposición sólo si el uso o la seguridad lo requieren. No acepte la secuencia fija de objetos como protección. Observe la observación y decisión si algo es notable.

—Lo tomaré —dijo Daniela.

—El viejo regresó por primera vez —dijo Teresa.

Daniela llamó a Rosa. Nadie se fue. Su madre no estaba en casa para ir de compras. Daniela puso la nueva versión y prometió ir allí por la noche.

El hecho de que ella no alcanzara el viejo inmediatamente fue señalado como un punto abierto de distribución. Voluntaria no significa sin consecuencias.

Alberto sacó la pila del estrado. —La reemplazamos.

—La madre de Daniela tiene una hoja —dijo Teresa.

—Le voy a traer la nueva versión —dijo Mara.

La oficina del alcalde llamó al mismo tiempo, y las reglas debían ser emitidas al personal representativo por la tarde.

Alberto colgó. —Podemos pasar la casa de la bomba, el parque y el motel. Detenemos la ayuda doméstica.

Mara miró a través de las tres hojas. En la casa de la bomba, treinta y cinco grados era el punto de partida, seguido por los controles de medición. En el parque, 18:20 reloj era un tiempo de control común. Debajo de los gatillos locales fueron preservados. En el motel estaba 17:30 reloj y doce minutos, con la condición de demolición en la línea siguiente.

Las formulaciones se habían vuelto más estrechas. No cada estrecha estaba mal. El agua potable necesitaba límites claros. El trabajo eléctrico necesitaba secuencias. La representación necesitaba un comienzo reconocible.

—Cuatro semanas —dijo Mara. Medimos el efecto. Después de la primera semana, comprobamos. Todos los responsables locales pueden cancelar si se produce el deterioro.

Manuel tomó su hoja. —Escribo los valores de impresión junto a los treinta y cinco grados.

—Lo harás.

La copia de Néstor fue colocada en un sobre con el contrato de mantenimiento. Las hojas de estacionamiento fueron ordenadas por números de linterna. Rafael firmó que había recibido la instrucción.

Mara puso su liberación bajo cada número.

Manuel Rafael explicó la hoja en la bomba, mostró treinta y cinco grados y escribió tres valores de presión actuales. La posición inicial estaba dentro de los límites de seguridad esta tarde.

—¿Si nada sube y se levanta? Preguntó Rafael.

—No más apertura —dijo Manuel.

—¿Hay un trasero?

—Con la cuchilla de la bomba sí.

Rafael lo dio la vuelta. La parte posterior contenía puntos de medición, terreno para demolición y cadena de contacto. Firmó la instrucción y puso una copia en el vehículo de reserva.

Una segunda copia permaneció en la casa de la bomba. En ella la palabra —salida estaba completa porque la impresora había movido esta página de otro compartimiento. Nadie notó la diferencia inmediatamente.

—Comenzamos con la posición documentada hoy —dijo Mara. —No porque esté bien para todas las noches, sino para que el intento tenga un resultado conocido.

—¿Y si cambio?

—Con la lectura y la razón.

La instrucción tenía más condiciones que el frente, y se adjuntó a las personas que estaban en la habitación esa tarde.

Más tarde, cuando Teresa se quitó el resto de las copias, se dio cuenta de que las copias para el parque sólo se habían impreso en la parte delantera. La parte posterior con las seis diferentes zonas de visualización faltaban. La impresora no había tomado el duplex.

En el frente estaba el tiempo de control común. Abajo: fabrique todas las luminarias listas para funcionar y alinearse con el eje marcado.

—¿Qué eje marcado? —preguntó Teresa.

Alberto miró en la lista de montaje. Para el mantenimiento, un técnico había puesto una marca norte en cada base para que se pudieran identificar cabezas de lámpara retorcidas.

—Es una marca de control —dijo. No hay dirección de operación.

—Ahora hay uno en la sábana.

Las copias ya estaban en el estacionamiento.

Mara tomó el teléfono para llamar, y también estaba delante de ella el mensaje de Manuel sobre el turno de noche inicial, la lista de quejas de Los Pinos y la fecha para el informe provisional.

—Podemos llegar a las espaldas por la mañana —dijo Alberto. —Hoy solo se controla, no se cambia.

Mara dejó el receptor en su mano por un momento. El Nordmarke estaba dentro de la alineación mecánica segura. Todas las conexiones fueron probadas. El intento sólo debe mostrar si un control uniforme por las representaciones funcionó.

—Mañana por la mañana —dijo. Y cada espécimen viene: control de inventario sólo de ejes, orientación local según área visual.

Teresa escribió la sentencia inmediatamente.

Mara colgó sin haber votado.

Fue un fracaso, pero dejó el tema todavía en su lugar.

Capítulo 16: El patio según las normas

La madre de Daniela había puesto el cubo azul en la pared norte.

El lunes se paró junto al desagüe. Martes bajo el alféizar de la ventana. Miércoles en la pared norte. La hoja de la Municipalidad estaba en una caja de plástico en el refrigerador. Ella había puesto un gancho al lado de cada día con lápiz.

Cambiar objetos diariamente.

No barrer en dos días en el mismo orden.

Mantener despejadas las vías de acceso.

Los resultados del estudio fueron observados en el estudio.

—¿Te llevaste esto contigo? Preguntó Daniela.

Su madre se llamaba Rosa y acaba de poner la escoba detrás de la puerta de la cocina. —Estaba en la cabina de información.

—Aún no había terminado —.

—Entonces no deberían haberlo dejado —.

Eso fue difícil de negar.

El patio estaba en el borde del CENTRO, detrás de una pared baja. La cocina se abría directamente sobre él. Bajo el techo había una mesa, dos sillas, un estante con ollas y una caja con herramientas. Nada en ella parecía lo suficientemente limpio como para necesitar una regulación oficial. La hoja había cambiado algo de todos modos.

El lunes movió el cubo, la caja y la silla más pequeña. El martes cambió las ollas en el estante y puso el tubo en otra curva. El miércoles dio vuelta la mesa por noventa grados. Después de eso se barrió el uno al otro en un orden diferente: desde la puerta a la cocina, desde la cocina hasta el desagüe, desde el estañó hasta la puerta.

El lunes Daniela no había notado los cambios. Ella había llegado tarde de la Casa Cultural, había visto el camino a la cocina y pensó que el cubo en el desagüe era una cuestión de curso. Rosa había notado sin embargo en el folleto que Daniela había pasado sin contacto.

El martes, la silla más pequeña estaba de pie frente al estante. Daniela tuvo que empujarlo a un lado para conseguir una olla. Rosa puso un signo de interrogación detrás del efecto y luego puso la silla a un tercer lugar.

—Así que has visto algo en el camino —dijo Daniela.

—Por eso lo hice de manera diferente al día siguiente —.

—¿Por qué no ahora?

—Porque el martes fue el estado para el martes.

Rosa lo decía en serio. La hoja había hecho un arreglo experimental diario desde la observación. Cada pequeña perturbación no se fijaba en el momento, sino que se trataba como resultado del siguiente cambio planeado.

—En la casa cultural, pones las sillas según el plan —dijo.

—Para un evento. Si alguien viene con Rollator, ampliaremos el camino.

—Entonces cambias el plan.

—Sí.

Rosa miró en la revista. —El campo está perdido.

—Repetiste el cambio —dijo Daniela.

—Por supuesto. De lo contrario, no puedo saber si lo hice.

—El periódico no debería decir que necesitas un segundo plan.

—Dice que debería mirar.

Rosa señaló a un folleto escolar que contenía los objetos, el orden y el resultado. El resultado era todos los días: granja limpia, muy clara.

—Eso es bueno —dijo.

—El camino está despejado.

—Y la granja limpia.

Daniela sacó la hoja del sobre de plástico. Abajo estaba en un pequeño guión: Ayuda doméstica voluntaria. No hay requisito de operación municipal.

—¿Ves?

—Voluntariamente significa que lo hago voluntariamente.

—También significa que puedes parar.

Rosa puso una olla de nuevo en el lugar donde se había parado en la mañana. —Tú mismo me dijiste que las cosas no siempre deberían estar igual.

Daniela recordó. El año pasado había cambiado de objetos en el patio, barrió caminos de manera diferente y dejó el pequeño botón en los lugares de cambio. No porque un cierto arreglo protegido, sino porque ningún arreglo era para convertirse en una respuesta firme. Ella nunca había dado a su madre una lista.

—Dije que deberíamos ver lo que la granja necesita —dijo.

—Hoy necesitaba el cubo en la pared norte.

—¿Por qué?

Rosa miró la revista. —Porque el miércoles sí.

Por la noche cocinaban guiso de lentejas. La mesa permanecía al otro lado de la pared porque se suponía que debía estar así el miércoles según el plan de Rosa. Daniela tenía que caminar alrededor de él cada vez que ella traía agua. La tercera vez que lo empujó hacia atrás.

—Entonces la orden del miércoles ya no es correcta —dijo Rosa.

—Ella vota para la cena.

—El periódico dice cambio todos los días —.

—Acabamos de hacer eso.

Rosa miró a la mesa. —Pero no según la lista.

—Exactamente.

Comían con la puerta abierta de la cocina. En el patio la lavandería seguía colgada porque el Garúa se había hecho más fuerte y nada se secado completamente. Del camino salían voces y el sonido de una motocicleta que no salía dos veces.

Después de la cena, Rosa se fue. Para el miércoles, ella estaba en la estantería: estante, pared norte, mesa, puerta. Ella comenzó en la estante. La escoba sacó una tira de luz a través del polvo más oscuro. En la pared norte levanto el cubo, lo barrió por debajo y lo puso de nuevo exactamente en el lugar seco.

Daniela miró sin intervenir inmediatamente.

Rosa barrió debajo de la mesa de izquierda a derecha. Permaneció una línea limpia, más estrecha que la escoba y más recta que las articulaciones. Alcanzó a la pata de la tabla delantera.

—¿Estaba eso ayer? —preguntó Daniela.

—¿Cuál?

Daniela lo señaló.

Rosa se inclinó. —Ayer barrí de manera diferente.

—Lo sé.

—Entonces no puede ser lo mismo.

La línea no parecía una mancha de agua. Era más seca que el suelo al lado de ella. El polvo permanecía en su borde, no en ella. Rosada acariciada con un dedo sobre ella. La baldosa era fresca pero no húmeda.

—Tal vez desde la mesa —dijo ella.

Empujó la pierna un centímetro. La línea permaneció visible y pasó por debajo de la antigua ubicación.

Daniela tomó el folleto. Lunes, martes, miércoles. Otros objetos, otra orden de rotación. Pero cada cambio había tenido lugar al mismo tiempo, después de lo cual el mismo control, luego el mismo conjunto de patio limpio, muy claro. Las diferencias formaron una orden más precisa que la corte había tenido anteriormente.

—Hoy no barremos más después del folleto —dijo.

—Entonces la mitad de la gente permanece sucia —.

—No. barremos lo que está sucio.

—No hay diferencia.

—Hoy, lo hago.

Daniela levantó la caja de herramientas del camino a la puerta y la puso en el estante. Vació el cubo azul en el desagüe y lo dejó allí porque todavía tenía que secarse. Ella llevó la silla pequeña a la cocina para que Rosa pudiera sentarse mientras se lavaba. Ella no movió otras cosas. El tubo permaneció en su curva. Dos ollas permanecieron desigualmente en el estantería.

Ella barrió las migajas debajo de la mesa y el polvo en el marco de la puerta. La línea limpia no los tocó intencionalmente. Ella también no hizo ningún arco alrededor de ellos. La escoba fue a lo largo de donde el suelo tuvo que ser limpiado esa noche.

La línea fue extendida de todos modos.

Daniela puso una regla a través de la junta de la baldosa y no observó la punta, pero tres puntos fijos al lado de ella. En uno el polvo permaneció sin cambios. En el segundo el borde se hizo más afilado. En la tercera la tira brillante apareció sólo después de unos minutos. El cambio no era uniforme y no siguió ninguna junta.

Rosa trajo un paño seco y lo sostuvo sobre el suelo. —¿Cuándo nos limpiamos?

—Entonces cambiamos la superficie y sabemos menos.

—Pero mañana tenemos que correr aquí.

—Es por eso que solo estamos comprobando si es resbaladizo, y luego limpiamos cuando es necesario —.

Daniela pisó cuidadosamente una sección ya documentada con la suela de su zapato. Ofreció el mismo agarre que la baldosa a su lado. La línea era visible, no inmediatamente peligrosa. Esto les permitió seguir observando sin apresurarse a limpiar.

La cocina estaba vaporizada por el agua de lavado. Daniela cerró la puerta por dos minutos. La línea ya no estaba abierta. Cuando se abrió de nuevo, nada cambió. El aire y el vapor no fueron excluidos, pero la conexión simple no apareció.

—La hoja tiene un efecto en ella —dijo Rosa.

—Estamos haciendo eso ahora mismo —.

—Sin ganchos.

—Una observación no necesita un resultado inmediato.

Salió corriendo debajo de la mesa a la puerta de la cocina. No era rápida ni visible en un solo momento. Después del siguiente paso con la pala de barrido ella era más larga que antes. En su parte superior había medio arco de polvo como si alguien hubiera barrido desde el otro lado.

Rosa apagó la escoba. —Ahora no he barrido por orden.

—Yo tampoco.

—Y ella está aquí —.

—Entonces la orden no fue la causa.

—O cambiar estaba mal.

—No lo sabemos —.

Daniela se arrodilló en la puerta. La línea terminó en el umbral. Fuera en el patio el suelo estaba desigualmente húmedo desde el Garúa. No se podía ver una continuación. Ella fotografió la línea, primero con escala, luego toda la zona. Rosa sostuvo la lámpara sin apuntarla a un ángulo fijo.

—¿Llamo a Teresa? —preguntó Rosa.

—Mañana. No hay peligro.

—¿Y esta noche?

Daniela verificó si el camino estaba despejado, si el suelo estaba resbaladizo y si el agua salía de una tubería. Nada de esto era cierto.

—Hoy la mesa es donde comimos —dijo. —El cubo se seca en el desagüe. La escoba se queda aquí porque hemos terminado.

—¿Y el botón?

Daniela miró el alféizar de la ventana. Allí estaba el pequeño botón oscuro, que había dejado en varios lugares en el patio. Rosa lo había incluido en su plan. Lunes Sims, estante del martes, armario de la cocina inferior del miércoles.

—Hoy estaría en el armario —dijo Rosa.

El botón estaba en los Sims.

Daniela no se acordaba de tenerlo allí. Su madre tampoco. No lo tomaron como prueba de nada. Daniela le dio la vuelta con la punta de un lápiz para mantener la situación.

En la parte inferior estaba en letras grises pequeñas: yo estaba aquí. La semana que viene.

Era lápiz, no grabado. La fuente encajaba en la espalda plana, como si alguien hubiera sabido antes de lo poco que había espacio.

Rosa se agachó más. —¿Es tuyo?

—Tal vez.

—Tú sabes escribir.

—Normalmente.

Daniela no reconoció el I. El w podría ser de ella. La palabra semana que a veces escribió con más distancia, pero no siempre. Ella no tomó el botón en su mano. Ella fotografió delante, atrás y posición.

—¿Qué significa la semana que viene? —preguntó Rosa.

—Que alguien escribió una frase.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo lo que podemos probar hoy —.

Puso una taza al revés sobre el botón, no para cogerla, sino para que nadie la pisara por la noche o la empujara al abrir la ventana. En una nota escribió: No se mueva — documentado. La nota no se dio ninguna hora para mañana.

La línea limpia en la puerta ya no estaba. Daniela lo revisó de nuevo antes de irse a la cama. Ella no marcó el final con tiza. Una marca podría haber parecido un objetivo en la mañana. En su lugar, ella midió la distancia desde el marco de la puerta izquierda y lo escribió en el cuaderno bajo el arreglo del miércoles tachado.

Rosa no puso ningún gancho detrás del efecto observado.

—¿Qué estoy escribiendo? —preguntó.

—Lo que hemos decidido.

—Eso es mucho —.

—Entonces sólo lo importante.

Rosa escribió: Mesa empujada hacia atrás para comer. Despejada. Sólo la suciedad barrida. Línea a puerta observada. Sin humedad, sin riesgo de deslizamiento.

Fue la entrada más larga de la semana y la primera que no terminó limpia con la granja.

Por la mañana Teresa vino con una cámara, cinta de medir y una copia de la ayuda doméstica voluntaria. Mara estaba atada en la casa de la bomba. Teresa primero se dejó contar por Rosa cómo la hoja había sido emitida. Después de eso no preguntó a Daniela dónde cada artículo había estado durante los tres días.

Teresa había parado en la cabina de información, donde la ayuda voluntaria ya no estaba disponible. El empleado recordó cerca de doce copias del periódico. No había lista de destinatarios porque el periódico había sido voluntario.

—Entonces no sabemos quién más lo está usando —dijo Rosa.

—Sabemos dónde se distribuyó —dijo Teresa. —Ahí va a haber retiro. Además, a través de Radio Desvelo y los contactos del barrio.

—Entonces la gente aprende que lo hice mal —.

—Tu nombre no es llamado.

—Pero los vecinos conocen mi balde.

Daniela puso el cubo en posición vertical. —Los vecinos tienen sus propios cubos.

Teresa explicó que la comunicación no advertiría del cambio diario como tal, diciendo que no se recomienda una secuencia fija de cambios de sujeto como eficaz y que los caminos libres y la higiene seguían siendo válidos.

—Así que no todo se retracta —dijo Rosa.

—Sólo lo que hizo de una posibilidad un deber.

—¿Qué decisión tomaste? —preguntó.

Daniela le mostró el folleto. —Ya no trabajamos en la variación planeada. Usamos y limpiamos la granja como era necesario ayer.

—¿Qué pasó después de eso?

—La línea sólo se hizo más larga y luego se detuvo en la puerta.

—¿Puedes decir si eso fue un efecto de cambio?

—No.

Teresa escribió esa misma cosa.

Midió la línea, verificó las baldosas con un medidor de humedad y fotografió la transición al umbral. El valor no difería significativamente de las baldosas vecinas. Fuera del patio estaba más húmedo por el Garúa que la cocina.

—La hoja está retirada, le dijo a Rosa.

—¿Lo hice mal?

—Lo hicieron con más precisión de lo que deberían haber sido.

—Eso suena mal.

—Suena como una mala hoja —dijo Daniela.

Teresa dijo que tenía razón. Ella no escribió: Bucket North Face, Broom Door, Sims Button. Ella escribió: La recomendación voluntaria fue entendida como una orden diaria para ser procesada. Decisión sobre el uso situacional; maneras e higiene recibida.

Ella dejó que Rosa leyera la entrada. Rosa acarició una palabra: incomprendido. Teresa la había escrito primero entre recomendación y como.

—Leí lo que había allí —dijo Rosa.

Teresa miró el resumen. —Sí.

Lo reemplazó con: se utilizó como una secuencia diaria a procesar. Así, el error no fue en la capacidad de Rosa de entender una instrucción, sino en una versión que sugirió exactamente esta lectura.

—Ahora es verdad —dijo Rosa.

Daniela tomó el folleto y escribió bajo la última entrada: Plan terminado; el uso seguro permanece. No hay capturas, no hay nuevo ciclo de la semana.

Luego vio la taza en la ventana.

Daniela lo levantó. El botón todavía estaba en la parte de atrás. La frase se había vuelto más débil, pero legible.

Teresa lo fotografió con escala. —¿Quitar?

—Todavía no —dijo Daniela. No porque tenga que quedarse. Porque no sabemos quién lo escribió.

Teresa volvió a poner la copa encima de ella, en su protocolo, la llamó una pieza de descubrimiento sin ningún origen seguro, literalmente escribió la frase.

—La próxima semana no hay plazo —dijo Rosa.

—No —dijo Teresa. Sólo parte del descubrimiento.

Ella tomó la hoja equivocada de la nevera, y el libro de texto se quedó con Rosa, y ahora estaba fuera de lugar, pero una decisión razonable.

Capítulo 17: La puerta ventilada

El jueves a las diecisiete en punto veinticinco Néstor puso un despertador de cocina en la mesa de recepción.

La tarde en el motel había sido hecha de cosas ordinarias. El Monteurin de la habitación seis había pedido una segunda llave porque su colega vino más tarde del Grifo. El conductor del autobús en la habitación cuatro quería dormir hasta las dieciocho y luego una factura con la dirección de la empresa. Néstor había contado dos toallas, había marcado un tornillo suelto en la barandilla del balcón y aceptó un cartón de botellas de agua, uno de los cuales había sido presionado en el contenedor durante el transporte.

La habitación siete había aireado a Mara por la mañana, y ella había abierto la ventana mientras el aire se movía desde el pasillo exterior, y lo cerró cuando el tráfico entró en el polvo del Grifo. No había hoja para eso. Era parte de una habitación ocupada de la que ella era responsable.

Néstor había sacudido la alfombra delante de la recepción y luego revisado el pasillo. En frente de la habitación cuatro había una franja de grano de arena de los zapatos del conductor. Hace seis años olía débil para los agentes de limpieza. Nada especial antes de las ocho. No escribió todo esto porque la hoja de mantenimiento sólo requería el proceso prescrito.

—Si documento todo antes del reloj, tal vez el reloj ya no es necesario —dijo más tarde.

—Esa habría sido una observación importante —dijo Mara.

—No había campo.

No usó un despertador de cocina en el motel. Para el desayuno no había reloj en la pared para las salidas y para la TV la publicidad se rompe. El reloj de alarma se había convertido en parte de la hoja de reglas porque doce minutos eran mal visibles en el reloj de pared.

Mara regresó de la casa de la bomba y lo vio de pie junto al libro de ocupación.

—¿Qué estás cocinando? —preguntó.

—Una regla —.

Señaló el sobre de la Municipalidad. La hoja ya estaba suave en el borde porque la había sacado tres veces y la había vuelto a poner.

Motel Airborne, Hall y Sala 8.

Jueves, 17:30.

Sala de aire 8 12 minutos.

Si el aire es húmedo o desfavorable, pare temprano. Abra las ventanas del pasillo. Revise las habitaciones.

El texto incluía la liberación de Mara y la firma de Néstor para la admisión.

—No tienes que esperar hasta las seis y media si las condiciones encajan ahora —dijo Mara.

—El periódico dice las seis y media —.

—Como un tiempo fijo de control.

—No hay palabra de control en mi mano.

Mara lo leyó de nuevo. Tenía razón. El título estaba por encima del tiempo. La versión más larga estaba en el Archivo, no aquí.

—Entonces el problema está mal —dijo.

—Es muy puntual —.

Néstor no le lanzó la sentencia. Lo dijo en el mismo tono que señaló a los huéspedes que el agua tibia era más confiable en la madrugada que en la noche.

—Podemos sacar el periódico ahora —dijo Mara.

—También podemos comprobar lo que hace. Usted está aquí. La habitación ocho está vacía. La condición para la demolición está en ella.

Mara miró al pasillo. La habitación siete, su habitación, estaba justo en frente de la esquina. La sala ocho estaba detrás de ella, en la parte exterior del edificio. La puerta estaba cerrada. Néstor no lo perdonó, y nadie había entrado en ella durante su estancia excepto él durante los cheques.

—Sólo si revisamos las habitaciones ocupadas antes —dijo ella.

La habitación cuatro fue entregada a un conductor de autobús que estaba durmiendo. En su puerta el pasillo permanecía seco. La habitación seis estaba ocupada por un Monteurin que trabajaba en el Grifo. Ella todavía no estaba de vuelta; no había humedad visible en sus azulejos. Mara se había duchado en la habitación siete de la mañana. El baño estaba seco, el grifo cerrado, el pequeño desagüe del piso libre.

Néstor notó ocupación y condición. Luego abrió la ventana al final del pasillo un hueco y sostuvo una delgada tira de papel hasta el borde. Se movió fuera.

—Hoy el aire tira del pasillo a la ventana —dijo.

—¿Garúa?

—Poetas que ayer, pero apenas viento fuera. En la habitación puede ser diferente.

A las seis y media cerró de nuevo la ventana de la sala. Tomó la llave de la habitación ocho de un cajón debajo de la recepción. No colgó en el tablero con las llaves de invitados.

La puerta se abrió sin resistencia.

La habitación ocho era tan común como una habitación de motel no utilizada podría ser. Un marco de la cama sin colchón estaba parado en la pared. Sobre la mesa eran lonas de cubierta plegadas. Las cortinas fueron quitadas, la barra permaneció. En el cuarto de baño el espejo faltaba.

Mara olía polvo, agentes de limpieza y el enfriamiento débil de una habitación cerrada. Sin olor a moho, sin aguas residuales.

—¿Tenías aire ventilado hoy? Preguntó ella.

Néstor levantó un hombro. —Quizá mañana.

—¿Por qué?

—La habitación seis está vacía hasta la tarde, las siete estaban abiertas por la mañana, y el aire acaba de salir. Hoy nada se expresa por ocho en el pasillo.

—Así que no el jueves.

—Lo llamé jueves porque la mayoría de los conductores de autobús continúan. A veces era miércoles. Una vez sábado —.

Néstor trajo su viejo libro de limpieza. No contenía ninguna columna para la habitación ocho, sólo señales cortas de frontera. Una ventana abierta significaba aireación, dos líneas significa pasillo y habitación, un círculo no significa abierto. Los personajes estaban en diferentes días de la semana.

—¿Por qué un círculo? —preguntó Mara.

—Porque el aire salió del pasillo o era olor a diésel fuera. Una vez en la habitación fue pintado junto a él.

—¿Puede un representante leer esto?

—Mi hermana puede. Alguien extranjero no puede.

Mara fotografió las páginas. La vieja rutina no era buena porque no se hablaba. Contenía decisiones que aún no habían tenido palabras comunes. La hoja del piloto no había complementado las palabras. Había reemplazado a los personajes con una cita.

—Necesitamos una leyenda más tarde —dijo.

—¿Después va tras el despertador?

—Hoy probablemente antes.

El despertador de la cocina sonó brevemente una vez porque se había girado accidentalmente casi toda una ronda. Néstor lo puso en doce minutos y puso la tira de papel en la apertura de la puerta.

Señaló en el pasillo.

—Ahora sale aire de la habitación —dijo Mara.

—Aunque ella fue a la ventana en el pasillo antes.

Sólo abrió la puerta a la posición marcada. La tira se levantó más hacia fuera. Néstor comenzó el reloj despertador.

Mara revisó la pared en el baño. Seco. Se cerraron las válvulas de conexión debajo del lavabo. En la conexión del inodoro había una tapa; se retiró el lavabo. El desagüe del suelo contenía agua en el sello de olor, pero no siguió nada.

Después de tres minutos, un resplandor oscuro apareció en las baldosas en el pasillo frente a la habitación seis.

—¿Estaba eso ahí? —preguntó Mara.

Néstor se arrodilló, la articulación estaba húmeda, no suficiente para un charco, pero suficiente para que una toalla de papel tuviera un borde gris.

Lo mismo sucedió en la habitación cuatro, más débil.

—Cerca —dijo Mara.

Néstor no esperó el despertador. Cerró la puerta después de cuatro minutos y doce segundos. Luego abrió la ventana completamente al final del pasillo. La tira de papel inmediatamente se retiró.

—Esta es la dirección correcta —dijo.

Mara colocó señales de advertencia en los lugares húmedos y no se limpió inmediatamente. Primero fotografió la ubicación y extensión. Luego revisaron la habitación seis. En el baño el suelo estaba húmedo en la puerta, aunque la ducha y el lavabo no se habían utilizado desde la mañana. El grifo era denso. El sifón se secó fuera, el desagüe libre.

En la habitación del conductor del autobús, Néstor llamó en silencio. El hombre abrió el sueño. Su baño también estaba húmedo en la puerta. No había usado agua desde el mediodía.

—¿Puedo seguir durmiendo? Preguntó.

—Sí —dijo Mara. No descalzos en el pasillo hasta que nos hayamos secado.

—Yo no planeé hacer eso.

Néstor le dio una toalla extra y puso una señal delante de la puerta.

Después de eso fueron al contador de agua. El motel tenía un mostrador principal y un mostrador para los grupos de habitación. La habitación ocho había sido equipada con su propio pequeño mostrador durante la última renovación, aunque las instalaciones sanitarias se habían retirado más tarde.

El medidor mostró consumo.

Néstor comparó el stand con la entrada de la mañana. Ciento cuarenta y ocho litros más.

—¿En ocho? —preguntó Mara.

—Según el número.

—El número se puede intercambiar.

Cerraron todos los puntos accesibles del grupo, informaron a los dos invitados y vieron las pantallas. El mostrador principal estaba parado. El subcontenedor de la habitación ocho no se movió más. Abrieron el grifo en la habitación seis brevemente. El contador principal y el mostrador seis respondieron. Ocho se detuvieron.

—No es un intercambio fácil —dijo Mara.

Néstor trajo las hojas de lectura durante los últimos seis meses. El mostrador de la habitación ocho había mostrado pequeñas cantidades en varios días. Algunos cayeron en la limpieza en el pasillo, otros en semanas cuando nadie había abierto la habitación. La suma nunca coincide exactamente con el mostrador principal. Hasta ahora, Néstor había considerado las diferencias como errores de transmisión porque la facturación sólo tomó metros cúbicos enteros.

Mara ordenó los puestos no después del jueves, sino después de la ocupación, la limpieza y el trabajo conocido. Dos erupciones más altas se localizaron después de una reparación en Grifo, que no debería tener nada que ver con el motel. Un tercero estaba en la habitación cuatro a siete sin huéspedes en una semana.

—¿Alguien cambió el mostrador? —preguntó.

—No desde la renovación.

El proyecto de renovación enumeró ocho subcuentas, aunque el motel tenía sólo siete habitaciones asignadas. Un suplemento escrito a mano dijo reserva. No se asignó ningún número de serie a un número de habitación.

—Entonces el número en la tubería puede ser correcto y la asignación en la factura puede estar equivocada —dijo Mara.

—O viceversa.

Posteriormente, se permitió que el conjunto para la prueba aclarara una asignación y no se le permitió explicar el desarrollo actual de la humedad antes de que el resultado estuviera allí.

Revisó la guía de la tubería en el eje de mantenimiento. Las tuberías fueron etiquetadas, parcialmente pintadas con pintura antigua. Néstor tenía fotos de la renovación. La entrada a la habitación ocho terminó en dos válvulas cerradas.

—Una fuga de ciento cuarenta y ocho litros debería estar en alguna parte —dijo Mara.

—O en el mostrador principal —dijo Néstor.

—Entonces debe haberse movido.

Se secaron los azulejos y marcaron las zonas húmedas con cinta desmontable en el borde. Después de abrir la ventana de la sala, la humedad no se extendió más.

Mara llamó a Manuel. Él sólo podía venir después del turno. Hasta entonces todas las válvulas innecesarias deben permanecer cerradas, las posiciones de contador se registran media hora y no hay pared abierta. No había indicios de una rotura de tubería que requiriera el cierre inmediato de todo el motel.

—Suenas como si tuvieras un plan —dijo Néstor.

—Tengo exámenes —.

—Eso es más que eso hoy —.

Volvieron a la recepción. Néstor entró en las lecturas de contadores en el libro de mantenimiento. Mara abrió el libro para confirmar los nombres de los invitados y los números de la habitación para el registro.

En la habitación siete Mara Pizango, llegada hace doce días, fue pagado por la oficina regional. En la línea de abajo estaba también Mara Pizango. Habitación ocho. La misma fecha de llegada.

La segunda línea no estaba escrita con una pluma. Parecía la impresión de una línea en la página siguiente, pero no había papel carbónico en el libro. La fuente era más pálida, pero cada número era legible.

—¿Has registrado esto? —preguntó Mara.

Néstor llevó el libro más cerca de la lámpara.

—¿Alguien más?

—Nadie escribe aquí excepto yo. A veces mi hermana está en la cuenta, pero ella no estaba allí esta semana.

Iba por encima de la línea con el dedo sin tocar la tinta. El papel no estaba presionado. No había ningún avance en la espalda.

—La habitación ocho no estaba ocupada —dijo Mara.

—La habitación ocho no está ocupada.

—Ninguno de los dos.

—Tienes una llave para siete.

La línea para la habitación ocho no estaba disponible en las primeras páginas. Sólo apareció en la página doble actual como si el libro hubiera complementado más tarde la estancia. Néstor comparó la impresión, el color de la tinta y la distancia con sus entradas. El texto pálido no estaba en las líneas preimpresas, pero unos pocos milímetros demasiado alto.

—Si alguien lo hubiera copiado, se habría apoderado de mis extraños siete —dijo.

El cuarto número siete en la primera línea estaba ligeramente inclinado a la izquierda. El ocho abajo era redondo e igual.

—Entonces no es sólo una copia de toda la línea —dijo Mara.

—El nombre se parece a mi escritura.

—Similar.

Pusieron una hoja transparente sobre ella y sólo dibujaron las posiciones sin tocar el original. Los dos nombres no estaban relacionados con algunas letras, con otras. Eso fue suficiente para una similitud documentada, no para una autoría.

Mara fotografió la página y las páginas antes y después. No borraron la entrada. Néstor escribió con fecha: no hay ocupación real; el origen de la entrada no se explica. Firmó. Mara también.

—La hoja debería documentar una rutina —dijo.

—Hizo un reloj de ella.

—La solté —.

Néstor cerró el libro. —También dijo que se detuviera antes si la corriente de aire estaba equivocada.

—Después de haber visto lo que está pasando.

—Entonces viste algo.

No parecía reconfortante y acusador, se enteró de lo que había pasado.

—Debí haber detenido el problema cuando la versión corta se redujo, —dijo Mara.

—Tal vez.

—Tal vez no.

Néstor miró el despertador de la cocina. Había parado después de doce minutos, aunque la puerta había estado abierta sólo cuatro minutos.

—Doce minutos a veces son más que un jueves —dijo.

Mara llamó a Alberto y dejó caer oficialmente la sábana del motel. Mencionó por primera vez la razón de seguridad: humedad en las zonas ocupadas después del inicio del proceso prescrito. Luego las desviaciones: flujo de aire contrario a la decisión habitual, desbalanceado bajo consumo y entrada de ocupación falsa.

—¿Se aplica inmediatamente la suspensión? —preguntó Alberto.

—Inmediatamente. No hay más ventilación después de tiempo. La habitación ocho permanece cerrada hasta que se compruebe una versión local.

—¿Debería también retirar las otras hojas?

Mara vio el reloj despertador de la cocina. —Hoy la hoja del motel. Bomba casa y el parque se probarán para el mismo estrechamiento mañana por la mañana. Si hay un deterioro visible, no espere.

Ella podría haber terminado todas las hojas en ese momento. Pero el agua potable y la iluminación del estacionamiento tenían sus propias condiciones de seguridad. Una suspensión profesional necesitaba una razón por lugar, no sólo la culpa de Mara. Que ella no descartara completamente el modelo por vergüenza también era parte de su responsabilidad.

Néstor escuchó la conversación. —Dejaste que los demás comprobaran.

—Sí.

—Entonces no haces de mi pasillo una regla para el parque —.

—Otra vez no.

Mara tomó la hoja de reglas. Ella no tomó un nuevo tiempo. El jueves, 17:30 escribió: cancelado. Bajo gatillo observó: olor, humedad visible, ocupación, comprobar Garúa y dirección real de la corriente de aire. Decisión en Néstor o representación instruida. Abrir la puerta sólo mientras la orientación aérea y el estado de las habitaciones ocupadas lo permiten.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

Néstor se llevó la pluma. —Mientras sea necesario y seguro ese día.

—Esto está demasiado abierto para una representación.

—Entonces déjala revisar la ventana del pasillo primero y llámame si no puede decidir —.

Mara añadió el límite: En caso de humedad en las zonas ocupadas cerrar inmediatamente; aireación del pasillo; comprobar las líneas; notificar a la persona responsable.

El tiempo estaba vacío.

Manuel llegó poco después de las nueve. Probó válvulas, sellos y contadores con sus propios dispositivos. El sub-cuentro de la habitación ocho funcionó correctamente, en la medida en que esto podía ser probado sin flujo. Ninguna pérdida de presión indicaba una fuga oculta. Los ciento cuarenta y ocho litros permanecieron en el nivel de contador y no se ajustaba a ningún consumo del contador principal.

Realizó una prueba controlada en la alimentación accesible. Néstor informó a los invitados que todos los puntos de muestreo estaban cerrados. Manuel colocó un medidor de referencia delante del sub-cuentro y abrió la válvula de ensayo aprobada sólo por una pequeña cantidad conocida. Referencia y sub-cuentro respondieron casi lo mismo. El contador principal mostró la misma cantidad con el redondeo esperado.

—Ahora cuenta en el balance —dijo Néstor.

—Ahora con esta conexión y este flujo —dijo Mara.

El exceso de consumo anterior no pudo repetirse. También documentaron esto. Una prueba que no creó un error no demostró que la pantalla original nunca hubiera existido.

Manuel probó las juntas húmedas con una sonda superficial. Los valores habían caído. Detrás de la pared no había valores aumentados, en la medida en que los puntos de medición accesibles alcanzaron. Una abertura del componente no habría traído ninguna ganancia de seguridad inmediata.

—Puedo hacer que cambien y revisen el contador —dijo.

—Sí —dijo Mara. Pero esta noche no abras el muro.

Sellaron el mostrador y documentaron el stand. La habitación ocho permaneció cerrada. En el pasillo el suelo estaba seco de nuevo. Frente a las habitaciones cuatro y seis, las articulaciones no mostraron ninguna humedad nueva.

Néstor no colgó la nueva hoja en el sobre de la Municipalidad. La ató dentro de la recepción, junto a la llave de la ventana del pasillo. El campo Time permaneció visible vacío.

Capítulo 18: Contra la dirección

Elena llamó a las seis y no dijo que su tanque estuviera vacío primero.

—En la casa de al lado, la línea golpeó —dijo. Una vez fuerte. Después de eso, llegó el aire.

Mara ya estaba sentada en la oficina de la bomba. Antes de ella estaban los protocolos de los últimos cuatro días. Rafael había colocado las válvulas en los treinta y cinco grados prescritos y registrado los valores completamente. No se había superado ningún límite de seguridad en la bomba de la casa. Sin embargo, más hogares en Los Pinos reportaron tanques de techo vacíos.

En el primer día había dos mensajes adicionales. En el segundo cuatro. En la tercera, un hogar había abierto su válvula completamente y por lo tanto hizo la comparación inutilizable. Rafael había notado el procedimiento, tenía la conexión asegurada y no simplemente continuó la serie de medición. Al cuarto día, seis tanques vacíos o apenas llenos se unieron.

Las posiciones fijas habían producido al menos buenos protocolos. Cada inicio era en cuestión de minutos de la misma hora. Cada ángulo era legible. Fue precisamente por esto que el efecto empeoró, aunque la operación se había vuelto más uniforme.

—Si la gente no arranca sus tanques vacíos al mismo tiempo, las ventanas no son comparables —dijo Alberto la noche anterior.

Mara le había dado lo correcto. Los niveles de tanques, el consumo y los accesorios privados diferían. Pero el modelo debería funcionar con estas diferencias, no sólo en una ciudad de tanques igualmente vacíos.

Había programado un cheque para la mañana, y la llamada de Elena lo convirtió en una copia de seguridad.

—¿Hay alguien herido? Preguntó Mara.

—No. La tubería es densa hasta donde podemos ver.

—¿Válvula cerrado en la casa?

—Manuel nos ha mostrado cuál.

—Que se cierre. Ya vamos.

Manuel estaba de pie en el distribuidor principal. Tenía marcas rojas en los valores nocturnos. En el extremo inferior de la ventana, la presión en cada ventana de suministro había aumentado rápidamente. En la parte superior del punto de medición de la calle Elena, el efecto llegó más tarde y más débil. Después de la hoja, Rafael no se había permitido abrir más porque el valor inferior ya estaba en la zona fronteriza.

—Hizo lo correcto —dijo Manuel.

Rafael estaba a su lado. —Y había poco allí arriba.

—Ambos tienen razón —dijo Mara.

Inés vino con los datos de consumo de las tres conexiones registradas de La Hondonada. Trabajó en facturación municipal y había registrado el informe de cada noche por separado en las últimas semanas. En las tres cuentas era el consumo. No grande, pero regular.

—Juntos cuatro comas dos metros cúbicos desde que comenzó el piloto —dijo.

—¿Y en el mostrador principal? —preguntó Mara.

Manuel empujó su balance. El monto total no había aumentado en consecuencia. Según los subconteos, lo que La Hondonada había agotado no faltaba en el resto de la red. Al mismo tiempo, el déficit de Los Pinos no se podía encontrar como un exceso en otra sucursal registrada.

—Tal vez los contadores de Hondonada están yendo mal —dijo Rafael.

—¿Los tres de la misma semana? —preguntó Inés.

—Posible. No es suficiente.

Inés mostró la serie de tiempo individual. Conexión uno generalmente reportado poco después del inicio de la ventana de Los Pinos. Conexión dos a veces comenzó antes. Conexión tres mostró pequeñas cantidades en intervalos, también como el hilo principal todavía en pie.

—Si son errores de transmisión, son tres diferentes —dijo.

—O tres metros con su propia amortiguación —dijo Rafael.

—De acuerdo con el tipo de dispositivo, envían niveles de suma actuales.

—Según el registro, están conectados a tres hogares.

Una explicación técnica plausible siguió siendo una prueba hasta que alguien vio el contador y la conexión en el terreno juntos.

Inés también había auditado las cuentas. Para dos cuentas no se registraron pagos durante años, pero no se hicieron recordatorios. La tercera fue compensada por un cargo de recaudación municipal.

—Activo en el sistema hidráulico, poco claro en el régimen administrativo —dijo Mara.

—O viceversa —dijo Inés.

Mara tomó la hoja piloto del portapapeles. —La posición de la válvula de unión ahora está suspendida.

Rafael miró sus entradas. —¿Por mi negocio?

—Por el resultado del modelo. Usted trabajó en la hoja. Es exactamente por eso que podemos asignar el efecto.

Escribió fecha, hora y razón en el frente: aumento de la oferta insuficiente de conexiones superiores; nuevo empuje; balance desequilibrado. Luego firmó.

—Manuel, de vuelta a los rangos de presión documentados. No hay especificación de ángulo fijo. Rafael acompaña y registra la ubicación de medición, el tiempo, la tendencia y la decisión.

—Sí —dijo Manuel.

—La rama no verificada hacia La Hondonada está aislada provisionalmente. Sólo en el punto de separación accesible y probado. No hay trabajo en el eje con baja concentración de oxígeno.

—El punto de separación está delante del eje —dijo Manuel.

—Comprobar la condición y la opresión de antemano.

Mara llamó a Alberto y le explicó la suspensión. No preguntó si podían esperar hasta el informe provisional.

—¿Es sólo para la casa de la bomba? Preguntó.

—Primero para la especificación de la válvula. Las otras hojas del sitio se comprueban hoy. No hay expansión del piloto.

—Estoy informando a la oficina del alcalde.

—Y Los Pinos. Con nombre y ventana del tiempo.

Inés se hizo cargo de la lista de hogares. Ella conocía las conexiones de la facturación y sabía qué número de teléfono pertenecía a qué techo. Elena fue la primera en recibir el mensaje: exámenes matutinos, suministro después gradualmente, ninguna apertura de la conexión de la casa afectada hasta el control.

—Este no es un momento —dijo Elena.

—No —dijo Inés. —A las nueve, recibirás el próximo informe, incluso si aún no entregamos ningún suministro.

—Este es un tiempo.

—Para información.

Primero condujeron a Los Pinos. Javier tomó la ruta sur porque un puesto de mercado fue desmantelado en Avenida y el coche con cajas de muestras no debe estar entre los vehículos de reparto. Daniela se sentó detrás de las botellas vacías y las señales de advertencia. Ella había aprendido por la mañana en el archivo de la suspensión y ofreció coordinar los informes del hogar en el sitio.

Antes de salir, Mara revisó cada botella de muestra con la lista. Examen químico, microbiología, resetear la muestra. Cajas de frío con pantalla de temperatura. Un juego de guantes desechables por punto. Rafael quería empacar botellas adicionales si encontraban agua en el Canal Seco.

—Sólo cuando separamos el origen y el tipo de muestra limpiamente —dijo Mara.

Escribió un conjunto separado de agua superficial — origen desconocido. Ninguna botella debería convertirse más tarde en una muestra neta por el mismo refrigerador. Las muestras de reinicio entraron en un compartimento separado.

Daniela sacó tiza de la caja y la puso de vuelta. —¿Estamos marcando manchas húmedas?

—Con banderas al lado y coordenadas —dijo Mara. No hay tiza en una línea de agua desconocida.

Javier contó los chalecos de advertencia del grupo y el agua. El trabajo en un suministro de agua comenzó sin que nadie entrara en el terreno sin agua potable.

—¿No hay orden en los números de la calle? —preguntó Javier.

—Después del peligro —dijo. Presiona primero, luego vacía los tanques, luego controla las conexiones.

—Eso es una secuencia.

—Sí. Por hoy y por una razón.

El tubo estaba visiblemente intacto en la casa vecina de Elena. Rafael probó la válvula, Manuel la presión delante de la válvula de la casa cerrada. Él estaba de nuevo en la zona de descanso normal. El golpe había movido un soporte pero no arrancado de la pared. Reemplazaron la abrazadera dañada y dejaron la válvula cerrada primero.

Mara tomó una muestra en el punto final seguro más cercano. Fue limpiada de acuerdo a la regulación, temperatura medida, conductividad, turbidez y cloro libre y llenado de botellas estériles para pruebas microbiológicas. Cada contenedor consiguió lugar, tiempo y muestrador. Daniela mantuvo la lista de residentes, no la lista para la medición.

—¿El tanque de Elena primero? —preguntó.

—La muestra en el punto de red primero. El tanque es privado y puede tener su propia causa.

El tanque del techo de Elena estaba casi vacío. En el suelo había suficiente agua que la bola flotadora estaba inclinada. La entrada sólo daba aire y gotas individuales. Mara también tomó una muestra, marcada por separado. Elena se paró en la escalera y leyó cada etiqueta.

—No se mezclen —dijo.

—Sin mezcla, confirmó Mara.

En otras dos casas vieron lo mismo: poca o ninguna entrada, en la parte inferior una presión que hablaba contra una apertura ulterior. La posición de la válvula fija no había equilibrado el pasillo. Sólo había restaurado el mismo cuello de botella cada noche.

El tanque del techo estaba lleno en una casa, aunque la conexión estaba a la misma altura que los tanques vacíos. El residente apenas había usado agua el día anterior y no cerró la entrada durante la ventana. Esto no contradecía los hallazgos de la red; sólo demostró que un tanque lleno no era suficiente para decir nada sobre la carretera.

—¿Lo escribimos como si estuviera funcionando? —preguntó Daniela.

—Como un tanque lleno, conexión sin informes de choques —dijo Mara. No como prueba de que la presión es suficiente en todas partes.

La siguiente casa era la ensenada dirigida de cerca por un filtro privado. Él redujo la velocidad de llenado pero estaba limpio y no bloqueado. Mara no lo sacó de la vista. El suministro tenía que considerar las instalaciones de la casa conocida, mientras que su mantenimiento permaneció con los propietarios.

Elena fue puerta a puerta con Daniela y se distinguió que necesitaba una prueba directa y que sólo reportó el soporte del tanque. Ella no dijo a los vecinos que el modelo piloto había fallado. Ella dijo que el objetivo fijo fue suspendido y el suministro estaba siendo reajustado.

Manuel y Rafael volvieron a colocar la válvula en pequeños escalones en la bomba. Después de cada paso, condujeron los puntos de medición en orden alternado y registraron los tiempos reales. No se permitió que la conexión inferior subiera por encima de su límite de seguridad. En la parte superior la tendencia tuvo que ser reconocible antes de que continuaran.

Mara se quedó en el cruce de la rama sureste. La válvula era accesible, etiquetada y funcionaba en el antiguo stock como línea de reserva. Su posición no encajaba claramente en las tres cuentas activas de La Hondonada. No estaba totalmente abierta, ni completamente cerrada tampoco.

—La hoja de reglas no mencionó esta válvula —dijo Rafael.

—Porque el desvío no fue verificado —dijo Mara.

—Entonces nadie lo ha disfrazado.

—Lo sabemos para la semana del piloto. No para antes —.

Manuel verificó la rigidez de la brida y la presión en ambos lados. Luego cerró lentamente la válvula a la posición de aislamiento documentada. La presión en la línea principal apenas se movió. Los tres subcontadores Hondonada continuaron reportando consumo.

Inés leyó los datos en el teléfono. —Los tres están subiendo.

—¿Demora de tiempo? —preguntó Mara.

—La facturación se transfiere cada cinco minutos. Estoy esperando la siguiente frase —.

El siguiente set fue dos, el tercero se detuvo y diez minutos después los tres volvieron a subir.

Mara tenía la válvula cerrada y sellada. —Formalmente separada. El informe dice que la pantalla no termina inmediatamente después de la separación.

—Y que no sabemos si los contadores están físicamente detrás de esta válvula —dijo Manuel.

—Exactamente.

Tomaron muestras en la línea principal antes de la separación, en la vía accesible detrás y en dos puntos finales en Los Pinos. El pozo cerrado con aire malo permaneció bloqueado. Mara resistió la simple tentación de buscar la explicación que faltaba allí. Un canal desconocido no hizo seguro la deficiencia de oxígeno.

Hacia las diez de la mañana, Javier informó de un lugar húmedo en el Canal de Seco. Había estacionado el coche en el borde, mientras Daniela hablaba con dos habitantes. En el lecho seco del canal había una estrecha línea oscura entre la arena y el concreto.

Continuaron hacia el sureste. El Canal de Seco estaba situado frente al borde de La Hondonada, más profundo que el camino y más lejos del Pacífico. La línea de agua apenas se respiraba a mano. No comenzaba en una tubería visible y no terminaba en un charco. En algunos lugares brillaba, en otros sólo oscurecía el polvo.

Javier ya había puesto tres pequeñas banderas al lado de la línea, no dentro.

—Aquí estaba a las nueve cuarenta —dijo él. —Aquí a las noventa cuarenta y dos, aquí a las noventa cuarenta y siete.—

—¿En qué dirección? Preguntó Mara.

—Cuando voy después de los tiempos, al sureste. Cuando voy después del gradiente, atrás.

Mara instaló la máquina niveladora. Más de veinte metros el canal cayó débilmente hacia el oeste. En la siguiente placa de concreto reparada había un pequeño contra-estilo. El agua podría haberse parado allí o evadido de lado. La línea no era clara.

Daniela no tocó el suelo. —Se ha vuelto más brillante detrás de la segunda bandera.

Mara midió la temperatura de la superficie. La sección sureste era más fría, aunque era más alta. La conductividad difería de la muestra de la hebra principal, pero no era lo suficientemente fuerte como para una fuente segura. El cloro no era detectable en el campo. Esto podía hablar contra el agua dulce o por una distancia más larga, el contacto con el suelo o una cantidad tan pequeña que la prueba no llevaba.

—¿Así que no desde la línea? —preguntó Javier.

—Así que no hay asignación —dijo Mara.

Se marcaron seis puntos, se midieron gradientes, anchura, temperatura y humedad en ambos bordes. Cuanto más densos eran los puntos, menos se encontró una sola dirección de flujo. Entre los puntos tres y cuatro la pendiente hablaba hacia el oeste. La secuencia de temperatura hacía que una fuente en el este pareciera concebible. En el punto cinco el borde occidental era amortiguador, en el punto seis el este.

—Podríamos dibujar una flecha en ambas direcciones —dijo Javier.

—No dibujamos uno —dijo Mara.

Comprobaron si el viento secaba la superficie húmeda de manera diferente. Javier instaló dos pequeños escudos protectores a igual distancia de la línea sin tocar el suelo. Después de diez minutos, el borde occidental era más oscuro bajo la protección, el oriental apenas cambió. La evaporación influyó en la imagen pero no explicó todo el curso.

Rafael no puso ninguna prueba de agua en el canal. Una prueba de flujo artificial habría diluido el único rastro disponible y posiblemente condujo a depresiones desconocidas. En su lugar, utilizó el dispositivo de nivelación y las temperaturas de la superficie.

—Más medidas, menos dirección —dijo Javier.

—Condiciones más conocidas —dijo Mara.

—Y menos flecha.

—Eso también.

Ella tomó dos muestras, en cuanto al agua suficiente entró en la pipeta estéril. Uno fue a la medición comparativa química, uno como muestra de retorno. Para una muestra microbiológica completa la cantidad no era suficiente sin tomar en la arena. El protocolo decía exactamente eso.

Rafael informó desde Los Pinos que la presión superior subía lentamente y la inferior permanecía en una zona segura. Manuel no había restaurado un ángulo fijo. Se había mantenido a treinta y ocho grados porque las tendencias en ambos puntos de medición eran adecuadas.

—Treinta y ocho no serán una nueva regla —dijo Mara.

—Como la decisión de hoy se mantiene con valores —dijo Rafael.

—Bien.

El laboratorio móvil de la provincia aceptó las muestras prioritarias de agua potable alrededor del mediodía. Los primeros parámetros de campo fueron discretos. Turbidez, conductividad, pH y cloro libre se ubicaron en los puntos netos en las áreas esperadas. Los resultados microbiológicos tardaron más tiempo, pero no hubo indicios agudos que justificaran una oferta de cocción o un bloqueo completo de la red.

Mara todavía no tenía ninguna advertencia formulada que dijera más que los datos. Alberto envió a los hogares: El suministro se estabiliza gradualmente. Los primeros valores de prueba de la red de agua potable son discretos.

Elena leyó el mensaje en el teléfono y volvió a llamar. —Sin objeciones no significa terminado.

—No —dijo Mara.

—¿Pero puedo abrir la polla?

—Revisamos y liberamos la conexión adyacente. Su entrada del tanque también. Lentamente abierto y primero observe.

Por la tarde, la parte inferior de la línea de Elena se llenó sin un golpe. El tanque no absorbió agua audible todavía. Mara dejó el ajuste sin cambios y esperó la siguiente ronda de mediciones.

La línea estrecha permanecía en el Canal de Seco. No se ensanchaba. Una de las banderas de Javier estaba ahora de pie en el lado seco, aunque había estado en el borde húmedo cuando se puso. El viento podría haber cambiado la arena. La bandera en sí no se había movido.

Mara notó la observación sin hacer una dirección.

Poco después de seis Elena llamó por tercera vez. En el fondo había un sonido hueco, regular.

—Ese es el tanque —dijo. Es lento.

—¿La conexión permanece en silencio?

—Sí.

—Entonces deja abierto y revisa el flotador cuando el tanque esté medio lleno.

—Mañana por la mañana.

Elena le pidió a Daniela que subiera al techo más tarde, no para reemplazar la autoridad del agua, sino porque la escalera era más segura para dos. Daniela estuvo de acuerdo y dejó que Mara le mostrara qué partes no debían tocar.

—Cuando el nadador cierra, nos detenemos —dijo Elena.

—Y si no cierra, puedes cerrar la puerta y llamar a Manuel —dijo Mara.

La cadena de contacto todavía no existía como una nueva hoja. Para esta noche, fue escrita a mano en el cuaderno de tanques de Elena: Elena, Daniela, capa técnica, Manuel como un stand-by. Una decisión local podría documentarse con seguridad antes de la forma final.

—Mañana por la mañana.

Mara no puso un gancho para aflojar junto a la conexión de Elena. Escribió: Llenar comenzó de nuevo; no hay nuevo empuje; se requiere más control.

La hoja piloto permaneció expuesta, y las muestras aún estaban en curso. La rama a La Hondonada permaneció separada, aunque sus tres contadores aún reportaban valores.

Pero en Los Pinos, un tanque de techo lleno de agua de nuevo por la noche.

Capítulo 19: Al mismo ritmo

El viernes por la mañana, las seis linternas estaban al norte.

El servicio de estacionamiento había comprobado las marcas en las bases y girado las cabezas de la lámpara como estaba en la parte delantera de la sábana del piloto. Las espaldas faltantes habían pasado después de la mañana. Pero la alineación ya se había hecho, y nadie había reportado un defecto.

—Control de inventario, sin dirección de operación —Teresa leyó en la tira suplementaria.

¿El jefe del comité del parque era Rogelio. Señaló a los seis campos de control firmados. — Verificamos el eje ayer. Hoy se supone que debemos cambiarlo de nuevo?

—Después del área visual —dijo Teresa.

—El área de visualización está en la parte de atrás.

—Sí.

—El frente dice control conjunto y eje marcado.

—La tira suplementaria dice que el eje sólo se aplica al inventario.

Rogelio dio vuelta la página de un lado a otro. —Entonces tenemos tres instrucciones.

Rogelio no había actuado por su cuenta. La noche anterior había leído el frente con dos empleados. El tiempo de control conjunto era claro, la marca del norte visible y la espalda no estaba presente. Habían fotografiado cada linterna, entró en ángulo y función y luego cerró las seis cajas en el mismo orden.

—Fue el control más completo que hemos hecho jamás —dijo.

Teresa vio las fotos, cada número de inventario era legible, cada caso estaba cerrado, ninguna línea estaba abierta, la documentación era en realidad mejor que antes del experimento piloto.

—El control no es inútil —dijo. La dirección de la operación está equivocada.

—El informe dirá más tarde que tenemos seis lámparas alineadas erróneamente.

—Entonces también debe estar de acuerdo con qué versión y con qué lado faltante.

Rogelio puso su copia en un sobre. Aparcamiento no debe convertirse en el final culpable de una cadena editorial.

Alberto vino con dos miembros del personal técnico. Había arreglado el suplemento y quería restaurar las alineaciones locales hasta la noche. Mara estaba en las muestras de Los Pinos y había marcado la parte de estacionamiento para la inspección, pero aún no suspendido oficialmente.

—Primero revisamos los caminos —dijo Alberto. —Después de eso, cada linterna se vuelve a colocar donde se necesita.

—Hoy viene una clase escolar —dijo Rogelio. —Y por la noche, la reunión del último año.

—Entonces empezamos ahora.

Salieron de la entrada sur. Linterna cinco iluminaron en su posición norte el tronco de un árbol y parte del césped. El borde del escalón estaba en la noche fuera del cono de luz. En el camino occidental linterna tres cayó ahora en el puesto de pastel cerrado. Linterna uno iluminó un área entre dos caminos, en el que nadie caminó.

—Más luz —dijo Teresa. Menos camino.

Alberto anotó el ángulo de corrección para cada linterna. El personal técnico aún no disuelve los corchetes. De acuerdo con la especificación de la administración, un ajuste ya disminuido sólo se permitió cambiar después de un nuevo lanzamiento. El lanzamiento debe llegar por la tarde.

Hasta entonces, el control central se mantuvo.

El plan era más que ligero. Después de probar las linternas, las señales debían ser revisadas, la fuente encendida y luego el parque debía ser llevado a cabo en una ronda fija. La ronda comenzó en el norte, condujo en sentido contrario a las agujas del reloj y terminó en la Casa Cultural. En el papel, una persona pasó cada punto exactamente una vez.

Rogelio se fue con Teresa. En el stand occidental, uno tuvo que volver al mismo camino debido a una esclusa de construcción. En la entrada sur, el sendero se ramificaba antes de lo que mostraba el dibujo. En una fuente, un banco se encontraba para que el paso directo se angostó cuando alguien se sentó en él.

—La ronda no es peligrosa —dijo Rogelio.

—No. Pero no controla los mismos ejes visuales que usan los visitantes —.

Añadieron cuatro direcciones opuestas en una hoja de trabajo. Todavía no era una nueva versión. Era una lista de lo que la ronda central no vio.

Las señales también se realinearon después de la hoja del piloto. Una flecha hacia la salida sur era ahora paralela a la marca norte del siguiente pie de linterna. La flecha no apuntaba hacia el norte, pero su montura se giraba para que pareciera correcta desde el medio del parque. Desde el pozo apuntaba a un sendero lateral.

—¿Por qué cambió la señal? —preguntó Teresa.

—Eje visual central —dijo Rogelio. —Se mantiene en el plan adicional.

El plan adicional fue realizado por un técnico que había controlado conjuntamente las lámparas y los letreros. Ninguna regulación precisaba específicamente que las señales se alinearan a las linternas. La iluminación de orden — orientación — pozos había sido suficiente para traer ambos en el mismo eje.

—De vuelta a la dirección presuntuosa —dijo Alberto.

—¿Desestimar? —preguntó el empleado.

Alberto firmó la corrección inmediatamente. Con una señal, la dirección segura no era un intento piloto.

A las dos en punto la clase escolar venía de Los Pinos. Veintidós niños, un maestro y un compañero. Querían dibujar plantas en el parque y luego visitar la fuente. Teresa le pidió a la maestra que no entrara en la zona del pozo todavía porque Manuel comprobó el control de funcionamiento.

—Empezamos por los árboles —dijo el maestro.

Los niños se dividieron en cuatro grupos, cada uno con una sección de parque y un soporte de colores. Los caminos eran suficientemente claros a la luz del día. Sin embargo, el grupo azul regresó después de diez minutos en la entrada oriental, aunque había comenzado en el camino occidental.

—Seguimos la señal —dijo un niño.

—¿Qué? —preguntó Rogelio.

Señaló la flecha a la Casa Cultural. La flecha era correcta cuando usted estaba directamente allí. Desde su curva, los niños sólo vieron la punta detrás de un mástil de linterna y pensó que era la siguiente salida.

—Este no es un resultado inusual —dijo el compañero.

—Para nosotros era nuevo —dijo el muchacho.

La maestra convocó a todos los grupos. En el pozo contó veintiún hijos. El compañero era veintidós. Pusieron a los niños en dos filas y los dos llegaron a veintidos.

—Entonces el primer número estaba equivocado —dijo el maestro.

Una chica con un broche rojo levantó la mano. —Yo estaba allí en ambas cuentas.

—Eso espero —dijo el compañero.

Cinco minutos más tarde, el maestro contó de nuevo: veintitrés. Un niño de otro grupo de visitantes se había parado junto a la fila porque también llevaba una abrazadera roja en la mochila.

Este fue el tercer número. No explicó por qué el compañero había visto a un niño más que al maestro la primera vez. Ambos habían contado en el mismo lugar.

Teresa pidió a la clase que no volviera a correr para un examen por el parque. En su lugar, reconstruyó las posiciones con el maestro y el compañero. La maestra había comenzado en la fuente y había contado en sentido de las agujas del reloj. Dos niños estaban de pie detrás del amplio mástil de la linterna. La compañera había comenzado desde el otro borde. De allí una señal cubrió a un niño mientras que al final una niña regresó del grupo azul.

—Entonces tal vez veintiuno y veintidós a través de la vista —dijo el maestro.

—Tal vez —dijo Teresa. No marcamos ninguna explicación como segura.

Ella no dejó que los colores del grupo se utilizaran para contar. Rojo y azul habían aparecido en bolsillos, chaquetas y una pinza extranjera. La maestra dio a cada niño en su lugar un número en la lista de asistencia y escuchó los nombres individualmente.

—Eso toma más tiempo —dijo el compañero.

—Hoy es mejor por más tiempo —dijo el maestro.

Para futuras visitas, acordaron un punto de recogida fijo fuera de los ejes de luz y escudo que se superponían. La clase no tenía que probar si el parque cambió de número. Necesitaba un método de conteo que no hiciera ninguna brecha visual en un problema de seguridad.

Teresa señaló los tres resultados y la lista respectiva. Ella no escribió que la clase había perdido niños. No faltaba nadie. La incertidumbre repetida era sin embargo un problema de seguridad.

Por la tarde se dio a Alberto la aprobación para organizar las linternas a nivel local. Antes de que los empleados comenzaran, la hoja del piloto exigía una prueba de función conjunta.

El parque aún no estaba oscuro. Por lo tanto, la luz sólo era visible al principio por los círculos más brillantes en el suelo. Seis conos yacían en casi la misma dirección. Entre ellos surgieron sombras alargadas, que corrían por varios caminos.

Cuando el Garúa se hizo más denso, las transiciones entre los conos desaparecieron. El sendero sur parecía brillante al principio y luego se rompió oscuro. Quien seguía el área más clara llegó al césped. En la salida oeste el signo estaba en la luz opuesta y sólo podía ser visto como una forma oscura.

—Cambia ahora —dijo Teresa.

Antes de que el empleado comenzara la herramienta, una mujer con un rodillo vino de la Casa Cultural. Se detuvo en la transición de dos conos de luz. La superficie brillante delante de ella parecía justa, pero en el borde había un nivel bajo en la sombra. Teresa fue a ella y mostró el borde.

—Ayer estaba iluminada —dijo la mujer.

—Ayer esta linterna se mostró diferente.

—Entonces ponlo de nuevo así.

—Intentamos hacer eso —.

La mujer tomó otro camino, que era más largo pero claramente visible. Teresa tenía la transición bloqueada temporalmente. El problema no era que la gente fue engañada por luz inusual. Un borde seguro conocido se había vuelto peor debido a la nueva alineación.

En el borde oriental, un padre llevó a dos niños fuera del parque. La señal mostró desde su perspectiva entre dos caminos. Escogieron el izquierdo y se pararon después de una curva en el pozo que acababan de salir.

—Fuimos en círculos —dijo uno de los niños.

El padre miró hacia atrás. —El camino era más corto al salir.

Rogelio no midió una longitud subjetiva. Él la acompañó a la salida y cerró la rama malentendida con un panel móvil. Regresar a un lugar inesperado era sólo una razón para corregir la orientación.

El personal técnico abrió la caja de herramientas. Rogelio señaló a la hoja. —Primero controle los seis, luego bien, luego corrección. De lo contrario el proceso no está completo.

—El proceso no es razón para dejar un camino incierto —dijo Teresa.

—No quiero decir que no lo seguimos después —.

Alberto tomó la hoja. —Por la presente termino el circuito central y la orientación común.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Rogelio.

—Soy coordinador municipal. En caso de problemas de seguridad, la operación local debe ser suspendida —.

Escribió el terreno para la demolición directamente en el frente: Las transiciones visuales empeoraron; señales desde perspectivas parciales malentendidas; uso local seguro no garantizado. Luego firmó y llamó a la oficina del alcalde.

Mientras hablaba, el pozo comenzó después de su hora central.

Al mismo tiempo, una luz en el camino se cambió en la piscina. El borde se iluminó desde el norte, el borde opuesto estaba a la sombra. Dos visitantes mayores evitaron el camino brillante y se pusieron en el lado del amortiguador. Uno se resbaló con el zapato pero se atrapó a sí mismo en la barandilla.

Teresa cerró inmediatamente la zona con cinta adhesiva. Manuel cerró el pozo y verificó el desbordamiento y la trayectoria. No había habido ningún defecto técnico. El nivel del agua y la bomba estaban dentro de sus límites. La conexión de la iluminación, la guía y el orden fijo se habían vuelto inciertos.

—El pozo permanece abierto hasta la nueva inspección visual —dijo Manuel.

—Y la cuenca cerrada —dijo Teresa.

Rogelio puso a dos miembros del comité del parque en la barrera. Nadie tuvo que explicar por sí mismo por qué un buen funcionamiento no funcionó.

La reunión comenzó a las siete. Los primeros visitantes llegaron a través de la entrada sur. Una mujer siguió la sección más brillante y llegó a la misma entrada después de una curva.

—Quería ir a la Casa Cultural —dijo.

—Ahí es donde —dijo Rogelio, señalando al otro lado del parque.

—Entonces el camino era más corto de lo que pensaba.

En el camino de regreso, ella tomó casi el doble de tiempo que tomó otra sección brillante. Teresa la acompañó a la puerta.

Alberto tenía cuatro de las seis linternas apagadas. No las mismas cuatro que al principio de la obra. En la linterna de la entrada sur cinco permanecía encendido, ahora de nuevo dirigido hacia los escalones. En el sendero oeste, Rogelio linterna tres encendió y los encendieron a la transición entre el piso y la carretera. En Kulturhaus, un empleado de linterna dos fue cuidado.

Cada persona tuvo que moverse de ambas direcciones antes de liberar el ajuste. Entraron ángulos, condición e inspección visual. Los números de inventario permanecieron en las bases. No se eliminó ninguna fecha de mantenimiento. El tiempo común fue tachado, no borrado.

—Seis lámparas, tres encendidas —dijo Rogelio.

—Seis capturados, tres necesarios hoy —dijo Teresa.

La reunión se llevó a cabo en la vejez. Las sillas estaban más cerca de la Casa Cultural que en el festival. Nadie utilizó la zona cerrada del pozo. Al volverse más oscura, se añadió una cuarta linterna en el camino norteño. Su luz no apuntaba en la misma dirección que los demás.

Los primeros veinte minutos fueron dejados por dos miembros del comité en las intersecciones. Explicaron los caminos, observaron la luz de fondo e informaron donde dudaban los visitantes. En el cruce norte pasaron cuatro personas sin interrupción. En la entrada sur nadie se detuvo antes del escenario. En camino a la Casa Cultural tuvieron que girar la señal de nuevo porque su flecha desde la dirección opuesta parecía demasiado lejos a la derecha.

Teresa no lo logró. La observación se hizo esta tarde con estos soportes y estos encendidos las lámparas. Pero el parque volvió a ser utilizable antes de que existiera cualquier nuevo plan completo.

Teresa llamó a la maestra y confirmó el número: habían llegado veintidós niños a Los Pinos. La compañera había dado cada individuo a una persona que estaba recogiendo.

—Entonces todo está bien —dijo el maestro.

—Todos los niños están allí —dijo Teresa. —Los censos permanecen en el informe.

Al final de la tarde Alberto recopiló las hojas de piloto, que sólo se utilizaron para las instrucciones de operación. La lista de inventario, los documentos de reparación, los protocolos de medición y la nueva inspección local se dejaron en manos del Comité del Parque.

—No tiramos las lámparas porque el reloj estaba mal —dijo.

Rogelio cerró la caja de la linterna cinco. —¿Y mañana?

—Mañana, la congregación decidirá cómo revisar las páginas.

—¿Y esta noche?

Teresa miró las cuatro áreas iluminadas. —Todo el mundo sólo enciende la lámpara, cuyo camino puede realmente pasar por alto.

El parque no se hizo completamente brillante. Se hizo más pequeño. Entre los caminos usados yacían zonas oscuras, que nadie pensaba que una salida era.

Capítulo 20: La ayuda equivocada

Las primeras voces en el salón comunitario comenzaron antes de que Alberto encendiera el micrófono.

—No hay nuevas hojas —dijo alguien en la tercera fila.

—Nadie sabe qué hacer por la noche sin hojas —dijo Rafael desde la pared lateral.

—Tampoco sabían de las hojas.

—Lo sabían demasiado bien —dijo Daniela.

Alberto encendió el micrófono. Amplificó un golpe corto, luego su voz. —No estamos aquí para defender el modelo piloto. Estamos aquí porque necesitamos una operación segura para mañana.

—Entonces apaga el parque otra vez, gritó un hombre.

—El parque no está fuera —dijo Teresa. —El área del pozo está cerrada. Cuatro linternas son operadas localmente.

—Sólo hay tres en mi camino.

—Luego hablamos de tu camino más tarde —dijo Rogelio del Comité del Parque. —No sobre el número de lámparas.

El salón estaba lo suficientemente lleno como para que algunos estuvieran de pie en las paredes. Elena estaba sentada en la primera fila. Néstor había tomado una silla en el pasillo porque tenía que volver al motel antes de las diez. Manuel y Rafael se sentaron lado a lado, no como el mismo lado. Mara se paró a la mesa con Alberto y Teresa.

Cuatro tipos de documentos estaban sobre la mesa: las hojas de reglas expuestas, protocolos de medición, listas de inventario y arcos vacíos. Teresa no los había hecho deliberadamente una pila.

Elena fue la primera en hablar.

—Mi tanque se está llenando de nuevo —dijo. —Eso está bien, pero no quiero adivinar si el agua llega hoy todas las noches. Un lapso de tiempo no es una simultaneidad dañina. Es necesario cuando cocinas, bañas a los niños y revisas el tanque.

Un hombre detrás de ella dijo: —En el pasado, la gente oyó cuando la bomba estaba en funcionamiento.

—Solía vivir más cerca de la bomba —dijo Elena. Ahora solo oigo mi tanque vacío.

Rafael levantó la mano. —Yo también necesito tiempos. No siempre establecer la misma válvula, porque cuando tengo que medir y a quién llego cuando los valores no encajan.

—Tienes a Manuel —dijo alguien.

—Manuel duerme a veces.

Manuel asintió. —Eso está confirmado.

Una pequeña risa pasó por el pasillo, no importaba.

Rafael continuó. —No puedo adivinar sus decisiones. Había treinta y cinco grados en el periódico. Los puse y controlé los límites. Vi que el mismo valor en tres puntos de medición significa algo más en un turno de día. Necesito documentarlo por la noche.

—Entonces escribe todo lo que Manuel sabe —dijo una mujer.

—No lo sé todo —dijo Manuel.

—Pero más que la hoja.

—Sí. Y si sólo se queda en mi cabeza, eso también es un riesgo —.

Una representante del parque se presentó. Había estado en la noche del servicio de circuito conjunto y había salido del plan de control en el orden impreso.

—Conocía los números de la linterna —dijo ella. Sabía que tres estaban en la carretera occidental, pero en mi hoja había primero uno, luego dos, luego tres. Cuando llegué a tres, el puesto de pastel ya se había cerrado y el camino se usaba de manera diferente. Todavía controlaba el mismo ángulo.

—¿Por qué no cambiar inmediatamente? Preguntó Rogelio.

—Porque el nuevo lanzamiento aún no estaba firmado. Si doy la vuelta sin liberación y alguien cae, soy responsable. Si no giro y alguien se cae, obviamente también —.

Alberto escribió responsabilidad a la junta. —Una regla local no sólo debe permitir la decisión, sino que debe especificar cuándo la persona está autorizada a hacerlo.

—Y cuando cierra el área —dijo Teresa.

La fuerza representativa asintió. —Puedo explicar una cerradura. Un cambio técnico improvisado no siempre.

Un electricista de la última fila añadió que a nadie se le permitía usar una caja de cambios solo porque conocía bien el camino. La observación y la intervención podían ser llevadas a cabo por diferentes personas.

—¿Entonces una lámpara necesita dos personas a cargo? —preguntó alguien.

—Quizás uno para la visión y otro para el mantenimiento eléctrico —dijo Manuel. —Eso no es el doble. Son dos tareas.

Mara lo miró. En la casa de la bomba a menudo había tratado las formas como trabajo adicional, pero nunca consideró innecesario. Ahora dijo públicamente que la experiencia sin entrega no era modo de funcionamiento suficiente.

Un residente de Los Pinos se levantó. —Solíamos regular nuestros tanques nosotros mismos. Cuando la entrada trajo aire, rápidamente abrimos la válvula por completo. Luego vino el agua.

—O el empujón —dijo Elena.

—Nunca conmigo.

Mara preguntó si había un reductor de presión instalado en su conexión.

—El viejo. A veces silba.

—Entonces la apertura rápida y completa no es un hábito permisible —dijo Manuel. Independientemente de la hoja del piloto.

—Ahora todo está prohibido.

—No. Eso era incierto antes.

El hombre no se sentó inmediatamente. ¿Y si mi tanque permanece vacío?

—Entonces necesitas una cadena de contacto y un chequeo de la conexión —dijo Mara. Ni una manija que pudiera haber funcionado para otra casa.

Daniela informó sobre la granja de Rosa. Ella no mostró la foto de la sentencia bajo el botón. Se trataba de la acción de esa noche, no del hallazgo inexplicable.

—En la hoja de ayuda voluntaria decía que había que cambiar las cosas a diario y no barrer siempre en el mismo orden —dijo—. Mi madre hizo exactamente eso. Preparó un plan semanal para cada cambio. El patio estaba limpio. El paso estaba libre. Aun así, había convertido una ayuda en un nuevo orden fijo.

—¿Le duele la orden? preguntó una mujer.

—La mesa se interponía en el camino de la cocina. Y hemos observado una línea en las baldosas, cuya causa no sabemos.

—Entonces habría tenido que mover la mesa.

—Hicimos eso, no según el plan, sino porque él estaba en el camino.

—Para que no necesites hojas.

—Necesitas caminos libres en la hoja —dijo Daniela. No el lugar de la mesa.

Néstor levantó su copia. —Tenía un lugar en el reloj.

Explicó cómo un tiempo fijo se había convertido en jueves y doce minutos de ventilación dependiente de la situación. Describió los azulejos húmedos delante de las habitaciones ocupadas, el suelo seco delante de la habitación ocho y el consumo en un mostrador que no encajaba en el mostrador principal.

—¿Por qué aireas esta habitación? —preguntó alguien.

—Porque se encuentra en un pasillo común y también mueve el aire cerrado.

—¿Por qué no lo alquilas?

—Esa es otra pregunta.

—¿Es peligroso?

—No según lo que hemos probado.

—Entonces alquilámosla.

—No.

Néstor dobló la sábana, y no ofreció más explicaciones.

Una mujer de Las Palmeras preguntó si el inusual contranivel probaba que el agua que se aireaba pasaba por el pasillo.

—No —dijo Mara. El mostrador principal no mostró a la multitud. No hemos encontrado una conexión física que explique ambas cosas.

—Pero sucedió al mismo tiempo.

—Esto es una observación, permanece en el protocolo —.

—Si no concluyes nada de ello, ¿por qué lo escribes?

Néstor respondió delante de Mara. —Para que el siguiente hombre sepa lo que fue probado y lo que no lo fue.

La mujer no estaba satisfecha. —Entonces, al final, sólo tienes más preguntas.

—Tienes menos respuestas equivocadas —dijo Teresa.

Otro residente quería sellar la sala ocho inmediatamente de forma permanente. Un trabajador de la construcción contradecía; una sala sellada podía ocultar la humedad y la plaga. Ambas propuestas eran decisiones prácticas con consecuencias. Néstor dijo que la puerta permanecía cerrada y controlable, no amurallada. La asamblea no votó sobre ella. El motel no era un misterio público que la sala estaba autorizada a poseer.

Un comerciante del mercado dijo que su familia había estado lavando los envases de bebidas en un cierto orden durante años y nadie se había enfermado. Ella no quería que un grupo de trabajo cortara este hábito.

—¿Con qué te estás lavando? —preguntó Mara.

—Agua, limpiadores, agua limpia —.

—La orden está justificada higiénicamente.

—Y luego puse los contenedores en mi cabeza.

—Para que puedan correr.

—Exactamente.

—Entonces esto sigue siendo un proceso necesario —.

Otro comerciante dijo que siempre ponía una moneda en la tapa de su tanque de agua antes de abrirlo. Si permanecía acostado, el día estaría tranquilo.

—¿Está cambiando la calidad del agua o la presión de la moneda? —preguntó Elena.

—No todo tiene que cambiar algo —.

—Entonces no pertenece a la especificación de operación —dijo Mara.

—Pero puedo hacerlo.

—Mientras la moneda no caiga en el tanque y no reemplace una prueba de seguridad.

Una mujer del CENTRO de salud levantó la mano. —Necesitamos distinguir qué es ineficaz y qué es peligroso. La moneda es probablemente ineficaz. Los tanques abiertos, los contenedores sin marcar y los desinfectantes de relleno al gusto son peligrosos.

Un hombre dijo que su familia había estado poniendo una tapa adicional de solución de cloro en el tanque durante años cuando el agua estaba turbia.

—¿Qué concentración? —preguntó Mara.

—Una tapa —.

—¿Qué contenedor, qué volumen, qué tanque?

Sólo podía llamar al tanque, y la botella cambió de acuerdo a la compra.

—Entonces esta no es una dosis permisible —dijo el empleado del CENTRO de salud. —Las prácticas deben ser reportadas y probadas. Más medios no reemplazan ninguna causa y pueden dañarse a sí mismos.

—Pero nadie se enfermó.

—Esto no prueba la concentración.

Mara se ofreció a examinar la recomendación de limpieza segura juntos. Ella no tomó la regla de tapa como conocimiento local. No todos los hábitos eran responsables de la experiencia.

En el otro extremo de la sala, un comerciante defendió su secuencia de lavado firme. Agua, limpiadores, enjuague claro y secado podría estar higiénicamente justificado. Daniela dijo que este orden no necesita ser variado en este momento.

—Entonces volvemos a las reglas —dijo el hombre con la botella de cloro.

—En un límite razonable y un proceso auditado, —dijo el distribuidor. —No con la tapa.

Las diferencias en la sala no eran más amistosas, sino más precisas.

La asamblea se puso más inquieta cuando un hombre exigió que todos los registros fueran destruidos, sosteniendo una hoja de estacionamiento. —Estas hojas han equivocado los caminos.

Teresa abrió la lista de inventario. —Esta hoja dice qué linterna es donde, cuando su dirección fue revisada y quién puede esperar por ella. No hizo ninguna mala manera.

Ella tomó la hoja del piloto. —Esta ha convertido una marca de control en una dirección de operación. Eso está suspendido.

—El papel es papel —.

—No —dijo Teresa. —Un registro de propiedad no es una orden de cambio. Un valor de medición no es un tiempo. Si lo tiramos todo por la borda, mañana ni siquiera sabremos qué línea fue revisada.

El hombre dejó que la hoja se hundiera, pero aún no se sentó.

Alberto pidió un descanso. Nadie se fue. En cambio, se formaron conversaciones más pequeñas. Manuel habló con Rafael sobre los tres puntos de medición. Elena mostró a Inés qué mensaje había entendido el día anterior y qué no. Daniela le dijo a Rosa por teléfono que el resumen voluntario debía ser retirado oficialmente.

En el borde de la sala, Rogelio colocó tres sábanas de estacionamiento en una silla. Una contenía números de inventario y fecha de prueba. Una era el tiempo de conmutación común. La tercera era la parte posterior con las zonas de visualización.

—Si lo desenmascaramos todo, ¿cuál puede quedarse en la caja mañana? —preguntó Teresa.

—Inventario y pruebas de seguridad. El tiempo de conmutación no lo es. Las áreas de visualización sólo como base para el trabajo hasta que las hayamos comprobado en el sitio.

—Entonces debe estar en cada hoja de lo que es.

Teresa escribió las categorías: inventario, seguridad, operación, observación. Una hoja podría contener varios, pero cada declaración tenía que ser claramente asignado.

—Se está volviendo más complicado —dijo Rogelio.

—El parque era complicado, y el periódico simplemente lo escondía —.

Elena e Inés estaban hablando de otra palabra. El tiempo de suministro sonaba como una garantía para Elena que se rompió en cada retraso. Las ventanas del tiempo sonaban demasiado inexactas para un vecino mayor. Todavía no estaban de acuerdo. Inés señaló que el mensaje tenía que contener principio, fin esperado y siguiente tiempo de información. La palabra podría seguir al día siguiente.

Mara se quedó en la mesa. Antes de ella, su firma estaba en los temas. Ella podría haber dicho que la oficina del alcalde había presionado para la sumisión obligatoria y la impresora había dejado una espalda. Todo estaba bien. Nada de esto cambió su decisión.

Cuando Alberto volvió a encender el micrófono, Mara lo cogió.

—Yo diseñé el modelo piloto —dijo. —Quería documentar los límites de seguridad, las observaciones y la responsabilidad para que los representantes pudieran trabajar. A medida que los resúmenes se estrechaban, seguía publicando el tema. Pensé que el intento era limitado y controlable. Esa fue una decisión equivocada.

Alguien preguntó: —¿Entonces ya no hay reglas?

—Yo no dije eso —.

—¿Entonces qué?

Mara miró a Elena, Rafael, Daniela y Néstor. Sus ejemplos no encajaron en una sola frase.

—Tenemos que responder tres preguntas para cada lugar —dijo. —¿Cuál es el límite? ¿Qué reconoce la persona responsable que algo tiene que cambiar? ¿Y quién puede decidir?

—Estos son campos de nuevo —dijo el hombre con la hoja del parque.

—Tal vez —dijo Mara. Pero aún no hay respuesta.

Manuel tomó el micrófono. —Se hace una cuarta pregunta en la bomba: ¿Cuándo tienes que parar y llamar a alguien?

—En el mercado: ¿Qué es la higiene y qué es sólo el hábito? —dijo el comerciante.

—En Los Pinos: ¿Cuándo nos informan? —dijo Elena.

—En el motel: ¿De qué dirección viene el aire? —dijo Néstor.

Nadie dijo que todo salió bien.

Alberto escribió las propuestas a la junta, y luego puso sólo dos decisiones para votar.

En primer lugar, todas las hojas obligatorias uniformes de la prueba piloto se suspenden hasta la revisión local. Los inventarios, los límites de seguridad, los datos de medición y los documentos de mantenimiento siguen siendo válidos.

En segundo lugar, la revisión comenzará a la mañana siguiente en las plantas y empresas respectivas. Participarán personas responsables, representantes y usuarios afectados.

Ambas decisiones obtuvieron una clara mayoría, algunas votaron en contra de la primera, porque querían abolir inmediatamente los papeles obligatorios, otras se opusieron a la segunda, porque primero exigieron un nuevo proyecto de ley en la Municipalidad.

Teresa también tomó nota de los votos en contra.

—¿Cuándo nos vemos? —preguntó Rafael.

Manuel dijo: —A las siete en la casa de la bomba.

Elena levantó la mano. —Este es un momento.

—Para el inicio del trabajo —dijo Manuel.

—Entonces ella puede quedarse.

Capítulo 21: Cada uno distinto

A las siete en punto, no había formularios vacíos sobre la mesa en la casa de la bomba.

Teresa había traído papel, portapapeles y copias de protocolos de medición reales. Alberto no abrió la vieja plantilla administrativa. Mara escribió cinco titulares en el panel de pared:

Límite de seguridad.

Observación local.

Zona permisible.

- Voy a hacerlo.

La persona a cargo.

Manuel puso un sexto entre ellos: cancelación y notificación.

—Pertenece a cada frontera —dijo Mara.

—Entonces debería ser visible allí.

Teresa dibujó una línea bajo cada encabezado y dejó espacio bajo él variando. Alberto quería hacer los campos rectos al principio. Esto parecía más limpio, pero incluso el viejo protocolo de la bomba mostró que un límite de seguridad necesitaba varios conjuntos y el nombre de una persona responsable a veces encajan en una línea.

—La forma no es fingir que todas las respuestas son las mismas —dijo Teresa.

—Entonces no tengo un lado simétrico —dijo Alberto.

—Tienes uno legible.

Decidieron mantener los titulares apretados, no el tamaño del campo. Cada versión local tenía permitido tener una segunda página. En cada página posterior, el archivo adjunto, el número de versión y la fecha de validez tenían que repetirse para que una primera página perdida no hiciera un comando sin nombre fuera de las condiciones.

Mara añadió una línea arriba: Propósito de esta versión. En la bomba se le llamó suministro seguro de la zona de presión designada. En el mercado se le llamaría provisión higiénica de bebidas. Que los propósitos eran diferentes deben ser visibles antes de que alguien compare los pasos individuales.

Rafael se paró frente a la válvula uno. —No escribimos primero.

—¿Qué primero? —preguntó Alberto.

—Conducimos los puntos de medición —.

Empezaron en la salida de la bomba, luego en el extremo inferior y por último en la calle de Elena. Manuel no explicó lo que solía sentir. Mostró cuánto tiempo corría después de un cambio y qué ruidos indicaban un aumento de aire o de presión rápida. Rafael repitió cada paso y dijo en voz alta lo que decidiría.

La primera válvula tenía el rango de ángulo admisible entre dos posiciones marcadas. Dentro de ella había un corredor de presión, pero sólo junto con los puntos de medición designados y su tendencia. Un solo valor no era un comando de conmutación.

—¿El gatillo? —preguntó Teresa.

—Dos medidas estables sin suficiente suministro —dijo Rafael. —Por debajo del límite. No hay informe de choque de presión.

—¿Cambio?

—Máximo cinco grados. Luego remedite.

—¿Aborto?

—Shock de presión, límite inferior, turbidez inusual, fugas o ninguna reacción explicable.

—¿Quién decide?

—Cambio introducido. Fuera de la zona de Manuel o Mara.

Sólo después de eso Alberto transfirió los puntos a un periódico.

La segunda válvula era más pequeña porque el tubo alimentaba un reductor de presión más antiguo. La tercera permitía abrir más en la misma dirección, pero sólo si el flujo de la bomba no aumentaba fuertemente al mismo tiempo. Las tres hojas tenían los mismos encabezados y diferentes contenidos.

—Esto está marcado como una desviación en el sistema —dijo Alberto.

—Entonces lo llamamos versión local —dijo Teresa.

Puso en la cabecera: Adjunto y versión publicada localmente. Debajo vino un número de versión. Se permitió al sistema reconocer los mismos campos, no exigir los mismos valores.

Manuel escribió los tres números de válvula de la carpeta y dejó espacio detrás.

Antes de irse, Manuel y Rafael cambiaron de papel. Rafael explicó un mensaje simulado: caídas de la conexión superior, menor estabilidad, corriente de bombeo normal. Manuel jugó la representación y pidió una posición fija a propósito.

—No existe tal cosa —dijo Rafael. —Primero comprabo cuál de las tres válvulas y qué punto de medición se quiere decir.

—¿Y si los habitantes ya no tienen agua?

—Entonces le informo a la persona de contacto sobre el examen. No me levanto más rápido sólo porque la queja es urgente.

—Bien. ¿Y si se reporta un choque de presión al mismo tiempo?

—No más apertura. Conexión segura, área de verificación, llamar a usted o Mara.

Mara cortó la última parte. —No yo como persona.

Alberto entró en la función y la cadena de contacto actual. Una hoja local no se le permitió colgar en su número de teléfono después de la salida de Mara.

En el mercado se encontraron con Maritza y otros dos comerciantes antes de la apertura. Sobre la mesa había contenedores de agua, limpiadores, estantes secos y un cubo que nadie utilizaba para beber agua.

—¿Qué es siempre verdad? —preguntó Mara.

Maritza señaló a los contenedores separados. —El agua potable permanece cubierta. El agua limpia está marcada. Las tazas no vuelven a la pila limpia.

Un distribuidor agregó el pedido de limpieza. Agua, limpiador aprobado, enjuague claro, completamente drenado. Teresa dio cada paso.

—¿Y el cubo se fue? —preguntó Alberto.

—Se ha quedado durante años —dijo el segundo traficante.

—¿Por qué?

—Porque el sol está llegando a la derecha.

Mara miró al techo. En este momento el lado derecho estaba en la sombra.

—En verano —dijo el traficante. —O antes de que se ampliara el techo.

Pusieron el cubo donde no bloqueó el camino de trabajo. Su lado no llegó a ninguna hoja. La cubierta, la marcación y la separación de los tipos de agua permaneció.

Maritza mostró la lata de Abril. ¿Y cambio?

—No hay higiene en el agua potable —dijo Mara.

—Pero importante.

—Entonces pertenece a tu rutina de ventas, no a la hoja de agua.

Maritza sonrió. Finalmente, una forma que no quiere poseer todo.

También revisaron el agua helada debajo de las tinas de bebidas. No se permitió utilizarla para enjuagar las tazas y no caer en la carretera abierta si había comida allí. Maritza mostró el verter fuera detrás del edificio del mercado. La ruta allí pasó dos puestos y fue bloqueado a menudo al mediodía.

—Entonces la ruta libre es una condición de seguridad —dijo Teresa.

—O estamos poniendo aquí un contenedor de colección cerrada —dijo Maritza.

Los distribuidores eligieron el contenedor porque el camino no podía mantenerse libre en todo momento. En la hoja no venía un lugar específico, pero: cerrado, marcado, fuera de la zona de trabajo limpio; vaciado en la efusión aprobada. Maritza lo puso esta mañana a la izquierda debajo de la mesa. En el siguiente stand podría ser mejor a la derecha.

Un distribuidor antiguo insistió en que las telas estaban separadas por color. Rojo para las mesas, azul para los contenedores. El sistema funcionaba siempre y cuando el reemplazo estaba disponible en ambos colores. Si sólo se entregaban telas blancas, se derrumbó.

—Entonces la separación de propósitos permanece —dijo Mara. El color es tu implementación.

Teresa escribió: Mantenga los paños de limpieza separados para contenedores y superficies; documente el marcado local.

En el Parque Cívico, Rogelio y tres miembros del Comité del Parque esperó. Cada persona tomó su camino con la linterna responsable en ambas direcciones. Linterna cinco consiguió la entrada sur, los escalones y la transición a la zona principal. Lanterna dos sirvió la zona en la Casa Cultural. Lintera tres iluminó el camino oeste cuando había puestos o eventos de la noche. Lintern uno se quedó para la unión norte. Cuatro y seis tenían áreas fronterizas separadas.

—¿Quién se volverá cuando ninguno de nosotros esté allí? Preguntó Rogelio.

—Estacionamiento instruido —dijo Alberto.

—¿Y si sólo puede mirar hacia tres direcciones?

—Entonces sólo las tres lámparas responsables. No las otras fuera de la integridad.

Los límites de seguridad se mantuvieron uniformes: conexión probada, caja cerrada, sin lámpara dañada, vista segura de pasos y transiciones, rutas de escape libres. El propósito y el gatillo diferían.

Manuel escribió en la fuente: Operación sólo con alimentación aprobada, desbordamiento seguro, zonas de caminata secas fuera de la piscina y suficiente visibilidad. El origen de la humedad residual no era un parámetro de operación. Se mantuvo como un resultado de prueba.

Daniela retiró las flechas de la secuencia central del panel de visualización. Dejó números de inventario, cajas de cambios, fecha de prueba y la referencia a la cerradura del pozo.

—¿Qué pasa con la orden? —preguntó un empleado.

—Revise la fuente antes de encenderla —dijo Manuel. —Esta es una orden de seguridad.

—¿Los segundos primero?

—Sólo si la vista es necesaria para la prueba.

—Así que a veces.

—Sí.

Rogelio probó las hojas con una persona que no había ayudado al festival del parque. Lucía de la biblioteca conocía los caminos, pero no las cajas de cambio. Ella debía comprobar la linterna tres sólo sobre la base del nuevo documento. El número de inventario la llevó a la toma correcta. La zona de visualización entró explicó la transición occidental. La persona responsable del campo la detuvo.

—Hay estacionamiento o un comité establecido —dijo. —No soy ninguno de ellos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Alberto.

—Estoy reportando que está oscuro. No voy a cambiar —.

El documento no ha hecho que todas las personas sean capaces de actuar y también ha establecido un límite claro de jurisdicción.

En el pozo probaron lo contrario. Manuel tenía Rogelio nombre de la condición de desbordamiento, borde de la piscina y superficie de caminar. Rogelia podía realizar la inspección visual, pero no se le permitió abrir la caja eléctrica. Por lo tanto, en la hoja de control de funcionamiento y el mantenimiento eléctrico se separaron. El mismo sistema tenía más que un papel responsable.

Después del almuerzo condujeron al motel El Recodo. Néstor había abierto la ventana del pasillo. La tira de papel en el borde se movió fuera.

—Hoy no abriría la sala ocho —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Rafael, quien debía examinar la reprensión posterior.

—El aire ya está saliendo del pasillo. La habitación siete está vacía, seis ocupada. Sin humedad, sin olor.

—¿Qué pasa si el aire de ocho empuja hacia el pasillo?

Néstor escribió él mismo en la nueva sábana: aire cuando el aire sale de la habitación. No cuando sale del salón.

Alberto leyó la frase. —¿Puede un representante comprobar eso?

Néstor le dio a Rafael una tira de papel, sujetándolo a la grieta de la puerta y a la ventana, y la dirección era visible.

Mara añadió: Comprobar la humedad de la habitación y el pasillo antes de ocupar. Nombre olfato: neutro, mohoso, detergente o desconocido. Si usted tiene una humedad, un olor desconocido o presión de aire irrumpir en las zonas ocupadas, cerrar la puerta, comprobar la ventana del pasillo y llamar a Néstor.

Se han eliminado los días laborables, el tiempo y la duración.

—¿Quién decide con olor neutro y aire de la habitación? —preguntó Alberto.

—Néstor o una representación comprometida dentro de las fronteras —dijo Mara.

—¿Y si nadie está comprometido?

—Deja la habitación cerrada. Revisa la sala. Llama a Néstor.

No era una regla elegante, funcionaba un jueves.

Rafael volvió a tocar la representación. Néstor cerró la sala ocho y puso la tira de papel en la puerta para que apenas reaccionara.

—No está claro —dijo Rafael.

—¿Y luego? —preguntó Néstor.

—No abras. Revisa las ventanas del pasillo.

La tira se retiró claramente en la ventana. Las habitaciones ocupadas estaban secas, el olor neutro. Rafael habría dejado la habitación ocho cerrada y documentado la condición.

—¿Está permitido? —preguntó.

—Es la decisión de hoy —dijo Néstor.

Cambiaron la tira de papel por dos tiras de luz del armario de material. Una era demasiado rígida y no mostraba nada cuando el tren era débil. La otra reaccionó. Después de eso, la hoja no revisó el papel sino que hizo visible el aire con un indicador de luz adecuado. Néstor puso varias rayas cortadas en una caja etiquetada.

—olor es más difícil de pasar —dijo Alberto.

Néstor abrió un armario con agentes de limpieza y dejó que Rafael distinguiera lo que se usaba normalmente en el motel. El olor a muffi no seguía siendo un número de medida. Pero el olor fuerte desconocido era una razón para romper, no algo que tenía que nombrar una representación.

Al final de la tarde se encontraron con Elena en Los Pinos. Su tanque estaba más de la mitad lleno. Ella no llevó al grupo primero hasta el techo, pero les mostró la noticia de la Municipalidad.

—Entendí eso —dijo. —El siguiente informe a las nueve, aunque aún no se haya publicado. No es esto: El suministro se estabiliza según las necesidades.—

Alberto acarició según las necesidades. —¿Ventana de suministro anunciada con principio y fin?

—Un lapso de tiempo —dijo Elena. Y si cambia, un mensaje antes que él.

—¿Quién informa?

Inés había preparado una cadena de contacto: capa técnica de coordinación municipal, coordinación de los contactos domésticos designados, retroalimentación de los hogares a través de un número. En caso de fracaso, la responsabilidad recaía en la siguiente persona nombrada, no en un lugar general.

—¿Y si mi tanque permanece vacío al final? —preguntó Elena.

—Usted reporta el nivel del tanque y si se produjo un choque de aire o presión —dijo Mara. —La capa técnica comprueba la conexión y el corredor de presión. No se abre completamente rápidamente.

—Quería oír eso.

Inés dirigió la cadena de contacto de una manera de prueba. Rafael informó un retraso simulado desde la casa de la bomba. Alberto llamó al primer contacto doméstico, que llegó a dos vecinos y lo confirmó en seis minutos. El teléfono permaneció en silencio en el tercero. Elena conocía a su hermana, pero el grupo no la puso automáticamente en una cadena oficial.

—No tiene un teléfono móvil en el trabajo —dijo Elena. —Por la noche está aquí.

—Luego consigue el rango anunciado en papel y si se hacen cambios, una llamada al número de teléfono fijo de su madre, si ambos están de acuerdo —dijo Inés.

Obtuvieron el consentimiento en lugar de hacer una base de datos del barrio. Para un residente de edad avanzada, la persona designada de contacto por carretera acordó un aviso personal. La cadena contenía varios caminos, pero en cada punto una persona responsable.

—¿Cuánto tiempo dura eso? —preguntó Elena.

—Hasta la próxima revisión en dos semanas —dijo Alberto.

—Entonces la fecha está en ella.

Teresa lo añadió. También una buena solución local no debe pasar desapercibida para siempre.

Un vecino sugirió golpear tres veces contra el tanque delante de cada ventana de suministro porque entonces se podía oír cuánta agua había en ella. Elena lo había demostrado. El sonido estaba casi vacío de un tanque casi lleno. Entre un cuarto y un tercero nadie podía distinguir con seguridad.

—Como una simple observación —dijo Mara. —No como un valor de medición para el funcionamiento de la red.

No le quitaron el hábito de la vida, no lo incluyeron en la decisión de la compañía.

Como el sol era más bajo, cinco nuevas hojas locales estaban sobre la mesa de Elena. Sus titulares eran los mismos. Sus valores, palabras y personas responsables se contradecían entre sí en varios lugares. En el parque se podía encender una linterna en la oscuridad. En la motel una puerta podía permanecer cerrada en aire desfavorable. En las casas de la bomba un cambio requería dos medidas estables. En el mercado una limpieza tenía que mantener un orden fijo.

—No parece un método —dijo Alberto.

Teresa arregló las hojas por lugar, no por contenido. —Sí. Simplemente no como un solo servicio.

Manuel tomó su cartera. Detrás de los tres números de válvula que escribió en letras grandes: TODO LO OTROS.

Rafael lo leyó. —¿Esto es para agencias?

—Esto es para las personas que quieren hacer una posición de tres números —dijo Manuel.

Capítulo 22: Lo que queda

Después de la cuarta ventana de suministro, siete de los ocho tanques de techo reportados fueron llenados en Los Pinos dentro del plazo anunciado.

El octavo era parte de una casa con una válvula flotadora defectuosa. Manuel la había encontrado el día anterior, el dueño la había reemplazado. La falla estaba detrás de la conexión de red y sin embargo entró en el informe.

Mara había marcado los ocho casos en un mapa. No con el mismo color. Cuatro hogares habían sobrado agua en el tanque al principio de la ventana, tres estaban casi vacíos, el flotador de sujeción bloqueó la entrada. Junto a cada punto no sólo estaba lleno o vacío, sino también la entrada, el aire audible, la presión medida más alta y el tiempo de retroalimentación.

En la primera ventana después del cambio, el agua había llegado al extremo superior de la carretera de Elena sólo después de cuarenta minutos. En la segunda después de treinta y tres, en la tercera después de los treinta y cinco. En el cuarto habían sido treinta y ocho minutos. Las cifras no hicieron una mejora uniforme. Sin embargo, estaban dentro de un rango anunciado, y ninguna conexión inferior había superado su límite para esto.

—Si tomas sólo el valor más rápido, se ve mejor —dijo Alberto.

—Si tomas sólo el más lento, peor —dijo Elena.

—Por eso los cuatro permanecen —dijo Mara.

Inés comparó el feedback con las llamadas reales. Dos hogares reportaron regularmente sólo cuando su tanque se llenó audiblemente. Uno sólo reportó interferencias. Elena dio un mensaje corto al principio y al final. Los diferentes métodos de reporte podrían hacer tres historias diferentes por una ventana estable.

—¿Ahora todos tienen que escribir dos veces? —preguntó un vecino.

—No —dijo Inés. —Necesitamos un pequeño grupo de control fijo y un camino de problemas que sea accesible a todos los demás.

Elena accedió a informar sobre su camino durante dos semanas y a informar del inicio y el nivel del tanque. Otros dos hogares tomaron otras altitudes. Los otros no tuvieron que convertirse en puntos de medición no remunerados.

—¿Y si vemos algo que no está en tus tres puntos? —preguntó el vecino.

—Entonces aún lo reportas —dijo Mara. El grupo de control limita la consulta regular, no la realidad.

—De lo contrario siete de cada ocho parece un error web, —Elena dijo.

—O ocho de cada ocho como un éxito de la red —dijo Mara.

Se pararon frente a las nuevas hojas locales en la bomba. La válvula uno funcionó esta mañana en la parte media de su pasillo de presión. La válvulas dos estaba más cerca de su límite inferior. La Válvula tres estaba más abierta sin que el flujo de la bomba aumentara bruscamente. Ninguna posición correspondía a la antigua especificación uniforme.

Rafael había dirigido dos turnos de noche solo y Manuel había llamado sólo en la comprobación final. Sus registros contenían el lugar de medición, el tiempo, la tendencia y la razón de cada cambio. Una vez que no se había ajustado, aunque el valor superior había sido bajo porque un rápido aumento comenzó en la conexión inferior.

—Esa fue la decisión más difícil —dijo Manuel.

—¿Nada que hacer? —preguntó Alberto.

—No hay nada que ocultar. Midió e informó.

El flujo de la bomba estaba cerca de los valores antes de la prueba piloto. No es exacto. Las cantidades nocturnas fluctuaron con ocupación, niveles de tanque y temperatura. Mara no hizo una línea de comparación suave fuera de ella. Marcaba un rango normal y los pocos valores fuera de él con causa o duda abierta.

La válvula a La Hondonada fue cerrada, y detrás de ella se instaló un registrador de datos, registrando presión y temperatura a intervalos cortos. Se suponía que debía funcionar durante cuatro semanas. Los tres sub-contadores registrados reportaron algunas veces más consumo de combustible, aunque no hubo una conexión hidráulica verificada a la línea principal.

—No abras para ver si los anuncios desaparecen —dijo Mara.

—Nadie sugirió eso —dijo Alberto.

Manuel miró al registrador. —Todavía no.

Rafael había comprobado el registrador de datos con un dispositivo de referencia en la mañana. Ambos sensores fueron inicialmente separados por casi la misma pequeña cantidad. Manuel tenía la conexión ventilada, esperó una temperatura estable y se comparó de nuevo. Después la desviación permaneció dentro de la especificación del dispositivo.

—Si hubiéramos tomado la primera lectura, habríamos puesto un residuo permanente de presión —dijo Rafael.

—Por eso hay un control de instalación —dijo Mara.

Sellaron la caja y la conexión por separado. Un sello de caja roto no significaba automáticamente que alguien había abierto la válvula. Un cierre de conexión roto sería un hallazgo separado. Teresa insistió en dos campos, aunque el sistema digital sólo requería número de sello.

—De lo contrario, todo es el mismo sello —dijo.

El registrador también ahorra temperatura porque el calentamiento lento en una línea aislada era diferente de un aumento de la presión nocturna. No había lectura remota. Rafael aseguraba los datos dos veces a la semana en el sitio, cada uno con una segunda persona. No porque los números fueran secretos, sino porque el camino y la barrera no debían ser controlados solos.

—Cuatro semanas son largas —dijo Alberto.

—Para una línea corta —dijo Manuel.

—Para un informe provisional largo.

Mara no añadió la aclaración prometida al informe, sino la duración de la medición y la siguiente fecha de prueba.

Las muestras repetidas de Los Pinos eran higiénicas, pero el laboratorio provincial también había realizado pruebas microbiológicas: no había indicios de contaminación aguda en los puntos de red probados; una muestra de un tanque privado había mostrado un aumento en el recuento general de gérmenes; el tanque había sido limpiado y vuelto a muestrear; la muestra de malla en la misma casa seguía siendo discreta.

Mara fue a través de las hojas de laboratorio individualmente con el empleado provincial. La cadena de muestras estaba completa: recogida, enfriamiento, entrada en el laboratorio y análisis inicial. Una botella había llegado una hora más tarde que la otra, pero todavía dentro del tiempo permitido. El laboratorio había notado la desviación sin descartar el resultado.

—En el breve informe, todos podríamos ser discretos —dijo Alberto.

—En el breve informe sí —dijo Mara. —El resultado sigue siendo el tiempo de transporte.—

La muestra de repueba del tanque privado limpiado ahora también estaba en el rango esperado. Elena quería saber si esto fue seguido por una obligación de limpieza municipal para todos los tanques.

—No de un caso —dijo Mara. —Pero una recomendación comprensible para la cobertura, el intervalo de limpieza y la eliminación segura.

—¿Ayuda voluntaria? —preguntó Daniela.

Alberto tiró de su cara.

—Información —dijo Mara. —No cambiar la lista de artículos, y las instalaciones públicas tienen sus propias obligaciones de mantenimiento.

Daniela asintió. —Entonces también debe ser sobre quién no debe entrar en el tanque él mismo.

La punta estaba en negrita en la hoja: la limpieza sólo sin entrada o por especialistas equipados para ella; ninguna persona sola en un tanque. La experiencia con el eje al sur de la casa de la bomba no se limitaba a los ejes.

—No decimos que cada agua sea discreta en todas partes —dijo Mara. —Dimos qué muestras tuvieron qué resultado en qué momentos.

Inés tradujo la frase al estado del presupuesto. Elena la leyó antes de que fuera enviada.

—Entender —dijo ella. Pero un buen resultado después de cuatro ventanas no es todavía una temporada.

—No —dijo Mara.

—Entonces la cadena de contacto permanece.

—Ella se queda.

Por la tarde fueron al Parque Cívico. Las seis linternas estaban en la lista de inventario. Cada una llevaba una fecha de mantenimiento, descarga eléctrica, zona de observación y persona responsable. Dos fueron apagadas porque sus caminos no fueron utilizados ese día. Cuatro transiciones iluminadas diferentes.

Rogelio llevó a Teresa por el sendero sur. Linterna cinco apuntaba a los bordes de los escalones. Desde el CENTRO del parque su luminiscente era apenas visible. Lintern dos en la casa cultural había sido ligeramente girada, porque un nuevo signo de lo contrario proyectaba sombra en la salida.

—En el viejo sistema, eso sería una desviación —dijo Alberto.

—En la nueva hoja, es el control documentado del efecto —dijo Teresa.

Verificó el número de inventario, la misma lámpara, otros ángulos, razón comprensible.

En el sendero norte Daniela realizó una pequeña muestra de uso. Dos miembros del comité del parque fueron en direcciones opuestas, uno con un cochecito, otro con una caja de bebida vacía delante del cuerpo. Ambos deben decir donde ya no vieron el borde siguiente con seguridad. Su información estaba a dos metros de distancia.

—¿Quién tiene razón? —preguntó Rogelio.

—Ambos —dijo Daniela. La caja se ve, el coche cambia la altura de la vista.

Volvieron linterna uno no a un promedio, pero para que el borde visible peor era reconocible sin cegar el camino opuesto. Después ambos fueron otra vez. Teresa no sólo entró en el ángulo, pero el tipo de prueba.

La linterna cuatro no se encendió la misma noche. Su camino terminó en un césped cerrado. Sin embargo, la lista de inventario se mantuvo completa y el mantenimiento eléctrico era debido como con todos los demás.

—Una lámpara apagada puede ser defectuosa sin que nadie se dé cuenta —dijo un miembro del comité.

—Por eso está la prueba de funciones fuera del público —dijo Manuel. —No es por eso que tiene que brillar todas las noches.

Se establece una prueba eléctrica mensual para los seis y una comprobación visual local para cada lámpara utilizada. Función y funcionamiento se les dio campos separados.

La zona del pozo se abrió de nuevo. Manuel había revisado el desbordamiento y marcado una línea de seguridad fija para las zonas húmedas de caminata en la cuenca. Cuando el agua se encontraba más allá de esta línea, la operación se detuvo y el camino se cerró. Los intervalos de funcionamiento dependían del uso, el viento y la visibilidad.

En el borde del lavabo, una tira de humedad oscura permaneció después de apagarse. Era más estrecha que el día de la válvula cerrada y estaba en parte fuera del punto que alcanzó las boquillas.

—¿Origen? —preguntó Rogelio.

—Abierta —dijo Mara.

—¿Operación?

—Hoy a salvo. Sigue mirando.

Dos niños se detuvieron en la fuente antes de marcar. Su madre les dijo que la línea oscura no era el límite del agua, sino el límite para un paso seguro. Uno de los niños preguntó por qué el agua no sabía dónde quedarse.

—Por eso la frontera es para nosotros —dijo Rogelio.

La fuente corrió durante seis minutos. Viento condujo gotas individuales hacia el oeste. Manuel terminó el intervalo antes de que el camino se mojó más allá de la línea. En un intervalo posterior con menos viento que podía correr más tiempo. Ambas veces entró en la hoja; ninguno se convirtió en una nueva duración fija.

Mara hizo una comparación en la vieja banda de humedad. El valor era más alto que en el yeso seco, pero más bajo que directamente después de la operación del pozo. Marcaba la fecha, el viento y la hora desde el apagado.

—¿Es una fuente de origen? preguntó Rogelio.

—Es una fila fuera de esto —dijo.

Daniela sacó la última flecha de drenaje en la caja de visualización, que había colocado pozos y linternas en un orden fijo. Colgó el número de emergencia, los tiempos de prueba de las conexiones y la posición de la barrera.

—Queda mucho papel —dijo.

—Cosas más diferentes —dijo Teresa.

—Es más difícil de colgar —.

—Se ajusta al lugar para eso.

Poco antes de la puesta del sol Alberto condujo a una pequeña casa de bombeo en el borde norte de la ciudad. No era parte de la operación actual de Los Pinos, sino que figuraba como una rama en el registro piloto digital. En su puerta interior colgaba una antigua regulación copiada: válvula a treinta y cinco grados; dos lecturas; aviso de cierre.

El empleado nunca había aplicado la instrucción porque su válvula tenía una escala diferente.

—Pensé que era para la otra casa —dijo.

—¿Entonces por qué está colgado aquí? —preguntó Alberto.

—Porque vino con los documentos del piloto.

Alberto no lo tomó sin una palabra. Fotografió el lugar y la versión, escribió el retiro en él y hizo que el empleado contra-firmara. Luego lo reemplazó temporalmente con las instrucciones de seguridad y emergencia sin cambios de la planta. La hoja local tenía que ser preparada.

En el camino de regreso, abrió el sistema digital. Las seis linternas de estacionamiento se quedaron allí como un grupo sincronizado. No podía cambiar el estado él mismo porque la estructura de la planta había sido tomada por el software regional.

—Luego reportamos una corrección —dijo Teresa.

—Tiempo de procesamiento diez días hábiles.

—Con fecha.

Teresa tenía una lista de otros destinatarios de viejas copias del piloto. Una copia era de guardia, una en el vehículo de Rafael, una detrás del mostrador de la estación de estacionamiento. Ella no sólo recolectó papel. Cada persona confirmó qué versión había dado y qué información de seguridad recibió como reemplazo.

En el vehículo de espera Rafael encontró dos versiones: la primera con un punto de ajuste y la posterior con la palabra cortada —Bausst. Había tomado la superior dependiendo del turno.

—Eso explica por qué dije punto de referencia el martes —dijo.

—Y muestra que el retiro es más que una exhibición —dijo Alberto.

La antigua copia en la casa de bombas remotas no llevaba un número de versión. Teresa comparó el papel y los errores de impresión y los asignó a la primera edición. Escribió la tarea con incertidumbre, en lugar de colocar un número en la hoja después.

Alberto creó el proceso, añadió las seis hojas locales y puso el estado de grupo equivocado en la comprobación. Las linternas no tuvieron que ser operadas sincrónicamente durante diez días sólo porque la base de datos era más lenta.

Por la noche se encontraron con Elena de nuevo. Su flujo de tanque estaba tranquilo. El nadador cerró sin golpear la tubería. Dos vecinos confirmaron que sus tanques habían sido llenados en la ventana anunciada. Una tercera casa había visto el mensaje demasiado tarde; por lo tanto, Inés agregó una llamada para residentes sin acceso regular a las noticias.

—Ahora es mejor —dijo Elena.

—¿Estable? —preguntó Mara.

—Para esta semana.

—Eso es suficiente para la siguiente decisión.

Al final del día, la casa de bombas tenía informes de laboratorio, cuatro protocolos de suministro, el número de sello de la rama separada y la orden de medición a largo plazo. Ningún documento explicaba por qué los contadores de Hondonada todavía mostraban consumo. Sin embargo, demostraron que el suministro de Los Pinos ya no estaba en grave peligro.

Mara llamó a la oficina del alcalde.

—La emergencia operacional ha terminado —dijo. —La ventana de suministro puede continuar regularmente. Las muestras permanecen en el programa de control previsto.

—¿Y el proceso de La Hondonada? —preguntó el gerente de la oficina.

—Mantente abierta. La sucursal permanece temporalmente separada, el registrador corre, y una visita sólo se hace después de la autorización de seguridad laboral.

Mara no interrumpió el proceso, sólo cortó la palabra emergencia.

Capítulo 23: Las casas sin casas

El lanzamiento de La Hondonada consistió en siete páginas y una tarjeta que todavía estaba mal.

Mara no había enderezado los puntos de peligro para encajar en el mapa. El posible eje detrás de la primera conexión había sido expuesto, bloqueado y asegurado con una cubierta fija. Un grupo de seguridad ocupacional había medido el aire. En el eje, que estaba más cerca de la línea principal, la concentración de oxígeno se mantuvo demasiado baja; no se abrió y estaba fuera de la inspección.

—Aborto en caso de marcado dañado, suelo inestable, valor de gas desconocido, presión sobre una válvula no liberada o pérdida de conexión visual —leyó Rafael.

—Y con Garúa, cuando las marcas ya no son reconocibles —dijo Mara.

Javier miró al cielo. —Entonces tenemos hasta la tarde.

—Tal vez —dijo Daniela.

Estaban al final de la carretera fortificada al sureste de Los Pinos. El Pacífico estaba detrás de ellos en el oeste, no visible, pero como una superficie brillante en el cielo. En el este estaban las laderas secas del Cerro Dormido. Ante ellos colocaron cimientos, bordillos, arena y los muros de tierra baja de La Hondonada.

Cada uno tenía una tarea. Mara realizaba inspecciones, pruebas de línea y muestras. Manuel solo revisaba los accesorios aprobados. Teresa asignaba números, etiquetas y cubiertas de archivos. Inés comparaba las tres cuentas de conexión con los datos del contador y de la propiedad. Rafael realizaba puntos y tiempos de medición. Javier revisaba rutas, carriles y retorno seguro. Daniela documentaba rastros visibles de uso sin asignarlos automáticamente a una instalación.

Antes del primer paso, no sólo firmaron la lista de asistencia. Mara hizo que cada persona repitiera su propio terreno de demolición. Manuel llamó a la presión sobre una armadura no liberada. Teresa perdió de vista al grupo. Inés dañó marcado corredor. Rafael alarma del medidor de gas. Javier inestable camino de regreso. Daniela una pista de uso que sólo era accesible fuera de la zona segura.

—Un rastro no es razón para salir del corredor —dijo.

—Bien —dijo Mara.

El plan de rescate estaba en el vehículo y una segunda copia estaba en la estación de control técnico. Javier había confirmado las coordenadas del acceso antes de salir por teléfono. La siguiente ambulancia necesitaba 18 minutos de Los Pinos en condiciones normales. Por lo tanto, la autorización no incluía ningún trabajo en el que una caída en un pozo sólo podía ser contestada después de dieciocho minutos.

Manuel inició el medidor de gas al aire libre y documentó la prueba cero. Teresa fotografió la exhibición no como prueba de todo el terreno, sino para la condición y el tiempo del dispositivo. Mara revisó la dirección del viento. El Garúa todavía estaba lejos, pero el ligero aire ya venía del oeste.

Una persona en el CENTRO de control técnico sabía cuándo regresar. La Hondonada no menos abierta. La visita se hizo responsable.

—Cuando vemos lo mismo, todavía lo escribimos por separado —dijo Teresa.

—¿Y si vemos cosas diferentes? —preguntó Javier.

—Entonces, aún más.

Llevaban cascos, zapatos sólidos, guantes y chalecos de advertencia. Manuel tenía un medidor de gas, un probador de voltaje y una herramienta con él. La herramienta permanecía sellada hasta que estaba disponible una liberación de concreto. Mara llevaba contenedores de muestras y un dispositivo de medición portátil. Teresa tenía dos cámaras para que un error de dispositivo no hiciera memoria de una visita.

El primer corredor seguro seguía los viejos carriles. Habían sido en parte sacudidos desde la visita en el borde, pero no desaparecieron. Los palos de madera de Javier seguían en pie. Uno se había caído. No lo erigió hasta que Teresa había fotografiado la ubicación y el estado.

—Viento —dijo Inés.

—O un neumático —dijo Javier. La arena está más alta en el lado sur. No puedo separarla.

Dejaron ambas posibilidades.

Doce y catorce postes eran los mismos números que antes. La pieza rota entre ellos ya no estaba en la arena de lado. Se había colocado en el borde del camino, la placa de metal apuntando hacia arriba. Bajo una capa de arena el número trece podía leerse ahora.

—Esta es la orden del día —dijo Inés.

—La secuencia de correos —dijo Teresa. No las casas.

Detrás de los doce postes había una fundación rectangular. En el plano había un paquete de doce casas. Detrás de catorce había una losa de concreto, que más se adaptaba a un camino. Columna trece apuntaba a una zona sin cimientos. Los números tenían lugares pero no casas.

Daniela encontró catorce restos de un fino hilo rojo en los postes. Fue envuelto alrededor de un borde y fue declarado en un lugar. —Marcado o embalaje.

Rafael notó el material y la ubicación. Teresa fotografió. Nadie lo llamó una señal.

El acceso al parque planeado fue asegurado por una barandilla temporal. Detrás de él estaban los seis pozos de siembra en dos hileras escalonadas. Desde la primera visita, la basura había sido removida de dos pozos. Los mechones de hierba seca todavía estaban en pie. Las tuberías de cable del concreto sobresalían sobre cuatro cimientos cuadrados.

Manuel probó sin ningún tipo de tensión desde el exterior. Sin tensión. Se cerraron dos tuberías con tapas viejas, una con mortero, la cuarta abierta y llenada de arena. La nota de entrega del Depósito Norte llamó a dos interruptores resistentes a la intemperie.

—Entrega, no edificada —dijo Teresa.

—O construido y quitado de nuevo —dijo Manuel.

—¿No hay rastros en los cimientos? Preguntó Mara.

Manuel señaló a dos agujeros en la base occidental. Los bordes fueron meteados, pero no lo suficiente para limitar con seguridad su edad. La distancia era adecuada para varios recintos comunes.

—Posible asamblea —dijo. —No hay asignación al interruptor suministrado.

Un delgado tubo negro corría en un hoyo de plantación. La antigua pieza suelta había desaparecido. El tubo ahora visible se sentaba más profundo en el suelo y condujo a la tubería de riego vertical, que había sido cerrada con una taza de plástico la última vez. La taza estaba a su lado, en dos partes quebradizas. En el tubo había una nueva tapa gris.

Nuevo en este caso fue: no quebradizo, no inútil y disponible en el actual programa de mercado de hardware. No significa que se había puesto en ayer.

—Mantenimiento —no dijo Alberto, porque no estaba allí.

Daniela dijo: —Alguien ha hecho algo apropiado.

Teresa tomó la frase.

Entre las fosas se encontraron dos carcasas de metal empotradas. El plan del parque mostraba puntos de agua allí, la factura de adquisición de dos accesorios. Una manga estaba completamente llena de arena. En la otra había un trozo de tubo de plástico cortado, cuyo borde interior era más limpio que la superficie exterior.

Manuel midió el diámetro sin tirar de él. Era un acoplamiento de riego común, no los reductores de presión de las conexiones de la casa. Teresa comparó la posición con el cálculo. Las distancias sólo eran correctas si giraba el plan por unos pocos grados.

—¿Al norte? —preguntó Rafael.

—Después del borde del bordillo construido —dijo Teresa. Esta no es una dirección del cielo.

Mara tenía ambos sistemas de referencia incluidos. El parque podría haberse adaptado a los obstáculos existentes en la zona. También podría haber sido construido después de otro bosquejo. Los pozos de plantación offset no eran una mala copia de una línea recta mientras el plan faltaba.

Daniela encontró huellas de zapatos de varios tamaños en un borde del pozo. Algunos fueron sopladados suavemente, uno afilado. La impresión afilada revistió una de las huellas de neumáticos.

—Después del seguidor —dijo Javier.

—O después de una pista más antigua que el viento ha expuesto de manera similar —dijo Daniela.

Ella fotografió la superposición y la profundidad. La ascensión misma no creó ninguna nueva huella allí; el pasillo estaba a dos metros de distancia.

Manuel no tenía permitido abrir la tapa. La línea de riego no estaba libre de presión verificada. Sólo revisó el asiento desde el exterior. En el borde estaba pegada cinta de sellado brillante, cortada limpiamente. La arena inmediatamente debajo estaba tranquila.

—Más joven que el tubo —dijo. —Es todo lo que puedo salir.

El primero de los tres enchufes de conexión estaba veinte metros más lejos, detrás del borde del eje asegurado. En la visita al borde sólo habían visto tapa y alambre de sellado de plata. Ahora un puente liberado llevó hasta él. La tubería llevaba un número perforado que coincidía con la primera cuenta de Inés.

—Conexión A- —dijo. —En el sistema digital parcela residencial treinta y uno. En el antiguo lugar de agua pública del registro.

—¿Para qué se factura? —preguntó Mara.

—Hogar, baja tarifa.

—¿Owners?

—Municipalidad en la primera versión. Más tarde campo en blanco.

Manuel verificó la fijación. La tapa estaba asegurada con un alambre que no coincidía con los antiguos sellos de la Municipalidad. Bajo la madre se sentó material de sellado blanco fresco. Un tornillo en el soporte de sujeción fue galvanizado y en el tamaño habitual de hoy. Los otros tres tornillos fueron corroídos.

—Se conmovió —dijo.

—¿Cuándo? —preguntó Teresa.

—Después de que el viejo tornillo ya estaba corroído.

—Esto no es una cita.

—No.

Según el dispositivo de rastreo, la línea detrás de la conexión A llevó inicialmente al este, no al noroeste, a la rama documentada. Después de unos doce metros, la señal perdió en una amplia losa de concreto.

Mara tenía dos nuevos puntos de medición, la distancia del plan era de casi nueve metros.

—¿Errores de tarjeta? —preguntó Rafael.

—O desviación de edificio —dijo Mara. O otra línea.

No abrieron la conexión A. La rama fue separada temporalmente, pero la cola local mostró una pequeña presión residual que fluctuó durante varios minutos. Eso fue suficiente para mantener la armadura cerrada. Mara no tomó ninguna muestra de una conexión desconocida.

—El contador reporta cero ayer —dijo Inés.

—La presión no llega a cero hoy —dijo Rafael.

Ambos valores vinieron en la misma línea, con diferentes fuentes.

La segunda conexión estaba en la frontera del distrito escolar planeado. El puesto con un Z.E. y el número de archivo todavía estaba en pie. Su color azul era materia que en la última visita, pero permaneció fuerte bajo un borde. Además de él pequeños sellos de concreto corrían en una línea que de acuerdo con el plan de oficina educativa debería haber formado la parte delantera de un edificio de la escuela.

No se había construido ningún edificio, dos cimientos estaban a sólo unos pocos centímetros del suelo, en una barra de refuerzo de corte con viejas tapas protectoras, las tapas estaban agrietadas, y en la otra había una nueva lavadora.

Daniela los fotografió. —Puede haber caído de una máquina.

Javier señaló a las pistas estrechas de neumáticos. —Un pequeño remolque ha estado conduciendo aquí en los últimos días. El mismo borde del perfil dañado como en la carretera exterior.

—¿A qué? —preguntó Mara.

Las pistas corrían hacia la B y más al sur. Terminaron en una Sandruck más fuerte, donde el perfil ya no estaba dibujado. Ni en una casa, ni en un hoyo.

La conexión B llevaba un número de la segunda cuenta. Su montaje fue casi completamente enviado. Sólo el cuadrado superior era libre. No hay material de sellado fresco, no hay movimiento limpio ubicación. El impulso de posicionamiento siguió el plan primero y luego se desvió hacia Canal Seco.

—¿Volver? —preguntó Rafael.

Mara dirigió el mapa. El Canal de Seco estaba situado al oeste y un poco al norte de este punto. La línea corría al noroeste en la primera sección. No se podía decir si llegó al canal sin más ubicación autorizada.

—Aparentemente hacia Canal Seco —dijo. —No como un fin para entrar.—

No había presión mensurable en la conexión misma. Manuel podía soltar el tapón protector exterior porque la separación de seguridad cubría expresamente este punto y la línea había sido probada sin presión en ambos lados. Bajo el tapón la conexión estaba seca. El sello era viejo, agrietado e inutilizable. Mara tomó un hisopo estéril, no una muestra de agua.

—El contador B reportó consumo anteayer —dijo Inés.

—No hay agua en este talón —dijo Manuel.

—Hoy para este momento, agregó Mara.

Rafael puso un sensor acústico en el exterior de la línea. El ruido era débil e irregular. Pudo provenir de una bomba remota, una tapa suelta o vibraciones en el suelo. Cuando Javier inició el vehículo por la vía exterior, el nivel cambió. Esperaron hasta que el motor volviera a apagarse.

Después de eso, quedó un golpe más corto. Manuel lo comparó con la señal conocida de la cadena principal y no encontró ninguna coincidencia segura.

—No activa en la línea del informe —dijo Mara. —Señal acústica en el punto de medición influenciado por el ruido ambiental.

Inés verificó si el contador había cambiado durante la medición. No. Cinco minutos después, el sistema informó de un pequeño salto, aunque todavía no había presión en la conexión.

—¿El retraso de la transmisión? —preguntó Rafael.

—Posiblemente —dijo Inés. —Estoy pidiendo los sellos de tiempo crudo.

La pantalla no los hizo reabrir la válvula seca.

Cerró la tapa con nuevo material de sellado documentado y un sello numerado. El mantenimiento que ellos mismos produjeron no debe confundirse con uno desconocido más adelante.

Al mediodía comieron a la sombra del vehículo de Javier. Nadie se sentó sobre una fundación. Teresa puso la tarjeta en una caja y se quejó de las esquinas con cuatro botellas de muestra sin abrir.

—Una conexión muestra presión, una no —dijo Rafael. —Ambos reportan consumo.

—Tres informes de consumo —dijo Inés.

—Aún no hemos visto el tercero —.

—El sistema lo es —.

Javier mordió su pan. —El sistema parece ser más rápido.

Daniela miró los cimientos, algunos de ellos parecían planos de su casa, y cuando se levantó, dos desaparecieron detrás de paredes planas de tierra y otros se unieron.

—¿Cuántas casas estaban planeadas? —preguntó.

Teresa puso tres documentos uno al lado del otro. —Ochenta en el plan de propiedades, doce en el registro de agua, veinticuatro números de casa en la lista de premios.

—¿Y construido?

—Los fondos no son casas.

—Así que no hay número.

—Podemos tener una serie de cimientos visibles al final. No hay número de casas construidas.

La tercera conexión se encontraba al sur de la frontera punteada en el viejo plan, pero dentro de un bosquejo de mantenimiento posterior. El corredor seguro condujo a lo largo de una acera que terminó después de tres metros en la arena. Detrás de ella siguió más bordillos a intervalos desiguales. No formaron un camino terminado, sino una curva.

Javier midió el camino. De la conexión B a C estaba en el plano de ciento diez metros. Su rueda de rodillos mostraba ciento cuarenta y ocho a lo largo del corredor seguro. La distancia láser directa era ciento diecinueve.

—¿Qué distancia está mal? —preguntó Inés.

—Nadie tiene que estar equivocado —dijo Mara. Miden caminos diferentes. Pero ninguno corresponde exactamente al plan.

La conexión C estaba en un valle llano. Alrededor de ella el suelo era más oscuro, aunque no salió agua. La tapa era vieja. Sin embargo, el mango de la armadura tenía un punto desnudo como si se hubiera movido. Bajo una madre se sentó cinta de sello rojo que Manuel nunca había visto en San Desvelo en el trabajo municipal.

—Venden blanco y amarillo en Grifo —dijo Javier. —El rojo está disponible en Puerto Esperanza.

—O de una caja traída contigo —dijo Daniela.

Teresa documentó el color, el material y la comparación, no el lugar de la compra.

Después de la prueba de presión, la conexión C se pudo muestrear brevemente. Manuel sólo se abrió a la posición liberada. Primero vino el aire, luego una pequeña cantidad de agua clara. Mara rechazó la primera cantidad, midió los parámetros de campo y llenó dos botellas estériles. La conductividad y la temperatura estaban más cerca de la línea estrecha en Canal Seco que en la hebra principal, pero las diferencias eran demasiado pequeñas y los tiempos de medición eran demasiado diferentes para una asignación de origen.

—¿Beber agua? —preguntó Rafael.

—Origen desconocido. No liberado —dijo Mara.

Manuel cerró la válvula, el nuevo sello tiene número, tiempo y dos firmas.

El dispositivo de rastreo mostró que la línea de C conducía más profundo a La Hondonada. No regresó donde el plan de archivo dibujó la línea colección. Después de treinta metros, la señal perdió bajo una serie de cimientos.

—¿Crafting? —preguntó Inés.

—No en este esfuerzo —dijo Mara. —La propiedad, la libertad de gestión y las preocupaciones arqueológicas no están resueltas. Tenemos una desviación, ninguna orden de excavación.

En el borde oriental encontraron una plataforma baja, que se llamaba una posible sala técnica en el plan de la escuela. La puerta nunca había sido utilizada. Se colocaron cuatro pernos de anclaje en el concreto. Uno llevaba marcas de molido frescas. Junto a la pared estaba una botella de plástico vacía cuya etiqueta aún no estaba completamente impresa.

Daniela fotografió la botella y la pista de lijado por separado. —La botella prueba un visitante.

—No es lo mismo que el tornillo —dijo Teresa.

—Y la pista de molienda demuestra un movimiento en el cerrojo —dijo Manuel. —No lo que estaba unido.

Las diferentes frases no encajaban en una historia, sino en un protocolo.

Antes de salir del borde oriental, Teresa contó las referencias materiales de los archivos anteriores. Cuatro bases de linterna correspondían a la posición parcial pagada, pero no había linterna montada disponible. Dos posibles puntos de agua eran adecuados para la adquisición, no claramente al dibujo de la ubicación. El puesto de la escuela llevaba el número correcto, pero ningún edificio de escuela abierto existía. Tres números de conexión coinciden con tres cuentas; rutas de administración y uso no encajaban.

—Cuatro hits, cuatro contradicciones —dijo Rafael.

—Más de cuatro de ambos —dijo Teresa. Sin contar como si fueran parejas.

Mara también tomó una muestra de humedad del suelo fuera de la salida posible en el fondo más oscuro alrededor de la conexión C y una muestra control más arriba. Ambos permanecieron separados de las botellas de agua. Una conductividad similar posterior no probaría que el agua salió del suelo o de la tubería. Sólo permitiría una comparación.

La caja de muestras era ahora más pesada. Su conocimiento era también. Ambos seguían siendo transportables porque cada buque tenía un número único.

Alrededor de las tres de la tarde el Garúa vino del oeste. Primero el cielo perdió sólo su borde brillante. Luego la humedad yacía en las superficies más oscuras. Mara verificó la vista a las marcas del pasillo. Era todavía suficiente, pero el grupo comenzó el viaje de regreso planeado.

Algunos cimientos se hicieron más visibles en la arena húmeda, sus bordes eran más oscuros, otros desaparecieron porque el concreto y los alrededores asumían el mismo tono, el número de rectángulos visibles cambió sin que nada se construyera o quitara.

Daniela caminó no más de cinco metros del pasillo cuando encontró el set. Él se paró en un poste de concreto bajo detrás del parque planeado, justo encima del suelo.

Estuve aquí la semana que viene.

Las letras no estaban escritas con lápiz. Se dibujaban como líneas oscuras en una vieja capa de color claro, tal vez con grafito o un metal suave. El agua y la arena habían lavado los bordes. Lichen se sentaba en dos huecos. La superficie parecía mucho más meteorizada que el conjunto en el botón en el patio de Rosa.

Daniela se detuvo en el pasillo marcando. —Teresa.

Teresa vino con la segunda cámara. Ella fotografió primero todo el poste, luego set, escala, superficie y ambiente. Mara revisó el soporte seguro. Nadie tocó la fuente.

—¿Tu letra? —preguntó Rafael.

Daniela miró lo suficiente para no sólo reaccionar. —Algunas cartas se parecen a ella. Que yo no. En la semana de la palabra no sé.

—¿Escribiste la frase aquí? —preguntó Inés.

—No.

Teresa escribió: Declaración de la presente Daniela: no apegado por ella a este lugar. La similitud de la Escritura no se examinó profesionalmente. Material y edad inexplicable; visible meteorización documentada.

—En el patio estaba bajo un botón —dijo Manuel.

—Esta está en un puesto —dijo Teresa.

—La misma redacción —dijo Rafael.

—Eso también está entrando.

Daniela tomó una foto ella misma. Ella no se paró junto a la sentencia y no dejó que ella se lo llevara.

El Garúa se hizo más denso. Mara dio la orden de devolución. No por la escritura. La siguiente marca era sólo débil desde la distancia prescrita.

Volvieron al mismo corredor compartido. Javier no contaba pasos, pero la gente en cada puesto de control. Siete en el cruce C. siete en el puesto de la escuela. Siete del parque planeado. Siete detrás de la frontera exterior.

En el puesto de control exterior, Manuel reportó el medidor de gas. Los valores permanecieron dentro de la liberación durante la inspección. Mara no cerró la hoja de trabajo inmediatamente. Primero revisaron cascos, herramientas, residuos de sellos y embalajes libres de contaminación. Dos pares usados de guantes entraron en una bolsa separada. La cinta de sellado roja de la conexión C no había sido tomada como muestra; permaneció en su lugar y en las fotos.

Javier llamó al CENTRO de control. —Agrupar completamente fuera. Sin lesiones, sin operación de rescate.

—¿Resultado? —preguntó la voz en el teléfono.

—Esto viene en el Acta.

No era su trabajo poner siete observaciones diferentes en el asiento del conductor en un set.

Teresa revisó cámaras y mapas. Inés había asignado tres números de cuenta a tres tacos físicos, pero no había una conexión clara con la hebra principal. Manuel había visto un seco más viejo, un mantenido más joven y una armadura inequívocamente móvil. Rafael había medido la presión en un lugar, ninguna presión en el segundo y el agua de origen desconocido en el tercero. Daniela había encontrado rastros de uso que no demostraban la misma persona y no el mismo tiempo. Javier había medido caminos cuyas longitudes diferían de los planes según el curso real del proceso.

Mara tenía más datos que en la mañana.

Se quitó los guantes del vehículo y verificó que todas las muestras estaban selladas, los números del sello eran correctos, no faltaban herramientas, la hoja de seguridad no contenía ningún incidente.

Detrás de ellos, el Garúa hizo los cimientos más visibles e incomprensibles al mismo tiempo. El poste con la sentencia de Daniela desapareció primero en el gris claro porque era más bajo que los otros.

Se fueron a tiempo.

Capítulo 24: Provisional

Alberto no sólo sacó las sábanas obligatorias, le dio un número para su retiro.

En la última tarde de la orden de Mara, seis ejemplares de la decisión fueron colocados en la sala de reuniones de la Municipalidad. Uno fue a los servicios técnicos, uno al Comité de Parques, otro al Motel El Recodo, otro a la oficina regional, uno a la ficha piloto y otro al stock de instrucciones derogadas.

—¿Por qué una orden de cancelación obtiene su propio inventario? —preguntó Javier, quien había venido a buscar la maleta de Mara.

—Para que no vuelva como copia válida más tarde —dijo Teresa.

—Los mantienen para que se hayan ido.

—Se mantiene para probar que ya no se aplica.

Javier miró a Mara. —Esta es una respuesta completa.

—Pero no una corta —dijo ella.

La decisión llamó a cada versión individualmente. Hoja de la casa de la bomba con posición de válvula fija. Hoja del estacionamiento con tiempo de conmutación común y eje marcado. Hoja Motel con jueves, 17:30 y 12 minutos. Ayuda doméstica voluntaria con secuencia de cambio diario. Junto a cada número estaba la fecha de retirada y reemplazo: protocolos de operación local, si ya se ha liberado; de lo contrario las normas de seguridad y emergencia existentes hasta el procesamiento local.

Los registros de mantenimiento seguían siendo válidos, las series de mediciones, los informes de laboratorio, los números de sello y las evaluaciones de los peligros seguían siendo válidas, las seis linternas seguían siendo seis, y tres cuentas de Hondonada seguían siendo tres cuentas inexplicadas.

Alberto había abierto el registro piloto digital por la mañana. Allí, había botones para completar y abortar con éxito. Ninguno en forma. Abortado habría marcado los datos de medición como intento incompleto. Completado con éxito las hojas obligatorias hubieran guardado como resultado válido.

—Entonces necesitamos un tercer estatus —dijo Mara.

—El sistema necesita la oficina regional para esto.

Teresa puso fin temporalmente a las versiones locales. Alberto envió la enmienda con la decisión de retirada. Hasta que se registró, colocó una nota de bloqueo en cada versión antigua y vinculó los nuevos protocolos individualmente.

—¿Alguien puede pasar por alto el cierre patronal? —preguntó Javier.

—Sí —dijo Alberto.

—Eso fue rápido.

—Es por eso que también nos trasladamos en papel e informamos a los servicios. Ningún sistema reemplaza el retiro en los lugares.

Rafael había dejado sus copias del vehículo. Tres copias fueron encontradas en el parque, una con un punto de café y ninguna espalda. Sólo el sobre de Néstor estaba disponible en el motel. La ayuda doméstica voluntaria no se pudo recordar completamente porque sus destinatarios no habían sido detectados. Radio Desvelo envió la pista dos veces que la orden ya no era recomendada.

La retirada fue en sí misma un control de impacto, que mostró dónde la administración sabía quién era dueño de una hoja, y dónde no.

—Firmas —dijo Alberto.

Mara firmó para la retirada profesional. Alberto para la implementación municipal. Manuel confirmó la retirada en la casa de bombeo, Rogelio para el parque, Néstor para el motel. Rosa no firmó porque la ayuda doméstica no había sido un requisito vinculante. Teresa, en cambio, documentó cuando las copias restantes fueron retiradas en la cabina de información y el conocido destinatario fue notificado.

—La ayuda equivocada fue voluntaria —dijo Daniela.

—El efecto no es necesariamente —dijo Rosa por teléfono.

Teresa también incluyó esta frase como nota, pero no en la decisión.

Después de eso, abrieron el informe final de Mara. Tenía dieciocho páginas, nueve archivos adjuntos y ningún titular con solución.

En la primera sección se describe el orden: registrar las relaciones de presión, causar muestras, estabilizar el suministro y recomendar un modo de funcionamiento razonable.

El suministro de las conexiones superiores de Los Pinos se había estabilizado después de regresar a las áreas de presión locales. Los choques de presión no habían vuelto a aparecer en las ventanas observadas. El flujo de la bomba y las tendencias de presión medidas estaban de nuevo en las zonas de operación documentadas.

También se garantizó la seguridad: las muestras de mallas repetidas no indicaban contaminación microbiológica o química aguda en los lugares examinados; una muestra visible de tanques privados había sido procesada mediante limpieza y reensayo; la muestra de malla asociada había permanecido discreta.

La sucursal del sudeste, no verificada, fue cerrada, sellada y provista de un registrador a largo plazo. Su separación no había terminado claramente los mensajes de las tres cuentas de Hondonada. La visita había confirmado tres conectores físicos, pero no había conexión completa entre ellos, las cuentas digitales y la línea principal.

Mara había proporcionado cada conjunto asegurado con la fuente. Estabilizado significaba cuatro ventanas de suministro observadas, no una garantía permanente. Reducido significó no renovados aumentos de presión reportados durante este período, no su imposibilidad física. Válvula separadamente designada, sello y localización de medición, no todas las líneas desconocidas al sureste de la ciudad.

El funcionario de su departamento regional participó en la reunión por teléfono y preguntó si se explicaba la diferencia original.

—No —dijo Mara.

—¿Podemos evaluarlos como resultado de falsas posiciones de válvula?

—La posición fija ha empeorado la oferta mensurable y no explica las tres subcuentas ni ninguna diferencia de balance anterior.

—¿Y La Hondonada como zona de fuga?

—No documentado. Tenemos agua de origen desconocido en una conexión y una línea en el Canal Seco. Ninguna fuga de malla probada que conecte estas cantidades.

En el otro extremo, permaneció en silencio por un corto tiempo, y luego el empleado dijo: —Esto dará un montón de puntos abiertos en una visión general.

—Sí.

—Pero Los Pinos es suministrado.

—Estabilizado, con un programa de control adicional.

—Escribo estabilizado.

Mara le pidió que pusiera en marcha el período de tiempo.

La razón del cambio de presión se mantuvo abierta. El estado legal y técnico de las tres conexiones permaneció abierto. Cuando y por quién se habían mantenido válvulas individuales en La Hondonada. El origen del agua en la conexión C y la línea estrecha en el Canal de Seco se mantuvo abierto.

—¿Escribes la habitación ocho? —preguntó Nestor.

Vino a la reunión final en el motel y se sentó al final de la mesa.

—En las instalaciones sobre la operación de alojamiento —dijo Mara. —Humedad, visualización de medidores, inspección de líneas, desviación de ocupación y la nueva regla local. No como causa de la red.

—Bien.

—El contador va a la prueba.

—Ya está expandida y sellada.

—Entonces entra el número del sello.

Teresa los añadió.

En la sección de estacionamiento no se dice que haya menos iluminación, sino que hay que comprobar por separado las zonas de visión, los caminos y las personas responsables; el inventario completo ha permitido reparar y establecer conexiones seguras; la alineación común y los circuitos rígidos han deteriorado las transiciones y han terminado.

—El organismo regional pedirá un método transferible —dijo Alberto.

—Ella consigue uno —dijo Mara.

La recomendación contenía los mismos niveles que en las nuevas hojas del sitio: límite de seguridad inalterable, observación local, rango permitido, desencadenantes de un cambio, persona responsable y terminación y notificación. La separación de estos niveles era transferible. Valores, ángulos, tiempos y secuencias tenían que ser establecidos y verificados localmente.

—Ninguna regla universal —dijo Alberto.

—Una regla universal sería una nueva actitud —dijo Mara.

—Luego escribo en la carta de presentación: Estructura transferible, contenido relacionado con la ubicación.

—Con instrucción y control de impacto.

—Por supuesto.

Teresa giró sobre La Hondonada a la planta. Había preparado un nuevo proceso para la visita. En el campo El proceso de referencia fue: no se encontró.

—¿Puedes crear un proceso continuo sin abrir? —preguntó Manuel.

—El sistema requiere una fecha de apertura —.

—¿Qué tomas?

—Nadie de los viejos discos. Eso sería inventado.

El nuevo proceso se abrió como aclaración del inventario con la fecha actual. El título decía: La Hondonada — asignación técnica y administrativa continua; no se encontró el proceso de apertura histórica. Todos los archivos antiguos seguían conectados por referencias.

—Entonces es un nuevo comienzo —dijo Javier.

—Para el archivo —dijo Teresa. —No para el lugar.

Ella tomó la tarjeta de trabajo torcida de la pared. Las láminas transparentes estaban por encima de ella: tres posiciones de conexión, corredores seguros, escuela planificada, parque, ubicaciones de línea y el poste con el conjunto de Daniela. Ninguna lámina corrigió el mapa abajo. Teresa enrolló todo junto y lo puso en una capa ancha.

—¿Quieres una copia? —preguntó Mara.

Mara miró las muchas líneas que no corrían juntas en el borde. —No. El mapa es parte del proceso en curso.

—Se obtienen los puntos de medición en el informe —.

—Los necesito.

Teresa también produjo una suma de comprobación de los archivos digitales y un directorio de fotos. Las grabaciones de la Hondonada-Pfosten con la sentencia de Daniela fueron tomadas en el inventario técnico, no en un archivo personal.

—¿Y si alguien quiere comparar las Escrituras más tarde? —preguntó Daniela.

—Entonces se necesita una asignación bien fundada y material adecuado, —Teresa dijo. —No su libro de texto por curiosidad.

Daniela mantuvo las fotos desde el botón en su propia carpeta segura. El botón en sí permaneció bajo almacenamiento documentado en el patio hasta que quedó claro si era necesario para una inspección de material. Nadie lo tomó como un recuerdo.

La carta torcida consiguió una lista de sus diapositivas fuera. Teresa notó qué línea era de qué año. Así que la tarjeta no consiguió más correcto. Ella se hizo más comprensible mal.

Ella firmó el informe final. Su firma no explicó San Desvelo. Ella limitó lo que su departamento reclama técnicamente y qué medidas tienen que continuar.

La oficina del alcalde aceptó el informe. El alcalde agradeció al grupo de trabajo en una breve reunión, en la que participó por videointerruptor, sin cámara. Él no defendió el intento piloto y no hizo la retirada ninguna derrota.

—La oficina regional recibe el informe hoy —dijo. —¿Qué decimos públicamente?

Elena estuvo presente como representante de Los Pinos. —Que el suministro es más estable, no que se resuelva para siempre.

Rogelio agregó: —El parque está abierto y las lámparas se operan de acuerdo a sus caminos.

Manuel dijo: —Nadie abre la sucursal de Hondonada.

Teresa dijo: —Las viejas hojas obligatorias ya no son válidas.

El alcalde miró a Mara. —¿Y los ensayos?

—En los puntos de red probados sin indicación de contaminación aguda. Hay más controles en curso.

Repitió la frase lo suficientemente lentamente como para que Alberto pudiera escribirla exactamente.

Después de la reunión, el grupo no fue a cenar juntos. Manuel tuvo que ir a la casa de bombeo para la entrega. Elena fue con Inés a Los Pinos. Rogelio tenía un cheque de la noche en el parque. Daniela trajo a su madre el mensaje final para la ayuda doméstica. La conclusión consistió en varias maneras.

Mara acompañó a Manuel a la casa de bombeo. Rafael se hizo cargo del turno de noche. Las tres valvas locales colgaban en la pared, cada una con su propia zona y criterios de demolición. La carpeta con TODOS los demás estaba en el armario, no como título oficial, sino como la advertencia de Manuel en la tapa.

—¿Llamas cuando cae el valor superior? —preguntó Manuel.

—Primero reviso el punto de medición y la tendencia —dijo Rafael. Luego la cadena de contacto.

—¿Y quién?

Rafael llamó de guardia, no Mara.

—Bueno, ella dijo.

Elena esperó afuera, y su libro de tanques contenía las últimas cuatro ventanas y la próxima fecha de comprobación.

—Cuando llegue el agua la semana que viene, lo informaré —dijo.

—Así es como debería ser —.

—Y cuando todo va, sigo reportando los valores de control —.

—Así es como debería ser —.

En el parque se encontraron con Rogelio sólo brevemente. Linterna cinco iluminaron los escalones. La oriental se quedó fuera porque el camino estaba cerrado. Rogelia señaló a la lista de inventario en la caja. —Los seis allí.

—Y no todos ellos —dijo Mara.

—Estoy escribiendo esto sin explicación.

Mara fue con Teresa hasta el final del Archivo.

—Tienes tu informe —dijo Teresa.

—Tienes tu proceso abierto.

—Continúa.

—Eso suena mejor.

—Es más preciso —.

Teresa le dio una copia del informe final y la confirmación del recibo. No hay tarjeta. Entre las plantas, la lista de cambio de estacionamiento planeado y real todavía estaban separados.

—Lo que quedó de él cuando fue transferido —dijo Mara.

—Y lo que teníamos que traer de vuelta.

Teresa dijo que enviaría la prueba de laboratorio de Connection C. Mara dijo que transmitiría la retroalimentación regional, ambas llamadas responsabilidades y sin promesas.

La recepción de la televisión fue en el Motel El Recodo. Un conductor de autobús bebió café de una taza de cartón. El Monteurin de la habitación seis había salido; Néstor había cerrado su línea. No había señal de advertencia fuera de la puerta.

Mara subió su maleta por las escaleras y revisó la habitación siete por última vez. No había dejado nada en el armario. En el baño el grifo estaba apretado. La toalla deshilachada estaba doblada en la silla de plástico.

La línea húmeda había desaparecido en el pasillo. Un borde mate permanecía en una baldosa antes de su umbral, sólo visible cuando la luz del Grifo cayó por la ventana. Antes de la habitación ocho el suelo estaba seco.

Mara abrió un hueco en la ventana del pasillo. La tira ligera de papel en el sobre etiquetado se movió fuera. Néstor había entrado en la nueva sábana local por la mañana: habitación ocho cerrada; pasillo neutral; habitaciones ocupadas secas; no se requiere ventilación.

En la mesa de la habitación siete estaba el primer reverso de su orden con las cuatro preguntas: ¿Dónde cae la presión? ¿Cuándo cae? ¿Qué cantidad falta realmente? ¿Lo que se considera normal aquí?

Ella fue capaz de responder a los dos primeros con mayor precisión. La tercera sólo parcialmente. A la cuarta había ahora varias respuestas locales. Mara puso la hoja en el informe final, no como un apéndice, sino como una nota personal.

Mara no midió el borde, lo miró y continuó.

Néstor esperó abajo con el libro de ocupación. Mara puso la llave de la habitación siete sobre la mesa.

—El agua caliente era más confiable por la mañana —dijo.

—Eso no está en el folleto.

—¿Hay un folleto?

—No.

Ingresó la fecha y hora de salida en su línea. Luego dibujó una sola línea recta en el campo. Estancia terminada y firmada. La pálida segunda línea, en la que Mara había ocupado la habitación ocho al mismo tiempo, fue marcada con la nota anterior: ninguna ocupación real; origen inexplicable. Néstor no la cerró como una estancia porque ninguna había tenido lugar.

La siguiente línea regular del libro permaneció libre.

—¿La habitación sigue cerrada? —preguntó Mara.

—Hasta que tenga una razón para abrirlo.

—¿Jueves?

—A veces es una razón para mirar el calendario —.

Javier llevó la maleta al Colectivo. No condujo a Mara a Puerto Esperanza porque tenía que traer una carga de sillas del parque. El desvío al sur no estaba planeado para el autobús nocturno de todos modos.

—El conductor conoce el camino —dijo.

—Eso espero.

—También conoce los lugares que no son el camino.

El conductor nocturno era el mismo hombre que había llevado a Mara a San Desvelo. Sobre su espejo estaba el rosario con el alambre de cobre. La imagen del Señor de los Milagros se soltó en la misma esquina. Sobre el parabrisas estaban LAS PALMERAS, CENTRO y EL ALTO. Quedaba el espacio libre abajo.

—Puerto Esperanza —dijo Mara.

—Hoy —dijo el conductor.

—Eso sería de ayuda.

Tomó su maleta como si no oyera la respuesta.

En el colectivo, una mujer con dos bolsas de compras, un joven con ropa de trabajo y una pareja mayor sosteniendo una planta de maceta entre sus pies. Mara tomó el asiento de la ventana de nuevo. La ventana todavía no se cerró por completo.

El conductor verificó los neumáticos, las puertas y dos cinturones de equipaje antes de la salida. En el último cinturón que tiró después, aunque la maleta no se había movido. Su rutina era incluso pero no ciega. Cuando un pasajero más tarde trajo un bote, no lo puso en el espacio libre designado, sino en el otro lado del eje y lo golpeó nuevo.

—¿No según el plan? —preguntó Mara—.

—Después del peso —dijo.

No escribió la sentencia, no todas las decisiones locales reales tenían que ser parte de su informe.

Néstor estaba de pie debajo de la lámpara de la recepción. Frente a Grifo Rosa escribió números en una manzana. Un camión esperó en la bomba exterior. El motel parecía un edificio de propósito barato en una carretera porque era exactamente eso.

Cuando el autobús se fue, Néstor levantó una mano. Mara levantó la suya.

Pasaron por el CENTRO. En el Parque Cívico quemaban cuatro lanternas. Ninguna apuntaba en la misma dirección. El sur iluminaba sus escalones, otra el acceso a la casa cultural. La fuente no era visible desde esta distancia. La gente se sentaba en dos bancos.

El tercero, que había parpadeado a la llegada de Mara, fue reparado, lo que no dijo nada sobre la ciudad. Significa que alguien había reparado una lámpara.

Un tubo negro fue colocado sobre el suelo en Las Palmeras. Esta vez un pequeño puente de cable pasó por encima de él y el Colectivo no tuvo que conducirlo plano. Mara no miró hacia atrás si él se estaba levantando detrás del autobús.

Más al sur de Mara oyó el sonido de una bomba a través de la brecha de la ventana. Poco después, Los Pinos tuvo un golpe hueco e irregular que ella sabía mientras tanto: el agua cayó en un tanque de techo aún no lleno. Un segundo tanque comenzó más atrás. Los ruidos no estaban en el ritmo.

Su teléfono mostraba un mensaje de Elena: Ventana comenzada. Presión calmada. Llenar dos tanques.

Mara sólo respondió: Ve.

El Colectivo se dirigió hacia Puerto Esperanza. En el borde del Canal de Seco, el conductor bajó el pie del gas porque el asfalto había sido embolsado allí. Los focos cruzaron sobre concreto, arena y pequeñas banderas de los puntos de medición.

Había agua entre ellos.

La línea era más estrecha que cuando se continuó. En algunos lugares reflejaba los faros, en otros era sólo un borde oscuro. No era suficiente para una corriente. Para una dirección de flujo clara también era apenas suficiente.

Mara no acudió a la fuente, no sacó la copia de su informe de su mochila. Allí estaban los puntos de medición, las tareas abiertas y los límites de lo que podía decir.

Detrás del autobús, más tanques de techo comenzaron a llenarse en Los Pinos. Antes de él, el camino conducía a Puerto Esperanza.

La estrecha línea de agua pasó por el borde de San Desvelo.